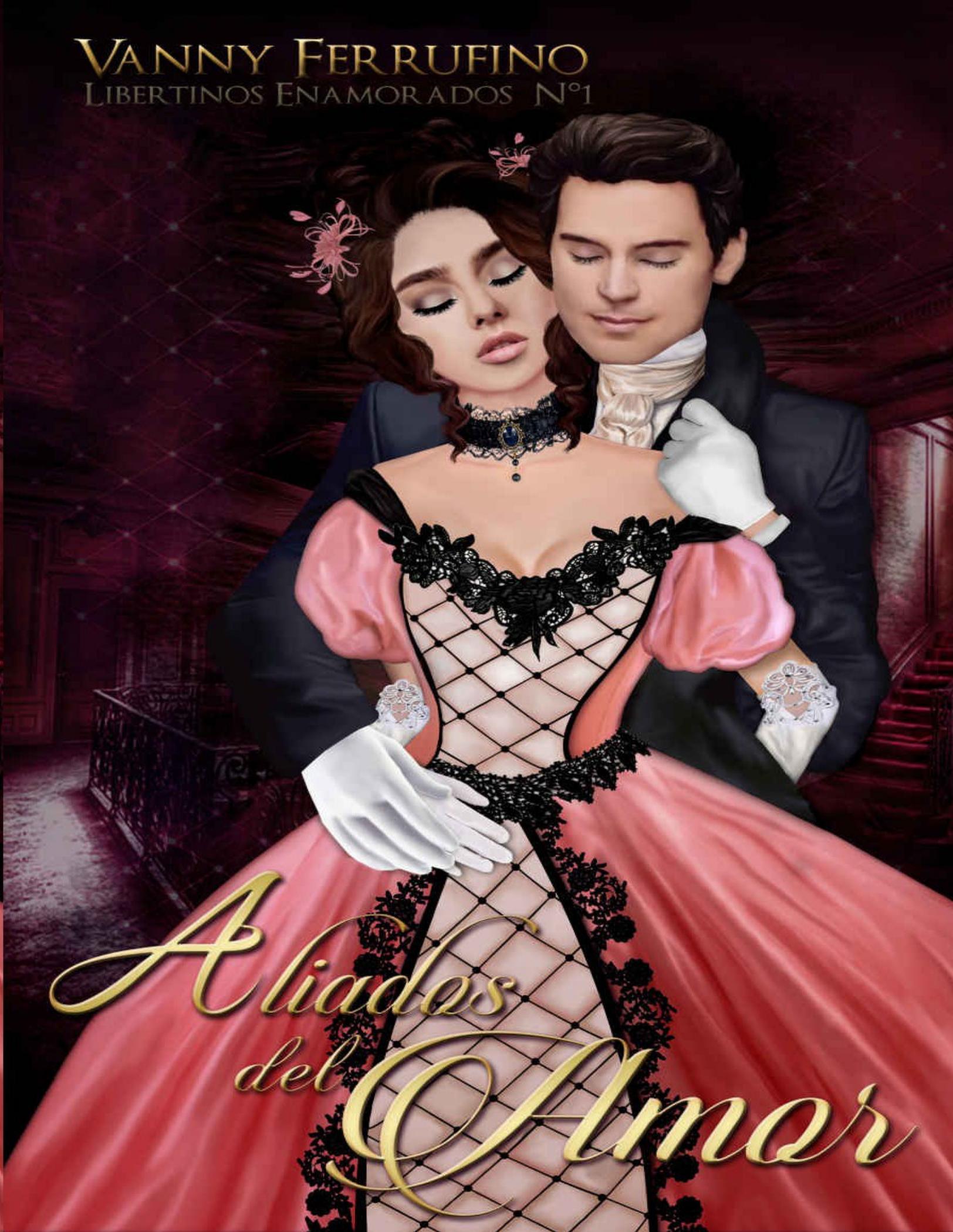


VANNY FERRUFINO
LIBERTINOS ENAMORADOS Nº1



*Aliados
del Amor*

© 2018 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.
Aliados del amor.

Edición: Cecilia Faciano
Diseño de tapa: Carola Fuentes.

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

A las primeras personas que confiaron en mí, y se unieron al extravagante mundo donde se acepta soñar.

Agradecimientos

A mis padres, por enseñarme a soñar.

A mis amigas, Jenny, Nory y Step, que siempre estuvieron ahí para aconsejarme, guiarme y ayudarme, sin importar el tiempo o las circunstancias.

A todas esas personas que me dieron la oportunidad de conocer mi pasión en la plataforma naranja, y me motivaron a llegar hasta aquí.

A mi prima Cecilia, por ser la primera dentro de mi familia en leer mis escritos.

PD: Lord Jaden Browning pertenece a F. G. y Lord Marcus Woodgate, conde de Hamilton a S. Z.

Prólogo

Inglaterra, Hampshire. 1830.

Estimada Lisa:

Te escribo esta carta, porque no he tenido el valor suficiente para decirte frente a frente que he de romper nuestro compromiso. Lamento profundamente decirte que no puedo casarme contigo, pues hay una dama que ocupa un lugar muy importante en mi corazón.

He decidido embarcarme mañana y llevarme a Sabrina conmigo, muy lejos de Inglaterra.

Espero, puedas perdonarme algún día, nunca quise hacerte daño. Fuiste y serás, una mujer preciosa y maravillosa para mí.

Sé que cualquier hombre deseará casarse contigo y llegarás a ser muy feliz, como nunca lo hubieses sido a mi lado.

Hasta siempre, princesa.

Tu aliado y buen amigo. Duque de Windsor.

Carta enviada el 02 de marzo de 1825

Esa fue la carta que lady Lisa Stanton, hija de los marqueses de Winchester, leyó por más de tres años antes de quemarla y tirarla junto a todas sus esperanzas en un rincón muy lejano y oculto de su corazón.

Por un momento llegó a pensar que los años de amistad, complicidad y aventuras, harían que lord Windsor llegara a quererla y apreciarla más que como a una pequeña hermana. Ella deseaba que la mirara como la mujer que crecía junto a él, que se moldeaba a sus preferencias y buscaba ser perfecta para él. Pero no... Ella no era como Sabrina, ella no tenía los rizos dorados, bucles perfectos, ni el cuerpo escultural. Lisa simplemente era ella; una dama de cabellera castaña, ojos verdes y rostro común —por no hablar de sus enormes labios—. Su madre aseguraba que si no se casaba esta última temporada, se consagraría como una solterona sin remedio, pues un hombre poderoso y deseado la había convertido en el hazmerreír de toda Inglaterra cuando la dejó plantada a tan sólo días de su boda.

«Ya no más Lisa, ahora eres distinta».

Fueron meses de trabajo, todo tipo de torturas que dieron como resultado lo que su madre buscaba. Ya no era lo que todos quería ver: una dama sin gracia, con kilos de más caminando por los senderos de Hyde Park. Estaba delgada, lo había conseguido, pero aún no era esbelta ni mucho menos una

beldad. Tenía veintitrés años, era su última temporada y su padre había aumentado su dote a treinta mil libras con el fin de atraer a algún hombre empobrecido al matorral.

Esa era su última oportunidad, y si todo salía bien ella podría recibir su dote a la mayoría de edad y largarse de ese horrible entorno que le privó de su libertad, que le arrebató su seguridad y que le hizo ver lo detestable que podía llegar a ser una persona por ambición.

En un tiempo deseó ser la duquesa de Windsor, una esposa perfecta que fuera capaz de mantener a su marido en su lecho; pero ahora, sólo quería quedarse como Lisa Stanton, una mujer que logró huir de las garras de un matrimonio desdichado que la habría condenado a ver como otra recibía el amor que ella quería para sí misma.

Nunca se casaría sin amor de por medio, y como nadie la amaría jamás, prefería largarse.

—Nuestro padre rechazó tres ofertas de matrimonio hoy —le dijo su hermana menor, quien leía tranquilamente uno de los libros que abundaban en la biblioteca.

—Posiblemente se deba a que todos me triplican la edad y su aliento es capaz de embriagar a cualquiera —ironizó, blanqueando los ojos.

El conde de Ross, su hermano mayor, alzó la vista del libro de cuentas.

—Lo he estado pensando, ¿qué tal si te casas con Beaufort?

Ella enarcó una ceja, divertida.

—¿El hombre más deseado de Gran Bretaña?

—Por no decir el más rico y atractivo —añadió Riley y ambos la miraron.

—¿Cómo lo sabes? Tú no sales de Hampshire.

La pequeña de trece años alzó el rostro.

—Leo el periódico, hermano, no hace mucho hicieron una ilustración de él y... Sí, es hermoso.

—Buena chica. —Sonrió el conde y regresó su atención hacia su otra hermana—. Beaufort amaría tener treinta mil libras más.

Lisa evitó rodar los ojos, otra vez. El duque era el sueño de cualquier mujer, pero ella no quería volver a comprometerse ni por palabra, ni emocionalmente.

Menos si era por conveniencia.

—¿Por qué no esperar un año, hermana? Así podrías recibir tu dote e irte lejos —sugirió la pequeña y rio por lo bajo ante el gruñido de su hermano mayor—. Papá dijo que se lo daría todo —agregó, risueña.

—Querida Riley, ve a ver si tu institutriz llegó, dile que te enseñe que tipos de consejos debes dar a una dama casadera.

La niña hizo un mohín y saltó del sillón. Su diminuto tamaño apenas y le permitía colocar el libro en su lugar.

—Gracias por el consejo, Riley. —Le guiñó el ojo y la niña salió corriendo de la biblioteca bajo la fulminante mirada de su hermano mayor.

—No lo harás. Debes casarte, tanto nuestros padres como yo queremos saber que alguien cuidará de ti cuando nosotros no podamos.

Bufó.

—Tienes veintiocho, Ross, eres cinco años mayor que yo, dudo que mueras tan pronto, por lo que tendrás para largo de tu hermosa hermana.

Si bien el conde sonrió, Lisa sabía que no era lo que quería para ella.

—Tu dote está captando la atención de muchos caballeros, así que ve eligiendo a los más convenientes entre las alternativas. Nuestra madre va a casarte porque es su mayor anhelo y si su futuro yerno tiene título, mejor.

—Seamos francos, mamá no supera que Windsor haya roto el compromiso.

Los movimientos de Ross cesaron, dejándolo tenso mientras cerraba el libro de cuentas.

—Nunca debí haberlo traído, debí sospechar que su irresponsabilidad solamente nos traería problemas.

Su hermano terminó odiando a uno de sus mejores amigos por su culpa — aunque no le creía del todo porque no hace mucho Lisa descubrió que él recibía cartas de Windsor—, porque no era lo suficientemente hermosa como para retenerlo. Sin embargo, ahora estaba diferente, ella se sentía bien consigo misma y eso era suficiente para atraer a cualquier hombre.

Lástima que no le interesara eso por ahora.

¿O sí?

—De acuerdo, me casaré esta temporada —mintió. Una mentirita piadosa.

—Claro que lo harás —convino una tercera voz, y un leve escalofrío recorrió su espalda.

Genial. Lo que le faltaba.

—Mañana mismo partiremos a Londres. Madame Gale te confeccionará vestidos maravillosos —espetó la marquesa de Winchester, llena de regocijo—. Ahora te verás preciosa en cualquiera, tu cuerpo está mucho mejor.

—Antes no se veía mal —aclaró Ross, a él siempre le pareció hermosa.

—Tonterías —ladró la marquesa—. Estaba gorda y fea.

—Ay madre, siempre tan amorosa. —Lisa sujetó la falda de su vestido y se

dirigió hacia la salida de la biblioteca—. Si me permiten, iré a ver que puedo comer en la cocina. —La provocó y su madre chilló, siguiéndole sin parar para asegurarse que no comiera nada durante toda la tarde.

No lo haría.

A decir verdad, le daba terror volver a ser como era antes.

—Hija, ¿estás lista para tu última temporada? —inquirió mientras ambas caminaban por el jardín.

—Sí —contestó vagamente.

La verdad era que no estaba lista para nada, pero... era parte de la vida, una nunca sabría qué le podría esperar dentro de los salones de bailes.

Quizás le sucediese algo interesante esa temporada.

Capítulo 1

Calor.

En ese maldito y diminuto salón de baile atestado de personas, Lisa se estaba muriendo de calor. Ya ni siquiera su abanico era capaz de generarle una brisa agradable. El olor a sudor, flores y champaña la estaban asfixiando sin darle chance a sentirse a gusto en ese lugar. Cerró el abanico y se dirigió hacia la terraza, total, ni un miserable caballero le había invitado a bailar y odiaba ver que todos eran felices allí dentro menos ella.

Su madre, en algún rincón del salón, seguramente se estaría arrancando los cabellos desesperada por su rotundo fracaso en el primer baile de la temporada.

Era un desastre, por más linda que se sintiera, y viera, las debutantes eran una digna competencia; opacaron a todas las que seguían participando con el pasar de los años.

Tanto en belleza como en fortuna.

Una vez que estuvo en la terraza, absorbió un poco de aire fresco y bajó la escalinata que la llevaría al jardín. El olor a hierba y rosas la llamó invitándola a alejarse de esa jaula llena de artilugios.

Un paseo no le vendría mal. A decir verdad, alejarse de esa farsa le caería de maravilla.

Sentarse estaba fuera de discusión dado que sentía que se ahogaría dentro de su corsé. Con Noelle, su madre, acordaron apretarlo cuanto fuera necesario con tal de que su figura se volviera más esbelta.

No negaría que había hombres atractivos, interesantes y atrayentes en el baile, tal vez si usara un poco de su descaro y fuera ella quien se acercara a alguno, conseguiría tener una amena conversación. Sin embargo, no le apetecía en lo más mínimo formar parte de ese círculo lleno de hipocresía y ambición. Cada día se convencía más de que Londres no era su lugar, simplemente no era su casa. La aristocracia no era algo con lo que se familiarizara, por más que nació en su cuna, ella buscaba libertad. Su vida no era como la de Riley, que fue criada para servir a su prometido, lord Devonshire; ni como la de Ross, que buscaba incrementar más y más su fortuna. La vida de Lisa era sencilla, común y... aburrida. Pero era aburrida no porque ella lo fuera, sino porque nadie le colaboraba a cambiar su rumbo, sus padres querían casarla, Ross quería casarla y Riley... ella le daba los mejores consejos basándose en las novelas de amor que se pasaba leyendo todo el tiempo —algo que en el mundo real no existía—. No había un: «felices por siempre», sólo un padre que

casaría a su hija con quien mejor le pareciese, todo consistía en un: «cásate conmigo y entrégame tu dote».

Pero eso sólo era en Inglaterra, tal vez y en Italia le iría mejor. Ella había conocido unos cuantos italianos, y su acento le parecía encantador, como su buen porte.

Deseaba conocer el mundo y encontrar el lugar al que pertenecía.

Como lo hizo él.

Windsor se fue dejando sus responsabilidades, aunque muchas personas afirmaban haberlo visto de vez en cuando por las calles de Londres minutos antes de que zarpara en otro barco.

Él regresó en distintas ocasiones y en ninguna de ellas la visitó. Otra clara prueba de que siempre le importó muy poco.

Quizás esa fue una de las razones por las que decidió cambiar y mejorar su aspecto físico. En el fondo, tiempo atrás, deseó que él volviera por ella.

«Vamos princesa, tú eres hermosa».

Al darse cuenta de la dirección que estaba tomando sus pensamientos, Lisa apretó los labios en una fina línea. Nunca fue hermosa para él, Windsor sólo se apiadó de su amiga diciéndole lo que ella quería escuchar, lo que la haría feliz.

Sinvergüenza, maldito libertino.

La dejó por Sabrina sin dudarle, se llevó a la mujer que amaba y rompió un compromiso que para muchas personas fue el más importante de la temporada, pues la poco agraciada hija de los marqueses de Winchester se casaría con nada más y nada menos que lord Windsor, un duque.

Era para aplaudirse. Casi irreal.

«Fue irreal». Se recordó, y frunció el ceño como si estuviera olisqueando algo podrido.

—Así que regresa a Londres.

Lisa sabía que escuchar conversaciones ajenas era de muy mal gusto; sin embargo, ella no tenía la culpa de que su reputación estuviera en juego y lo único que pudiera hacer para salvarla fuera esconderse tras los setos y terminar junto a un grupo de caballeros que pronto empezarían un tema de discusión que, por supuesto, no era de su incumbencia.

No podía pasarle esto ahora, justo el día que se le ocurrió romper una de las reglas más importantes para ser considerada una damita perfecta.

Ya no podía hacer nada, por lo que presionó la espalda contra uno de los grandes setos para esconderse de los caballeros que cada vez se acercaban

más hacia ella. Miró a los alrededores deseosa de encontrar un camino que la guiase hacia el salón de baile pero terminó separando los ojos de par en par.

¿Dónde demonios se encontraba?!

Contuvo la respiración, no debió alejarse tanto de la velada, su madre iba a matarla si cometía el error de mancillar su reputación a estas alturas del juego, donde para empeorar la situación, ella ya estaba perdiendo.

—En efecto. Está arruinado.

¡Maldición! El chisme sonaba bastante bien.

Estiró un poco el cuello para ver de quienes se trataba y se relajó un poco al ver que su hermano estaba entre ellos. Sin necesidad de verlos, dedujo quienes serían los otros dos caballeros que lo acompañaban. Beaufort y Sutherland eran muy buenos amigos de Ross y jamás solían separarse.

—¿Y viene a casarse, no es así?

¿De quién hablaba Sutherland? Ella no escuchó ninguna noticia de alguien arruinado.

—Eso parece. Windsor no me dio mucha información en su carta, pero lo único que le queda son sus propiedades ligadas al ducado, perdió su casa en Boston. —Beaufort parecía estar muy bien informado.

—Ese canalla seguramente...

—Fue estafado.

Lisa no pudo evitarlo y rio por lo bajo. Eso era un castigo divino, algún día Windsor tendría que pagar el daño que le causó.

—¿Y quiénes saben sobre su ruina?

—Sólo nosotros. Quiere ser socio del club, pienso aceptarlo, soy el dueño.

Claro, viva lord Beaufort *todo poderoso que nada en dinero*. Qué injusticia, ¿su hermano no se negaría?

—Para formar parte de nuestra sociedad debe invertir veinticinco mil libras. —Ross era un hombre racional, ¿de dónde sacaría esa suma un duque empobrecido?

—Dijo que los conseguiría.

—¿Y hace cuánto te escribió? —Sutherland parecía muy tranquilo con la noticia y la sugerencia de un nuevo socio.

—Él ya debe estar de camino —se limitó a contestarle.

—¿Y viene con su furcia? —soltó Ross, y Lisa evitó jadear ante el apelativo.

—No, todos sabemos que fue un arranque de Windsor, una excusa para

huir de lady Stanton.

Algo dentro de ella se oprimió y dio un paso hacia atrás, sorprendida. Su hermano reaccionó al instante y sujetó bruscamente de la levita a lord Sutherland.

—Mi hermana no tiene nada malo, imbécil.

—No dije que tuviera algún defecto. Al menos no ahora —aclaró Sutherland y Lisa se mordió el labio inferior. Era un desgraciado.

Ahora entendía porque no se debía escuchar conversaciones ajenas. Nuevamente estaba siendo el tema principal en una y como siempre, la estaban menospreciando.

«No los escuches». Se aconsejó a sí misma y dio media vuelta buscando el mejor camino entre la oscuridad para alejarse de los caballeros y llegar al salón de baile. No obstante, a los minutos, el chocar contra algo firme la hizo trastabillar y caer de bruces contra el césped.

—Ah. —Se quejó adolorida.

¡Maldito fuera el que le asignó la buena suerte el día que llegó al mundo!

—Milady, lo siento mucho.

Alzó el rostro y contuvo el aliento al ver al conde de Hamilton allí, en pleno laberinto de setos frente a ella. Era su primer evento social como noble, no hace mucho era un simple abogado que se ganaba la vida como podía. Sin embargo, como el antiguo conde no tuvo ningún hijo, y al ser él su sobrino; pasó a hacerse cargo del título una vez que este falleció.

—No se preocupe, milord, fue un accidente, no me fijé por donde iba. —Aceptó la mano masculina y se puso de pie, sacudiendo la falda de su vestido.

Acababa de pasar un acto terriblemente vergonzoso delante de uno de los hombres más apuestos de esa velada. Si fuera una mujer sensata, haría una venia y se retiraría con la poca dignidad que le quedaba, pero... ¿por qué no hablar con el conde? No tenía nada que perder.

—Me preocupa el hecho de que yo sí me fijaba por donde iba y aun así no pude verla, milady —le dijo sonriente y ella se sonrojó. Definitivamente se quedaría, no era como si Hamilton fuera a hacerle algo que no quisiera.

—Usted no es una dama que pase desapercibida, por lo que lo tomaré como que cayó del cielo.

—¿Yo? —Abrió los ojos atónita y él carcajeó suavemente.

Lisa no sabía si pellizcarse o lanzarse a la fuente que tenía a varios pasos de distancia. No era un sueño, no podía ser un sueño. Un hombre atractivo la estaba elogiando. Lo escudriñó con la mirada para asegurarse de que no se

confundía de persona.

Casi suspiró.

Su cabellera color azabache estaba perfectamente peinada y su ropa pulcramente acomodada. Sus anchos hombros eran señal de que era un hombre que se ejercitaba y su piel un poco bronceada le daba un aspecto seductor, atractivo y... peligroso. Sus ojos eran tan celestes como el cielo en primavera y Lisa podía ver que él era sincero en cada una de sus palabras.

Él sonrió dejando ver su perfecta hilera blanca y Lisa contuvo el aliento.

Hamilton tenía deudas... deudas que su dote podría cubrir.

—¿Es difícil de creer? Me sorprende que no esté en el salón de baile danzando con pretendientes potenciales.

Le tocó reír a ella.

Existían dos posibles situaciones: el encuentro fue casual o el conde lo provocó.

—Da la casualidad que allí dentro no hay ningún hombre empobrecido que pueda atraerse por mi mayor atractivo, milord.

—Aún no me acostumbro al título —dijo con una mueca—. Supongo que con eso se refiere a su dote. —Enarcó una ceja, ahora divertido.

No parecía sorprendido por su lenguaje tan impropio de una dama. Eso le agradó. Estuvo esperando una mirada despectiva, no otra matadora sonrisa del conde.

—Apuesto a que brilla en mí. —Aleteó sus pestañas y el conde carcajeó por lo alto. Era agradable—. No lo niegue, milord, soy más brillante que cualquier diamante —continuó bromeando y por alguna extraña razón le pareció que con él eso era más que posible, Hamilton disfrutaba de sus palabras.

—Nadie nunca me habló de su buen sentido del humor, lady Stanton.

—Las buenas cualidades no suelen ser tan llamativas como las malas.

El conde la miró con fijeza, generándole un escalofrío en la espina dorsal, y se puso nerviosa.

Por los santos, estaban solos, ¡En medio de un jardín!

Nunca antes había tenido una cita clandestina con nadie, con Windsor solía caminar por los jardines pero nunca pasó nada, él siempre la respetó. No obstante, ¿qué se suponía que tenía que hacer en ese momento?, aún no era amiga del conde, tal vez sería un buen inicio para conocer a un apuesto caballero; pero... ¿A solas y en un jardín?

—No se preocupe, milady, no soy un violador.

Abrió los ojos de par en par y luego sonrió con nerviosismo al notar que le estaba jugando una broma.

¿Por qué no seguirle el juego?

¿Por qué no jugar a ser diferente al menos por una noche?

—Oh, qué desdicha. —Se llevó una mano al pecho con fingida congoja—. Yo que creí que hoy tendría la suerte de que un hombre apuesto intentara comprometerme.

Si él se sorprendió por sus palabras, no lo reflejó. Sin embargo ella notó que dio un corto paso hacia atrás.

Se sintió deprimida, al parecer no era de su interés.

—Más que apuesto, soy un hombre empobrecido, por lo que no aplico a lo que busca ni a lo que merece, milady; y lastimosamente no tocaría a una dama sin su consentimiento por más que sus labios me tienten a besarlos.

Parpadeó varias veces, confundida, y pronto se sonrojó al ver que él tenía los ojos clavados en sus gruesos labios. Se los relamió y acto seguido él conectó sus miradas.

—¿Debería preocuparme de estar aquí? —preguntó cautamente, sin intención alguna de alejarse.

—En realidad, no. Soy yo el que debe preocuparse.

—¿Por qué? —Frunció ligeramente el ceño, era un hombre extraño.

—Porque creo que puede gustarme más de lo normal, milady, y no soy un partido adecuado, el condado lo heredé cargado de deudas y mi futura condesa podría padecer de necesidades. —La intensidad con la que le observó provocó un temblor en la planta de sus pies.

¿Le gustaba? ¿A él, un hombre fuerte y viril? ¿Ella? ¡Eso era imposible!

La incredulidad la invadió y meditó un poco lo que estaba sucediendo. No todos los días un hermoso hombre venía y le decía cosas tan lindas, era algo que claramente merecía analizarse. Siempre pensó que irse sería lo más adecuado, en Londres no sólo era rechazada por su compromiso roto, sino por su falta de belleza; pero ahora, alguien le estaba dando a entender que era atractiva, que podría llegar a gustarle, ¡y eso le encantaba!, le hacía sentirse linda —más de lo que ella ya se veía—, poderosa y segura de sí misma.

¿Cuándo fue la última vez que se sintió así de bien?

Cuando él la halagaba. Cuando él le decía lo hermosa e inteligente que era. Cuando Windsor le mentía.

Negó rápidamente desechando esos pensamientos. Posiblemente... su madre tenía razón y no todo estaba perdido.

—¿De cuánto es su deuda? —No andaría con rodeos, si las cosas salían bien entre ellos, deberían ir pensando en la boda.

Ahora el conde se sorprendió.

—Milady, no creo...

—Cuénteme, tal vez podríamos negociar.

Tenía todas las cualidades que su madre buscaba: un título, un rostro atractivo, un buen porte y una sonrisa encantadora. Dios santo, hasta a ella la tentaba a replantearse la idea de un matrimonio por conveniencia, él era muy amable y divertido.

«Sólo cruzaste unas palabras con él». Le dijo la parte más recelosa de su consciencia y ella le contestó con un: «Patrañas». Tiempo atrás creyó conocer a un hombre con el que pasó más de tres años y al final la abandonó.

Nadie era de fiar, en el mundo uno tenía que arriesgarse.

—No quiero negociar con usted. —Se tensó, ¿por qué se oía tan molesto?
— No tengo la mínima intención de hacer un trato. Si me caso con usted será para tener una familia y poder hacerla mía, cuantas veces lo desee.

Se sonrojó aún más. Sus palabras estaban cargadas de pasión, algo que ella había olvidado estos últimos años.

—¿De cuánto es su...?

—Veinte mil libras.

Jadeó.

—¿De verdad?

Tendrían diez mil libras de sobra, con eso podría hablar con Ross para que les ayudara a multiplicar sus ingresos y así poder dejar una fortuna a las siguientes generaciones.

Oh, sí... Lisa Stanton ya estaba imaginando una vida junto al conde de Hamilton.

—Es penoso. Lo sé.

Era maravilloso. Ambos se necesitaban.

—¿Le gusta viajar, milord?

Él se confundió por el repentino cambio de tema.

—Sí. No hace mucho estuve en Italia, pienso volver cuando mis problemas financieros se solucionen. Si es que lo hacen.

¿Podía ser más perfecto?

—Le hago un trato. —Ahora fue él quien se tensó—. Firmemos un contrato, cátese conmigo y yo le daré veinte mil libras, no podrá tener acceso a las diez mil restantes, pero sí trabajará con ellas para regenerar su fortuna,

yo lo ayudaré. No se preocupe por la familia... —se ruborizó—, yo comprendo todo eso y acepto.

—¿Cómo? —preguntó con la voz entrecortada.

—Sé que suena bastante bien para usted, pero antes que nada debe pasar una prueba.

Hamilton arrugó aún más el entrecejo y ella tragó con fuerza. La luz de algunos faroles le permitía ver su rostro amable y desconcertado. No daría marcha atrás, ella no era una cobarde y esa noche estaba arriesgando todo.

—¿Perdón, a qué se refiere con...?

—Béseme.

—¿Cómo? —preguntó con voz estrangulada y abrió los ojos de par en par. Ella se preocupó. No se saldrían, ¿verdad?

Anatómicamente hablando eso sería imposible.

Inhaló profundamente. Lo repetiría por última vez y si él no la escuchaba, lo dejaría por despistado. ¿Es que acaso no veía lo difícil que era para ella toda esa situación?

—Quiero que me bese, si me gusta me casaré con usted.

Era su primer beso, Hamilton tenía que hacer un buen trabajo si quería su fortuna.

—Dios santo, usted está loca. ¿Se da cuenta de lo que me está pidiendo? Si fuera otro hombre... —La piel se le erizó en el instante que su mirada celeste se oscureció al recorrerle el cuerpo con la mirada.

No, no estaba para ponerse tímida, ¡tenía que convencerle!

Sonrió. Ella podía hacerlo, era Lisa Stanton.

—Piénselo. Tiene hasta medianoche, luego me retiraré a casa y mis ideas suelen cambiar de un momento a otro. Debe saber qué hace unos minutos quería mantenerme soltera; pero bueno, estaré esperando su respuesta en el salón de baile. —Agitó su mano en modo de despedida mientras le daba la espalda, pero sonrió cuando él le sujetó de la muñeca y le hizo girar.

—Espere.

Sonrió victoriosa.

—Lo espero. —Se apegó al cuerpo masculino con descaro y nerviosismo muy bien oculto.

Un beso. Solamente quería un beso, luego no pediría más.

—¿Qué pasa si no le gusta mi beso? —inquirió con suavidad, escudriñándola con la mirada. Estaban muy próximos, ponerse de puntillas sería suficiente para besarla.

—Qué poca confianza tiene de usted mismo, milord.

Tragó con fuerza cuando sonrió retorcidamente.

—No la besaré por su fortuna —le aclaró en su intento de ser caballeroso y ella rodó los ojos.

—No me diga. ¿Acaso le atraigo?

En el fondo deseaba que fuera así, realmente anhelaba que él se sintiera atraído por lo que sea que ella tuviera. Hamilton la abrazó por la cintura y Lisa jadeó cuando la juntó a su cuerpo, enseñándole la dureza que se pegó a su vientre bajo. Su garganta se secó y una incómoda humedad se alojó en su centro.

—¿Sabe por qué estoy así?

Juntó los párpados y asintió, conocía ciertos aspectos de las reacciones del cuerpo masculino. Suspiró cuando las manos masculinas acariciaron sus caderas.

—¿Sabe cómo besa un conde? —inquirió y ella contuvo el aliento mientras los botones de su vestido se hicieron cada vez más flojos.

—No.

—¿Su antiguo prometido la besó alguna vez? —Hizo la pregunta tenso, pero al instante se relajó con su respuesta.

Ladeó la cabeza en modo de negación.

—Vaya pelele.

Capítulo 2

El escote de su vestido se deslizó hasta su cintura y velozmente conectó sus miradas. Él le sonreía con picardía, en sus ojos no había maldad, pero sí lujuria.

—Pedí un beso, milord, no que me desnudara —susurró con nerviosismo abrazándose el vientre. No le afectaba que viera sus pechos, pero...

—Y se lo daré —Se inclinó sobre ella y Lisa juntó los párpados cuando sus labios se rozaron; no obstante, se mantuvo expectante cuando él empezó a regar besos por su mentón, cuello y clavícula, sus manos ahora estaban alojadas en sus pechos —esos que eran algo grandes para su gusto— amasándolos, torturándolos mientras los gemidos brotaban de su garganta.

—No está usando su boca, los besos son con la boca —logró articular con un hilo de voz y él carcajeó por lo bajo.

—Si usted lo dice.

Lo abrazó por el cuello cuando de un tirón bajó su camisola, dejando sus pechos a la intemperie. Se arqueó. Y a la luz de la luna se perdió en el placer que sus labios le estaban generando en aquel frágil y tieso punto. No era lo que había pedido, pero era bastante agradable.

—Sí, quiero. —Enredó sus manos en los mechones oscuros—. Me casaré con usted. —No tenía que pensar más, era eso lo que quería: que alguien amara su cuerpo y le enseñara qué era el placer.

El conde sopló sobre la húmeda piel de su pecho y nuevamente lo abordó hambriento y deseoso de más. Era bueno saber que su aceptación no le hizo dar un paso hacia atrás.

—Me siento halagado, pero yo no he terminado —respondió con voz aterciopelada, y Lisa se mordió el labio inferior.

Su espalda terminó contra la corteza del árbol y, con la visión empañada, miró a su alrededor. Alguien podría verlos, alguien podría verla con la mitad del cuerpo desnudo y la boca del conde sobre su pecho. Eso la excitó aún más y alzó la vista hacia el cielo nocturno. Nunca más volvería a obedecer a su madre, salir al jardín sola fue lo mejor que pudo haber hecho en años.

—Bésemelo —le imploró y él, después de chupar, morder y lamer su tierna piel, se enderezó sobre ella.

—¿Alguna vez ha besado?

—No. Quiero que sea el primero —confesó dominada por la lujuria.

—Milady, seré el primero en todo. Va a ser mi mujer —musitó con cariño, listo para cumplir su petición.

Tal vez si hubiese sido más rápido la habría besado, pero lastimosamente el sonoro rugir de las plantas les advirtió que alguien se acercaba. Hamilton le ayudó a recomponer su vestido y luego entrelazó sus manos para buscar un atajo y llegar al salón de baile sin ser descubiertos. En lo que avanzaban, Lisa trató de humedecer su garganta. El corazón le latía a mil por hora mientras miraba hacia atrás.

¿Qué pudo haber sido eso? No había nadie y fuese lo que fuese, acababa de romper un momento mágico.

Ella entró primero al salón y a los minutos entró él, justo cuando todos se preparaban para un vals. Lo vio expectante, se veía más atractivo y salvaje bajo la luz de las velas.

No podía creer que ese hombre la deseara.

Él caminó hacia ella con paso seguro, como si fuera un guerrero a punto de reclamar su trofeo.

—¿Me permite esta pieza, milady? —Le tendió la mano y su sonrisa creció.

—Lo siento, milord, pero espero a mi futuro esposo —bromeó.

Él enarcó una ceja, divertido.

—Lo tiene frente a usted.

—¿De verdad? Es una excelente noticia, confieso que llamó mi atención desde el primer momento que lo vi. —Sus manos enguantadas se tocaron y todos los ojos cayeron sobre ellos, quienes más que satisfechos caminaban hacia el centro de la pista de baile, ignorando los murmullos que se levantaban entre los invitados.

—Espero no pecar de imprudente, pero, ¿Por qué no se casó antes? —inquirió, confundido, y ella titubeó ante la idea de darle la respuesta correcta.

—Me dejaron, milord.

Muy en el fondo deseaba que eso no alterase la decisión del conde de casarse con ella, una mujer que estaba sometida al escándalo y rumores que provocaba un compromiso fallido.

—No lo comprendo, ¿quién con dos ojos y un cerebro la dejaría?

Él. Windsor lo hizo.

—No siempre fui así de hermosa.

—Siempre lo fue.

—Sufría de sobrepeso —le aclaró y él ladeó la cabeza en modo de negación.

—Siempre fue atractiva, la viera por donde la viera me resultaba

inalcanzable. Cuando trabajaba para su hermano, siempre aprovechaba mis visitas para observarla.

—¿Cómo? —Se sorprendió. ¿Eso era verdad?

—Antes no tenía un título y su madre buscaba uno. Y ahora que lo tengo, no cuento con fortuna. Soy un pésimo partido para la hija de los reconocidos marqueses de Winchester.

«Una mujer en desgracia gracias al escándalo». Quiso añadir, pero se ahorró la crítica. Seguramente él ya lo sabía.

—Al menos tengo la fortuna.

—¿Por qué yo? Podría elegir a cualquiera, milady.

—Porque usted me eligió a mí. —Se sonrojó violentamente ante su propia confesión y el conde la hizo girar.

Riley tenía razón, los amores a primer encuentro sí existían. El conde era un hombre amable, caballeroso y besaba bien —al menos en sus pechos lo hizo bien—. ¿Acaso necesitaba más para ser feliz?

—¿Cree que sus padres aceptarán el cortejo?

—Ellos alistarán mis baúles ni bien les comente sus intenciones.

—Me gusta hacer las cosas bien, milady. La cortejaré dos semanas y luego pediré su mano.

—Cuidado y le ganen, milord —bromeó con picardía.

Estaba claro que nadie más desearía estar con ella, no había porqué preocuparse.

—Pienso cuidarla, no todos los días uno encuentra una joya tan valiosa.

—Si lo pone así, soy un atractivo objetivo para cualquier sinvergüenza, granuja o libertino empobrecido; podrían robarme.

—Los sinvergüenzas no abundan en Londres, por lo que no temeré.

—Mi madre está observándonos —susurró con ansiedad, si Noelle no lo aceptaba, ella misma lo raptaría y se lo llevaría a Gretna Green.

—Oh, vamos, necesitaba más tiempo para arreglar mi atuendo —bromeó él y Lisa rio por lo bajo, quiso seguir con la conversación, pero se estremeció ante las atentas miradas que cayeron sobre ella como si esperaran alguna reacción de su parte—. ¿Sucede algo?

—No —titubeó.

¿Qué estaba sucediendo? Todos la miraban como si fuera una cosa extraña en medio del salón.

Al finalizar el vals, junto a lord Hamilton se encaminaron hacia donde su madre se encontraba, el nerviosismo fue palpable en el semblante de Noelle,

por lo que entrecerró los ojos, dubitativa.

Algo no andaba bien.

—Lady Winchester.

Hamilton la saludó como correspondía y su madre se abanicó aceleradamente.

—Milord, que gusto verlo esta temporada, ¿piensa quedarse hasta su conclusión?

—Sí, no creoirme por un buen tiempo. —Conectó sus miradas, sonriéndole en el proceso.

Noelle la miró con sorpresa y ella asintió aceleradamente. No podía con la emoción.

—Oh —soltó la marquesa, conmocionada—. ¿Por qué no viene mañana a tomar el té?; nos encantaría tenerlo como invitado.

—Por supuesto, será un honor.

Perfecto. Su madre lo estaba aprobando, ahora sólo quedaba su padre y su hermano.

—De acuerdo, lo estaremos esperando, milord. Por hoy nosotras nos retiramos.

¡¿Qué?! Él aún no la había besado.

—¿Por qué tan temprano, madre? —siseó, advirtiéndole con la mirada. No podía sacarla de ese baile, no cuando la estaba pasando tan bien por primera vez en años.

—No me siento bien, querida. Permíteme dejarle una nota a Ross para que sepa que nos llevamos el carruaje.

—No es necesario, lady Winchester, yo las llevaré, si ustedes se retiran yo no tengo nada que hacer aquí.

Era perfecto. ¡El caballero que su hermana aseguró que existía en el mundo real!

«Quizá y el único».

El conde las escoltó hasta la salida y mientras recibían sus capas y él ordenaba que le trajeran su carruaje. Lisa miró a su madre y musitó:

—Va ser mi futuro esposo.

—Qué bueno, cariño —espetó ella, inquietada.

—Y él lo sabe —chilló con emoción contenida.

—Eso es grandioso, ahora esperemos que nada estropee esto —soltó con frialdad y Lisa frunció el ceño.

—¿A qué se refiere? ¿Qué podría salir mal?

—Él está en Londres, Lisa. Debes hacer algo y atrapar al conde antes de que el escándalo le haga dar dos pasos hacia atrás.

Algo dentro de ella se oprimió y las manos empezaron a sudarle.

—¿Quién? —preguntó con suavidad. No sería pesimista.

—Y está aquí, Windsor está en este salón de baile. No llegué a verlo, pero escuché los rumores de que fue uno de los primeros invitados en llegar.

Perdió el equilibrio y gracias a los cielos Hamilton llegó a sujetarla por los hombros.

—¿Se encuentra bien?

Con el rostro blanco como una hoja, asintió.

—Sí, sólo... vámonos por favor.

Él no la dejaría por el regreso de Windsor, si bien sería un escándalo, sus condiciones ahora eran distintas. Windsor estaba en la quiebra y ella apuntó de comprometerse con un hombre respetable, con un hombre que bien podía seguir siendo deseado por cualquiera.

«Debes hacer algo y atrapar al conde antes de que el escándalo lo haga dar dos pasos hacia atrás».

«Me gusta hacer las cosas bien, milady. La cortejaré dos semanas y luego pediré su mano».

Dos semanas era mucho, tenía que entregarse a él y forjar su futuro. No esperaría dos semanas, no cuando conocía el poder que Windsor tenía a la hora de cambiar el rumbo de su destino.

Mientras Brant Stanton, marqués de Winchester, meditaba la situación, Lisa lo miraba expectante, casi suplicando a los santos en silencio para que no hallara nada malo en su futuro esposo.

—¿Estás segura que quieres casarte con él? Usará veinte mil libras de tu dote, creí que preferías viajar y conocer el mundo con ese dinero.

No negaría que aún deseaba aquello, pero ahora tenía otra visión. Conocer el mundo sería más emocionante si estaba acompañada de alguien que la quisiera, entendiera y deseara, alguien como Hamilton.

—Lo quiero al conde.

¿A quién quería engañar? Quería sentirse amada. Después de recibir sus caricias, ocultar sus emociones era una tarea difícil.

—Además, él es diferente, padre. He tratado con muchos hombres y...

¿Cuál era su nombre?

—Marcus Woodgate —le dijo su hermano, mirando el periódico, y ella se

lo agradeció—. Ni siquiera conoces su nombre —espetó Ross, alzando el rostro con el ceño ligeramente fruncido debido a la disconformidad.

—Eso es lo de menos, nunca le diré Marcus, lo correcto siempre será Hamilton.

Ross puso los ojos en blanco y ella regresó toda la atención a su padre. Era extraño que él no se viera feliz con la noticia.

—Es apuesto, joven y le agrado. No aparecerá otro hombre con esas cualidades. Y gustos. Claro está.

—Quisiera discrepar.

¿Es que su hermano no pensaba guardar silencio?

—En eso estoy de acuerdo, querido —agregó su madre actuando siempre a su favor y con inteligencia.

—Tú también eres hermosa. Es el primer baile de la temporada y ya tienes a un interesado, ¿por qué no esperar?

—¡No! —Ambas chillaron, angustiadas. Los hombres de la mesa estaban dementes.

Tenían que ser rápidas antes que todos recordasen —gracias al regreso de Windsor— por qué estaba sola.

El marqués las miró de manera suspicaz, achicando sus ojos almendrados y esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Temen que el regreso de Windsor afecte la decisión de lord Hamilton?

Lisa bajó la mirada avergonzada.

Su padre era un hombre muy inteligente y seguramente veía más allá de lo que ella estaba tratando de demostrar. Él sabía que no amaba al conde y que sólo quería sentirse deseada; no obstante, Lisa podía garantizar que con el tiempo Hamilton y ella llegarían a amarse.

—Uno nunca sabe —contestó por fin la marquesa.

—Yo creo que sí él es tan bueno como Lisa lo describe, no se sentirá afectado por la presencia del duque.

—Vendrá hoy a tomar el té, debes estar con nosotras para recibirlo.

El marqués frunció el ceño.

—¿Por qué? —le preguntó a su esposa, ofuscado.

—Porque una vez que lo veas te darás cuenta que es el ideal. Quiero que mi hija se convierta en la condesa de Hamilton.

—Madre, para usted todo hombre con título será ideal —notificó Ross con una sonrisa lobuna y Lisa le fulminó con la mirada.

Si bien era muy cierto, no había razón para decirlo en voz alta.

—Bueno, el punto es que un hombre con título quiere casarse con tu hermana menor. Hace años que no recibe una propuesta tan buena, es más, nunca lo hizo.

Evitó sentirse ofendida, las palabras de su madre eran tan ciertas que en el fondo le ayudaban a seguir manteniéndose firme con sus objetivos.

—De acuerdo, hoy recibiré al conde y veré qué tan bueno puede llegar a ser para mi hija. Sin embargo...

Todos observaron al marqués de Winchester.

—Quiero que estén todos enterados que Windsor nos invitó al teatro esta noche y he aceptado.

—¿Cómo?! —Lisa y Noelle abrieron los ojos de par en par y Ross le dio un mordisco a su tostada.

—Todos deben saber que la ruptura no nos afectó y que seguimos teniendo una buena amistad, eso ayudará a que los rumores de nuestra hija disminuyan en cuanto a su integridad.

—Pero padre... no puede obligarme a ir. Lord Windsor no es digno de mi compañía —espetó sintiéndose ultrajada.

—No lo es. En efecto. Pero debes acostumbrarte a él, es amigo y futuro socio de tu hermano.

—Eso aún no está decidido —agregó Ross con indiferencia.

—Patrañas —espetó el marqués—. Es un hombre atractivo, buscará una buena opción entre las debutantes y usará su dote para formar parte de Triunfo o derrota. La hija de los barones de Churston tiene una dote de cincuenta mil libras, sus padres felizmente aceptarán a Windsor, ellos buscan subir en la escala social. Además, cabe recalcar que la joven ya fue consagrada una beldad, Windsor sólo necesitará poner un pie en el salón de baile para elegirla.

Por más que ahora tuviese a su conde perfecto, todas las palabras dichas por su padre fueron dolorosas. Ella nunca fue una beldad y Windsor nunca la eligió primero. No estaba celosa —¡No podía estarlo!—, ella nunca se había sentido celosa de nadie, pero era un poco humillante saber que tendría que ver como su ex prometido —quien huyó de la gorda y fea hija de los marqueses— se casaría con toda una flor inglesa.

—Irás al teatro con nosotros —finalizó su padre y Lisa asintió. Todo sea para que él aceptara recibir a Hamilton.

No huiría de Windsor, le demostraría que después de su abandono, ella pudo levantarse.

La mañana pasó con lentitud y Lisa sentía que la ansiedad la carcomía por dentro, llegó hasta el extremo de sacar todos sus vestidos del ropero y ver cuál sería el ideal para recibir a su futuro esposo. Gracias a Dios, todos le quedaban bien, desde que perdió peso, ya no padecía del pánico avasallador cada vez que se ponía frente a un espejo. Ahora sólo se decía una y otra vez que era hermosa y debía quererse tal y como era.

—¿Cómo me veo?

—Preciosa —dijo su madre mirando el vestido que estaba tendido sobre la cama en vez de mirar el que envolvía su cuerpo en ese preciso momento—. Prueba este, el celeste siempre me gustó para ustedes.

Ustedes... Riley y ella tenía un tono de piel peculiar dado que era un poco más dorado en comparación al de las otras damas, nada que llegara a extremos, pero que sí se notaba ante la palidez de cualquier inglesa. Era un rasgo físico heredado de su madre que tenía orígenes italianos.

Con ayuda de la doncella, terminó ataviada en el hermoso vestido color cielo y se observó con satisfacción por el espejo. Le gustaba el corte, era elegante y le favorecía en cada una de sus curvas; sin embargo, el tema de sus pechos —muy voluminosos para su gusto— la estresaba, no le gustaba como se veían en el ribeteado del escote, la presión era notoria y cualquiera que la mirara más de tres segundos notaría que sus pechos se asfixiaban allí dentro.

—¿Qué tal? —inquirió no muy segura de su atuendo.

—Es el ideal, no dejaré de mirarte ni por un segundo. —Aplaudió Noelle—. ¿Pero sabes? Deberíamos apretar más el corsé.

—De acuerdo.

Sujeta al poste de la cama, Lisa jadeaba mientras Berth, su doncella, y su madre luchaban contra los tiros del corsé para conseguir una cintura más pequeña y esbelta.

—¿Ya sabes cuál usarás para el teatro?

Ahogó una maldición por la presión que se instalaba alrededor de su vientre.

—Cualquiera estará bien.

Le importaba un cuerno lo que llevaría para el teatro, lo importante era verse bien para el conde.

—Yo elegiré algo para ti. No quiero que te alejes de mí, no confío en lord Windsor. Sin embargo, quiero que vea lo que se perdió, así que te pondrás el vestido que me parezca mejor sin rechistar.

Era inofensivo.

Él no le haría nada, ni siquiera se presentó en su casa para ofrecer sus disculpas. Al duque le importaba muy poco lo que ellas pensarán.

—Madre, ¿cómo podría atrapar al conde? —preguntó con suavidad y Berth no se inmutó por su inapropiada pregunta, ya sabía lidiar con madre e hija.

La sonrisa de Noelle se extendió por toda la habitación.

—Cuéntame lo que él te dijo.

—Quiere hacer las cosas bien y en dos semanas pedirá mi mano.

—Podrías generar un escándalo en la fiesta de lady Dolby pasado mañana. A decir verdad, me gusta la sensatez de Hamilton, pero como sabrás, no estamos para ser sensatos cuando el hombre más irresponsable de Gran Bretaña regresó a Londres.

—¿Qué sería lo peor que podría hacer Windsor? —inquirió suavemente y la marquesa no le respondió.

Noelle se limitó a elegir las joyas que su hija se podría porque lo menos que deseaba era confesarle que el duque de Windsor siempre la consideró suya —desde el día que la conoció hasta el último día que salió de su casa la última tarde que lo vieron—; y en el peor de los casos, habría regresado para reclamarla.

Al darse cuenta que no obtendría una respuesta para su reciente pregunta, Lisa prosiguió a emitir la siguiente que seguía en espera y, sinceramente, le interesaba más conocer su respuesta.

—¿Cómo podría generar un escándalo?

—Un beso será más que suficiente.

Se removió inquieta, ella se moría por un beso, anhelaba saber cómo se sentía.

—Está bien, no creo que sea difícil conseguir uno.

—O podrías seducirlo. Si llegas a conseguir más de él, no les quedará más remedio que recurrir a una licencia especial.

La garganta se le secó como si no hubiera bebido agua en una década y la piel se le erizó como en el más frío invierno. Eso fue lo primero que pensó, qué entregarse a él sería la mejor manera de acelerar su boda, pero... ¿Cómo podría seducirlo? Ella no sabía nada de ese arte.

Se mordió la lengua para no hacer pregunta alguna y guardó silencio, pasase lo que pasase, estaba segura que Hamilton sabría guiarla.

Capítulo 3

Una vez que estuvo lista, el mayordomo les informó que el conde de Hamilton ya estaba en el recibidor. Lisa bajó casi corriendo y, como lo esperaba, él le sonrió ni bien la vio al final del recibidor. En cambio, su madre se disculpó con él por su falta de elegancia. Hamilton le dijo que no le afectaba en lo absoluto y les tendió los brazos para que ambas los sujetaran y caminaran hacia el jardín.

Casi suspiró. Era muy caballeroso.

La mesa para el té estaba lista, el clima era agradable y él se veía muy cómodo mientras conversaba con su madre. No obstante, se puso algo tenso cuando su padre se unió a ellos a los minutos. En ese momento más temas surgieron en la mesa; política, economía y otros a los que Lisa no les prestó atención por el nerviosismo que surgía en su interior. Era fácil ver que a su padre le agradaba el conde, por lo que tendría que ser rápida si no quería que Windsor provocara más desgracias en su vida.

Él se casaría con la hija de los barones y la dejaría ser feliz con el conde, era lo mejor para los tres.

—Siempre serás bienvenido, Hamilton —le dijo su padre, orgulloso, y ella bebió de su té para tragarse un jadeo emocionado.

—Me siento halagado. A decir verdad, creí que sería difícil, pero he de admitir que las anfitrionas de esta casa son lo más encantador que he conocido en mi vida.

Su padre sonrió, socarrón.

—Y eso que no conoció a mi hija menor, milord. Ella sí es un verdadero encanto.

No lo negaría, su hermana era mucho más tierna de lo que ella hubiera querido que fuera. Sus padres se dieron cuenta que merecían unos minutos a solas para conversar y decidieron caminar por el jardín mientras ellos permanecían en la mesa, a una gran distancia.

—Le agradaste —susurró con picardía y él le guiñó el ojo.

—Me alegra saberlo, eso me ayudará a la hora de pedir tu mano. —Se la besó con lentitud y ella evitó por todos los medios suspirar embobada.

—¿Por qué tenemos que esperar tanto? Luego tendremos que aguardar un mes, o dos. —Se espantó, eso era mucho tiempo—. ¿Acaso no necesitas el dinero? No deberíamos perder ni un segundo.

—Milady, creí que quedó claro el hecho de que usted me gusta mucho.

Se sonrojó y luego asintió con una sonrisa coqueta y tímida a la vez.

—Quiero que tenga una boda digna de una condesa, tal vez no tenga muchas riquezas ahora, pero juro que se las daré. Esperaré el tiempo que sea necesario.

—Prométame que se casará conmigo.

—Se lo prometo. Le doy mi palabra. Créame que es lo más interesante y lindo, dentro del género femenino, que he conocido hasta ahora.

Carcajeó por lo alto y él pareció deleitarse con el sonido tan poco femenino.

—Desearía que fuera de noche, que estemos solos...

Tragó con fuerza.

—¿Irá al baile de lady Dolby?

—En efecto. Es mi deber, más si usted irá.

—Me debe un beso, milord, no se me olvida.

La mirada masculina se oscureció y Lisa sintió como las piernas le temblaban. Gracias a Dios estaba sentada porque si no ahora mismo estaría desplomada en el césped.

—No me conformaré con uno —le garantizó y volvió a besar sus manos enguantadas.

Eso esperaba. Para conseguir lo que quería necesitaba más que un beso, necesitaba pasión y entrega.

—¿De casualidad irá al teatro hoy?

Él no esperó esa pregunta por lo que se confundió arrugando un poco el entrecejo.

—No, y temo que aunque quiera será imposible. Mi administrador quiere conversar conmigo.

—Oh. —Se deprimió, le hubiera encantado escuchar un: «sí».

—¿Quiere que vaya? Podría hablar con él...

—No; no se preocupe, ya habrá tiempo para nosotros. —Le sonrió con ternura y se miraron por largos segundos, presos del momento que se generaba a su alrededor.

—Es lo más lindo que veré el día de hoy —confesó el conde y ella se ruborizó—. Lo siento. Me equivoqué. En realidad eres lo más lindo que veré por el resto de mi vida.

Definitivamente Windsor no arruinaría su compromiso con el conde. Ese hombre sería su futuro esposo a como dé lugar.

—Él regresó —soltó al instante, no quería guardarle ningún secreto.

Hamilton enderezó la espalda y bebió de su taza de té.

—Lo sé. Hoy me lo encontré en Regent Street y si no estuviera seguro que jamás hemos cruzado más de dos palabras, sospecharía que me odia.

Windsor estaba comenzando a aparecer en sociedad, y esa era la amenaza que ella debía alejar de su compromiso con el conde. Una vez que los rumores empezaran a hacerse insoportables, Hamilton se replantearía la opción de desposarla o buscar una linda, y joven, debutante digna del condado y de su amor.

Cuando despacharon al conde, un sentimiento melancólico la invadió. Su compañía era agradable, en ese lugar no tenía ni a Riley para poder conversar con ella. Su madre siempre fue fiel creyente de que antes de su debut, debían permanecer en el campo y moldear sus modales hasta ser dignas de una gloriosa presentación, por lo que su hermana aún tenía muchos años por vivir en Hampshire.

—*El matrimonio es para damas sin ambiciones, para gente que necesita de la aceptación social. Yo no quiero uno, no necesito uno. Estoy muy bien sola.*

Renovando su energía se volvió hacia la persona que pretendía imitar el tono de su voz, y le fulminó con la mirada.

—¿No eras tú quien quería que me casara, hermano? —Puso las manos en jarras y Ross se cruzó de brazos con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde conociste al conde?

El color trepó por sus mejillas y si su hermano descubrió su pecado, trató de no exteriorizar su enojo y sorpresa. No podía juzgarla, seguramente él también solía hacer lo mismo en los oscuros jardines de los salones de baile.

—¿Qué te pareció? —desvió el tema hábilmente y le respondió con eficacia.

—Creo que está bastante bien para ti.

—¿Para mí? —Se confundió un poco y Ross meditó sus palabras.

—Es un hombre atractivo y honrado. No parece ir sólo detrás de tu dote y...

—¿Y...?

—¿Te respeta? —La tomó por sorpresa generándole un rubor aún mayor —. Si no le reto a duelo es porque si lo mato me odiarás de por vida. Debes tener más cuidado, Lisa.

Siseó por lo bajo. Ross hablaba como si él no hubiera abordado a ninguna mujer en un jardín.

—Me respeta. Él dijo que me cortejará y luego pedirá mi mano, quiere

hacer las cosas bien. Es todo un caballero —musitó, apenada, jugando con la tela de su vestido. Tenía un tierno mohín en los labios y los ojos llenos de ilusión.

Aaron Stanton, conde de Ross, se dio por satisfecho.

—Me alegra saber que te hace feliz. Aunque no lo creas, es lo que más queremos.

Aprovechando que el lado compresivo de su hermano había regresado, cambió su peso al otro pie.

—Tengo miedo que Windsor lo ahuyente. Tú sabes que el escándalo es un tema delicado.

Ross se acercó y acarició su coronilla.

—Hamilton no se irá y Windsor... él es un tema aparte ahora.

—¿Cómo sabes que no se irá? —preguntó con suavidad.

—Yo lo vi desde el despacho de nuestro padre. Ese hombre bebe los vientos por ti.

La esperanza se instaló en su pecho, a ella también le atraía, el amor llegaría pronto para los dos.

—¿De verdad?

—Así es. No temas en cuanto a Windsor, él tiene sus propios asuntos que resolver.

—Está bien, voy a creerte.

Ross no permitiría que Jaden Browning estropeará su felicidad otra vez. Y ella, si esa noche él pretendía molestarla, le dejaría claro cuál era la situación ahora. Ya no era la joven que solía seguirlo ni a la que le enseñó a cabalgar, ahora era una mujer hecha y derecha que no permitiría una burla más por parte de un inepto descorazonado.

Asintió. Estaba más que lista para enfrentarse a ese libertino.

Como era de esperarse, el teatro estaba atestado de personas —era una noche exitosa para el famoso Drury Lane—, por lo que su madre pidió unos minutos antes de que bajasen para que la multitud lograra adentrarse y ellos no tuvieran que recibir empujones ni perder la elegancia en su gloriosa entrada. Su padre ayudó a Noelle y Ross se encargó de ella. Ingresó del brazo de su hermano un poco entusiasmada por la función que vería esa noche, sería una comedia romántica y ella podría disfrutarla por primera vez en años.

Alisó la falda de su vestido color durazno e inspeccionó que su peinado siguiera en orden, no le pasaba desapercibido que varias hebras color chocolate se habían desprendido de su peinado y ahora acariciaban su cuello.

—Windsor.

Evitó trastabillar cuando la voz de su padre sonó tan fuerte y clara como de costumbre, por un momento pensó que lo encontraría en el palco, pero al parecer el muy sinvergüenza los estaba esperando. Estiró el cuello con curiosidad y se sorprendió al ver a Beaufort y Sutherland allí.

—Winchester, Ross, miladies.

Lo buscó con la mirada y lo tuvo a unos pasos de distancia con la mirada clavada en su persona. Las tripas se le revolvieron al ver sus ojos color cielo sobre ella y se aseguró así misma que quería vomitar. Había esperado ver a un hombre desaliñado, feo y desdichado, pero a ese duque los años lo habían tratado bastante bien.

Era una lástima.

Windsor saludó primero a su madre y luego se acercó a ella. Sin embargo, para Lisa lo más importante era saber qué ojos estaban sobre ella. Estaba segura que los rumores llegarían a Hamilton mañana a primera hora.

Una caricia en su palma la atrajo a la realidad y bajó la vista hacia el duque, quien besaba su mano y la mirada con una intensidad que la intimidaba.

Retiró la mano dando un paso hacia atrás.

¿Qué fue eso? ¿Por qué se sintió tan vulnerable ante esa mirada? ¿Qué era lo que Windsor estaba tratando de hacer?

—Su excelencia. —Hizo una venia decidida a olvidar lo ocurrido y observó a los otros dos individuos. Beaufort la saludó como correspondía y Lisa se sorprendió al ver el moretón en el ojo derecho de Sutherland.

Luego se alegró.

Fuese quien fuese el que le hizo eso, se lo debía. Fue él quien la insultó la noche anterior.

Se dispusieron a ingresar y avanzó a la altura de sus padres, dejando a los caballeros atrás. Se preguntó si sería posible que en su boda hubiera una función, sería atractivo y llamativo. Se lo consultaría a Hamilton; aunque... no tenían mucho dinero para derrochar.

Mejor venían al teatro. Sí, eso era lo mejor.

A pesar que las piernas le temblaban en cada paso que daba gracias a la fuerte presencia que sentía sobre su nuca, se sentía aliviada de que lo único que se haya movido al ver a Windsor fuera su estómago. Por un momento quiso vomitar.

En el palco se sintió más asfixiada.

No sabía cómo pero junto a ella estaba su hermano y al otro lado estaba

Windsor, con las largas piernas cruzadas y la mano acariciando su mentón mientras la primera función se llevaba a cabo. No se giró para mirarlo y se concentró en la función, disfrutando de ella y riendo junto a todos los espectadores cuando debía de hacerlo. Hubieron varias ocasiones en las que se tentó a mirarlo, sin embargo, descartó todas porque lo menos que necesitaba era que Windsor le hablara como solía hacerlo años atrás. Su amabilidad era algo que siempre la derrotaría sin importar las circunstancias.

La primera función terminó y se abanicó con rapidez. El ambiente estaba muy concentrado para su gusto.

—¿Gustas algo de tomar?

¿Gustas? ¿Quién demonios se creía él para hablarle con tanta familiaridad?

—En efecto, *milord* —recalcó la última palabra, poniéndose de pie y miró a su hermano, quien a regañadientes hizo lo mismo—. Iré con mi hermano al salón de bebidas.

—Y yo con ustedes. —Sonrió él con una inocencia que estaba segura no existía.

Caminaron por el largo pasillo en silencio, y una vez en la sala de bebidas acudió a un vaso de limonada. No podía verse, pero estaba segura que sus mejillas estarían encendidas por el calor que estaba sintiendo en ese momento —quizá su corsé estaba muy ajustado—. Se las acunó aprovechando que sus guantes sí estaban fríos y gimió suavemente.

—¿Tienes calor?

«A ti no te importa». Lo miró por el rabillo del ojo.

—El ambiente suele concentrarse llegado este momento —respondió ariscamente, no sería descortés.

Él la observaba con fijeza, por lo que Lisa se armó de valor e hizo lo mismo.

—¿Lo puedo ayudar en algo, su excelencia? —Aleteó sus pestañas con descaro, en su sonrisa estaba la clara prueba de que lo quería lejos de su vista.

—En realidad no. Tu hermano acaba de dejarme como tu carabina.

Frunció ligeramente el ceño y buscó a Ross con la mirada por el diminuto salón. Abrió los ojos de par en par.

—¿Dónde está?

—No debería decirlo, pero como ambos sabemos cómo soy cuando se trata de ti, no te dejaré con la duda; vio a la cantante principal y al parecer le pareció bien seguirla.

Así que Ross ya había puesto los ojos en su próxima amante. Bueno, tenía el dinero para costársela, a ella no tenía que importarle.

—Pues es pésimo eligiendo carabinas, se supone que éstas son para mantener mi reputación intacta.

Windsor silbó por lo bajo, viendo como la sala empezaba a vaciarse de repente.

—Habrá que regañarlo.

Enarcó una de sus cejas. Al parecer no había cambiado en nada. Seguía igual.

Con menos personas en el salón, para Lisa fue más fácil registrar cada una de sus facciones. Su cabellera color chocolate estaba perfectamente peinada hacia atrás y su piel, ahora un poco dorada, brillaba hermosamente gracias a la luz de las velas.

—No lo creo. —No buscó más características atractivas, ese no era asunto suyo y no tenía por qué estar viendo el rostro de otro hombre cuando ella ya tenía con quien casarse—. Igual yo ya me iba.

Se dirigió hacia la puerta de salida y escuchó cada uno de los pasos que dictaban que la estaba siguiendo, al parecer no estaba dispuesto a dejar la conversación en ese punto.

Caminando lado a lado, Lisa miró por cada rincón del pasillo. ¡¿Por qué todo estaba tan oscuro y vacío?! No podía creer que Ross la hubiese abandonado en un momento así, su deber como buen hermano era cuidarla y esperar a que toda la obra terminara.

—¿Me odias por lo sucedido?

Lo que le faltaba.

—No lo odio, milord, sólo lo repudio y le deseo lo peor.

Él carcajeó por lo bajo y ella no le vio el lado divertido a sus palabras, realmente le deseaba lo peor.

—Estás preciosa.

Claro, ahora no estaba gorda y fea.

—Gracias. Supongo.

Aceleró un poco, pero de nada le sirvió porque él hizo lo mismo alcanzándola con sus largas piernas.

—No quiero que me odies, Lisa. Somos...

—No somos nada. —Paró en seco y lo calló con una voz mucho más afectada de lo que le hubiera gustado—. Deje de tutearme, deje de usar mi nombre, para usted soy «milady».

—Sabes que no es así, princesa.

Era exasperante.

Reanudó su marcha sintiéndose indispuesta por como la llamó y él la sujetó de la muñeca, impidiéndole dar un paso más.

—Debo hablar contigo.

Se zafó de su agarre.

—No tengo nada que decirle, milord.

No lo escucharía, ellos no tenían nada de qué hablar.

—Estoy en la quiebra.

El aire se espesó a su alrededor. Eso ya lo sabía, no quería que le contara sus problemas.

—Pero eso tú ya lo sabes.

Se tensó y dio un paso hacia atrás. Si bien el lugar estaba oscuro, el aura que Windsor desprendía era cada vez más intimidante.

—¿Cómo lo sabría?

Él avanzó, y poco a poco se fue cerniendo sobre ella.

—¿Qué te dije de salir a los jardines sola? —musitó retirando uno de los bucles rebeldes que acariciaba su mejilla.

La voz se le murió en la garganta. Su madre le dijo que él había asistido a esa fiesta, pero.... No podía ser cierto, él no pudo haberla visto justo cuando escuchaba sobre su situación económica, su suerte no podía ser tan asquerosa.

—No se lo dije a nadie. Ese asunto no es mío. —Trató de sonar firme, pero su tamaño, que era posiblemente más de uno noventa, le estaba intimidando.

—Claro que lo es. —La encerró con los brazos y el cuerpo contra la pared. Su pecho bajaba y subía mientras él se mantenía sereno; sin embargo, Lisa podía sentir lo tenso que estaba por la cercanía.

Alzó la vista y respingó al ver que miraba su escote.

Buen Dios, ¿por qué su madre eligió ese vestido?

Él notó su sobresalto y alzó la vista para que sus ojos se encontraran.

—No lo es.

—Vas a casarte conmigo.

Su sorpresa fue tanta que en un arranque de histeria lo empujó por el pecho; sin embargo, él fue más astuto y juntó sus cuerpos de tal manera que pudo sentirlo todo por la proximidad que implementó entre sus extremidades. Jadeó, no quería eso... no deseaba saberlo tan cerca, no ahora que estaba a un paso de superar todo respecto a él y su pasado.

—No, no puedo, estoy comprometida.

—Él no pidió tu mano aún, al menos no vi nada en *The Times* hoy.

¿Cómo sabía de él?

Contuvo el aliento abriendo los ojos de par en par y Windsor endureció su semblante.

—Vaya que el malnacido tuvo suerte de que no portara una pistola en el momento que bajó el escote de mi mujer. —Juntó los párpados al sentir su mano en la curvatura de su cuello. La respiración se le hizo pesada, tenía que regresar al palco con sus padres, conocía a Windsor y nada lo detendría una vez que se propusiera algo.

—No puede obligarme a nada. Lo quiero a él, mi familia lo ha aceptado, fue hoy a mi ca...

—No me interesa. ¿Crees que un conde me quitará lo que quiero? —La sujetó del mentón e hizo que lo mirara—. Lo repetiré por última vez, princesa; vas a casarte conmigo.

—No. —Tiró la cabeza hacia atrás, pero él no permitió que se alejara.

Captar su enojo era tan sencillo que las piernas le temblaban, a lo largo de la vida muchos conocidos le dijeron que a los duques no se les podía llevar la contraria, porque eran tan peligrosos como poderosos; y Lisa empezaba a entender el significado de sus consejos.

—¿Quieres que rasgue tu vestido y le dé una razón a toda Gran Bretaña para que te haga mi esposa mañana mismo? —dijo acunando su pecho con suavidad.

¿Quién era ese hombre? Windsor jamás la había amenazado ni mucho menos faltado al respeto. Se equivocó, el Jaden que ella conocía no era egoísta ni mucho menos autoritario. El hombre que tenía en frente era el demonio en persona.

—Suélteme.

—Claro, princesa.

—No soy su princesa. —Se sintió más relajada de que su mano no estuviera sobre la tela que escondía su, ahora, turgente pezón.

—Serás mi duquesa.

Le odió profundamente.

—¿Te casarás conmigo?

«No». Ella se entregaría a Hamilton.

—Sí.

—Muy bien, eres una mujer muy lista. ¿Acaso pensaste que tu duque no

entraría en escena? A mí nadie me roba lo que es mío.

Ella no era nada suyo. Fue él quien la abandonó primero.

—Ya puede soltarme, debemos regresar al palco y...

Chasqueó la lengua, interrumpiéndola, y ella se petrificó cuando la metió tras de una cortina que escondía un pasillo angosto y oscuro.

—Debemos pactar nuestro compromiso —La abrazó por la cintura, pegándole a su cuerpo.

La piel se le erizó. Él no la deshonraría, ¿verdad?

—Debo tomar el primer beso de mi futura esposa, no vaya a ser que un conde quiera robármelo.

Inclinó el rostro listo para besarla, pero Lisa reaccionó, todas sus alarmas se prendieron y alzó el pie derecho estrellando su tacón en el pie de Windsor. Él se encogió por el dolor generado y ella lo empujó hacia atrás logrando así, salir de ese estrecho lugar. Corrió como pudo hacia el palco y cuando llegó donde sus padres aguardaban, casi pudo respirar con normalidad.

—¿Qué sucede? —El marqués se puso de pie, preocupado.

Windsor llegó tras de ella.

—No me siento bien, quiero irme, por favor —Sus ojos amenazaron con soltar las primeras lágrimas y sus padres intercambiaron miradas.

—De acuerdo. Windsor, comprenderá que mi hija no se siente bien.

No dejó que las lágrimas bajaran; es más, luchó para que murieran. Lo miró con odio, y se encontró como una mirada seria pero a la vez pérdida en ella.

—Por supuesto.

—Papá —dijo de pronto captando la atención de todos—, lord Windsor me felicitó por mi compromiso con lord Hamilton.

La mirada del duque se oscureció y, a pesar que estuvo tentada, no dio un paso hacia atrás. Si había algo que no pensaba permitir, era que él la sometiera a su voluntad.

—Muchas gracias, su excelencia. Tenemos la fe de que será una maravillosa unión —dijo su madre y su padre la observó con fijeza

—No estaría tan seguro, lady Winchester —soltó él, dejándola ojiplática —. Lisa merece más que un simple conde.

Un incómodo silencio se formó en el palco por la insolencia de Windsor y el marqués tuvo que reanudar la conversación y sacar a su esposa e hija de ese lugar.

En el camino se encontraron a Ross y, por el enojo y preocupación que

había en su rostro, Lisa dedujo que Windsor lo encerró en alguna de las habitaciones que estaban contiguas al salón de bebidas. Ross nunca la habría dejado a solas con él. Este les dijo que se quedaría con sus compañeros, por lo que solamente los tres se retiraron del teatro a media función.

Ingresó a su dormitorio desesperado y buscó su pluma y una hoja de papel. Con las manos temblorosas empezó a escribir:

*“Debo hablar con usted, es algo muy importante
Muy pronto suya. L.”*

Sin importarle la hora envió la nota a la casa del conde, rezando para que a la mañana siguiente pasara a visitarla. Sin embargo, eso no sucedió y el miedo creció en su interior.

Debió decirle la verdad.

Por toda la ciudad se rumoreaba que había estado en el palco de su ex prometido, y por supuesto en la revista de cotilleos había falsas notas que aseguraban que se fugó con él en la segunda función, cuando ella ni siquiera estuvo en el teatro para ese momento. No obstante, eso no fue lo peor. Hamilton no apreció en su casa por los siguientes días, y ahora ella iba de camino a la velada de lady Dolby con el alma en vilo implorando para que él estuviera allí y no la odiara.

Capítulo 4

—Dime qué sucedió —exigió su madre, aprovechando que sólo las dos se dirigían al baile de lady Dolby.

—Es horrible, mamá —expresó con la voz en un hilo y Noelle temió lo peor—. Windsor quiere obligarme a casarme con él, ¿puede creerlo?! —aulló desesperada, aún le costaba asimilar la situación.

Un largo silencio se pronunció en el carruaje.

Sabía lo que Noelle estaba pensando, cualquiera de los dos era una excelente alternativa para futuro esposo; pero aun así, Lisa no quería que Windsor tomara el control de su vida.

—Respetaré tus decisiones, cariño, por lo que te recomiendo que hables con el conde. Windsor es un hombre terco y caprichoso, no renunciará hasta conseguir lo que desea.

¡Eso lo sabía! No necesitaba que la asustase más de lo que ya estaba. Ella fue amiga de Jaden, conocía su terquedad y todo lo que era capaz de hacer con tal de salirse con la suya.

—Le escribí una carta a Hamilton —confesó con las manos temblorosas—, pero él no vino a pesar de que le dije que era urgente.

—¿Cuándo le escribiste?

—El mismo día del teatro.

—Ross dijo que Windsor se retiró a los segundos que nosotros nos fuimos.

—Eso no interesa, mamá. Hamilton no vino.

—Estoy segura que Windsor interceptó esa carta. Lord Hamilton acudiría a tu llamado, él no te ignoraría.

Un atisbo de esperanza se instaló en su pecho. Era posible, Windsor sería capaz de eso y más.

—¿Qué haré? Tengo miedo, él... creo que no hablaba en vano, mamá.

—Eso está claro, Windsor jamás haría algo así, él te hará su esposa si no pensamos en algo pronto. —Noelle se llevó una mano al mentón, pensativa—. Después de todo, creo que tu padre está a favor del duque, por lo que sugiero que te acuestes con Hamilton.

Jadeó espantada. Si bien Lisa lo había pensado, jamás habría esperado que su madre le dijera algo así con tanta espontaneidad.

—No pongas esa cara. Así nadie podrá romper su compromiso y Windsor no te querrá una vez mancillada.

—Pero... ¿Cómo lo haré?

—Háblalo con él. Queden en un lugar y una hora, luego buscaremos una

licencia especial y estarán casados para este fin de semana.

—Pero... no sé cómo hacerlo, ¿y si no soy buena? No estoy lista para...

—Tienes veintitrés años, ya no eres una niña, debes pensar en tu futuro.

Tragó con fuerza.

Si bien su cuerpo ahora era delgado, su vientre tenía rastros del sobrepeso que tuvo años atrás, a él podría desagradarle esa parte de su cuerpo.

¿Qué pasaba si una vez que la viera desnuda se echaba para atrás?

Tenía miedo de un posible rechazo.

Era en esos momentos de presión cuando sus mayores temores salían a flote.

—¿Dónde sería un buen lugar? —preguntó con la voz temblorosa. Ya no había marcha atrás.

—Podrían reunirse en la casa que está en las afueras de la ciudad. Ahora no hay nadie allí y yo me encargaría que estuviera lista para mañana.

—¿Mañana? —Su voz salió estrangulada.

¡Era muy pronto!

—Mientras más rápido mejor.

La garganta se le secó. Era eso o perder su oportunidad.

—Hablaré con él.

Una vez en el salón de baile, Lisa no se preocupó en observar a los invitados o cómo estaban vestidos. Su prioridad era dar con Hamilton, quien por más que barriera el lugar con la mirada, no aparecía en su campo de visión. Caminó durante varios minutos por el salón de baile, recibiendo uno que otro saludo de los conocidos de sus padres; sin embargo, la frustración la visitó con prisa llevándola a terminar en la biblioteca de lady Dolby.

«Es lo más sensato que pudo hacer, Lisa». Admitió su derrota, era normal que cualquier hombre huyera de tal escándalo.

Acercándose a la chimenea de la estancia, Lisa aprovechó para retirar las lágrimas rebeldes que bajaban por sus mejillas. Alzó la vista hacia el segundo piso de las estanterías y frunció ligeramente el ceño al ver una sombra entre las penumbras. Juntó los párpados, se frotó los ojos y volvió a abrirlos para confirmar sus sospechas.

No había nada.

Se frotó la sien con impotencia, al parecer ahora estaba alucinando.

—¿Es verdad que lo elegiste a él?

Su mundo tembló cuando la pregunta brotó de la oscuridad y rápidamente lo buscó con la mirada. Estaba tras de ella.

—Hamilton —musitó débilmente e intentó acercarse.

—Espere —le pidió sin permitirle llegar a él—. Responda a mi pregunta, ¿Usted eligió a lord Windsor?

—No, por supuesto que no —soltó con impotencia y antes de poder asimilar la situación, ya estaba entre los brazos del conde—. Quiere obligarme. El día que tomamos el té, fui al teatro con mi familia y él estuvo allí. Me dijo que debo casarme con él, quiere mi dote.

—Pero él tiene dinero. —Acunó sus mejillas y ella negó con desesperación.

—No lo tiene, está en la quiebra y necesita más de veinte mil libras. Quiso... intentó...

—¿Le hizo algo?

—No llegó a hacerme nada, logré defenderme; sin embargo, tengo miedo. Él es un hombre peligroso, siempre consigue lo que quiere.

—Es un duque.

—¿Te das por vencido? —le preguntó devastada y el conde la empujó contra el escritorio de la estancia arrebatándole un gritillo.

—No, no me doy por vencido. —La abrazó por la cintura y la sentó en la superficie.

Lisa inspeccionó que no hubiera ningún tintero sobre el mueble, su vestido era color ámbar y lo menos que quería era mancharlo.

—Cásate conmigo lo más pronto posible. —Suspiró mientras él besaba su cuello y descendía por su escote.

¿Por qué no la besaba en la boca?

—No te preocupes, él no hará nada.

Un escalofrió recorrió su espalda cuando las manos masculinas se dispusieron a subir la falda de su vestido en lentas caricias que iniciaron en sus pantorrillas. No estaba excitada —sino más bien horrorizada— y quizá se debía a que estaban haciendo las cosas muy rápido. Le incomodaba todo lo que estaba a su alrededor; muebles, libros, muchas velas y una chimenea... No es que fuera una romántica empedernida, pero Lisa quería algo más romántico, cómodo y oscuro —el tono necesario para que él no pudiera ver las marcas de su cuerpo—. Eso no era en lo absoluto lo que se había imaginado para su primera vez.

—¿Qué haces? —susurró con un hilo de voz.

—Voy a tomarte.

—No, espera, no aquí —le imploró, sujetando su mano que llegó hasta su

rodilla y él detuvo la tarea de abrirse los pantalones—. Mañana. Mi familia tiene una casa en las afueras de la ciudad. Veámonos allí, quiero entregarme a ti en la comodidad de una cama.

Él alzó la mirada, sorprendido y atolondrado. Hamilton recién fue consciente que intentó quitarle la virginidad sobre un escritorio.

—¿Estás segura?

Asintió con una cálida sonrisa en el rostro.

—Sí, quiero que me tomes, pero... me gustaría que fuera en la oscuridad de una alcoba. Algo más íntimo.

—Pero yo quiero verte desnuda.

Nuevamente su intimidad se humedeció y se relamió los labios con ansiedad. Hubo un tiempo en el que se imaginó así para alguien más, alguien con quien debió haberse casado pero al final la rechazó a última hora.

—Y lo harás, pero no será ahora. Alguien podría vernos.

Hamilton recuperó la cordura y dando un paso hacia atrás, la ayudó a bajar del escritorio y a recomponer el estado de su atuendo.

—Él no va a alejarte de mí, cariño —le prometió, besándole las manos, y Lisa saltó para abrazarlo por el cuello.

—Gracias Hamilton, gracias por llegar a mi vida justo ahora.

Él era el único que podía alejarla del peligro que Windsor representaba para su felicidad.

—Siempre estuve aquí, sólo que tú no supiste mirarme.

Lo abrazó con mayor fuerza. Algún día llegaría a amarlo.

—Mañana a las once, te enviaré la dirección con uno de mis lacayos una vez que tenga todo confirmado, debes contestarme y así sabré que estarás allí. No vengas por mí, iré en uno de mis carruajes.

—Ya quiero que sea mañana —confesó él y ella abrió los ojos, sorprendida, cuando aplastó sus labios contra los suyos.

¡La estaba besando!

No estaba preparada, y tal vez por eso le parecía extraño que moviera sus labios sobre los suyos. Trató de seguir su ritmo, pero jadeó cuando él introdujo la lengua en su boca. Se aferró a sus hombros para no irse de bruces hacia atrás.

¿Qué era eso?

Dios santo, no se compraba en nada a los besos que recibió en sus pechos.

Era... horrible.

Sentía que le mojaba los labios y quería que se detuviera. Él gimió sobre

su boca y Lisa observó ojiplática como ganaba algo de distancia para juntar sus frentes.

¿Eso era un beso? ¿Por ese acto muchos morían de amor?

—Yo también —habló con un tono de voz más agudo de lo normal—. Quiero ser sólo tuya, Hamilton.

Seguro hizo algo mal.

Ya mañana él le enseñaría cómo besarle mejor. Harían el amor hasta la mañana siguiente y luego la envolvería en sus brazos para amanecer así, juntos y calientes bajo los ropajes de la cama.

Recostada en la bañera, Lisa intentó memorizar todos los consejos de su madre.

Noelle le hablaba sobre aquello que sucedería esa noche y ahora el calor recorría todo su cuerpo ante la explícita explicación que estaba recibiendo. Él la vería desnuda, tocaría cada rincón de su cuerpo y besaría los lugares más íntimos de su ser.

«Maldito seas, Windsor. Todo es culpa tuya». Lo maldijo en silencio.

Su madre y Berth preparaban sus prendas y parloteaban de un lugar a otro, llenas de ansiedad. Ellas eran sus aliadas esta noche. Por lo que Noelle le dijo, estaba segura que su padre y hermano no notarían su falta, su madre siempre tenía todo controlado y le dio su palabra de que ellos no se enterarían de nada.

—Tú sólo espera que yo llegue mañana. No se muevan de allí por nada en el mundo. Igual él está seguro que se casará contigo; es decir, no habría aceptado de ser diferente.

Su madre hablaba y hablaba, mientras que Lisa no dejaba de pensar que él iba a verla desnuda y tocaría esa piel imperfecta que tenía en el vientre. Hamilton conocería sus miedos y le daba terror la idea de que pudiera rechazarla.

¿Qué le diría entonces?

Que por meses comió como si fuera una muerta de hambre y la rápida pérdida de peso le provocó muchas imperfecciones a su piel.

¿Él la entendería?

Se puso de pie y Berth la cubrió con la toalla dispuesta a ayudarle con su preparación. Su cuerpo olía a lirios, se sentía limpia; sin embargo... se miró al espejo dejando caer el pedazo de tela.

Cuando estaba desnuda no podía sentirse hermosa.

Las líneas que cortaban su piel eran más claras, tenían una leve textura que para un hombre que tocó a muchas mujeres, no pasaría desapercibida. Se abrazó a sí misma, angustiada por la noche que se avecinaba.

¿En qué estaba pensando?

No estaba lista. Nunca lo estaría. No sí no le decía la verdad antes de mostrarse ante él.

Hamilton le había respondido la nota con un simple: «Te estaré esperando». Y ahora no sabía cómo acabar con esa locura, lo estaba engañando. El conde merecía saber sobre sus imperfecciones y tomar una decisión siendo consciente de todo a lo que se enfrentaba en caso de aceptarla.

—Deja de pensar en eso, Lisa —le regañó su madre y la buscó a través del reflejo del espejo—. Los hombres no se fijan en eso en ese momento, están preocupados por otras cosas —espetó con suavidad, sujetándola por los hombros.

—¿Y si lo nota?

—Si lo hace seguro se detendrá, lo pensará mejor y evitará tocar ese sector. Ellos son prácticos.

Eso le dolió.

—¿Le dará asco?, ¿por eso no me tocará?

—No todos los días se encuentran ese tipo de marcas, no sabemos si él querrá tocarlas, puede que prefiera evitarlas. Sin embargo, él estará más pendiente de otras...—pensó como continuar— cosas. Eso será lo de menos.

No muy segura dejó que Berth empezara a vestirle con los interiores que su madre trajo para ella esa noche. Eran de seda y encaje, tan atrevidos como hermosos, jamás creyó que tendría que usar prendas tan lindas para algo así. El corsé quedó ajustado alrededor de su vientre y el vestido que seleccionaron fue uno blanco que fuera sencillo de quitar y poner.

—¿Algún consejo? —inquirió con nerviosismo antes de subirse al carruaje y Noelle asintió.

—No hagas sólo lo que él quiera. Eso es aburrido, busca encontrar tu comodidad, cariño, debes amarte si quieres que él sepa hacerlo. Deja tus inseguridades de lado.

—Pero siempre dijeron que...

—No tengo a tu padre como lo tengo por ser un tronco en la cama.

Su rostro se puso colorado. Por los santos, su madre era una deslenguada.

—Ve con la idea de que compartirás un momento agradable, debes disfrutar de la misma manera que él lo hará.

—¿Lo disfrutaré?

—Deja los complejos de lado y lo harás. Estoy segura que él sabrá qué hacer.

—Gracias, mamá.

—Muy bien, al menos ahora sé que mis dos hijas serán condesas.

Claro, su hermana también estaba prometida al conde de Devonshire.

—Está bien, es un buen título, ¿no?

Noelle hizo una mueca.

—Si me fuera por el título no te estaría mandando con él precisamente. Yo diría que es un buen hombre. Ambos lo son a su manera.

Frunció el ceño.

—No estarás hablando de Windsor, ¿verdad?

—Era joven. Tal vez lo asustamos con un compromiso.

—Tenía veinticuatro, fue él quien pidió mi mano —contestó ultrajada.

—Es hora de que te vayas.

Asintió. Era el momento.

El viaje duró más de veinte minutos, estaba siendo escoltada por cuatro lacayos para evitar cualquier posible asalto. A lo lejos pudo ver la casa de sus padres y efectivamente algunas de las alcobas estaban iluminadas. Dos criadas la recibieron ni bien ingresó al gran hall. Su madre pagó una buena suma para que nada de lo que sucediese allí saliese a la luz.

—El señor ya está aquí —le dijo una de ellas y la piel se le erizó.

Pasaría. Él la tomaría, la haría su mujer y ella tendría que ceder a su voluntad una vez que fuese su esposa.

—¿En qué alcoba? —Se abrazó a sí misma y la criada le explicó el camino que debía tomar.

Era una que estaba en el ala oeste, la última del pasillo. No había ni una sola luz que emergiera de la ranura de la puerta por lo que algo confundida, la abrió con suavidad.

En efecto. Todo estaba oscuro, pero él estaba junto a la ventana dándole la espalda.

Hamilton hizo un leve movimiento de cabeza y se apresuró a cerrar las cortinas dejando la estancia totalmente oscura.

Mejor. Era lo mejor. Estaba respetando su decisión.

—¿Me esperó mucho? —preguntó con nerviosismo y juntó los párpados cuando llegó a ella en un abrir y cerrar de ojos haciéndole sentir su fragancia, su fuerza y su poder. En ese momento todo se le hacía más abrumador, tenía la

boca seca y no sabía por dónde empezar.

Las amplias y desnudas manos del conde rozaron sus mejillas y Lisa inclinó el rostro cuando una suave caricia se deslizó por su cuello, cualquiera pensaría que mimaba a un pétalo de rosa por la delicadeza con la que se movía sobre su piel.

—Milord... —titubeó en el instante que su lengua humedeció el punto frágil y luego jadeó cuando la mordisqueó para regar besos húmedos por todo su cuello. Lo sujetó de la camisa para poder mantenerse de pie. No portaba el chaqué ni el chaleco, por lo que se aferró a él con fuerza al sentirse tan excitada.

—Quiero otro beso.

Esas simples palabras hicieron que su cintura se viera apresada por una fuerza posesiva e inquietante, no quería que la soltara jamás. Lo miró en la oscuridad y apoyó su frente en el pecho masculino al sentir como le abría los botones de su vestido, la tela se arremolinó a sus pies y el peso del corsé cayó sobre ella anunciando que ahora sólo estaba en interiores.

—Estoy nerviosa —confesó y lo abrazó por el cuello en el instante que él la alzó en vilo para llevarla a la cama. La sentó en la orilla y la hizo gemir levemente cuando acarició su cadera, bajando por sus piernas hasta llegar a sus pantorrillas, todo para bajarle las medias de encaje.

Sus caricias la elevaban a un estado que la dejaba desecha, sin voz ni voto; sin embargo, no le pasaba desapercibido que él aún no le decía nada. Quizá siempre era así y no era correcto hablar en ese acto, pero para Lisa era imposible, los nervios y el placer estaban acabando con ella.

—Hamil... ¡Ah!

Le abrió las piernas con brusquedad, dejándola perpleja y avergonzada al saberse tan expuesta. Sentía las mejillas calientes y en su vientre bajo se desataban un sinfín de sensaciones sin que pudiera tener control sobre sí misma.

¿Esa fue una orden para que guardara silencio?

Confundida parpadeó un par de veces y arqueó la espalda al sentir como la despojaba de sus interiores.

—Espera. —Sujetó sus manos con nerviosismo—. Hamilton.

Él gruñó y Lisa respingó al notar la molestia en su tono de voz. Hamilton se incorporó y lo sintió tan alto que le desconcertó no haberlo notado antes, con un simple movimiento la tendió sobre el colchón y tragó con fuerza, no la estaba lastimando, pero sólo Dios sabía lo mucho que le hacía desearlo.

—Yo...

—Shhh... —le pidió con suavidad.

—Me cuesta —confesó—, no es normal saberme desnuda ante un hombre, es la primera vez que alguien me toca así.

Los movimientos fueron clarísimos en la oscuridad, él se quitó el pañuelo y la hizo sentarse otra vez. Lisa abrió los ojos de par en par al darse cuenta que le cubría la boca con él.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Cuando se cercioró que no volvería a decir nada más, le pareció escuchar una leve risilla maliciosa.

No conocía ese lado del conde, pero tenía que admitir que le fascinaba su astucia y descaro.

Le volvió a abrir las piernas y ella suspiró cuando se arrodilló entre ellas. Respiró agitadamente en el momento que posó sus pantorrillas sobre sus fuertes hombros y se abrió aún más cuando él se inclinó sobre su centro palpitante.

—¡Mmm! —Arqueó la espalda cuando sus labios se posaron en el punto frágil, le costó aferrarse a la idea de lo que le estaba haciendo y gritó ahogadamente en el momento que su lengua embistió sobre su tierna piel—. Mmm... mmm... —jadeó desesperada.

Quería hablar, decirle lo que sentía, pero Hamilton no deseaba escucharla.

Él sujetaba sus manos para que no se encargara del pañuelo, y eso tal vez era bueno porque así no la acariciaba en los lugares que ella no quería que lo hiciera. Pero, ¡santo cielo!, no sabía qué era lo que quería, pero algo le faltaba.

Ella también quería tocarlo.

«Debes disfrutar de la misma manera que él lo hará ». Recordó las palabras de su madre y buscó un vaivén, desesperada. Él llevó sus manos hacia su espalda para sujetarlas sólo con una. La mano libre la guio a su centro y Lisa estaba segura que gritó cuando un dedo se sumergió en ella robándole el aliento.

—Ah... mmm... —Eran los únicos sonidos que podía emitir mientras se balanceaba sobre el colchón.

Forcejeó con él para liberar sus manos y Hamilton supo castigarla metiendo dos dedos más en su interior. Gritó ahogadamente, pero siguió hasta que logró liberar una mano, lejos de hacer lo que él tal vez pensaba, empuñó su mano sobre su espesa cabellera y lo instó a seguir, a presionar más.

Y lo hizo. Lo hizo tan bien que Lisa finalizó sobre el colchón convulsionando por el potente orgasmo que él le provocó. Su otra mano fue liberada y él la estaba lamiendo, la estaba probando y al parecer pretendía dejarla limpia allí abajo porque no se apartó, siguió mordisqueando su botón, acariciando su hendidura y pasando los dedos por su humedad.

No se quitó el pañuelo, siguió a la espera de lo que él le haría ahora, con el cuerpo sudoroso y el pulso acelerado.

¿Era normal sentirse así, perdida en los brazos de su futuro esposo?

Él se incorporó cerniéndose sobre ella hasta llegar a su cuello y volvió a besarla, bajó por su clavícula y llegó a sus pechos. Su boca se apoderó de una gran porción y la chupó como si quisiera robárselo o marcárselo sólo para él, para sus placeres. Ella se arqueó, y Hamilton amasó el otro pecho con su amplia mano, exasperándola. La tuvo así por lo que le pareció una eternidad, su boca pasaba de un pecho a otro mientras ella lo abrazaba con las piernas por la cadera buscando rozar su intimidad con el bulto que seguía dentro su pantalón.

Quizás se debía a que sabía qué vendría después, pero le parecía que ese encuentro era mil veces mejor al que tuvieron en el jardín la noche que se conocieron.

La dureza que rozaba su intimidad le generó una sequía en la boca y dirigió las manos a los pantalones masculinos para tocarlo. Su madre le dijo que hiciera lo que quisiera y ahora quería tocarlo.

Él se detuvo abruptamente y ella siguió con su tarea. Introdujo su mano por las calzas y jadeó en el instante que tocó la textura gruesa, caliente y dura. Hamilton se presionó sobre ella como si acabara de encontrar su punto débil. Lisa se las ingenió para bajar un poco los pantalones masculinos y gimió cuando tuvo el miembro en la mano.

En ese momento el conde la sujetó con brusquedad de la muñeca, estaba muy tenso para su gusto. Rápidamente se quitó el pañuelo con una de sus manos y se enderezó un poco hasta quedar muy cerca de su rostro.

—No me detengas —imploró con un hilo de voz—. ¿No quieres tomarme? ¿Por eso sigues vestido? —No era estúpida, pudo darse cuenta que él no se quitó ni una sola prenda desde que entró a la alcoba—. Debes hacerme el amor, sólo así seré tuya para siempre. —Acunó sus mejillas—. Nadie podrá separarme de ti, ni el mismísimo rey. —Bajó su mano nuevamente hacia su miembro, se sentía excitada y deseaba más de él—. Hazme el amor, quiero saber lo que se siente sentirse amada. Ah... —se arqueó cuando amasó uno de

sus pechos y jadeó sobre sus labios.

Con la mano libre él sujetó la que tenía alrededor de su miembro y la movió de manera ascendente y descendente con suavidad. Lisa captó el movimiento y en cuestión de segundos lo hizo sola mientras él deshacía su peinado con ambas manos en lo que su boca devoraba su pecho izquierdo.

Estaban perdiendo el control.

Al notar que perdía la estabilidad, con las piernas se aferró a él ganando algo de equilibrio.

Jadeante refunfuñó cuando liberó su pecho y tragó con fuerza al verlo quitarse la camisa con un simple movimiento, como si un demonio se hubiera apoderado de él. En ese momento Lisa lamentó no tener luz, le habría fascinado ver su pecho desnudo.

Hamilton no regresó a ella, sino que se mantuvo firme dejando que ella agitara su miembro. Así lo hizo, fue rápida y certera, hasta que no pudo más y lo liberó quedando rendida en la cama.

Se arrepintió, en ese momento las manos del conde la sujetaron de la cadera y parte del vientre. Su movimiento fue tan brusco que él descubrió sus imperfecciones a causa de su malestar.

No se movió.

Lisa retrocedió alejándose de él, mientras se sentaba en la cama ganando algo de distancia, cerró las piernas y se abrazó las rodillas.

—Creí que el no tener luz me ayudaría a esconderlas, pero... era casi un hecho que las descubrirías. Si no era hoy sería después de nuestra boda. Te lo dije, sufrí de sobrepeso, fue una de las razones por las que me dejaron.

La visión se le empañó y la voz empezó a quebrársele.

—El anterior invierno mi madre me dijo que no podría conseguir nada así, por lo que restringimos alimentos y... funcionó, perdí los kilos de más bastante rápido, pero mi piel no quedó tan bien. —Intentó sonreír, pero terminó sollozando al ver que él se ponía de pie. Retiró la mirada—. Entendería que no quisieras continuar, aún estás a tiempo de echarte para atrás, no serías el primero en dejarme, tal vez sí el último pero no el primero.

Retiró las lágrimas de su rostro e intentó ponerse de pie; sin embargo, él la sujetó de la cintura y la empujó recostándola sobre el colchón, haciéndola emitir un gritillo.

Su piel se rozó con la de sus fuertes muslos y abrió los ojos de par en par, ¿en qué momento se desvistió?

Él estaba... el calor asaltó sus mejillas.

Hamilton estaba totalmente desnudo y ambos se encontraban recostados sobre la cama. Él se incorporó separándole las piernas y Lisa se arqueó aferrándose a una de las almohadas que ahora estaba bajo su cabeza.

¿Quería continuar? ¿De verdad le haría el amor?

Hamilton se inclinó hacia su rostro y para su sorpresa, no la besó en la boca, sino en los ojos para beber las lágrimas que amenazaban con brotar.

Una emoción la embriagó, la estaba aceptando y en sus besos estaba la clara prueba de que nada le importaba. Lo abrazó por el cuello y sin tener una luz que los guiara —sólo sus cuerpos y el deseo que recorría en ellos—, ambos buscaron sus labios hasta encontrarse.

Distinto.

El primer roce fue casi mágico.

La trató con una delicadeza abrumadora, sin embargo, cuando se separaron, el siguiente beso fue más demandante, más exigente y con un suave toque de su lengua supo que tenía que separar los labios. Sus lenguas se enredaron, saciando la necesidad de ambos, hasta encontrar el momento exacto en el que tenían que impulsarse para congeniar; y fue así, como ese beso la derribó y derritió en sus brazos.

Le dolió en el alma que lo hubiera cortado mientras repartía unos más sencillos por su vientre.

Se cohibió al sentir donde estaba, pero los ojos se le llenaron de lágrimas al percatarse que él besaba cada una de sus imperfecciones. Las saboreó como si fueran los dulces más deliciosos que tuviera a su alcance, las besó con una ternura hechizante y las acarició como si su textura fuera lo más hermoso que pudiese tocar en la vida.

—Gracias. —No decirlo estaría mal, él merecía saber lo feliz que la estaba haciendo en ese instante.

No se detuvo. Siguió con su labor y esta vez regresó hacia sus ojos, lamiendo sus lágrimas con ternura.

—Siempre creí que Windsor arruinó mi vida.

Ahora sí dejó de moverse. Lisa lo sujetó del rostro para que no se apartara.

—Pero tú... Mmm... —Arqueó la espalda al sentir como algo la invadía con una lentitud aplastante—. Eres... —¿Por qué tenía que hacerlo en ese preciso momento? Así no podría hablar—. Yo te... ¡Ah!

Dolorosa. La penetración fue espantosamente dolorosa.

Lo abrazó por el cuello y ambos esperaron por varios minutos. Él besando

su hombro en silencio y ella planteándose cómo demonios debía decir que lo quería, se suponía que eso era algo sencillo, ¿por qué a ella le estaba constando tanto? Estaba segura que amarlo sería fácil después de aquel encuentro, sólo necesitaba deshacerse de todos los recuerdos que Windsor le generaba.

—¿No te gusta que hable de Windsor?

Él salió con lentitud y volvió a ingresar.

—Ah... —parpadeó varias veces cuando le cubrió los labios con la mano. En cuestión de segundos tuvo sus labios sobre los suyos.

La besó como si no hubiera un mañana y, ¡santo cielo!, le hizo el amor como si ese fuera el último día de su vida. Cada embiste fue más glorioso que la anterior, cada caricia la elevó hasta lo más alto del cielo y la hizo perderse en su calor. Él se aferraba a ella como si fuera su único punto de apoyo mientras gruñía y gemía roncamente; en cambio Lisa, era un cantar más agudo, más lastimero y más melodioso para él.

Con los cuerpos sudorosos y las visiones empañadas por el placer, ambos tomaron impulso y gimieron alto cuando alcanzaron la gloria al mismo tiempo. Hamilton se desplomó quedando junto a ella y jadeantes buscaron recuperar el aliento. El conde aún estaba en su interior, no se había retirado del todo.

Aturdida por todas las sensaciones que sintió, Lisa se cubrió el rostro, apenada.

—No puedo creerlo.

Él la abrazó por el vientre y la cubrió con el ropaje de la cama sin decirle nada.

—Acabo de entregarme a ti. —Lo abrazó por la cintura, aprovechando que él la apegaba a su cuerpo—. Seré tu esposa, tu mujer, nadie podrá separarnos.

Se sonrojó ante su silencio. Tal vez no era normal hablar después de este acto.

—Gracias —repitió con suavidad, enterrando el rostro en su pecho—. Adoré tus caricias, tus besos y tu entrega. Ha sido la mejor noche de mi vida, amado mío.

La abrazó con increíble posesión, y lentamente fue cerrando los ojos, consciente de que Hamilton le acariciaba la espalda con delicadeza, como si adorara tocar cada rincón de su piel.

La luz del sol buscó filtrarse por la comisura de sus ojos y Lisa gruñó suavemente. Se removió con inquietud y un lamento adolorido brotó de su

garganta por la punzada que sintió allí abajo. Aún dolía un poco.

Las sábanas estaban a la altura de su cintura, sus pechos estaban a la intemperie y eso parecía importarle muy poco, estaba con su futuro esposo, no tenía por qué sentir vergüenza.

Sonrió al saberse tan desvergonzada y se abrazó a la almohada que tenía al lado de la suya. Poco a poco fue separando los párpados y parpadeó varias veces al no ver a nadie junto a ella. Frunció ligeramente el ceño y se volvió hacia el lugar del que provenía el olor a tabaco.

Todo rastro de alegría y felicidad se esfumó.

El miedo la invadió y se sentó tan rápido como pudo para cubrir su desnudez. Retrocedió sobre el colchón y las lágrimas se acumularon en la comisura de sus ojos.

Era una pesadilla. No podía ser él, Windsor no podía estar de brazos cruzados y con el aspecto desaliñado, apoyado en el poste del dosel de la cama, mirándola con fijeza.

—No, princesa —le dijo y posteriormente le dio una calada a su cigarrillo—. No es una pesadilla.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Te dije que te casarías conmigo. Pensé que un beso bastaría para pactar nuestro acuerdo, pero mira lo que me obligaste a hacer.

—¿Tú respondiste mi nota? —Las lágrimas bajaron por sus mejillas.

Acababa de perder a Hamilton.

—No me gustó lo que vi en la biblioteca —espetó con una mueca de fastidio—, así que decidí usar mano dura. Sigo pensando que debería llevar mi pistola conmigo, mira que robar el primer beso de mi mujer.

—¡Eres un desgraciado! —le gritó fuera de sí y él apretó la mandíbula. Ningún duque estaba familiarizado con ese tipo de insultos.

—Uno que te cogió muy bien.

Empezó a respirar con dificultad.

—No me casaré contigo, Marcus me aceptará, ¡ah! —Se espantó cuando la sujetó del brazo y de un tirón la obligó a arrodillarse en el colchón.

—Pude tolerar que lo nombraras ayer porque no estaba en la condición de callarte, pero vuelve a llamarlo por su nombre y no querrás saber lo que haré con el conde.

Sollozó ahogadamente y negó con impotencia. No podía casarse con Windsor, no cuando era el tipo de hombre que siempre quiso evitar.

¡Él no la amaba!

Mentiría, le diría que amaba a Hamilton.

—Yo lo...

—Inténtalo siquiera —siseó furibundo, y Lisa retuvo sus palabras en su garganta con el alma hecha añicos.

Acababa de traicionar a Hamilton y no podía hacer nada para revertir sus errores.

Estaba perdida.

La puerta del dormitorio se abrió y la sonrisa de Windsor se ensanchó al ver de quien se trataba. Los dos observaron a la marquesa de Winchester allí, totalmente anonadada.

—Lisa... —susurró con voz aguda, provocando que bajase la mirada, avergonzada.

El silencio se prolongó por más de diez segundos, y como no fue capaz de decir nada, Windsor habló por ella.

—No se preocupe, lady Winchester, ya tengo la licencia especial.

Negó con desesperación y se aferró a las sábanas para cubrir su desnudez.

—¿Cómo? —susurró su madre y Windsor tiró de ella para sacarla de la cama.

Noelle palideció al ver la mancha de sangre en las sábanas blancas.

—Pienso hacerme responsable —comunicó, sonriente—. Usted sólo dígame cuándo podremos hablar sobre la dote de su hija.

Capítulo 5

Por más que Lisa lo intentara, no podía dejar de llorar. Era el segundo día que se pasaba encerrada en su alcoba y sabía que en ese preciso momento su padre y Windsor estaban cuadrando todo el asunto en cuanto a su dote. Ya no tendría ni un solo penique para ella, su sueño de viajar y conocer el mundo quedaría en el olvido porque su esposo se adueñaría de su fortuna.

Para empeorar todo, Hamilton no fue a visitarla.

Su madre le hizo el favor de contarle su situación y eso no hacía más que empeorar su estado de ánimo porque claramente él se hizo a un lado al darse cuenta que no había marcha atrás, que Windsor había conseguido lo que quería.

Lo perdió e iba a casarse con un sinvergüenza. Como una estúpida no pudo pensar en que él no se quedaría tranquilo. Llevaba años conociendo a Windsor y no pudo deducir que él sería capaz de todo con tal de desposarla si se lo proponía. Sin embargo, eso no era lo que más le dolía.

Lo más triste de toda esta situación era él como persona.

Ya no había rastro del hombre amable que algún día fue, de ese carismático y apuesto joven que robaba sonrisas por doquier. Ahora era vil, déspota y egoísta.

Les arruinó la vida a ella y al conde. Hamilton necesitaba su dinero, ella se lo había prometido y ahora no podría darle nada porque Windsor invertiría veinticinco mil libras en el club, y lo demás... era solamente suyo.

Se abrazó a sí misma.

Le costaba creer que esas caricias, esos besos y todo aquello que la hizo tan feliz, hayan venido por parte de un ser tan despreciable como el duque. Ya no quería recordar, ya no quería pensar en lo mucho que le había gustado estar entre sus brazos. Todo era una mentira. Toda esa magia sólo fue una actuación que él realizó para seducirla y obtener lo que quería.

Su dinero. Eso era lo único que a Windsor le importaba.

La noche llegó con rapidez, al igual que la noticia de que se casaría mañana en la tarde. No se realizaría una ceremonia, pero ya era un hecho que él la desposaría, los contratos estaban firmados.

Ladeó la cabeza sintiéndose mareada, no ingirió alimento en esos días y se sentía fatal. Se acercó a su cómoda y sacó sus joyas y los pocos peniques que tenía.

Prefería huir, quedarse con ese miserable era un castigo que ella no merecía. Salió por la puerta de servicio y caminó con lentitud, como si no

supiera exactamente hacia dónde ir. Se sentía perdida, le costaba entender cómo su vida había terminado así, de la noche a la mañana.

Lisa sabía que corría peligro porque una dama sensata no estaría vagando sola por las calles de la ciudad, pero por alguna extraña razón, ya nada le interesaba. Había algo en su alma que le impulsaba a alejarse de todo, de esa realidad que la estaba acabando física y mentalmente.

A pesar de que Mayfair era una zona bastante aceptable para cualquiera, la oscuridad de la noche la volvía peligrosa. No podía ir con Hamilton, ellos no tenían futuro y ella no podía arruinarle la vida, por lo que seguiría un rumbo desconocido hasta que en la mañana abrieran la casa de empeño.

Fue el objetivo de un duque y este la consiguió en un abrir y cerrar de ojos sin importarle el medio, ni las personas que dañaba en el proceso.

Llegó a Hyde Park y se sentó junto a un árbol. Hacía frío y la neblina se levantaba en el enorme terreno. En otras ocasiones habría estado asustada, pero ahora deseaba que algo realmente feo le sucediera para terminar aceptando que su vida era un completo desastre.

Si tan sólo Windsor hubiera vuelto por ella, tal vez las cosas serían distintas; pero no, él estaba allí por su dote, hizo todo lo que hizo por dinero.

Nuevamente la estaba destruyendo cuando ella no hizo más que amarlo.

—¿Te perdiste, cariño?

¿Eso era lo peor que podía pasarle?

Alzó el rostro y vio a dos hombres frente a ella, ambos afectados por el alcohol.

—Sí —contestó con suavidad.

—Es muy linda. Creo que me la llevaré a mi casa —dijo el rubio regordete.

—Yo la vi primero.

—Tu mujer la echará en menos de dos días.

—Lo de menos, con que me la folle tres veces es suficiente.

Se puso de pie e ignorándolos, caminó por la neblina, ellos la seguían con pasos tambaleantes. Estaba segura que si corría los perdería de vista.

—¡Detente, maldita zorra!

Se detuvo y se giró para mirarlos.

¿Había escuchado bien?

—¿Por qué debería hacerle caso, asno asqueroso?

Lisa se dio cuenta de la pregunta que brotó por su garganta y dio un paso hacia atrás al notar como ambos hombres empezaban a temblar de la cólera.

Salió corriendo. La sensibilidad pareció regresar a ella al darse cuenta del peligro que corría.

¡Iban a matarla!

—¡Vuelve aquí!

Corrió como pudo, metiéndose entre los árboles y buscando un camino que la llevara a un lugar más seguro. Sin embargo, empezaba a sospechar que nada sería más seguro que su casa.

Una pendiente apareció en su camino y antes de poder reaccionar, resbaló por ella y los golpes llegaron a distintas partes de su cuerpo. Tendida en el frío piso, supo que pararse sería imposible. Le dolía el cuerpo, la cabeza y el alma. Su vida estaba destruida.

Parpadeó débilmente y el sonido de gruñidos y golpes, fue lo último que llegó a escuchar antes de verse invadida por la oscuridad.

—Lo estás haciendo mal —gruñó una mujer, cuyo tono de voz no conocía, y frunció el ceño por el ardor que sintió en la frente—. El amo nos matará si no somos cuidadosas con ella, ya viste como reaccionó ayer cuando le lavaste el rostro con agua muy fría.

—Pero el doctor dijo que debíamos limpiar su herida así.

—No, él dijo que era así.

Respingó en el momento que algo húmedo rozó la cima de su frente —al lado izquierdo justo donde nacía su cabello— y arrugó el entrecejo. Le ardió lo suficiente como para que abriera los ojos.

—Milady —dijeron las doncellas en unisón y ella miró por el lugar, ofuscada.

Todo se veía fino y costoso, las mismas sábanas de lino blanco y el cubrecama de piel eran la clara prueba que no estaba en un lugar cualquiera. Miró el pijama que cubría su cuerpo y se estremeció.

¿Quién le puso esa camisola?

—¿Dónde estoy? —Trató de incorporarse, pero el dolor no se lo permitió, sentía el cuerpo adormecido.

—No se preocupe, milady, su excelencia dijo que logró convencer al vicario para que la boda se efectúe en el jardín de la casa. Puede descasar, será a las cuatro de la tarde.

Estaba en la casa de Windsor.

¿Cómo no lo sospechó antes?

Él no dejaría de seguir sus pasos hasta que fuera oficialmente su esposa.

La puerta del dormitorio se abrió y no se movió, sólo captó el silencio que se formó a su alrededor.

—Salgan de la alcoba.

Se quedaron solos al instante. Estaba molesto.

—Pensaste en huir, ¿no es así? —Se posicionó frente a ella y Lisa observó cómo se acariciaba los nudillos de su mano desnuda con tranquilidad, estaban heridos.

—Sí.

El cuerpo relajado de Windsor pasó por una terrible tensión que le hizo estremecerse bajo las sábanas, y cuando sus miradas se encontraron, quiso salir corriendo de esa habitación.

—¿Es que acaso estás loca?! Si no te seguíamos... te habrían matado —farfulló rojo de la cólera, y ella retiró la mirada sin querer ver más de sus emociones que ahora relampagueaban en sus ojos color celeste.

—No quería que me siguieran, debí saber que me tendrías vigilada.

—No eres de fiar. Llevo noches sin dormir fuera de tu casa.

—¿Por qué? —inquirió con los hombros caídos—. Hay mujeres mucho más hermosas y ricas que yo, ¿cuál es el punto de someterme a su voluntad?

No obtuvo respuesta, pero la piel se le erizó por la intensidad de su mirada.

Nunca comprendería porqué la eligió a ella cuando había muchas damas hermosas en el mercado matrimonial.

—¿No se me permite huir con el hombre que amo? —ironizó, aun a sabiendas que esa no fue su intención principal, y el pulso se le aceleró cuando Windsor apareció sobre ella, evitando aplastarla.

—No, no puedes. ¿Sabes por qué?

—¿No llegaría muy lejos? —Su voz fue perdiendo fuerza y determinación, mientras lo miraba a los ojos.

Él la observó por un largo lapso, como si debatiera entre decirle o no, algo que fuese muy importante para la humanidad.

—En efecto —dijo con severidad—, y luego lo mataría a él.

—No me iba a ir con Hamilton —terminó confesando.

—El conde ya sabe lo que sucedió, quedó un poco mal, pero supongo que encontrará una nueva dama con una dote tan atractiva como la tuya. Ya lo dijiste, ¿no? Mejores que tú hay en montón —soltó con malicia y Lisa se sintió terriblemente herida por sus socarronas palabras.

—Eres un desgraciado.

—Es lo más lindo que me han dicho estas últimas semanas, princesa.

Para su sorpresa, él la envolvió en un fuerte abrazo, y ella forcejeó como pudo hasta que se vio nuevamente liberada.

—No me quedaré contigo. Huiré —soltó guiada por el rencor y él se mantuvo impertérrito.

—Mira —dijo, incorporándose y sacando un saco de monedas algo diminuto de su levita—. Aquí está todo lo que se consiguió con las joyas que pensabas empeñar, una vez que nos casemos y todo sea legal, puedes irte donde se te venga en gana si así lo deseas.

—No me crees capaz, ¿verdad? —La estaba subestimando, ella no era la misma joven de dieciocho años que abandonó por una cortesana.

Él rio con malicia.

—No podrás sola, eres una cobarde. Una adulta reprimida con sueños de adolescente. Mira como terminaste, si no te seguía, ahora estarías muerta.

—¿Querer amor es de adolescentes? —Los ojos empezaron a picarle.

Él no le contestó.

—Mantente viva hasta que seas mi duquesa. —Fue lo único que dijo, como si ella no hubiera hecho aquella pregunta.

—De acuerdo. ¿Algo más, milord? —Le miró con odio y si él se sintió afectado por ello, no lo exteriorizó.

—Tus padres ya saben lo que intentaste hacer, tu madre trajo tus pertenencias esta mañana y se quedó por largas horas haciéndote compañía. Tuvo que irse porque tu padre la mandó a llamar. Creo que lo mejor será que empieces a tolerarme, soy lo único que tendrás hasta el día de tu muerte y dudo tener el tiempo necesario para vigilarte una vez que seas mi esposa, así que aprende a cuidarte por ti misma.

Claro... su tiempo lo implementaría en cosas más interesantes, en mujeres más hermosas.

—Sal de mi alcoba.

—Estás en mi casa.

—Pero esta es mi alcoba.

Él rio sin gracia alguna y se inclinó hasta quedar a sólo unos centímetros de su rostro.

—Aquí nada es tuyo, princesa. Todo me pertenece —musitó con suavidad y juntó sus labios con ternura. No se movió, dejó que la besara porque eso era parte del infierno que le esperaba—. Tú también eres mía, sólo es cuestión de horas para que te lo confirme.

Después de que él le dejara claro quién tenía el poder ahora —o tal vez siempre—, Lisa se quedó en el dormitorio que sería suyo con dos doncellas muy pendientes de cada uno de sus movimientos. Windsor no debería tener así a sus criados, difícilmente huiría herida. Estaba vencida, ya no había marcha atrás, se casaría con el hombre que la abandonó años atrás.

Su madre llegó después de la hora del almuerzo y Lisa se permitió llorar y sacar toda la frustración que la estaba ahogando en su interior, se casaría con un hombre que no le amaba y sería otra dama más sometida a la voluntad de su marido.

—No es tan malo, cariño, recuerda que ibas a ser la duquesa de Windsor.

Noelle no se lo decía porque el ducado le pareciera mejor que el condado, lo hacía porque sabía mejor que nadie que no podrían revertir la situación.

Tenían que enfrentarla.

—¿Hablaste con lord Hamilton?

Necesitaba saber del conde, se sentía culpable, al final no podría ayudarlo. Su madre la miró con pena y juntó los párpados, frustrada.

—No está molesto contigo, sabe que lo quieres y lamenta que las cosas hayan terminado así.

—Es muy bueno. —Se lamentó, y Noelle hizo una seña a las criadas para que le preparasen el baño a su hija.

—Ya no podemos hacer nada. Tu padre confía en que Windsor será un buen esposo, las cosas suceden por algo. Quizá Hamilton no era para ti, no lo amabas, querida.

—Lo habría amado con el tiempo. Y mi padre está equivocado, fue el duque quien me abandonó sin pensar en el escándalo que dejaba a mi cargo.

—Ya no podemos hacer nada, lo mejor será seguir adelante con la frente en alto. Debes convivir en paz con Windsor, él te aprecia mucho.

Sin poder ir en contra del comentario de su madre, Lisa esperó que le prepararan el baño y ella misma echó su esencia de lirios una vez que todo estuvo listo.

No la apreciaba, no la quería. ¡Él solo deseaba su dote!

Las doncellas empezaron a desvestirla y contuvo el aliento al percatarse que ambas miraban su piel con sorpresa. Seguramente no lo esperaban de la futura duquesa de Windsor.

La impotencia la consumió.

Él acarició esa piel dañada. Ella le confesó sus miedos pensando que era Hamilton y Windsor se aprovechó de la situación, hizo que se sintiera hermosa

para que no pudiera resistirse a sus muestras de afecto y así él asegurara su compromiso a pesar de que su piel no fuera precisamente de su agrado.

Entró a la bañera con la mirada perdida y tragó con fuerza al ser atendida por otra persona que no fuera Berth, quien conocía todo de ella.

Hasta eso le quitó Windsor.

Como supuso, a su boda asistieron Beaufort, Sutherland —con su familia— y los condes de Norfolk. Su hermano no parecía muy conforme por el curso que habían tomado las cosas —estaba segura que él sospechaba que hubo más de un engaño—, pero no existía método alguno para cambiar ese triste final.

Windsor la esperaba con un impecable traje de vestir color crema, sonriente como si estuviera casándose con la mujer de su vida y la más hermosa de Gran Bretaña.

Algo que ella no era. Al menos no para él. Claro está.

La duquesa viuda llegó de Surrey sólo para ese acontecimiento, lo que Lisa sabía era que lady Ivonne adoraba vivir en el campo y difícilmente Windsor sería capaz de ir en contra de los deseos de su adorada madre. Ella le sonreía con calidez, como si quisiera decirle con su sonrisa que todo estaría bien para ella de ahora en adelante.

Nuevamente se concentró en sus pasos, todas las miradas estaban sobre ella y por suerte sus bucles ayudaron a cubrir la herida que ahora portaba en la frente. Nada grave según su madre y las doncellas.

Hizo todo lo que se le indicó: prometió fidelidad, amor y obediencia; no obstante, estaba segura que su unión no sería parecida en nada a la de un matrimonio. Windsor no la desearía por sus imperfecciones, si la tomó hace tres días fue porque no tenía otra alternativa; en cambio ahora, teniendo su dinero y a ella como esposa, seguramente buscaría una amante que pudiera satisfacerlo mucho mejor, una más hermosa y esbelta.

Le costaba creer que hubo un tiempo donde él le pareció perfecto e inalcanzable; y ella, aun así, lo seguía con pasos largos luchando por alcanzarlo.

—¿Por qué me siguió, lady Stanton? Pudo haber sido peor si no la escuchaba caer.

Lisa se sonrojó con intensidad y trató de contener el aliento metiendo el vientre para que él no notase los kilos de más que portaba en esa parte en especial.

—Quería ver como cabalga, milord. Mi madre no nos deja hacerlo y

siempre me gustó ese deporte. —Fue sincera. Bueno, un poco sincera, no podía decirle que le parecía un hombre atractivo y que lo seguiría hasta el fin del mundo si fuera necesario con tal de verlo unos segundos.

Por supuesto que no.

—¿Le sigue doliendo? —presionó su tobillo y ella negó, avergonzada. Estaba tocando su pie, ¡la estaba tocando!—. ¿Cree que pueda ponerse de pie?

Tenía que hacerlo. Uno, porque no podía quedarse allí para siempre; y dos, porque su madre la mataría si se enteraba que su hija de quince años salió de su casa a las seis de la tarde siguiendo a uno de sus preciados invitados.

—Dado que está siendo bien tratado en Hampshire. —Empezó a incorporarse, aceptando su ayuda—. ¿Qué tal si olvida lo que vio hoy?; mi madre no sabe que lo seguí.

Él sonrió y ella casi se derritió a sus pies. El amigo de su hermano era muy atractivo.

—Supongo que todos cometemos travesuras de vez en cuando.

Ella asintió y empezó a caminar lentamente, evitando exteriorizar su dolor.

—Creí que quería que le enseñara a cabalgar. —Escuchó a su espalda y ella se mordió el labio inferior con impotencia, no podía quedarse, su pie estaba herido.

—Otro día será, milord —dijo sin mirarle y lanzó un gritillo cuando él la tomó en brazos.

—Me parece. —Le sonrió, y entró en pánico, era muy pesada para él—. Hoy llamaremos al doctor para que le revise su pie herido. —Avanzó hacia el semental y la acomodó en la silla para luego posicionarse tras ella—. Sin embargo, sepa que ni bien se cure la esperaré en los establos, milady —susurró tras de su oído y un escalofrío recorrió su espalda.

Él se apartó velozmente y Lisa admiró la vista buscando olvidar lo ocurrido, era imposible que él la estuviera seduciendo.

—¿Le gusta la vista? —El calor asaltó sus mejillas cuando él posó una mano en su cintura. Se giró un poco para mirarlo y su galante sonrisa hizo que sus ilusiones y sospechas se evaporaran.

¡Era una locura que él intentara seducirla!

Sólo estaba siendo amable.

—Sí —confesó con una radiante sonrisa—. Siempre pensé que cabalgar

se asemeja mucho a la libertad.

—Libertad. —Saboreó la palabra—. Va perfecto con la acción.

—Sí.

—¿Su hermano la dejó salir así como así, princesa?

Se ruborizó aún más y lo miró sorprendida. ¿Por qué le decía «princesa»?

—Pareces una ahora —le comentó suavemente—, desde ahora será mi princesa, milady.

Lisa creyó que moriría de vergüenza.

¿La princesa del duque de Windsor? Ese seguramente era el sueño de toda mujer de Gran Bretaña; no obstante, ella era una niña y estaba a tiempo de comprender que él solamente estaba siendo amigable con la hermana menor de su mejor amigo.

—¿Y usted, qué será de mí? —Deseó saber, no estaba de más aclarar sus dudas.

Él se tomó varios segundos para pensar y luego pareció llegar a una conclusión, porque asintió y conectó sus miradas.

—Su aliado. Podrá contar conmigo para lo que desee si su felicidad es la que está de por medio.

El roce de la mano enguantada sobre su mentón la regresó a la realidad y parpadeó varias veces al ver la intensidad que reflejaba la mirada de su esposo.

Era la hora del beso.

En varias ceremonias uno podía saltarse el beso, no era algo obligatorio por lo que él no necesitaba sacrificarse. Sin embargo, Windsor se inclinó con lentitud y ella, muy suavemente, musitó:

—¿Esta es la confirmación de la que hablaba?

Se detuvo a medio camino, algo tenso por su pregunta, y la observó severamente.

—No. Eso será cuando esta noche te haga mía. —Su cuerpo entró en una horrible tensión y él se acercó a su oído—. Y tú grites mi nombre una y otra vez, suplicando por más.

La sujetó del mentón y la besó, lo hizo sin vergüenza ni tapujos dejando a los invitados algo sorprendidos por su reciente arranque de pasión. Se encargó de que para las personas que estaban presentes, quedara más que claro que Lisa Browning, duquesa de Windsor, ahora era su mujer.

Después de la ceremonia nadie se quedó por mucho tiempo, pero le bastó todo un ostentoso banquete para descubrir —gracias a la pequeña hija de los condes de Norfolk, lady Aline— que los rumores eran todo lo contrario a lo que ella, y tal vez todos los demás, habían esperado.

Prácticamente todo apuntaba a favor de la pareja.

Se decía que el compromiso nunca se rompió y que lo cierto era que Windsor tuvo que irse a una misión asignada por el Rey y por eso regresó por su amada cinco años después. Otros afirmaban que ni bien la vio, supo que nunca tuvo que dejarla y volvió a pedir su mano. En pocas palabras, nuevamente Windsor salía campante y limpio de sus actos tan impropios y desvergonzados para un miembro de la nobleza.

—Antes de que nos retiremos. —Se volvió hacia su hermano. Ross parecía estar sumergido en su propio letargo mientras salía por la puerta del balcón que ella había elegido como el ideal para alejarse de ese encierro—. Quiero que sepas que puedes contarme todo si algo llegase a suceder. Sé que no se irán de viaje por ahora, Windsor debe encargarse de todo lo necesario para formar parte del club. No debes preocuparte, él duplicará el dinero y nunca te faltará nada.

Él siempre lo supo, podía entregar su cabeza a que su hermano sabía lo que Windsor buscaba.

—De acuerdo.

La había traicionado.

Ellos eran más unidos que los mosqueteros, o al menos Lisa así veía a los cuatro individuos que ahora estaban en esa casa.

—Pero se irán tarde o temprano, y espero puedas llevar la fiesta en paz con Windsor.

—Lo haré.

Lo haría. Después de todo, ¿no era el mismo duque quien le dijo que podría irse cuando quisiera? No la estaba atando a nada, a su esposo le importaba un comino lo que ella hiciera con su vida.

—Sonríe Lisa, es Windsor, él jamás te causará ningún mal, siempre fuiste su favorita entre las demás.

Ese comentario brotó de la mente de un ignorante, de una de las muchas personas que no sabían cómo había sido atrapada por ese canalla.

—Es difícil. Lord Hamilton necesitaba mi ayuda y le fallé.

Su hermano mantuvo la mirada en frente y dijo:

—Lo ayudaré. Haré que lo esperen.

—Espero te vaya bien —soltó con un hilo de voz y la visión se le empañó. No pudo contenerse a sí misma y se acercó a él para abrazarlo. Ross la abrazó y consoló en silencio hasta que un carraspeo lo obligó a girarse.

—Tus padres ya se van —espetó su esposo con seriedad y ella evitó mirarlo mientras retiraba las lágrimas de sus mejillas—. En realidad todos se van.

Ross suspiró.

—He de suponer que nos veremos mañana, ¿verdad?

—Y pasado también.

—Te acompaño. —Sujetó el brazo de su hermano y caminaron hacia donde los pocos invitados conversaban y se despedían entre sí.

Ni cinco minutos bastaron para que su nueva casa quedara en un rotundo silencio porque su suegra se retiró a dormir dado que en la mañana siguiente regresaría a Surrey a primera hora.

—Todo ha llegado a su fin, por lo que ya no tengo nada más que hacer aquí. Me retiro.

Subió a su dormitorio rezando para que él olvidara la idea de imponerse ante ella. No ganaría nada, ella ya sabía que era él quien tenía el poder, se lo había hecho saber con cada golpe dado y ya no quería seguir con ese juego. No deseaba seguir saliendo herida. Lo dejaría vivir, no le exigiría nada, pero que él también la dejara tranquila.

Lo lógico habría sido recibir su baño a esa hora, pero debido al accidente que tuvo la noche anterior lo más sensato fue que este viniera antes. Desistió a recibir ayuda de su nueva doncella y se desvistió por sí sola, mirándose en el espejo durante el proceso y observando ese diamante que brillaba en su dedo anular. Ese que le recordaba que él lo tuvo todo preparado.

Su madre consiguió un enagua específico para esa noche; sin embargo, ella prefirió no usarlo.

Agradecida porque Windsor le diera su espacio, se deslizó entre las sábanas de lino y se abrazó así misma hecha un ovillo.

Estar en un lugar desconocido era aterrador.

Su madre nunca le habló de lo duro que sería el cambio, en ese lugar no estaba su familia, sino un hombre al que le debía respeto y obediencia.

El tiempo pasó, el sonido del fuego al crepitar le invitaba a conciliar el sueño mientras sus ojos se debatían entre quedarse abiertos o dejarse llevar por el sueño. Cuando los juntó, el sonido de la puerta al abrirse la dejó fría. Se cerró y Lisa instintivamente se volvió hacia ella encontrándose con

Windsor, quién sólo llevaba una bata de terciopelo negro y el cabello algo húmedo.

Tragó con fuerza.

La iluminación no era mucha, pero las velas brindaban la luz necesaria para que ambos pudieran verse.

Él avanzó.

—Windsor, no hace falta que me demuestre nada. —Retrocedió sobre el colchón, sentándose.

—Tu camisola no es atractiva —dijo con el ceño fruncido, y lo fulminó con la mirada. Para su sorpresa él sonrió con picardía—. De acuerdo, lo entiendo, no la necesitaremos.

La respiración se le hizo pesada cuando él se subió a la cama y se acercó a ella como si se tratase de un depredador apunto de atacar a su presa. El vello de su pecho era visible y a pesar de que lo había tocado hace poco, la necesidad de estirar su mano y acariciarlo fue inmensa. Se encogió, cada vez acercando más su espalda al colchón por la imponente figura que se cernía sobre ella.

—No necesitas hacerlo, ya consumaste todo —musitó con un hilo de voz y él se detuvo a unos centímetros de su boca—. No hay razón para llevar una vida conyugal si no lo deseas.

Juntó los párpados cuando él estiró la mano y contuvo el aliento al sentir la yema de sus dedos sobre la piel herida de su frente. Abrió los ojos con lentitud e inhaló con fuerza cuando sus dedos acabaron en su boca, delineándola.

—¿Quién dijo que no deseo una vida conyugal? —preguntó con voz ronca, dejando un casto beso en sus labios—. No tienes la menor idea de lo que necesito y deseo, ¿verdad?

Ladeó la cabeza en modo de negación y se aferró a sus hombros al sentir que subía la tela de su camisola en una larga caricia.

¿Quién era ese hombre? ¿Por qué si esa mañana le dijo que no le importaba, en ese momento sentía que él no podría vivir alejado de ella?

—Primero: deseo verte desnuda. —La incitó a ayudarlo y terminó desnuda debajo de él—. Segundo...—Windsor se incorporó lo necesario para que la luz de las velas iluminara su piel, y ella esperó una mueca de asco, de disconformidad o algo que delatara su disgusto ante su piel; pero no, él acarició nuevamente las marcas imperfectas con la yema de los dedos—. La anterior noche desee verlas tanto que estuve a punto de delatarme.

Inmediatamente sujetó su mano y él conectó sus miradas.

—Acaba con esto —imploró angustiada—. Me estás humillando.

—Tercero—la ignoró—, necesito que abras tus piernas. —Se puso entre ellas, sorprendiéndola.

—Milord...

La voz se le estancó en el esófago cuando se quitó la bata quedando totalmente desnudo frente a ella. Retiró el rostro, era... idéntico, justo como lo había imaginado, pero mucho más perfecto.

—Mírame, princesa.

Con el dolor de su alma obedeció la cálida, pero demandante, petición.

—Si te enumero todo lo que necesito y deseo no terminaré jamás. — Aplastó sus labios contra los suyos, enviándole nuevamente esas oleadas de placer que sintió la otra vez. Lo deseaba tanto que se odiaba así misma por traicionar de esa manera a Hamilton, pues estaba casi segura que con él no habría sido lo mismo.

Dos dedos ingresaron en ella y se vio obligada a separar aún más las piernas.

Él suspiró contra sus labios, gruñendo roncamente.

—Estás tan húmeda, tan lista para mí. Buen Dios, ¿tienes idea de lo mucho que me costó no decirte estas cosas la anterior noche? Quería decirte que eres preciosa, que tu olor es mágico, que podría hacerte el amor por horas, días, meses y años.

—No...

No podía traicionar a Hamilton, no podía disfrutar de las caricias de Windsor cuando él los engañó a ambos.

—¿No qué? Sigues pensando en él, ¿verdad?

Asintió y se arrepintió al instante cuando él empezó a enterrarse en ella.

—No lo hagas, por favor —le imploró con un hilo de voz, deseando todo lo contrario.

—Tu cuerpo te delata. Lo que tú sientes es sólo culpabilidad, porque me deseas a mí. —Gruñó enterrándose completamente en ella, robándole un gemido lastimero—. Eso, así, acógeme, princesa. Ambos sabíamos que esto sucedería, fuiste mía desde que tus padres te entregaron a mí, antes de tu debut.

—Tú me dejaste —susurró con la voz entrecortada y él no le contestó, sino que siguió meciéndose sobre ella.

—Podemos pasarla muy bien, no deseo ser un enemigo para ti. Soy tu aliado, recuérdalo —le decía jadeante, mientras entraba y salía con

movimientos escuetos. Lo sentía tenso y deseoso de continuar; y mentiría si dijera que no estaba igual.

No le contestó. Quizás entre menos hablase más rápido terminaría todo, aunque era lo menos que quería. Él se dio cuenta de sus intenciones y la penetró con fuerza haciéndola gritar de placer. Al parecer pretendía hacerla hablar a como dé lugar.

Aferró sus manos en las almohadas y se arqueó impacientada.

—Tócame, Lisa, deja de pensar en él porque juro que no te dejaré tranquila si no lo haces.

No lo obedeció y él la torturó, entrando y saliendo, hasta el punto de dejarla sudorosa y rendida sobre el colchón. Había acabado en ella y la miraba con ira contenida y la respiración entrecortada.

—Ya lo hiciste, ahora vete, Windsor —le dijo con desprecio y gritó cuando la puso boca abajo.

—No amenazo en vano, princesa.

Abrió los ojos sorprendida cuando introdujo dos almohadas bajo su vientre e intentó girarse; no obstante, en el momento que él la penetró un gemido brotó de su garganta.

—Quiero oírte.

La oyó. No pudo contenerse, él la estaba agotando física y mentalmente, sus caricias eran una exquisita tortura. Ahora sin verlo, podía exteriorizar su placer, su gusto y todo lo que él le hacía sentir.

Sus manos acariciaban sus pechos y sus cuerpos sudorosos se acariciaban con desenfreno, no quería que parase, no quería que esa magia terminase.

—Windsor —gimoteó y él frenó abruptamente sus envistes. Salió de ella y la giró hasta sentarla en sus muslos volviendo a penetrarla.

Por los santos, ¡estaba sobre él!

—Mi nombre, di mi nombre —le pidió con suavidad.

Lo abrazó por el cuello e inició un suave vaivén en el que él colaboró al sujetarla de los glúteos.

—Dilo o no saldré de ti en toda la noche.

Separó los párpados y el espejo quedó frente a ella, podía ver su cara y la perfecta espalda de su esposo. ¿Así se veía cuando estaba entre sus brazos? ¿Así de hermosa era cuando él le hacía el amor?

—Jaden —musitó en un suspiro totalmente intencional.

Los músculos de la espalda masculina se tensaron y ella evitó sonreír victoriosa, pero luego gritó cuando él empezó a embestir con mayor fuerza.

—Jaden. Sí... por favor, no te detengas. —El espejo era erótico, y besar su cuello, su hombro y su rostro era lo más placentero que había hecho hasta ahora.

Él se tumbó en el colchón, dejándola totalmente sola allí arriba y meció sus caderas indicándole un ritmo. Ella suspiró, mirando sus pechos que bamboleaban gracias al movimiento.

—Cabálgame. Haz todo lo que alguna vez te enseñé que no lo hice sólo para que montaras un animal.

Sí... él fue quien la enseñó a montar a horcajadas rompiendo toda etiqueta social.

—Hazlo, princesa, no tengas miedo.

A partir de ese momento las cosas cambiaron para Lisa. Fue ella la que llevó el control de la situación, fue ella la que le exigió que la llamara, fue ella la que lo tocó como quiso y la que reclamó su orgasmo, terminando rendida sobre él con el cuerpo laxo y a punto de caer dormida.

Windsor la alzó y la acomodó correctamente sobre el colchón, esperó que se fuera, pero eso no sucedió. Él se recostó junto a ella y la abrazó como la noche que la hizo suya por primera vez.

Dormirían juntos.

Quizás eso la ayudó a sentirse más tranquila, porque se durmió apenas y las yemas de sus dedos se posaron en su espalda, para llevarla hacia él.

Capítulo 6

Windsor le dio una calada a su cigarrillo y ladeó la cabeza mirando el ostentoso cuadro que estaba en el despacho de Beaufort, el cual recibía el nombre de «La muerte del Viriato». Recordaba el día que Beaufort adquirió esa pieza en España, eran jóvenes y su amigo quedó prendado de la imagen. Si bien la historia trataba de un guerrero jefe de toda una tropa, el cuadro representaba su lecho de muerte después de haber sido traicionado por dos de sus hombres quienes pretendían recibir una gran recompensa del bando enemigo.

Su amigo odiaba a los traidores, y justamente esa era la razón por la cual la imagen estaba empotrada detrás de su escritorio en lo más alto de la pared, sólo para recordarse a sí mismo que no debía confiar en nadie. Windsor nunca comprendió la desconfianza de Beaufort hacia la vida, hasta que fue traicionado a sangre fría por dos personas en las que confió ciegamente.

Ahora él también se planteaba la idea de adquirir un cuadro similar.

—¿Te parece más interesante ver ese viejo cuadro que estar en tu casa, con tu esposa?

Ignoró a Beaufort y se llevó la copa de whisky a los labios.

A decir verdad, de las tres horas que llevaba en ese lugar, sólo pensó en el cuadro los últimos tres minutos. La imagen de su hermosa mujer, desnuda y entre sus brazos, no tenía la más mínima intención de extinguirse de sus pensamientos.

—Confieso que lo entiendo, lady Windsor no me parece en lo absoluto interesante.

Windsor dirigió la mirada hacia Sutherland.

—¿No te bastó el golpe que te di hace más de dos semanas, Sutherland? — le advirtió con una suavidad escalofriante.

Recordaba esa noche como si hubiera sido ayer.

Al llegar al primer baile de la temporada, él no se planteó la idea de quedarse en el salón de baile, sino que se escabulló por el jardín hasta que Lisa apareció en su campo de visión. Al principio no la reconoció, estaba distinta, pero igual de hermosa. Ella vagó por el jardín por varios minutos los cuales le permitieron observarla y seguirla en silencio, dejarla estaba fuera de discusión porque lo menos que quería era que alguien se aprovechara de ella. El tiempo pasaba y la tentación lo impulsaba a acercarse a ella; sin embargo, ambos terminaron escuchando la conversación de sus amigos. De la cual, por cierto, odio ser el protagonista. Lo menos que deseaba era que ella se enterara

de su situación económica, se suponía que él llegaría para reconquistarla y casarse con ella por las buenas, pues a través de cartas que compartió con el marqués de Winchester y con Ross, supo que ella, increíblemente, seguía soltera.

Era la señal que él siempre esperó, saber que Lisa seguía siendo suya lo impulsó a regresar, y más porque la marquesa insistía con casar a su hija con algún noble.

Como su situación económica para ese momento no era buena, se le ocurrió generar una sociedad con Beaufort, y cuando este le dijo los requisitos, le pareció que la dote de Lisa bastaría para formar parte de Triunfo o derrota.

Windsor aprovechó esa oportunidad para saber qué pensaban sus amigos de él, si realmente serían fieles a su amistad o lo apuñalarían en la primera oportunidad. Por suerte supo que contaba con ellos. No obstante, cuando Sutherland insinuó que él se había ido de Londres para huir de Lisa —cosa que era una estupidez, porque se fue para salvarla de un mal matrimonio— y ella se alejó de ellos con la cabeza gacha; Windsor enfureció.

En un principio no supo qué hacer primero; si poner a su amigo en su lugar o seguirla. Al final la siguió, y cuando la encontró contuvo cada uno de sus instintos primitivos para no asesinar a nadie esa misma noche.

Por más que ella insistiera, Windsor estaba seguro que el conde de Hamilton no era para Lisa. Su amabilidad era muy puritana y su princesa merecía un hombre que le ayudara a vivir, que le hiciera conocer las dos caras del mundo diferenciando el bien del mal. Y ese era él. Nadie más que él.

Esa noche un terrible sentimiento de posesión se apoderó del duque cuando vio más de lo que hubiera querido. Si no hizo nada fue porque no tenía derecho a reclamarle, fue él quien tuvo que dejarla y tal vez no lo hizo de la manera más adecuada.

El sólo hecho de recordar los labios de Hamilton sobre la piel de su mujer lo enervaba.

Los vio dos veces.

Y Dios era grande, ya que él imbécil no había podido tomarla en la biblioteca. Él estuvo a un segundo de saltar desde el segundo piso donde se escondía para acabarlo a golpes.

Si había algo que Jaden Browning, duque de Windsor odiaba, era que tocaran lo suyo.

Su amabilidad llegó a su fin ese día.

Por un momento creyó que Lisa colaboraría, pero el descubrir que pensaba entregarse a otro, traicionándolo, hizo que perdiera los estribos.

No le interesó nada y se aventuró en la terrible idea de seducirla sin que supiera que era él.

En un principio sólo quiso besarla y cansarla, logrando así que al día siguiente ella no pudiera echarse hacia atrás; sin embargo, Lisa le había hecho sentirse vivo con sus caricias, con sus besos y su entrega.

Al final Windsor terminó rindiéndose y haciéndole el amor.

—Dejemos ese tema en el olvido, Sutherland nunca aprende. ¿Por qué sigues aquí? —preguntó Beaufort—. Tu esposa te espera en casa. Desayunas, almuerzas y cenas aquí, ¿acaso huyes de algo?

Sí. Huía de Lisa y el poder que tenía sobre él. No quería involucrarse más de lo que ya estaba con ella. Llevaban poco más de una semana casados y ya sentía que si le pedía la constelación entera, él como un imbécil iría por ella.

Windsor entendía que no estaba para eso, tenía que concentrarse en su situación económica y tratar de recuperar cada penique invertido para salir a flote y así poder mantenerla como era debido; él no dejaría que su mujer sufriera necesidades.

—Me sorprende que no haya huido —confesó mirando a Beaufort, era más interesante hablar con él que con Sutherland.

—¿Por qué se quedaría? Dijiste que le diste el permiso para marcharse —espetó el indeseado sin siquiera mirarlos.

—Sobre eso —continuó Beaufort—, ¿de verdad se lo permitirás?

No la dejaría llegar ni al muelle. A esas alturas Lisa ya debería tener grabado en la mente que él era su esposo, su amo y su dueño.

—No lo hará. La conozco, Lisa no es lo suficientemente valiente como para dejar su cama caliente llena de comodidades. Mira si no, estamos casados desde hace más de una semana y sigue en mi casa.

«Esperándome, lista para que le haga el amor».

—¿Cómo van la cosa entre ustedes?

Sólo la veía en las noches, cuando entraba a su alcoba y se deslizaba entre las sábanas para hacerla suya una y otra vez. Dormían juntos, pero al día siguiente se aseaba y salía de su casa para no volver más. Con Lisa siempre estaría en peligro, era su debilidad, algo que no podía tener en esos momentos. Él tenía que levantarse y demostrarles a sus enemigos que jamás podrían con él.

—Lo suficientemente cordial como para decir que es un matrimonio

tranquilo.

Tranquilo era una palabra que distaba mucho de lo que ella y él hacían en la cama.

—¿Y cómo va el tema en cuanto al conde de Hamilton? —inquirió mirando a Beaufort, ya no quería hablar de su esposa.

—Lo esperarán tres meses más, debe conseguir una esposa si no quiere perderlo todo.

Lisa no lo perdonaría jamás si algo así llegaba a sucederle al conde.

—¿Qué me dices de la dama que tiene la mejor dote de la temporada?

—Es una belleza andante. ¿Debería cortejarla? A mí no me afecta que sea la hija de unos simples barones —bromeó Sutherland y ambos rodaron los ojos.

—Sigue sola. Ha rechazado más de siete ofertas.

Frunció el ceño.

—¿Y su padre que opina al respecto?

—Quiere un título, pero la renuente es la chica, para su suerte no todos los vizcondes y burgueses son tan buenos para un barón avaro.

—Me parece que iría bien con el blandengue —espetó con desdén. Ese hombre no sabía aprovechar las buenas oportunidades.

—Es un conde, a su padre le encantará. Aunque no entiendo por qué preferiste las treinta mil libras de lady Windsor, teniendo semejante opción frente a ti, el barón te habría regalado a su hija con moño incluido.

Bufó. ¿Dónde quedaban los buenos modales de Sutherland una vez que entraba al club?

¿Es que nadie podía ver la verdad?

No. Ross seguramente lo habría hecho.

Él regresó por Lisa.

Quebrado estaría en cualquier parte del mundo, Windsor regresó cuando Ross le informó a través de una carta que la marquesa de Winchester pensaba casar a su princesa esa temporada a como dé lugar.

Algo que Windsor no podía permitir si no era él el prometido de Lisa.

La conversación llegó a un punto que dejó de interesarle y abandonó el club de juegos sin ser visto por nadie, todos estaban pendientes de sus amantes y bebidas como para prestarle algo de atención.

Triunfo o derrota era algo tétrico cuando más de cinco hombres encontraban su perdición hundiéndose en más deudas de las necesarias.

En el camino hizo una parada —que le tomó alrededor de cinco minutos—,

y al llegar a su casa siguió la rutina de todos los días y a los veinte minutos estuvo clavado en la alcoba de su mujer. Para su sorpresa estaba dormida, Lisa solía esperarlo.

Se deshizo de su bata y se recostó junto a ella, le besó en el hombro y luego realizó un camino de besos por su cuello hasta llegar a su mejilla.

Se removió inquieta.

—Hoy no, Windsor —gruñó entre sueños y sonrió.

—¿Crees que te haré caso? Vamos, princesa, ayer también te dormiste.

—¿No leíste la nota? —Se giró un poco y aprovechó para besarla en los labios—. Siete días.

Se detuvo.

Maldición. Odiaba esa maldición de los siete días de castidad para él. Pero por ella esperaría eso y más. Ahora comprendía porqué el día de ayer estuvo algo indisputada, necesitaba descansar.

—De acuerdo. —Suspiró y unió sus labios con suavidad—. Pero dormiré contigo.

La idea de no dormir con ella le resultaba algo abrumadora.

—¿Por qué no regresar con tu amante?

Era normal que Lisa pensara que tenía una; es decir, muy pocas veces se la pasaba en casa y cualquier dama se preguntaría dónde estaba su marido el resto del día.

—No la tengo —le aclaró, abrazándola por el vientre mientras se acomodaba correctamente para obtener una posición más cómoda.

—¿Por qué nunca te quedas? —inquirió ella con suavidad, apoyándose en su pecho—. Creí que querías llevar las cosas en paz, pero ni siquiera comes conmigo.

—Estamos muy bien así —le respondió con seriedad.

No le exigiría que se quedara con ella, ¿verdad?

—Quiero que te quedes conmigo más tiempo.

Imposible.

—Tengo asuntos que atender.

—Pero...

—No, mi trabajo es mucho más importante, tengo que reconstruir mi imperio, quiero tener tres veces más de lo que alguna vez tuve; y para eso debo trabajar.

Ella no le respondió y prefirió guardar silencio y seguir durmiendo.

Se sintió fatal.

Su intención no era insinuarle que ella no le importaba. Pero ¿qué pasaría si Lisa se empeñaba con pasar más tiempo con él? Lo derribaría, haría de él su esclavo y terminaría olvidando la razón por la que deseaba tener más, ser más y aplastar a sus inferiores; dejando que fuera ella quien lo aplastara a él.

Lo sentía por ella, pero no podía ceder a su petición.

Lisa terminó dormida en sus brazos y Windsor admiró su belleza en silencio.

Se veía preciosa, estaba mucho más delgada y, si era sincero, a él nunca le afectó aquello que ella denominaba como «sobrepeso». Ella le parecía perfecta, la mirase por donde la mirase no había nada más lindo que su determinación y sonrisa.

Odió verla llorar en su primera noche, detestó a la marquesa por varios segundos imaginándose todo lo que le obligó a hacer a su hija para que alcanzara ese peso. Debió sospechar que aplastaría su autoestima al abandonarla. A pesar de nunca exteriorizarlo, a ella le preocupaba mucho su aspecto físico, era distinta pero a la vez especial, no todos podrían apreciar una flor tan peculiar.

Hamilton lo hizo, pero se demoró mucho. Él ya había regresado con la idea de poseer a la mujer que debió haber sido suya desde hace varios años.

Si tan sólo las cosas hubieran sido diferentes...

Hubo un tiempo que pensó que todo lo que el ducado poseía en propiedades y fortuna le bastaría para vivir por décadas, pero se equivocó. El dinero era como la arena, cada vez se escurría más y más de entre las manos de su poseedor. Nunca quiso trabajarlo y dejó que terceros lo hicieran por él; y fue ahí donde a sus veinticuatro años se encontró en una crisis económica que pudo haber afectado a Lisa si se casaba con él.

Su administrador lo estafó dejándolo sin un solo penique y con varias deudas que saldar, para ese entonces la dote de Lisa era de veinte mil libras. No obstante, ese dinero no le habría bastado para cubrir todas sus deudas y sólo la hubiera hecho infeliz, pues había la posibilidad que él terminara en la cárcel de deudores.

Sabrina era una cortesana reconocida que huía de su protector —un hombre demasiado posesivo para el agrado de la hermosa mujer—, por lo que le hizo un trato; si él se la llevaba, ella le ayudaría a conseguir contactos en Boston para participar en distintos proyectos.

Funcionó.

Los primeros tres años se levantó considerablemente hasta poder cubrir

sus deudas en Inglaterra.

Buscó más, quiso tener más y siguió participando en distintas inversiones. Todo iba bien, Sabrina si bien nunca fue su amante, fue una amiga cuyo nombre usó para engañar a Lisa fingiendo un amor que no existía con el fin de que ella lo olvidara y buscara a alguien mucho mejor que él.

Las cartas de Ross aliviaban sus noches cada vez que leía que seguía soltera, estaba seguro que podría seguir ahorrando y regresar por Lisa si las cosas seguían así de bien.

Él le hizo una promesa, esa en la que ambos serían aliados y participarían en la felicidad del otro. Windsor siempre aseguró que él era la felicidad de Lisa, que nadie la comprendería mejor que él, pero descubrir la sonrisa que Hamilton robaba de ella lo hirió profundamente.

En cinco años muchas cosas habían cambiado.

Ellos ya no eran los mismos.

Él fue engañado por Sabrina y el amante de la misma. Le quitaron todo, una semana antes de que decidiera volver por Lisa.

El señor Sullivan era un desgraciado, un hombre avaro y egoísta; y Sabrina, ella se había encaprichado con Windsor, quería que la hiciera su amante y él jamás pudo hacerlo, la prefería como amiga. No se veía tocando a la mujer que su princesa *creía* que amaba —porque no era verdad—. Estaba seguro que ella actuó así por resentimiento, se enteró que pensaba volver por su ex prometida, por lo que fue rápida y lo estafó retrasando su viaje por tres meses.

Sullivan se le rio en la cara, asegurando que era un hombre débil, que era impropio ver tanta entrega en un duque; y que por ser como era, todos lo engañarían en un futuro.

Sus palabras lo marcaron.

Fue por eso que reaccionó muy mal ante el hecho de que Lisa pretendiera entregarse a Hamilton viéndole la cara de imbécil —cosa que no pensaba volver a ser—. Por un momento no quiso tomarla aquella noche, pero fue ella quien empezó a desvestirlo y él no pudo contenerse, su olor a lirios lo embriagó hasta dejarlo lejos de la cordura y el planeta Tierra. Windsor aterrizó en el esplendoroso mundo de Lisa y no salió de allí hasta la mañana siguiente que recordó que no podía mostrar sus debilidades; que ante todos, él era el mejor y seguía siendo el imponente duque de Windsor.

La trató con maldad para que lo odiara, buscó su desprecio para que no fuera capaz de debilitarlo con su amor, pero nada parecía funcionar cuando la

tenía entre sus brazos, ella era dulce, encantadora y a la vez ardiente y atrevida; una combinación que le generaba un cúmulo de emociones aterradoras, porque ella no hacía más que confirmarle lo perfecta que era para él.

A la mañana siguiente se despertó a primera hora como de costumbre y fue el primero en recibir la invitación de la fiesta de los condes de Lincoln, un evento que le pareció oportuno para que Lisa y él se mostraran como un feliz matrimonio.

Le dejó la orden al mayordomo de que Lisa aceptara la invitación y, después de dejarle los bombones que compró para ella la noche anterior, se retiró hacia la casa de Beaufort, lugar que se había convertido en su refugio para mantenerse a salvo de Lisa mientras la tempestad siguiera en su vida.

Beaufort lo recibía sin objeción alguna, podría ser muy rico pero después de todo, su mesa era enorme para una sola persona.

—Sigo pensando que no es lo correcto. La estás tratando como si temieras una traición por parte de ella —le comentó él en cuanto a su relación. A pesar que trataba de mantener a todos al margen, era sabido que Beaufort sacaría sus propias conclusiones.

Y para su desgracia, las acertaría. Claro está.

—No puedo confiar en ella. —Lisa intentó engañarlo, ella quiso entregarse a Hamilton aun sabiendo sus intenciones de matrimonio—. Ella me odia, podría usar cualquier debilidad en mi contra.

—¿Por qué lady Windsor te odiaría?

Beaufort frunció ligeramente el ceño y Windsor evitó seguir con el tema. No podía decirle que la engañó, que la hizo suya cuando ella creía que era otro hombre el que la amaba con aquella intensidad.

—¿Por obligarla a casarse contigo y no con Hamilton?

—En efecto.

Él no tenía por qué saber que se hizo pasar por Hamilton mientras le hacía el amor. Algo que muy en el fondo, no lamentaba.

—No creo que lady Windsor esté deseosa de venganza. Además, Hamilton sólo fue un corto enamoramiento, si hubiese sido algo serio, ella no se quedaría en tu casa tan tranquila esperando tu regreso.

—Ella se pasa las tardes fuera de casa —comentó distraído—. Suele ir a visitar a su madre. Eso es lo que me informan de ella.

—¿Estás seguro que eso es así?

Dirigió la mirada hacia Beaufort, inquisidor.

—¿Por qué no estarlo?

—Porque tú mejor que nadie sabe lo entretenido que puede llegar a ser un romance prohibido con una mujer casada.

Imposible. Lisa no lo haría. Ella no se acostaría con otro, ella le era fiel, podía sentirlo en sus besos y caricias. No dudaría, ¡no podía hacerlo!

—Mi duquesa no es ese tipo de mujer.

—Tu duquesa es una mujer más del montón; desea amor y dinero. Es lo que les interesa, y si tú no se lo puedes dar, es más que seguro que buscará a alguien que pueda proporcionárselo. Uno más dispuesto.

—Le brindo calor, le soy fiel y...

—Pero no protección. Sin quererlo, estás demostrándole que ella es sólo tu punto de desfogue por las noches.

Decir que su amigo estaba equivocado sería un error, tenía abandonada a su mujer; pero aun así, Lisa le prometió fidelidad y más le valía cumplirle, no se creía capaz de soportar una traición viniendo de ella.

Se volvería loco.

Después de desayunar, se dirigieron al club para cuadrar cuentas pendientes y verificar las ganancias de la última semana.

Windsor siempre pensó que el club era un negocio rentable, pero ahora que sabía perfectamente cómo funcionaba, podía garantizar que era un negocio fenomenal. Si todo seguía así de bien, en menos de un año podría tener más del doble de su primera inversión.

Sutherland y Ross se unieron a ellos para la hora del almuerzo y como de costumbre, Ross tenía miles de asuntos que tratar —como deudas que cobrar y mucho dinero que ganar—. El conde no le hizo pregunta alguna en cuanto a los términos de su matrimonio con Lisa, siempre fue el tipo de hombre que prefería no inmiscuirse en asuntos que no eran de su incumbencia, y en el fondo se lo agradecía. Los asuntos que tenía para tratar con Lisa eran solamente de los dos y nadie tenía por qué inmiscuirse, menos ahora que ella era su mujer.

Hablaron sobre el nuevo proyecto que tenían en mente, ese que consistía en dejar que las damas de la nobleza adquirieran una membresía y pudieran caminar por el club enmascaradas.

Era una idea atractiva si se tomaba en cuenta que había muchas mujeres dispuestas a pagar una fortuna por conocer las instalaciones de Triunfo o derrota. Sin embargo, estaba la aceptación de sus miembros masculinos, no

sería muy cómodo pensar que sus esposas podrían estar paseándose por el edificio mientras ellos disfrutaban de sus amantes.

—Podríamos probar —espetó Sutherland, esta vez un poco más serio de lo normal—. Una mascarada abierta que les permita acceder, ahí sabríamos qué opinan nuestros peones —ahora se refería a los miembros del club—. Además, no siempre debe saberse que serán damas las que ingresarán.

—Suenan bien —convino Ross—. Si tomamos en cuenta que muchos hombres ni bien entran al club se alcoholizan, dudo que tengan la capacidad suficiente para reconocer a sus mujeres tras un antifaz.

Su cuñado tenía razón, los hombres casados que asistían a Triunfo o derrota no eran del todo respetables; por ende, no amaban a sus mujeres, y si no las amaban: jamás sabrían apreciarlas ni de cerca, ni de lejos. Una máscara bastaría para que las mujeres pasaran desapercibidas por el club.

—Quizá no debería ser algo permanente —se unió al debate—. Podríamos abrir las puertas dos veces cada año.

—La pregunta es si pagarán una membresía para venir sólo dos veces al año —acotó Sutherland.

—Lo harán —sentenció Beaufort con seguridad—. Total, el dinero que gastan no es suyo, sino el de sus maridos.

Todos asintieron. Las mujeres eran seres curiosos y darían lo que fuera para saber que pasaba dentro de Triunfo o derrota, la mejor casa de juegos de toda Inglaterra.

—¿Cuándo implementaremos el nuevo proyecto? —inquirió Ross, pensativo.

—Pensaré las fechas y mañana les estaré informando lo que me parece más conveniente.

Beaufort ya había tomado la decisión.

Aprovechando que todo terminó temprano, Jaden se despidió de todos listo para regresar a su casa y pasar algo de tiempo con Lisa —llevarla a pasear, sentarse a conversar con ella o lo que sea que su mujer quisiera—, hasta que las palabras de Sutherland lo dejaron tan frío como el Támesis en invierno.

—Por cierto, vi a lady Windsor con lord Hamilton caminando por Hyde Park.

Capítulo 7

—¿Cómo dices? —Su voz fue suave y lo bastante pasiva como para preocupar a Beaufort y a Ross, cualquiera que lo mirara a los ojos saldría despavorido de aquella oficina.

—Estaban con lady Winchester tomando un poco de helado.

Por razones muy obvias —como la que no era del total agrado de su suegra —, eso no lo ayudó a tranquilizar la ira que burbujeaba en su interior. Debió sospechar que Hamilton no se daría por vencido.

—Es todo por hoy, ¿verdad?

—Si prometes pensar con la cabeza fría, sí —contestó Beaufort cautamente.

Windsor esbozó una sonrisa retorcida. Él jamás hacía una promesa.

Era pésimo cumpliéndolas.

Salió de la oficina con Ross pisándole los talones, quien con sutileza decidió acompañarlo a ver a su hermana, o tal vez cuidar que él no le hiciera nada.

Nunca lastimaría a Lisa; no si ella le era fiel, pues imaginarla con otro hacía que quisiera matarla con sus propias manos.

—¿Por qué te molesta que se vea con Hamilton? —le preguntó a medida que el carruaje llegaba a su destino.

—No me molesta —farfulló, y Ross asintió con ese peculiar gesto que dictaba que pronto manipularía la situación.

—Claro, no tendría razón de ser; a decir verdad, todos sabemos que engañaste de alguna u otra forma a mi hermana para que te aceptara. Nunca pasas tiempo con ella, dado que la veo siempre en casa y a ti en el club, así que está claro que no te interesa. Un amante podría ser algo fácil de...

—No. —Su esposa no tendría un amante. Él era más que suficiente para ella—. Y por el bien de tu hermana espero que Hamilton no sea lo que muchos denominan «amante».

—Ella quería casarse con él, y él con ella, arruinaste la felicidad de ambos.

Él también deseaba casarse con Lisa. Y fue lo suficientemente avisado para conseguirlo.

—Hamilton encontrará a otra mujer, es atractivo, no necesita hacer mucho.

—¿Por qué no elegiste a la hija de los barones? Es perfecta para cualquiera.

—Bueno, entonces ya tienes donde apuntar si deseas casarte —le dijo con

acritud.

El conde arrugó el entrecejo.

—Me casé con tu hermana porque es la mejor desde mi perspectiva, y eso tú lo sabes.

Lisa tenía que demostrarle que no tenía un amante, porque si no... Empezaría a lamentar su errada selección y confiar en ella sería una tarea imposible de cumplir, los condenaría a ambos a un matrimonio desdichado.

—Mi hermana siempre será la mejor.

Ross amaba a sus hermanas, era capaz de protegerlas con cuerpo y alma; pero, lastimosamente, ambas sufrían de una característica física que a muchos podría resultarles desagradable, y era el color de su piel.

A Windsor siempre le gustó ese tono atrevido, recordaba perfectamente cuando lo vio, lo hechizó completamente y no pudo evitar imaginarse a la pequeña hermana de su amigo desnuda y en su lecho. Era un sutil dorado que bajo el sol cegaba a cualquier simple mortal. No obstante, no todos pensaban como él, era un rasgo poco común que se encontraba en las damas inglesas; y todo se debía a que la marquesa era de origen italiano.

—Entonces comprenderás que si alguien intenta quitármela no lo tomaré muy bien, ¿verdad?

—No existe nada entre ellos, Lisa no es ese tipo de mujer.

Eso era algo que deseaba creer fervientemente. Sin embargo, le sorprendió mucho ver lo fácil que se dejaba llevar por los besos de Hamilton, esa imagen aún lo atormentaba y sospechaba que no podría quitársela de la cabeza por más que lo deseara.

Llegaron a su casa y subieron la escalinata casi al mismo paso. Si su mujer no se encontraba, no le interesaría ir a buscarla por toda la ciudad para traerla de regreso.

—¿Dónde está la duquesa? —le preguntó al mayordomo en un gruñido ni bien este se puso junto a él.

—Se encuentra con lord Hamilton en la salita verde, su excelencia.

—¿Tomando el té, he de suponer?

—Efectivamente —El criado se desconcertó por el mal humor de su patrón, era poco común que el duque tratara tan bruscamente a su servidumbre.

Jaden no podía creer que Lisa se atreviera a invitarlo a su casa, cuando él sabía que ese maldito la había tocado, besado e intentado tomarla.

Empuñó sus manos sin poder contenerse.

¿Sería algún tipo de venganza?

Sin decir más avanzó hacia la dichosa salita en la que su esposa se encontraba y cuando estuvo a punto de abrir la puerta, esta se abrió por sí sola dejando ver a Hamilton con un semblante molesto e irritante.

Jaden lo escudriñó con la mirada y los músculos se le tensaron.

Ross reaccionó primero y habló.

—Hamilton, ¿ya se va?

—Ciertamente —contestó sin mirarlo, sus ojos estaban fijos en Windsor—. Es una lástima que no pueda conversar con usted ahora, su excelencia, tengo muchas cosas para decirle.

Entrecerró los ojos, inquisidor.

—¿Gusta pasar a mi despacho? —Alzó la vista sobre el hombro del conde y la vio de espalda a ellos, con la vista clavada en el ventanal.

—Justo vine por usted, Hamilton, necesito hablarle de una posible inversión que podría sentarle de maravilla.

Debió sospechar que Ross lo ayudaría a escapar, más porque cualquiera podría ver lo que pretendía decirle: reclamaría a Lisa y Windsor no sería misericordioso con él ni con nadie.

Su cuñado se lo llevó, olvidando que había una persona que necesitaba de su protección en ese salón. Cerró la puerta tras de él con suavidad y sin inmutar su semblante, giró la llave cerrando el cerrojo.

—Tus movimientos corporales te delatan, princesa —habló con voz ronca y aterciopelada— y por tu bien espero que me digas la verdad.

Como era de esperarse, Lisa fue lo suficientemente lista como para no girarse y permanecer quieta en su lugar, aunque visiblemente sus hombros se sacudían gracias a los leves temblores que recorrían su cuerpo de pies a cabeza.

Apretó la mandíbula e invirtió dos minutos de su tiempo para tranquilizarse, no se dejaría llevar por la ira contenida a pesar de que su actitud no lo estaba ayudando a relajarse. Actuaría con serenidad y buscaría la verdad en sus ojos, esos que no sabían mentirle —o eso quería creer él—, avanzó hacia ella y no llegó hasta donde pretendía porque el insufrible olor del conde estaba entre ellos.

—¿Ahora traes a tu amante a mi casa? —escupió con desprecio y eso tuvo el efecto deseado.

—No es mi amante. —Se giró inmediatamente, dejándose ver, y Windsor con tres rápidas zancadas se plantó frente a ella y la sujetó del mentón.

—¿A sí? —farfulló enfurecido por su estado—. Entonces, ¿por qué parece

que acaba de ser besada, *milady*? —Sus gruesos labios enrojecidos y su peinado desaliñado eran la clara prueba de su delito.

—Yo no hice nada. —Fue la pobre respuesta y la soltó, asqueado.

—Pero te dejaste hacer, ¿no es así? Me pregunto cuántas veces me has visto la cara, *milady*.

¿Qué le hacía pensar que renunciaría a las caricias del conde? Si él mismo fue testigo de cuánto le gustaban.

—Piensa lo que quieras. —No le daría la respuesta que quería, defendería al conde con uñas y garras para que no le hiciera daño.

—¿Es tu amante? —Volvió a preguntar y ella ladeó la cabeza en modo de negación—. Mírame a los ojos.

«No le creas, tienes la prueba ante tus ojos». Se dijo ferozmente, deseoso de mantenerse firme.

—No lo es, Jaden —soltó en un sollozo, seguramente sintiéndose humillada por la acusación, y él no pudo contenerse y la envolvió en un profundo abrazo—. Me tomó por sorpresa, creí que después de todo podíamos ser amigos y quería saber cómo iba su situación; pero no, él malinterpretó todo. —Su desfogue de sinceridad lo ayudó a respirar con mayor tranquilidad, no le mentía, su princesa no lo engañaría.

—Te creo. —Y ese era el poder que lastimosamente ella tenía sobre él—. Tranquila, princesa, sé que dices la verdad. —Besó su coronilla e hizo que lo mirara. Retiró las lágrimas de su rostro—. ¿Te forzó?

Ella negó.

—Sabe mucho de nosotros y tal vez pensó que tu falta en el día a día me está afectando.

—¿Y no es así? —preguntó esperanzado y ella bajó la mirada con timidez.

—Me afecta mucho, creí que al menos intentarías pasar tiempo conmigo, pero sé que te resulto aburrida y tal vez poco atracti...

La besó, la desesperación que le invadió al darse cuenta de lo que el conde intentó hacer lo puso alerta. Quería robársela, hacerle creer a Lisa que para él ella no era nada cuando la realidad era una totalmente distinta. Hamilton no se rendiría, ni siquiera él se rindió cuando estuvo a punto de perderla, Lisa era muy valiosa y cualquiera lucharía por su amor.

Ya no la descuidaría, al diablo lo prometido, se quedaría más tiempo con ella.

Un gemido lastimero brotó de la garganta femenina y se dio cuenta de la presión que estaba ejerciendo sobre su boca, por lo que disminuyó la fuerza de

sus embistes sin apartarse de ella.

—Jaden...

Liberó sus labios dejando que sus pulmones recuperaran el aliento y con el brazo se deshizo de todo lo que estaba sobre la mesa para sentarla allí. Se coló entre sus piernas y antes de poder besarla, ella musitó:

—No puedo, te lo dije... —Lisa estaba ruborizada y él se maldijo por no haberlo recordado. Eran siete, bueno, ahora seis días que debía esperar.

—Está bien, pero pienso besarte. —Volvió a abordar su boca y ella gimió rendida, abrazándolo por el cuello. Después de saborearla por varios minutos, se dedicó a mordisquearle el labio inferior.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó jadeante, y hábilmente Jaden abrió los botones de su vestido, apenas y pudo concentrarse para darle una respuesta.

—Vine para quedarme contigo, ¿está mal querer verte?, ¿está mal extrañarte?

—Nunca lo haces.

Cuán equivocada estaba.

—Ahora lo haré, desde hoy voy a aburrirte con mi presencia.

—No pasará. —Sonrió ella, acunando sus mejillas, y a partir de ese momento, sólo enfocándose en sus pechos, la hizo gritar de placer. No podía tocarla como quería y la presión en sus pantalones le estaba generando un dolor insoportable.

La dejó respirar por unos minutos en los que saboreó y besó sus hombros, su cuello y sus labios. Jamás se cansaría de esa mujer, llevaba años deseándola y ahora que por fin podía tenerla, todo le parecía un sueño maravilloso.

—Contaré los días para hundirme en ti.

Ella asintió.

—¿No puedo tocarte? —inquirió ansiosa y él se confundió—. Como esa noche.

Windsor jadeó cuando Lisa empezó a abrirle los pantalones y ganó algo de distancia. Juntó los párpados en el momento que infiltró una mano en su calza y gimió al sentir sus largos dedos rodeando su miembro.

—Princesa, no sabes lo que haces.

—Pero si me enseñaras... —susurró jadeante disfrutando de la textura.

La imagen que Lisa le estaba obsequiando era su perdición: sus pupilas dilatadas mirándolo con fijeza, su labio inferior siendo mordisqueado por el

placer que estaba sintiendo al tocarle su miembro y sus pechos a la intemperie, ansiosos por ser devorados, estaban acabando con él.

—Hay tantas cosas que quisiera que hicieras.

—¿Cómo cuáles?

Windsor meditó su respuesta.

No podía tocarla ni penetrarla, pero ella podía hacerlo por los dos.

Bajó sus prendas a una altura razonable y tiró de una de las sillas para sentarse y dejar su hombría a su disposición.

Lisa bajó con cuidado de la mesa y lo miró ojiplática.

Windsor tragó con fuerza sin saber por dónde empezar, si bien ella era buena en la cama, no sabía cómo tomaría esa sugerencia; sin embargo, sacó a flote su descaro al decir:

—Arrodíllate aquí. —Separó las piernas.

No se detendría.

¿Cuántas veces se había imaginado esos labios carnosos alrededor de su verga?

Más de las que quisiera admitir.

No iba a cohibirse, ella podía hacerlo.

Lejos de retroceder o mostrarse ofendida, Lisa siguió su orden con la mirada clavada en su falo. Se relamió los labios con urgida necesidad y él exhaló fuertemente, uno de sus más retorcidos sueños estaba a punto de hacerse realidad.

—¿Puedo tocarlo? —Lo miró deseosa y no muy segura.

«Por favor».

—Hazlo.

Ella estiró las manos y tragó con fuerza cuando su duro miembro palpitó.

—No te preocupes, tú sólo tócalo —le ordenó con ansiedad y gimió profundamente cuando así lo hizo—. Haz lo mismo que hiciste aquella noche, no temas.

Si bien esa noche ella lo tocó bastante bien para ser su primera vez, Lisa tenía como aliada a la oscuridad, ahora lo hacían a plena luz de día en una de las salitas de su casa y sería algo frustrante que se pusiera tímida.

—Mierda —maldijo cuando empezó a masturbarlo con más ahínco y como reflejo lo soltó, espantada ante la idea de haberlo lastimado—. Vuelve a tu labor o yo mismo te daré unos buenos azotes —le amenazó, y su sonrisa lo excitó de sobremanera.

Curiosamente ella no llevaba guantes y eso lo excitaba aún más.

Alzó la cadera en cada uno de sus ávidos movimientos y se imaginó lo que pronto tendría frente a él. Siempre se dijo que cuando la hiciera su esposa la tomaría de todas las maneras posibles, y ahora podía garantizar que ella lo ayudaría y participaría gustosamente. Lisa era todo menos una mojigata, se dejaba amar plenamente y esa era una cualidad que cualquier caballero podría apreciar tanto como él.

Los siguientes minutos fueron gloriosos y poco a poco se fue retorciendo en el asiento hasta que se corrió en sus manos con la vista clavada en sus generosos pechos desnudos.

—¿Por qué...?

—Acabo de correrme —explicó con voz ronca y algo frustrado, seguía excitado.

—Pero sigue... —No supo cómo decir que su pene necesitaba mucho más de sus atenciones.

—Yo me encargaré. Mmm... —Juntó los párpados cuando ella volvió a apretarlo—. Sí, Lisa, no te deteng...

Abrió los ojos de par al sentir como sus labios besaban su glande.

—¿Qué haces? —respiró de manera irregular.

Levantó la mirada, sin alejarse de él. Sus largas pestañas no hicieron más que enamorarlo de las dos esmeraldas que lo observaban con pasión.

—¿No se puede? —inquirió nerviosa, lamiendo el prepucio.

—Joder —Alzó la cadera con la respiración entrecortada—. Usa más saliva y ve metiéndolo lentamente en tu boca —dio las instrucciones—. Sí... Eso es princesa, lo haces muy bien. —Tiró la cabeza hacia atrás y sonrió embobado dejándose llevar por las habilidades ocultas de su mujercita. Era perfecta, sentir su lengua contra su piel, sus pechos contra sus muslos... Dios santo, maldita la hora que tuvo que irse y dejarla, pero bendita la hora que volvió por ella.

Se concentró en retirar las horquillas del elaborado peinado y dejarlo caer en una larga cascada color chocolate. Enterró los dedos en la espesa masa de tonalidad castaña y la enrolló en un moño desordenado para sujetarla con mayor precisión.

Arremetió contra su boca y ella lanzó un sonido ahogado.

Windsor se puso de pie consiguiendo que lo agarrara del chaqué y empezó a penetrarla, se hundió en su garganta cada vez más dichoso de que su lengua siguiera su ritmo y buscara seguir satisfaciéndolo. Lo sintió venir y no la soltó, se corrió en su boca y tiró de su cuero cabelludo hacia atrás poniéndose de

puntillas para ver cómo se tragaba su esencia. Lisa así lo hizo y él se deleitó de la vista. Tenía los ojos llorosos pero aun así no se detenía, seguía chupando y tragando. Fue saliendo lentamente de su boca y ella ganó una gran bocanada de aire. Volvió a entrar y ella entendió la demanda, lo limpió, lo dejó reluciente al igual que satisfecho.

Jadeantes se separaron y Windsor fue el primero en reaccionar a la hora de recomponer su vestimenta, una vez listo se puso de cuclillas y con una sonrisa hizo que lo mirara.

—¿Y?

Ella enterró el rostro en su pecho, apenada, y carcajeó mientras le arreglaba el vestido.

—Gracias, princesa, me encantó. —La besó en la coronilla.

—¿T e irás? —inquirió con suavidad y algo dentro de él se estrujó.

—No, me quedaré contigo. Ahora empezará a verme más seguido. —No le gustaba que creyera que sólo la quería para fornicar unos minutos cuando desde su perspectiva hacían el amor. Beaufort tenía toda la razón, estaba provocando que Lisa malinterpretara las cosas y así no conseguiría recuperar a su aliada, lo único que tendría comportándose de esa manera sería su desconfianza.

Lisa alzó el rostro con una sonrisa picarona.

Entrecerró los ojos, recordaba ese gesto y ella iba a pedirle algo.

—¿Me llevarás al club?

—No. —No tenía tanta suerte, habían cosas que no podría darle jamás.

— Entonces, ¿trabajas allí, no?, ¿cómo te quedarás conmigo si pasas la mayor parte del día en tu amado club? —preguntó ceñuda—. Ross me dijo eso, que tu tiempo era muy poco por culpa del club.

—Pero ahora mantendré un equilibrio, sabré cuidar de ambos. —Besó su frente con ternura.

—¿Y nunca me llevarás? —Aleteó sus pestañas como si se tratase de una niña pequeña y meditó las respuestas que podría darle.

Ella no descansaría hasta que él la llevara al club.

—Déjame analizar la situación. —Terminó de abrochar el último botón del vestido de su esposa y ella se puso de pie con una sonrisa risueña.

Quizá Lisa no lo había notado, pero hasta su subconsciente sabía que él haría todo lo que le pidiera. Definitivamente la llevaría el día de la mascarada, aunque posiblemente Ross lo mataría al día siguiente; no obstante, no soportaría verla triste cuando se enterara que las damas de la nobleza

ingresaron al club y él había decidido no llevarla. Sería muy injusto tomando en cuenta que años atrás, él prometió enseñarle las dos caras del mundo.

—Iré a recomponer mi estado —le dijo repentinamente nerviosa, al recordar lo que hicieron, y él asintió.

—Te estaré esperando en el jardín.

—¿Para qué? —Frunció el ceño.

—No lo sé, podríamos caminar unos minutos o... —sacó su reloj de bolsillo— salir por el resto de la tarde.

Empezaría demostrarle a todo Londres una razón para no malinterpretar el cariño que le tenía a su mujer, ya iba siendo hora de que la presumiera y todos supieran que acercarse a la duquesa de Windsor sería un terrible error, dado que su marido estaba muy pendiente de ella.

Capítulo 8

Aun siendo el centro de atención de las pocas personas que tenían de espectadores, gracias a que decidió salir en la calesa y no en el carruaje, Jaden no podía dejar de mirar la radiante sonrisa de Lisa, cualquiera pensaría que la tuvo encerrada por meses y recién esa tarde veía la luz del día; y eso era malo, porque el día no estaba precisamente soleado, en el momento menos pensado se desataría una tormenta.

Era complicada, las mujeres eran un enigma para él, nunca las comprendería; ni a su madre ni a su esposa. Lisa tenía la libertad que anhelaba, desde que era una niña siempre la deseó y él luchó para dársela. Sin embargo, ella no parecía tan feliz como Jaden quería que lo estuviera.

¿Qué le faltaba? ¿Joyas, vestidos, dinero?

Beaufort se refirió a las mujeres como seres muy parecidos, no obstante, para él Lisa nunca fue ni la cuarta parte de similar a las demás mujeres. Ella era especial y quería pensar que no ambicionaba cosas de gran valor con poco significado.

—Creí que saliste esta mañana con tu madre —comentó recostando la espalda en el asiento, forzándose a concentrarse en el camino a pesar de que no era él quien guiaba el vehículo—. Parece como si te hubiera tenido encerrada por años, y eso que nos casamos hace poco.

Ella sujetó su sombrero que portaba todo un arreglo de cintas y se giró hacia él, aún sonriente. El viento era un fiasco y quería arrebatárle la prenda que cubría su cabellera y parecía incomodarla.

—¿Prefieres regresar? Creo que elegí un mal día para salir —dijo con disconformidad. Esa mañana el cielo estuvo mucho más decente y ahora que él quería serlo también con su esposa, se ponía en su contra.

—¡No! —Dio un brinco en su lugar, ante el chillido femenino y se sujetó con fuerza cuando el vehículo giró en la esquina para no caerse por uno de los laterales.

En el momento que se supo a salvo, la fulminó con la mirada dispuesto a apretar su hermoso cuello.

—¿Quieres matarme? —ladró malhumorado, recomponiendo su estado. Por poco y se mataba. Por el rabillo del ojo se percató que las calles estuvieran vacías y volvió a concentrarse en ella. Al menos nadie vio el incidente, odiaría que se burlaran de él—. ¿Te estás riendo de mí? —Entrecerró los ojos al ver cómo se cubría los labios con ambas manos enguantadas y sus ojos brillaban con diversión.

—Para nada —susurró con suavidad y empezó a temblar.

—¿Tienes frío? —Se dispuso a quitarse la levita y se petrificó en el momento que ella rompió a carcajadas—. ¿Qué es tan gracioso? —masculló su pregunta cerrando los botones de su prenda, ahora que se muriera de frío.

La sangre se le congeló cuando ella lo sujetó del brazo y se apoyó en su pecho mientras aún reía.

Sonrió y luego trató de recuperar la cordura, nuevamente Lisa estaba provocando que olvidara sus objetivos, no podía ablandarse ni con ella ni con nadie. No volvería a ser un maldito pelele dispuesto a confiar en los demás.

—¿Quién creería que la debilidad del duque de Windsor son los gritos femeninos? —bromeó ella entre risas y él enarcó una ceja mirando el camino.

«Sólo los tuyos, princesa».

—Gritaste en mi oído, cualquiera habría reaccionado de la misma manera —espetó con sequedad.

—Qué mala suerte, creí que eran mis gritos los que te ponían así de nervioso.

¡Maldición! Debió haber sido sincero.

—¿Dónde quieres ir?

—Vamos a Hyde Park, hoy quise caminar por el lago pero los planes se cambiaron.

Sin ganas de saber cómo demonios hizo Hamilton para terminar en su casa, Jaden le dijo al cochero que los llevara donde su esposa deseaba. En todo el camino ella no cambió de posición y eso le pareció extraño, no estaba acostumbrado a esas muestras de afecto; a decir verdad, era la primera vez que compartían un momento así desde que se casaron y era la primera vez en años que alguien lo abrazaba tan cálidamente. En Boston estuvo solo, y aunque logró prosperar, no tuvo a nadie con quien festejar sus triunfos.

Se arriesgó, la abrazó por la cintura y permanecieron abrazados y en silencio por largos minutos hasta que algo muy, pero muy malo le sucedió.

—Qué honor poder encontrarlos.

¡Joder! ¿Es que nunca podría librarse de esos imbéciles?

—Milady, se ve radiante el día de hoy —dijo Beaufort, halagando a su mujer desde su semental y Lisa alzó el rostro, sin alejarse de él.

«Vamos, enderézate, princesa». No le gustaba que vieran lo vulnerable que era junto a ella.

—Muchas gracias, milord —contestó y pudo sentir como se tensaba ante la segunda voz.

—Espero podamos unirnos a ustedes en su paseo.

Sutherland ya debería saber que Lisa lo odiaba, a ella jamás le haría gracia tenerlo como acompañante por todas las estupideces que dijo de ella.

Miró a su amigo con advertencia, y como de costumbre lo ignoró.

—Claro, vamos al Serpentine, ¿quiere unirse, lord Sutherland? —Lisa rompió el abrazo y enderezando la espalda, observó a Connor Aldrich con seriedad.

—Por supuesto —le respondió él y para su sorpresa, ella esbozó una amplia sonrisa.

Jaden y Beaufort intercambiaron miradas al notar la rivalidad que existía entre las dos personas que se observaban con fijeza, como si estuvieran a punto de iniciar una carrera por más de cien mil libras.

Al llegar al lago, Lisa les pidió a los dos caballeros que se unieron a ellos que hicieran las labores correspondientes para iniciar el picnic.

—¿No tiene doncellas? —farfulló Beaufort, gruñón, encargándose de la canasta que portaba emparedados.

—Windsor no quiso traer a nadie —le respondió con fingida ingenuidad.

—Entonces que Windsor haga todo solo —siseó Sutherland, alisando el mantel en el césped.

—Pero él está hablando con el cochero, eso es imposible. —Suspiró como si realmente lamentara que ellos estuvieran moviendo sus manos por primera vez en la vida.

—¿Le dije alguna vez lo encantadora que es, milady? —preguntó Sutherland y ella parpadeó varias veces.

—No, pero puede decirlo ahora. —Sonrió con inocencia y evitó reírse al verlo maldecir por lo bajo.

—Preguntaba para no cometer el error ja...

—¿Qué dices, Sutherland?

Ella se volvió hacia Windsor y sin pensarlo dos veces se colgó de su cuello y miró al marqués de Sutherland con malicia. Ya quería oírlo.

—Cariño, lord Sutherland...

—Que lady Windsor es la dama más encantadora que he conocido jamás —contestó rápidamente el marqués y Lisa sonrió victoriosa.

Windsor la observó suspicaz y ella encogió los hombros ante su desconcierto; sin embargo, él captó rápidamente el mensaje y fulminó con la mirada a su amigo quien acababa de decir algo que verdaderamente no

pensaba.

La siguiente media hora la pasó en grande mientras escuchaba todas las travesuras que su esposo hizo en Eton y en la universidad, al parecer desde pequeño fue un pícaro sin remedio.

Todo parecía indicar que Ross tenía amigos de toda la vida.

Cuando le dijo que ellos eran muy unidos, nunca creyó que sería hasta ese punto tan inquebrantable, ellos eran como hermanos y la clara prueba de ello era que se acompañaron en las buenas y en las malas por todo ese tiempo. Beaufort pasaba las fiestas con sus amigos, sus padres murieron en un accidente de carruaje y al ser hijo único quedó totalmente solo; Sutherland recibía hospedaje cada vez que huía de su padre en los recesos de las temporadas debido a sus planes de querer casarlo; Ross siempre estaba para ellos, sin importar la distancia y circunstancias; y Windsor... él siempre estuvo en contacto con los tres.

Eso la deprimió, le pareció tan injusto no haber recibido una sola carta de él que su sonrisa empezó a hacerse más débil a medida que la conversación se iba alargando. Comprendía que ellos se conocían de años y vivieron muchas aventuras juntos, pero ella también estuvo tres años únicamente para Windsor, a él no le habría costado nada enviarle una carta. Siempre se preguntó qué fue de él, de su vida y cómo la estaría viviendo.

Pidió permiso alegando que necesitaba estirar las piernas y su esposo quiso acompañarla; sin embargo, ella le dijo que no, que quería caminar sola y que no pensaba alejarse mucho. Él no insistió y volvió a ensimismarse en la conversación con sus amigos, sorprendiéndola.

Podría jurar que no quería que caminara sola.

Sin alejarse del lugar, caminó entre los setos, observando una que otra flor extraña y luego regresó al lago y se dedicó a pasear por la orilla. Se abrazó a sí misma por la fría brisa que sopló y acarició su piel y a lo lejos escuchó su risa, una que ella se moría por provocar y robar.

No podía ser cierto que estuviera celosa de los amigos de su esposo, ¡eso era estúpido!

Frunció el ceño, ¿qué demonios le estaba sucediendo?

Algo no estaba bien en ella. Esa mañana cuando conversó con Hamilton, pudo darse cuenta que no sentía nada con su cercanía, todo lo que ella ideó con el conde se debía a esas inmensas ganas de sentirse deseada y adorada por un hombre; y ahora que lo era, sólo quería que Windsor estuviera para ella.

Suspiró.

Malditos fueran sus besos, cuando recibía uno, se olvidaba de todo lo que estaba a su alrededor y el mundo se resumía en los dos. Única y exclusivamente los dos en un encuentro carnal. Si tan sólo los besos de Windsor fueran como los de Hamilton, se sentiría menos insegura. Pero no, ¡tenían que ser perfectos!

Todo en ese libertino tenía que ser perfecto.

El crujido de una rama llamó su atención y rápidamente se volvió hacia los arbustos.

Se tensó.

Las ramas se movían y no había indicios de que una persona estuviera tras de ellas moviéndolas.

—¿Hay alguien allí? —inquirió con la voz temblorosa, consciente que no estaba tan lejos de donde su esposo se encontraba.

Las ramas dejaron de moverse y por inercia dio un paso hacia atrás.

—Ay no... —Volvieron a agitarse y en cuestión de segundos, vio quien era el culpable—. ¡Windsor!

Alzó la falda de su vestido y empezó a correr tan rápido como pudo. Si había algo en el mundo que Lisa Browning odiaba, eran los animales.

—¡Windsor! —gritó aún más fuerte y el marqués de Sutherland apareció en su campo de visión justo en la orilla del lago.

No era momento para cobrar una venganza, pero Dios sabía lo mucho que disfrutaría al hacerlo.

—Milady, ¿qué pasó? —inquirió asustado y al sentir como el hurón tiraba de su falda, corrió más rápido y empujó al marqués hacia el lago provocando una privilegiada caída digna de un noble de alto rango.

—¿¿Qué demonios?! —Escuchó su grito y no supo si reír o llorar al notar que esa maldita rata la seguía con prisa.

—¡Quédate quieta Lisa, sólo es un hurón!

—¡Odio a los animales! —le recordó por si lo había olvidado y pronto lo supo cerca de ella.

—¡Beaufort, atrápalo! —ordenó él.

—Lo siento, no me meto con ratas.

¡Era un desgraciado! ¡Ella también odiaba a ese animal en específico!

—¡Ah! —gritó adolorida al tropezar con una piedra y, como castigo divino por haber agredido al marqués, fue a parar en el césped chillando histérica mientras el animal hacía algo con el pliegue de su falda.

—¡Lisa! —Jaden llegó a ella y rápidamente alzó a la bola de pelos

entregándosela al empapado marqués—. Dale un emparedado, la falda de Lisa tiene mermelada y por eso la estaba siguiendo, tiene hambre.

Evitó rodar los ojos, su esposo adoraba a los animales.

Cuando Sutherland se llevó a la bola de pelos, ella gruñó un sinfín de maldiciones por su pésimo estado. Tenía el vestido lleno de tierra y su cabello estaba hecho un lío. Se mordió el labio inferior con impotencia al ver como Windsor inspeccionaba su pie y la miró de soslayo.

—¿Te duele?

—No.

—No mientas.

—Sí, me duele mucho —confesó con un mohín en los labios.

Él suspiró y apoyó los codos en las rodillas mirándola con curiosidad.

—Superas a ese animal en tamaño y peso, debiste esperar a que llegáramos.

—O quizá no debí empujar a lord Sutherland —susurró apenada y él sonrió levemente.

—No, de eso no te arrepientas —Le guiñó el ojo—. Con eso ahora estarán a mano.

Ella asintió incapaz de sonreír, pues le dolía mucho el tobillo derecho. Jadeó cuando Windsor la alzó en vilo para encaminarse hacia la calesa.

—Nos vamos.

Lisa frunció el ceño al ver al marqués junto al hurón, ambos comían los emparedados.

—¿Y lord Beaufort?

—Fue por el doctor, dijo que lo llevaría a tu casa —Sutherland se encogió de hombros y le tiró otro pedazo de pan al animal.

—Lo siento tanto, milord —se disculpó verdaderamente apenada y éste conectó sus miradas.

—Bueno... que sea nuestro pacto de paz, estamos a mano, milady.

Asintió y despidiéndose del hombre que reconoció al animal como la mascota de la señora Harris, ella y Jaden se retiraron en la calesa. En el camino Jaden le quitó el escaquin y la media y ambos captaron que su pie estaba lo bastante hinchado como para preocuparse.

—Alguien podría verme —dijo apenada, tratando de bajar el pie, pero él no se lo permitió.

—Me importa un cuerno, no pienso permitir que te maltrates usando ese maldito escaquin. Quiero que estés cómoda, princesa.

Asintió, la verdad era que usar el escaquin otra vez sería una verdadera tortura.

—Estás hecha un desastre pero... —comentó burlón, retirando el mechón castaño que caía por su frente.

—Lo siento, arruiné nuestro picnic.

«Y todo porque sentí celos de tus amigos».

¿Por qué celos? Ella no sentía nada por Jaden, no debería sentir nada junto a él.

—Aun así hermosa, princesa —ignoró su comentario como si nunca lo hubiera hecho y ella se mordió el labio inferior, reteniendo las lágrimas que amenazaban con deslizarse por sus mejillas.

—¿Qué sucede?

—Me duele mucho.

Así, él jamás volvería a salir con ella y regresarían a los días donde él se iba y ella lo extrañaba la mayor parte del tiempo. Alzó el rostro cuando él acarició su pómulo y juntó los párpados al sentir sus labios sobre los suyos.

—Pronto te atenderán, yo me quedaré contigo y cuidaré de ti.

—¿Por qué lo harías? —susurró con un hilo de voz y él juntó sus frentes.

—Porque te lo prometí el día de nuestra boda, yo siempre cuidaré de ti.

—Jamás cumples tus promesas. —le recordó y él ladeó la cabeza.

—A ti siempre te he cumplido, princesa.

—Te equivocas —soltó con frustración—. No te casaste conmigo.

Él se fue, la abandonó y...

—¿Acaso no eres mi duquesa?

Contuvo el aliento y se perdió en la intensidad de su mirada color cielo, Windsor retiró las lágrimas que bajaban por su mejilla y sin decirle más volvió a juntar sus labios. Estaban en una calesa, las calles se encontraban desiertas y él confiado de que nadie los vería la subió a su regazo y acarició su cabeza como si se tratase de una niña pequeña hasta que llegaron a su casa.

Lisa sólo se despertó cuando el doctor le realizó una serie de curaciones y luego volvió a dormirse sintiendo el fuerte abrazo de su esposo, quien cumplió la promesa de quedarse con ella en su etapa de curación que duró más de dos semanas.

La primeros días la llenó de chocolates y rosas, ella encantada recibió todo. Sin embargo, luego empezó a llegar con joyas y, a pesar de que le gustaban mucho, sintió algo de culpabilidad porque se suponía que él estaba trabajando en el club para recuperar su dinero, no para derrocharlo en ella.

A la segunda semana cuando ya se le permitió caminar por el cuarto, él trajo a madame Gale para que le confeccionara nuevos vestidos, ella aceptó la oferta porque a decir verdad quería un nuevo armario digno de una dama casada.

Windsor se la pasaba la mayor parte del día con ella, sólo se iba dos horas al club y luego regresaba con algún regalo para consentirla.

En las noches reían como si fueran dos niños mientras comían los bombones que él traía. Le sorprendió ver que los aceptaba, Windsor solía odiarlos, aún recordaba cuando le dijo que los chocolates no eran de su agrado.

El último día de la segunda semana, él llegó un poco tarde y eso la inquietó, no era normal que lo hiciera y el hecho de que no habían intimado todo ese tiempo le hacía pensar que él podría haber buscado a otra mujer.

No obstante, cuando se recostó junto a ella y la abrazó por la cintura, musitó:

—¿Estás dormida?

—No... —dijo con voz suave, sin girarse hacia él.

—Muy pronto podrás ir al club —le comentó y ella asintió, la habitación estaba prácticamente oscura—. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor, pronto podré bajar.

—Lisa, ¿qué sientes por Hamilton?

Frunció el ceño. ¿A qué venía esa pregunta tan fuera de lugar? Estaba desnuda bajo las sábanas y él le lanzaba semejante pregunta.

—Nada.

El silencio se instaló entre los dos.

—Princesa.

—¿Sí?

—¿Puedo hacerte el amor?

Con suavidad se giró para tenerlo frente a frente, aunque ni así podía verlo con claridad, y sonrió cálidamente.

—¿Serás lindo conmigo?

No estaba segura, pero podría jurar que hizo una mueca.

—No me gusta el término «lindo», para referirse de mí en la cama.

—¿Y cuál te gusta?

—Bueno... —le separó las piernas con delicadeza y buscó la mejor posición para acomodarse sobre ella—. Podría ser viril, salvaje, grandioso...

Rodó los ojos y la piel se le erizó cuando él rompió en una ronca

carcajada.

—Tengo una mejor idea.

—¿Cuál?

—Dime Jaden, adoro cuando me llamas por mi nombre cuando te hago el amor.

—¿Podrías besarme, Jaden? —imploró con un hilo de voz, sorprendida por el reciente descubrimiento.

Después de compartir con su esposo más de tres semanas —después del acalorado encuentro que tuvieron el día que Hamilton la visitó y la salida a Hyde Park—, Lisa empezó a angustiarse al darse cuenta que sus sentimientos hacia Jaden eran cada vez más intensos; y no exactamente por las joyas, chocolates ni flores que le obsequiaba —ni los vestidos que le compraba—, sino por esa forma tan dulce y atenta que tenía para tratarla en el día y tan ardiente y apasionada para amarla por las noches.

¿Cómo era posible que todo haya cambiado tan pronto para ella?

No negaría que en un principio quiso huir, pero luego se dio cuenta que no podía deshonorar a su familia. Tenía que cuidar la reputación de todos porque Riley tenía prometido, alguien que la tomaría como esposa y lo mínimo que querría sería que su reputación fuese intachable.

Lisa creyó que después de su noche de bodas las cosas mejorarían para ambos, pero Windsor no colaboró mucho en ciertos aspectos; sólo la visitaba en el lecho y después se perdía la mayor parte del día, dejándola sola y decepcionada. Los días solían ser aburridos y siempre se preguntaba qué estaría haciendo, con quién estaría y si al menos estaría pensando en ella.

Las cosas se le complicaron en el momento que no pudo quitárselo de la cabeza, y todo empeoró cuando se lastimó el pie y Jaden pasó a cuidarla día y noche como si fuera la mujer más frágil en la faz de la tierra. Él no mostraba interés en decirle nada y cada vez quería saber más de lo que fue de su vida los cinco años que no supo nada de él. En los días que compartieron, Jaden evadió muy bien cada intento suyo de querer abordar el tema.

¿Dónde quedó Sabrina? ¿No se suponía que era la mujer de su vida?

«Deja de pensar en eso».

Tragó con fuerza.

Debía dejar eso en el olvido, pronto cumpliría dos meses de casada y su relación conyugal había mejorado bastante esas últimas semanas a pesar que el conde le propuso ser su amante esa tarde que Jaden llegó a tiempo para

impedir que Hamilton cometiera una locura.

Ella se había quedado ojiplática y muda, jamás creyó que le pediría algo así, y como resultado había usado mal las palabras y él terminó besándola.

Y nuevamente no le gustó en lo más mínimo.

Por un momento pensó que Windsor no le creería, pero cuando la besó sintió su pasión e ira contenida. Él quería marcarla como suya incluso sabiendo que ya lo era; y ella, quería hacer todo lo que estuviera en sus manos para que le creyera, sólo lo deseaba a él.

Desde ese día Hamilton no volvió a aparecerse más por su casa, Lisa fue clara al rechazar su propuesta y él respetó su decisión de muy mala manera, deseándole suerte en su matrimonio.

—Dos peniques por tus pensamientos.

Se volvió hacia su hermano.

No esperaba que Ross estuviera en la casa de sus padres a esa hora, normalmente siempre trabajaba la mayor parte del día.

—Creo que me estoy enamorando de mi esposo —soltó de pronto y extendió la palma de su mano—. Me debes dos peniques.

Su hermano sonrió y sacó una moneda de su levita.

—Un chelín por ser tan honesta. —Se lo entregó y la sonrisa de Lisa se ensanchó como si se tratase de una niña pequeña a la que acababan de regalarle un dulce. Ross tomó asiento frente a ella y la observó con curiosidad.

No era que le faltase dinero, Windsor la tenía como reina; pero vamos, adoraba cuando Ross le regalaba dinero.

—¿Él lo sabe?

—No creo que sea buena idea que lo sepa —espetó tímidamente— las cosas van bien entre nosotros y no quisiera que eso lo alejara de mí.

—¿Por qué lo haría? —Su hermano frunció el ceño y ella suspiró.

—No soy correspondida. De ser así, él me lo habría dicho hace mucho.

Ross permaneció pensativo y Lisa siguió tomando el té.

—Le está yendo muy bien en el club.

Ese hombre era la discreción en persona.

—Lo sé. —Sonrió coquetamente acariciando el collar de zafiros que llevaba puesto.

Ross bufó.

—¿Y te atreves a decir que no le interesas?

No se dejó guiar por la esperanza, ella debía ser realista.

—Soy su esposa, debe hacerme regalos, ¿o es que tú no les hac...?

—Windsor nunca suele dar ese tipo de regalos —le desvió el tema, porque claramente era impropio hablar de sus amantes, y eso captó su atención.

—¿Tiene una amante?

El conde se atoró con el contenido de su taza.

—Por Dios, ¿es que eres tonta? Por supuesto que no. Y si la tuviera, él no dejaría que me enterara, podría matarlo.

—¿Entonces no descartas la opción?

La fulminó con la mirada.

—¿Es que tu esposo no llega a dormir a casa?

Ladeó la cabeza, ellos dormían juntos todas las noches.

—¿Acaso no llevan una vida armoniosa?

A decir verdad ella y Windsor se llevaban muy bien.

—Lo ves, hermana, Windsor no tiene nada que esconder. Tú eres más que suficiente para él.

El calor trepó por sus mejillas y se las acunó con nerviosismo.

—¿Eso crees?

Su hermano la miró con tanta ternura que se sintió una estúpida.

—Sí, y justamente por eso quiero pedirte algo. —No le gustó ver el enojo reflejado en su semblante, muy pocas veces Ross solía enojarse y cuando lo hacía, nadie salía intacto de su endemoniado carácter.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

—Aléjate de Hamilton, hace unos días ellos discutieron en el club y creo que se debe a ti. Sé que el conde quedó eclipsado contigo, pero es algo imposible Lisa, Windsor jamás te lo permitirá y lo sabes.

—Yo tampoco quiero nada con el conde —confesó con congoja. Hasta su hermano la creía capaz de tener un amante—, pero fue él quien se me insinuó. Ya te lo dije, Windsor está entrando en mí con tal determinación que es en lo único que pienso todo el día.

—Dudo que Hamilton vuelva a acercarse.

—¿Qué sucedió? —El miedo la invadió.

Su hermano titubeó, pero luego comenzó a narrar como Windsor y Hamilton tuvieron un enfrentamiento en el ring del club hace varios días, en los cuales, si pensaba con detenimiento, él casi no le había mirado a la cara y le hacía el amor en la oscuridad.

«¿Qué sientes por Hamilton?»

Maldición. Fue esa noche, él estuvo tenso y cada vez que acariciaba su

rostro, Jaden respingaba y ganaba algo de distancia.

—¿Y lo permitiste? —preguntó indignada.

—Era eso o un duelo, Lisa, no quiero que nadie muera a causa de mi hermana.

¿Por qué pelear por ella? Dios santo, con sólo dar una vuelta por Hyde Park ambos encontrarían mujeres mucho más hermosas.

Hizo una mueca.

¿Jaden pensaría igual?

—¿Cómo quedó Hamilton?

Ross encogió los hombros.

—Ambos quedaron bien, unos cuantos golpes, ninguno pudo ganar y al final Beaufort dio por finalizada la pelea.

Suspiró.

—Él no confía en mí, ¿verdad? —inquirió con melancolía y Ross guardó silencio por unos segundos.

—Él no confía en nadie, Lisa.

Le dolió confirmar sus sospechas, dado que ella daría lo que fuera con tal de protegerlo.

Capítulo 9

Después de conversar con su hermano durante dos horas, este le sugirió que regresara a su casa y ella prefirió seguir el consejo. Quería encontrar las respuestas a todas sus preguntas y sólo Jaden podría ayudarla. Ingresó al gran hall de la mansión y encontró a su esposo conversando con el mayordomo, como de costumbre tenía una pose relajada y era el único que se reía de los secos y educados comentarios del criado cuya edad rondaba al menos los sesenta años.

—Milady —dijo el mayordomo ni bien apareció en su campo de visión y ella avanzó con determinación hacia su esposo, ahora a plena luz del día sabría por qué demonios se metió en una pelea con Hamilton.

Le costaba comprender que a esas alturas Jaden no supiera a ciencia cierta que ella era solamente suya, Hamilton ya ni siquiera formaba parte de sus pensamientos. Era cierto que lo estimaba y se preocupaba por él porque se suponía que estaba en deuda con el conde; es decir, ¡tenía que ayudarlo! Aunque nunca se lo prometió, la culpabilidad no la dejaba tranquila. Ellos iban a casarse y Jaden hizo que él se esfumara de sus pensamientos de la noche a la mañana. Lo había traicionado y como mínimo tenía que ayudarlo a encontrar una manera de cubrir sus deudas.

—¿Qué te pasó en la cara? —preguntó sin deseos de irse por las ramas y Jaden se volvió hacia ella con su típica y estresante sonrisa dirigida a alterar su tranquilidad.

—Un golpe insignificante. —El mayordomo se retiró en lo que él le inventaba toda una mentira—. No hay de qué preocuparse, princesa.

—No me mientas. —Para el pesar del duque, Lisa lo conocía muy bien y tenía parte de la verdadera información, así que no aceptaría una mentira como respuesta—. Ya sé lo que pasó.

Jaden entrecerró los ojos, inquisidor y Lisa titubeó, ninguna mujer debía hablarle así a su esposo, no si quería salir intacta de tal conversación. Desafiarse estaba mal, pero merecía saber la verdad si era ella la que estaba de por medio.

—¿Piensas defenderlo? —La pregunta fue emitida en un tono que pudo haber pasado como pasivo si ella no supiera que realmente estaba muy enojado, en sus ojos relampagueaba la irritación.

Estaba furioso.

—No puedes ir por la vida peleando con los demás, Windsor.

—Debí haberlo matado —masculló furibundo y le respondió con un jadeo.

—A pasado casi un mes, no tiene caso seguir recordándolo.

—Pues yo lo hago. —Le recorrió el cuerpo con la mirada—. Y jamás lo olvidaré, menos si él está cerca para recordármelo. Su insistencia no hace más acrecentar mis dudas.

La tristeza le llenó el alma y sus hombros se derrumbaron vencidos. Las cosas jamás serían diferentes para él y ella daría lo que fuera con tal de cambiar el concepto que Jaden tenía sobre ella. Todo parecía indicar que la creía una libertina, sólo eso podía justificar sus celos irracionales.

—¿Por qué no puedes confiar en mí? —preguntó con la voz en un hilo, sintiendo como la garganta se le secaba repentinamente.

—¿Y todavía lo preguntas?

Se rindió.

Entendía que no olvidaría que pretendió entregarse al conde para no casarse con él tan fácilmente, pero ahora todo era diferente, ella era su esposa, le pertenecía a él y Windsor ya debería tener las cosas muy claras, más cuando ella no tenía reparos a la hora de amarlo.

—Ya no quiero seguir con esta conversación. —Se frotó el puente de la nariz con cansancio, pelear sería absurdo y ahora se sentía indispuesta gracias a las tontas ideas que Jaden se estaba formando en su cabeza—. Iré a mi alcoba. —Últimamente estaba atravesando por una serie de mareos.

—¿Te encuentras bien? —La pregunta le permitió sentirse importante. Se oía preocupado.

—Sí, no es nada. —Se apoyó en el pecho masculino que le ofrecía su calor y juntó los párpados cuando la alzó en vilo. Eso era lo que quería, al fin tenía a su adorado Jaden junto a ella.

—¿Ya comiste?

Sólo tomó el té en la casa de su madre.

—Sí.

Ella no comía nada pasado el mediodía —aunque últimamente Jaden la estaba obligando a cenar con él, por suerte ya no tenía chocolates porque si no estaría comiéndolos sin control alguno— Lisa se sorprendió al percatarse donde la estaba llevando.

—¿Por qué aquí? —inquirió confundida y Windsor abrió la puerta con una sonrisa risueña.

Era la primera vez que la metía a su alcoba.

—Siempre dormimos en tu cama. —Se encogió de hombros—. Y hay que admitir que la mía es más cómoda y grande.

Ella no sabía nada al respecto, jamás le autorizó entrar a su alcoba y ninguna dama en su sano juicio lo haría sin el permiso de su esposo. Aprovechó para mirar todo con repentina curiosidad, la cama efectivamente era enorme, fácilmente entrarían tres parejas en ella sin sentir ningún tipo de incomodidad. Las pieles que la cubrían eran de color cobre y la hicieron tragar con fuerza. ¿Por qué demonios Jaden no la trajo antes? Había una puerta que seguramente guiaba al recibidor, pero ya no fueron hacia ese lugar.

—Windsor...

—Dime Jaden, princesa.

Eso estaba en el olvido, si bien a veces su nombre se le escapaba de los labios, no se sentía cómoda diciéndolo, ellos ya no eran los jóvenes que solían cabalgar en las tierras de su padre, ahora eran adultos y la confianza entre los dos no estaba tan sólida como para llamarse por su nombre.

La recostó sobre el mullido colchón con una delicadeza que le hizo pensar que se rompería si caía mal y Lisa se aferró a esa superficie que olía a él, se abrazó a una almohada y ronroneó con comodidad sintiendo los bordados de hilo de oro sobre su mejilla.

—Son las cinco, no deberías dormir a esta hora.

—Sólo serán unos minutos.

Él pareció pensarlo y sujetó un libro antes de sentarse junto a ella.

—Te despertaré para la cena. —Prosiguió a abrirlo buscando la página en la que se quedó con anterioridad.

—¿Cuándo me llevarás al club? Me dijiste...

—En dos semanas se abrirán las puertas a damas de la aristocracia. Necesitarás una máscara pero ya hablé con madame Gale, tendrá todo listo para ti.

—¿De verdad? —Se sentó entusiasmada y él asintió con la vista clavada en las páginas del libro.

—También te traerá el vestido para el baile de los condes de Norfolk.

Su entusiasmo se renovó de sobremanera, en una semana y media sería el baile de los condes y su esposo decidió que asistirían dado que estaban levantando muchas murmuraciones a causa de su «matrimonio por amor». Para muchos era una gran hazaña que alguien consiguiera casarse enamorado de su pareja, muchos matrimonios eran infelices y vivían dos vidas diferentes bajo la discreción correspondiente para que nadie los señalara en los salones de baile ni condenara socialmente.

—No deberías hacer muchos gastos —comentó con cautela, ahora que lo

pensaba él no dejaba de llenarla de lujos.

Él apretó la mandíbula y cerró el libro para mirarla.

—¿No es eso lo que quieren las mujeres: joyas, ropa y más joyas?

«Yo no quiero eso».

—No todas. Además, primero es necesario que nos alcemos económica...

—Todo está marchando perfectamente, princesa, tú sólo disfruta de la vida que del dinero me encargo yo.

Volvió a recostarse y sin poder evitarlo, la pregunta brotó de su garganta.

—¿Y tienes alguna novedad sobre Hamilton?

Retiró la mirada.

—Sigue igual, si no busca una esposa dudo que se salve de las deudas.

Suspiró y giró sobre el colchón para hallar una posición más placentera, sin darse cuenta que le estaba dando la espalda.

—Deberías ayudarlo, tú lo arruinaste.

—Yo no provoqué que se endeudara —le aclaró con sequedad— y no es asunto mío si él no sabe cómo seducir a una mujer. Lo que le suceda al conde me importa un cuerno.

Y eso era lo que más le disgustaba en cuanto su actitud, era egoísta, cosa que antes de irse a América no era.

—Yo lo ayudaré.

—Acércate a él y no querrás saber lo que vendrá después.

Prefirió dormirse, nuevamente estaban entrando en conflicto cuando lo único que quería hacer era tratar de convencerlo para que ayudase a Hamilton, quizá una vez que el conde estuviera casado, la loca idea de acercarse a ella se evaporaría de su cabeza.

Ahogó un jadeo adolorido al sentir una presión en el vientre y contuvo el aliento al percatarse de las tremendas ganas que tenía de vomitar.

Las incomodidades fueron cesando e inhaló suavemente, necesitaba descansar, sentía el cuerpo débil y la cabeza le dolía cada vez más. Algo no andaba bien con su cuerpo, Lisa no era una mujer propensa a enfermarse; a decir verdad, era muy sana al igual que Riley, por lo que seguramente el mal rato no le sentó del todo bien.

Cuando estuvieron en el amplio comedor, ninguno fue capaz de decir mucho dado que Jaden aún estaba molesto y ella no deseaba comer más del caldo de pollo. La discusión que tuvieron esa tarde seguía afectando a su esposo porque él comía su postre sin siquiera mirarla, y eso era extraño

porque Jaden siempre estaba pendiente de sus movimientos en cada una de sus cenas.

A los minutos se encontró haciendo una mueca hacia el plato de ternero y se negó al ofrecimiento del lacayo, ya no quería seguir comiendo, todas esas semanas estuvo exagerando con su alimentación y eso no era bueno.

—Gracias por la comida —espetó con serenidad para que todos entendieran que ya no quería otro plato frente a ella.

—No comiste nada —le dijo Jaden con tosquedad, haciendo bailar la copa de vino entre los dedos.

—No tengo hambre.

Su esposo ya había terminado de cenar hace mucho.

—No te creo. Estás comiendo muy poco.

—Me alimento dentro de lo normal, una dama come en proporciones pequeñas.

—Solías ser más gustosa.

Y por eso era como era.

—¿No estarás pretendiendo hacer dieta, verdad? —Sólo él podía hacer ese tipo de pregunta.

—No.

—Mientes.

—Windsor...

—No te moverás de aquí si no comes.

Maldición. Él la conocía muy bien.

—¿Quieres que vuelva a estar...? —Se calló, ni siquiera ella podía con esa verdad.

—Termina —le ordenó con la vista clavada en sus ojos.

—Gorda y fea.

Él la miró con fijeza, como si quisiera leer lo que sus ojos gritaban en ese momento. No necesitaba mentir, ella conocía perfectamente su situación y estaba segura que él también lo hacía.

—Siempre fuiste hermosa.

Bufó.

Esa era una cualidad que siempre le gustó de Jaden; nunca le hizo sentirse fea ni desagradable, su educación se lo impedía y él cuidaba muy bien sus emociones para que nadie se enterase de lo que realmente estaba pensando.

—Simplemente ya no tengo hambre, no me sentará bien si sigo comiendo.

—No mentía, sentía que si comía algo de aquel plato terminaría echándolo

todo y no precisamente porque la cocinera de Jaden fuera mala.

Él se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos en ella.

—¿Por qué no tomamos el té en mi despacho? —inquirió amenamente, como si no hubieran estado callados por más de veinte minutos durante toda la cena.

—¿En tu despacho? —Frunció el ceño.

—Es la única estancia que tiene la chimenea prendida, el ambiente estará muy cómodo —le explicó con parsimonia y ella evitó exteriorizar el placer que le generaba la idea de entrar a su sagrado refugio.

Le parecía que Jaden estaba actuando extraño; primero la llevó a su alcoba y ahora le permitiría conocer su despacho, esos eran los únicos lugares a los que no había entrado hasta ahora.

—De acuerdo.

Quizá era su oportunidad para dar un paso hacia adelante y mejorar su relación, lo único que tenía que hacer era dejar de mencionar a Hamilton para que las cosas fluyeran entre los dos. Durante las dos semanas que estuvo en cama, Jaden la trató bastante bien y pudieron conversar tanto como se les apeteció, ¿por qué no buscar lo mismo ahora que podía hacerle el amor cuando él lo quisiera? Con eso él debería estar contento, según tenía entendido lo mejor de su matrimonio era cuando compartían el lecho, el único momento donde pasaban a ser dos amantes sin pasado ni problemas de por medio.

—Por cierto. —Lo sujetó del brazo, aligerando el ambiente, en lo que caminaban hacia el despacho—. Estoy aburrída, ¿por qué no hacemos algo interesante?

Windsor pareció despertar de su letargo porque sus ojos color manantial se tiñeron a un negro azabache y sonrió con picardía.

—¿Cómo qué?

Perfecto, ya no estaba tan tenso.

Lisa no sabía si tomar la atracción sexual que tenían como algo negativo o positivo. Muchas veces dejaban pasar las cosas sólo para tener un encuentro carnal y quizá eso no estaba del todo bien, hablar de sus problemas nunca estaría de más.

—No lo sé, pretendía que fueras tú el de la sugerencia. —Era algo bueno, que Jaden la deseara de por sí estaba bastante bien para alguien como ella.

—Podríamos ir a mi alcoba, allí te puedo hacer cosas interesantes.

El rubor trepó por sus mejillas y el pulso se le aceleró; sin embargo, aún con el corazón en la garganta negó lentamente.

—No tengo sueño —fingió indiferencia y él rio roncamente.

—No dije que fuéramos a dormir, princesa.

Y como de costumbre evitó trastabillar ante sus descarados comentarios, ese hombre era un perverso, esos años en América no hicieron más que inclinarlo al libertinaje.

—No se me apetecer ir a la cama —zanjó el tema antes de que terminara siendo ella quien le pidiera eso, la estaba tentando a aceptar sus lujuriosas ofertas sin siquiera hacer mucho esfuerzo.

Ingresaron a su preciado refugio y Lisa no perdió el tiempo para iniciar un peritaje, husmeó tanto como pudo, leyó con curiosidad los títulos de los libros que tenía en el gran estante, se acercó al escritorio de roble y confirmó su solidez, acariciándolo con sutileza mientras observaba los papeles que estaban sobre el escritorio.

El mayordomo trajo las tazas de té y Lisa ni siquiera se percató que ya estaba sentada en el asiento de Jaden abriendo los cajones cuando este se marchó, anonadado por su atrevimiento.

—¿No te enseñaron que es de mala educación husmear? —inquirió Jaden con un tono divertido y ella alzó la vista para verlo avanzar hacia su lugar.

Se puso de pie.

—¿No puedo hacerlo? —Él la abrazó por la cintura y se sentó en el asiento que ella había abandonado hacía unos segundos, acomodándola sobre su regazo.

—Eres libre de hacerlo. —Besó su hombro y ella siguió con lo suyo, la curiosidad podía con ella.

Algo nerviosa por las manos que la acariciaban sin pudor alguno, Lisa abrió el cajón más grande y su sonrisa creció de oreja a oreja al encontrar una caja de bombones.

—Oh, bombones —susurró y sacó la caja posándola sobre el escritorio. No pidió permiso y la abrió quedando fascinada por la gran cantidad que había dentro, eligió el más atractivo y se lo llevó a la boca emitiendo un gemido placentero.

¡Era delicioso! Jamás podría decirle que no a ningún chocolate, eran su debilidad y Jaden lo sabía.

Se llevó otro a la boca y juntó los párpados, suspirando con deleite.

Quería más.

—¿Te gustan?

Se deprimió al ver que él cerraba la caja y con sutileza le pedía que se

levante para que él también lo hiciera. Siguió la orden con la vista clavada en la caja de chocolates.

—Son deliciosos.

—Llegaron hace poco de Suecia, tienen relleno.

Eso explicaba por qué no conocía esos chocolates.

—¿Me invitas uno más? —preguntó aleteando las pestañas como si se tratase de una niña pequeña.

Él miró la caja y luego a ella.

—No.

Gruñó.

—No seas malo, a ti no te gustan —ladró irritada. ¡Quería uno más!

Bueno, en realidad quería la caja completa pero eso sería mucho pedir.

—Me gustan, fuiste tú quien me acostumbró a comprar chocolates cada semana, princesa, uno para ti y otro para mí.

Recordaba esos días en los que Windsor siempre le traía sus bombones favoritos.

—Invítame uno, ¿sí? Nunca probé algo tan sabroso —confesó con sinceridad.

—No lo sé. —Le dio la espalda y avanzó hacia los muebles que estaban en medio de la estancia alfombrada—. ¿Por qué no te los ganas? —Se sentó en el sofá con una pose relajada.

Lisa enarcó una de sus cejas castañas y se acercó a él cautelosamente. La sonrisa de su esposo era tan retorcida que sentía que pronto estaría haciendo una locura; sin embargo, la tentación a lo desconocido pudo con ella y terminó cayendo en la trampa de Jaden.

—¿Cómo ganaría uno?

Él se puso de pie y abrió un pequeño cajón que estaba oculto en la mesa.

—Apostemos. —Sacó dos dados.

—¿Qué? —Abrió los ojos de par en par y dio un paso hacia atrás—. Una dama no apuesta.

—Debes conocer a alguna que lo haga.

Claro que conocía a una, pero no la veía hace años y Rachel siempre ganaba.

—Si pierdo no tendré nada para darte.

—Hagamos esto: el ganador se queda con la caja de bombones.

«Dios, ilumíname por favor, no dejes que mi amor por el chocolate me lleve a caer en la trampa de mi esposo». Se repitió al menos tres veces, no

podía ce...

—Toma en cuenta que son únicos, nunca encontrarás estos bombones aquí.

—¡De acuerdo! —Se exaltó, no podía perder esa oportunidad; además, ambos estaban en su casa y nadie se enteraría que Lisa Browning estuvo apostando—. Pero sigo sin comprender qué podría dar el perdedor —comentó, ceñuda.

—Jugaremos los dos —le notificó—. Siete y once son los únicos números ganadores, si sacas otro número te quitarás una prenda; y por cada once o siete, seré yo quien se quite una. El primero en quedar desnudo perderá atravesando la peor humillación de su existencia.

¿Es que acaso estaba demente?!

¿Desnudarse frente a él?

No, no tenía el valor para hacerlo, una cosa era que él la viera desnuda, consumido en el placer, y otra muy distinta que la viera así, sin ningún elemento de distracción que pudiera alejarlo de sus imperfecciones.

—No me interesa.

—Creí que querías hacer algo más divertido —espetó burlón, y ella apretó la mandíbula.

—No me parece divertido en lo absoluto.

—Vamos princesa —Se acercó peligrosamente hacia ella y antes de que pudiera retroceder, la sujetó de la cintura pegándola a su fornido pecho—. Juguemos, ¿sí? Decías tiempo atrás que querías experimentar y hoy es un día maravilloso para que tengas una nueva aventura. —Le lamió la comisura de los labios y el pulso se le disparó fieramente—. Llevas, posiblemente, quince prendas más que yo, ¿quién crees que perderá primero?

¿Cómo le diría que no, si no dejaba de tentarla con su cuerpo? Su olor era hechizante y... moría por verlo desnudo en medio de su propio despacho, la idea se le hacía excitante y placentera.

—Está bien —musitó con un hilo de voz y gimió cuando él mordió su labio inferior seductoramente.

—Cerraré la puerta —informó con suavidad y se alejó de ella, dejándola sola y desprotegida.

Lisa regresó a la realidad y aprovechó los segundos que él tardó en cerrar todo para frotarse las manos con nerviosismo. Llevaba las medias, las enaguas, la camisola, dos faldas más, el corsé y el vestido —sin olvidar los escaarpines—. Definitivamente le llevaba ventaja, no podía perder.

—Muy bien, tú primero, siéntete libre de usar toda la mesa —espetó él,

pasándola de largo y con un simple movimiento pegó esta contra la pared y puso la caja de bombones encima para recordarle que ese era el premio—. Así no se caerán los dados y tendrás el incentivo parar querer vencerme — explicó con una sonrisa que delataba su muy buen humor.

—Debes saber mucho de esto —musitó con nerviosismo.

—Algo así, lo suficiente como para asegurar que será rápido. —Le guiñó el ojo, enviándole un escalofrío por toda la espina dorsal.

—Si tú lo dices... —susurró agitando los dados en su mano, eran dos en total.

—Por cierto, los dos guantes y las dos medias equivalen a dos prendas para ti, no quiero que te hagas a la listilla —aclaró antes de que lanzara y ella sólo pudo asentir por la excitación que el juego le estaba generando.

—¿Puedo?

—Siéntete libre.

¿Era impresión suya o estaba muy confiado de sí mismo?

Lanzó los dados sobre la superficie de madera y cada giro se le hizo eterno, cada choque una tentación y a medida que los dados iban perdiendo fuerza y velocidad, su ansiedad iba aumentando. Cuando el resultado se vislumbró desde su lugar; sonrió.

—Siete —le miró y Jaden se quitó el pañuelo sin protestar, lanzándolo al piso.

Tragó con fuerza.

Desvestirlo sería difícil, él también tenía varias prendas encima.

—Continua, dejará de tocarte cuando pierdas.

—No es como si no perdiera de ambas formas. —Rodó los ojos y él se encogió de hombros.

—No tengo la paciencia para esperar más de una hora para verte desnuda. Fue lo mejor que se me ocurrió —confesó despreocupado y se sintió satisfecha, por alguna extraña razón él la deseaba.

Volvió a lanzar los dados.

—Oh. —Se deprimió, era un cinco.

—Qué pena. —Sonrió él y Lisa se quitó los guantes—. Mi turno.

Jaden sólo los agitó una vez y los lanzó a lo largo de la mesa sacando un once.

Maldición.

—¿Debería elegir la prenda? —Se dio golpecitos en el mentón y ella lo fulminó con la mirada.

—Nunca acordamos eso —le recordó y se giró hacia el espejo que justo estaba al lateral de la mesa en la que jugaban.

—Eso no es una prenda —soltó él con voz ronca al ver que pretendía quitarse el collar.

Ella le miró.

—Pero...

—Y déjalo allí, me encantará verlo en tu cuello una vez que estés desnuda.

Se sintió repentinamente mareada por la expectación que ese juego le estaba generando. Uno de los dos terminaría desnudo, ¿y luego qué? Dudaba que Jaden se conformase con eso y, a decir verdad, ella tampoco lo haría si después regresaban a su alcoba para descansar como si nada extremadamente erótico hubiera pasado en el despacho de su esposo.

Se quitó los escarpines.

—Aburrida.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Pues no lo es. —Volvió a sujetar los dados y los tiró a una distancia más corta.

¿¿Qué?! No podía ser cierto, ¿¿un siete?!

—Pero qué divertido es este juego —bromeó él y Lisa meditó la situación.

Si por casualidades de la vida Jaden ganaba, al menos mantendría la dignidad mostrándose algo... atractiva para él. Abrió los botones de su vestido y la sonrisa de su esposo creció.

¿De verdad no disimularía un poco? ¿Era un sinvergüenza!

En el tercer tiro perdió y como resultado se quitó la levita dejándola atolondrada.

¿Cómo jugaría con esa imagen frente a ella?

Su cuerpo era hermoso y ahora todo se ajustaba perfectamente a cada uno de sus fuertes músculos bien definidos gracias a sus entrenamientos de boxeo.

¿Era indecoroso desear estar sobre la mesa, a su disposición?

Ladeó la cabeza.

«Concéntrate, Lisa».

—¿Qué? ¿Ya me quieres entre tus piernas, princesa? —le susurró al oído y el calor trepó por sus mejillas.

«Sí».

—Por supuesto que no. —Él no tenía por qué enterarse de sus perversos pensamientos.

Él rio por lo bajo.

—Juega, pequeña mentirosa.

Primero se fue el chaleco, luego la camisa y finalizó con los zapatos. Al perder, ella quedó con una falda menos.

—Te veo nerviosa, ¿quieres uno? —sujetó un chocolate y se acercó a ella invadiéndola con su olor corporal. Ahora quería tocarlo, su pecho era firme y sus vellos la incitaban a alargar la mano y acariciar la piel aterciopelada y bronceada.

Se sentía una pervertida por desearlo tan fervientemente.

Abrió la boca para que él le diera el chocolate, pero sus ojos viajaron a los labios masculinos que recibieron el chocolate.

—Ven por él —jugó él y ella lo sujetó de la nuca, se puso de puntillas y lo besó con fuerza, invadiéndole al instante para robarle un poco del chocolate.

Jaden gimió y Lisa no supo cómo, pero destrozó su corsé en un arranque de pasión. Se arrimó a él y su pulso empezó a acelerarse al sentir como le subía la falda en una larga caricia, quiso infiltrar su mano en sus pantalones, pero él la detuvo.

—Este no es el juego —comentó él entre beso, frustrándola.

—Ya no quiero jugar, vamos a...

—No. —Se alejó de ella—. Dijiste que no querías ir a la cama.

Lisa casi lo odió por ser tan orgulloso. Siempre era así, negándose a lo que realmente quería con tal de castigar a los que en su momento no lo obedecieron.

—No podré usar mi corsé, acabas de romperlo —refunfuñó, berrinchuda y él la ignoró.

—Una prenda menos.

Bufó.

—Eso es trampa.

—Tú me besaste.

Guardó silencio. Era un sinvergüenza, ¡él usó ese poder que tenía sobre ella para impulsarla a hacerlo!

—Juega.

Al quedarse solamente con sus interiores y con las medias, Jaden esperó varios segundos para lanzar los dados. Sus ojos recorrían cada rincón de su piel descubierta y se relamía los labios en reiteradas ocasiones.

¿La desearía si viera su vientre?, ¿qué pensaría de sus imperfecciones ahora que la pasión no lo estaba distraendo?

—Si saco once elegiré la prenda que te quitarás —sentenció, dejándola

helada.

—¿Qué? No es justo —le reprochó, contrariada, y él la miró con fijeza. Estaba muy serio.

—Injusto sería que me arrepienta de llevarte al club, princesa.

—Eres un tramposo, eso es chantaje.

Tiró los dados, sin ganas de seguir escuchando sus quejas.

Lisa contuvo el aliento y él se giró con una sonrisa lobuna en su dirección.

—Y el tramposo ordena que te quedes sólo con tus medias.

Capítulo 10

El primer reflejo de Lisa fue dar un paso hacia atrás, conocía a Jaden y ya nada lo detendría; es más, podría jurar que él estaba usando todo su autocontrol para no saltar hacia ella y tomarla allí mismo.

Comprendía que seguir manteniendo su complejo era inútil, jamás perdería esas marcas y él ya las había tocado un sinfín de veces. Sin embargo, no se sentía segura, no quería que las viera con tanta libertad, cuando hacían el amor el momento era esporádico, en cambio ahora él podría detallarlas, estudiarlas y llegar a la conclusión que le desagradaban.

—¿Y por qué obedecería al tramposo? —inquirió con la voz temblorosa.

—Porque ambos sabemos que te conviene —le dijo con una sonrisa socarrona y tragó con fuerza.

No era más que la pura verdad, Jaden se las arreglaría a como dé lugar para dejarla desnuda y ella sólo estaba retrasando lo inevitable. Se abrazó a sí misma y mirando la mesa, musitó:

—¿Podrías darte vuelta?

—No.

—Por favor.

Lo escuchó maldecir por lo bajo, pero al final siguió su petición.

Lisa se despojó de las únicas prendas que la cubrían y se puso al borde de la mesa, dándole la espalda para que no pudiera ver sus imperfecciones.

—Ya está.

Lo escuchó moverse y juntó los párpados cuando él habló.

—Esto no es parte del trato.

—Es lo que hay. —Gimió cuando él la abrazó por detrás.

—Estás cambiando las reglas del juego, y yo pienso añadir otras que podrían perjudicarte —dijo en lo que tiraba los dados y perdía.

Quiso girar el rostro para ver qué prenda se quitaría, pero él se lo prohibió.

—Yo no te veo; tú no me ves.

Los siguientes tiros cantaron la victoria de Lisa y ahora él se quitaba la única prenda que mantenía sus cuerpos distanciados.

—Los bombones son míos —articuló suavemente al sentir como acariciaba su glúteo al tiempo que arrimaba su cuerpo contra el suyo.

—¿Qué crees? Encontré algo interesante en el piso —dijo con una voz pícaro y aterciopelada—. Quizá te traiga recuerdos.

Abrió los ojos de par en par cuando él empezó a atar sus manos por

delante de su cuerpo con su pañuelo.

—¿Qué haces? —Intentó forcejear y él no lo tomó para nada bien.

—Dije que pondría nuevas reglas y deseo mi revancha.

—Oh, vamos Jaden, a ti no te importan los bombones. —Lo fulminó con la mirada y él le sonrió como si el hecho de que estuviera con las manos atadas fuera de lo más normal en la faz de la tierra—. ¿Qué? No, espera, esto es trampa, nunca me dijiste nada de esto.

—¿Y quién te manda a confiar en un canalla como yo?

No pudo enojarse, sino todo lo contrario, la excitación burbujeaba en su interior a medida que él moldeaba su figura con ambas manos.

—¿Qué harás? —preguntó con un hilo de voz y él sonrió sobre la piel de su cuello.

—Ganaste la caja de bombones, pero yo también merezco ganar algo, ¿no te parece? Fui un digno rival. —susurró seductoramente en lo que sus manos amasaban sus glúteos.

Lisa gimió ahogadamente y tiró la cabeza hacia atrás, apoyando su espalda en el pecho desnudo de su esposo.

—¿Cuál es el juego? —Quería que la tomara allí mismo.

—Apoya los codos en la mesa.

Así lo hizo. Al diablo todo lo demás, ella adoraba cada vez que Jaden le hacía experimentar algo nuevo.

¿No era eso lo que siempre quiso?

Aventura, libertad y romper las reglas del decoro y protocolo social que regían a toda dama inglesa. Contuvo el aliento cuando sus pechos tocaron la fría superficie y pegó la frente en el roble. De verdad estaba locamente enamorada de Jaden como para permitirle algo así.

—Tira un once o un siete. Debes decirme qué número te sale.

Claro, con su cuerpo sobre la mesa él no podrá ver nada.

—Pero mis manos.

—Te basta para sujetar los dados y dejarlos caer. Hazlo ahora.

—Pero ¿qué pasará?

—Tú sólo hazlo y descubrirás qué pasará con cada número.

Lanzó los dados y un tres quedó boca arriba.

—¿Qué número?

—Tres —susurró con un hilo de voz y juntó los párpados cuando él le separó las piernas y posó un dedo en su húmeda entrada.

Todo indicaba que ahora sí empezaría el verdadero juego que ambos

estuvieron esperando.

—¿Podrás recibir tres dedos?

¡¿Es que acaso estaba loco?!

—No, espe... ¡Ah! —Jadeó fuertemente cuando tres dedos se abrieron campo en ella, llenándola de expectación.

—Te amoldaste a mí, princesa, esto no es nada para ti.

Alzó las caderas para ayudarlo, pero un manotazo en el glúteo izquierdo la hizo respingar.

—¡¿Qué te pasa?! —ladró.

—No dije que pudieras moverte. —Se estaba riendo de ella—. Vuelve a lanzarlos.

Ladeó la cabeza, no podía concentrarse en nada, él le estaba haciendo el amor con los dedos.

Otra nalgada llegó y gruñendo sujetó los dados y los volvió a tirar.

—¿Número?

—D-os.

Él la giró de tal manera que quedó sentada sobre la mesa con las piernas abiertas y él entre ellas. Lisa trató de regularizar su respiración pero terminó arqueándose cuando él pegó sus pelvis en un ávido. No supo cómo pero Jaden tenía un chocolate en la mano y lo llevó hacia sus labios.

—Muerde un poco menos de la mitad.

Así lo hizo y un poco del relleno se deslizó por su mentón. Él lo limpió con la lengua y luego ganó algo de distancia.

—Eres malditamente caliente —gruñó ahogadamente y Lisa se arqueó al sentir como dejaba rastros del relleno del chocolate en sus pechos—. Pasa tus manos por mi cuello.

Incluso atada siguió la orden y trató de reafirmarse abrazándolo con las piernas por la cadera.

—Ah... —Suspiró enterrando las manos en su espesa cabellera color chocolate.

—Eres deliciosa —susurró él, mientras enterraba gran parte de su pecho en su boca y ella se arqueó excitada, dejando que la torturara por al menos cinco minutos. Sus cuerpos sudorosos se arrimaban cada vez más y jadeante le imploraba por más, quería que él acabara con su suplicio. Poco a poco fue separando los ojos al sentir como le pasaba los dos dados.

—Tíralos —musitó él, mordisqueando su pezón.

—No veré el resultado. —Estaban frente a frente, los dados caerían detrás

de Jaden.

—Por tu bien saca un once.

—¿Y si no lo hago?

—Lanza los malditos dados.

Los dejó caer y el repique sonó claramente en el piso del despacho, él seguía besando sus pechos y lentamente se incorporó, conectando sus miradas.

—Lamento tener que actuar así cada vez que tengo entre mis brazos, no puedo contenerme.

No lo comprendió y se aferró a él con más fuerza cuando la levantó de la mesa.

—¿Qué número es?

Con la mirada borrosa buscó los malditos dados y antes de poder dar la respuesta, la penetración llegó arrebatándole un grito lastimero.

—Es un doce —confesó jadeante, sintiendo plenamente sus embistes.

—Y que me condenen si por un número no te hago el amor, princesa.

Lo siguientes minutos fueron pasando entre besos, caricias y ella sobre la mesa sintiendo los besos que él iba dejando a lo largo de su cuello sin detener sus penetraciones. Sus jadeos se entremezclaban y ella se sentía como si no supiera exactamente quién era y de donde venía, en su mente sólo estaba él, y quizá por eso un recuerdo llegó a ella en el peor momento del día.

—¡No es justo, Jaden! ¡Si eres mi aliado no puedes hacerme algo así! —Azuzó a su caballo hasta llegar al lago de su propiedad en Hampshire y lo vio retorciéndose de la risa junto a su semental que ya estaba atado.

—Era una competencia, princesa, no podía esperarte —aclaró divertido y ella saltó del animal, entregándole las riendas para que lo atara.

—¿Pensabas pescar solo? —inquirió entrecerrando los ojos y él ladeó la cabeza.

—Por supuesto que no, me reía un poco mientras te esperaba.

—Hiciste trampa, saliste cuando recién ensillaban el caballo.

Él frunció el ceño.

—¿No tiene nombre?

Ella hizo un mohín.

—No es mío, mi madre jamás aceptará que mi padre me regale un caballo. —Se encaminó hacia el bote y él la siguió.

—Cuando nos casemos te regalaré uno.

Se sonrojó. El anterior invierno Jaden sorprendió a todos en la cena

navideña pidiendo su mano en matrimonio, ni siquiera ella misma lo había esperado hasta que dedujo que seguramente lo hizo para liberarse de las locas matronas que lo anhelaban para sus hijas. Jaden no era un hombre de complicaciones y lo más lógico para él sería casarse con una mujer en quien confiara y le trajera la menor cantidad de problemas.

—No hace falta, debes tener muchos.

Él no dijo nada y cuando estuvieron en medio del lago, esperando poder pescar algo, el tema volvió a salir a flote.

—¿Por qué a tu madre no le gusta que sus hijas cabalguen? Hoy la vi reacia a la idea de que salieras conmigo de paseo.

—Creo que se debe a un accidente en su juventud, no podría decirte con exactitud el porqué de sus miedos, pero mi padre la apoya en cada una de sus decisiones. Sin embargo...no cabalgo hace cinco meses —confesó con suavidad y él dejó de pescar para prestarle toda su atención.

—¿Qué pasó?

Bajó la mirada, apenada, y la visión se le empañó. Jaden terminó junto a ella envolviéndola en un abrazo y apoyándola en su pecho para brindarle su apoyo.

—No tienes que contármelo.

—Hubo un accidente en las caballerizas —susurró con la voz quebrada—. Yo quise salir de paseo y no me di cuenta que Riley me seguía, ella sólo tiene ocho años y cuando yo salí con el caballo ella se quedó allí...

—¿Y qué pasó?

—Nadie lo sabe, pero se sospecha que Riley hizo caer uno de los faros y eso provocó un incendio.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó de pronto, dándose cuenta que en esos tres días lady Riley no bajó a saludarlo.

—Ella... no llegó a quemarse, está bien, pero cuando la construcción empezó a derrumbarse un pilar cayó sobre ella.

—Dios santo, ¿Y cómo la sacaron? —El terror en el rostro de Jaden era palpable, ella misma seguía asustada por todo lo sucedido.

—Mi hermana tiene un prometido, él estaba cerca y logró rescatarla. —Rompió en un suave llanto al recordar que su hermana estuvo a punto de morir y que por su culpa ahora llevaba una gran cicatriz en la espalda, si ella hubiera sido una buena hermana, Riley jamás la habría seguido, se suponía que ella debía cuidarla cuando sus padres estaban fuera.

Si no hubiera sido por lord Devonshire, Riley no seguiría viva, él llegó

en el momento preciso y al final su hermana nunca se enteró de que estuvo en Hampshire durante todo el proceso de su recuperación.

Él retrasó sus obligaciones en la universidad y no se fue hasta cerciorarse de que su hermana estuviera bien. En ese incidente, Devonshire recibió una leve quemadura en el hombro, según lo que su padre le dijo a su madre, y ni siquiera eso impidió que hiciera todo lo que estuviera en su alcance para sacar a Riley del fuego.

Por su culpa ambos quedaron perjudicados, fue ella quien le causó ese mal a ambos y...

—No es tu culpa, princesa, tú no provocaste el incendio.

—Pero mi deber era cuidarla. —Lo miró con impotencia y él le sonrió con empatía, retirando las lágrimas de su rostro.

—¿Y quién te cuida a ti?, ¿qué hubiera pasado si estabas con ella? El prometido de tu hermana no hubiera podido con ambas.

—Pero es que ninguna debía haber estado allí. —Sollozó y él se inclinó sobre ella, dejando un casto beso en su frente.

—Pero el destino así lo quiso, y nadie puede hacer nada para cambiar su rumbo.

—Claro que se puede. —Se sintió irritada. Windsor nunca la había besado, ni siquiera cuando pidió su mano se atrevió a darle un simple beso.

¿Tanto le desagradaba?

—No lo creo, el destino es algo que jamás podrá cambiarse.

Se puso de pie, indignada.

—¡Claro que se puede cambiar! —Puso las manos en jarras—. Cada uno forja su propio destino, el que quiere ser alguien en la vida debe luchar, nada llega porque sí, no puedes pensar de manera tan mediocre.

—Lisa, las cosas se dan porque el destino así lo quiere. Este jamás podrá cambiarse.

—No, eso no es verdad.

—Lo es.

—No, ¡tú cambiaste mi destino!, ¡esa es la prueba de que puede cambiarse!

Él la miró con repentina curiosidad y lentamente se puso de pie.

—¿Por qué piensas eso?

Se sonrojó violentamente y dejó de lado su postura altanera. Empezó a jugar con la falda blanca de su vestido.

—Yo... bueno... mi destino era ser una solterona, pero tú...

—¿Por qué serías una? —ladró con molestia y ella evitó hacer contacto visual.

—El punto es que al menos tú pediste mi mano.

—Porque te vi primero. Ni siquiera fuiste presentada y ya te consideras una solterona.

—Di lo que quieras, tú cambiaste mi destino —espetó aún con la cabeza gacha—. Yo sé que si no me caso contigo, no lo haré con nadie.

De un fuerte tirón, fue arrastrada hasta el pecho masculino y alzó la mirada sorprendida. Él jamás solía actuar así.

—En efecto, jamás te casarás con otro que no sea yo —decretó con los dientes apretados y ella se encogió.

¿Qué le sucedía? No tenía por qué ponerse tan molesto.

—¿Y sabes por qué?

Bajó el rostro y ladeó la cabeza en modo de negación. El abrazo se hizo aún más fuerte y jadeó algo adolorida.

—Mírame.

Tragó con fuerza y siguió la orden, encontrándose con sus pupilas dilatadas y una mirada que reflejaba peligro.

—Jaden... —titubeó al notar que su vista estaba clavada en su escote.

Quiso pedirle que la besara, pero lo siguiente que sucedió la dejó helada.

—¡Ah! —gritó cuando se dio cuenta que él no calculó la fuerza con la que se deshizo del abrazo, y su cuerpo fue a parar directo al lago.

—¡Lisa!

El agua abrazó todo su cuerpo y agitó las manos desesperadamente buscando salir a flote, no era muy buena nadando y se vengaría de ese malnacido.

¡Ella quería un beso, no un chapuzón en el lago!

—¡No sé nadar, imbécil!

Él entró y pronto se supo rodeada por sus fuertes brazos, ganó una gran bocanada de aire gracias a que él logró mayor estabilidad y lo abrazó por el cuello, espantada.

—Lo siento, princesa, no me di cuenta, yo sólo...

—Sácame de aquí, creo que entiendo qué te pasó —susurró conmovida, de verdad le costaba mucho estar en el agua y para empeorar todo, no quiso besarla. Le dio tanta repulsión que no pudo pensar con claridad y terminó tirándola al lago.

—No, no tienes la menor idea de lo que me pasó —le respondió con un tono de voz algo ronco y lo ignoró en lo que la subía al bote y lo guiaba a la orilla.

¿Cómo demonios sería una buena esposa si él ni siquiera quería besarla?

Castañeando los dientes se dispuso a bajar del bote, dado que el desgraciado se dirigió hacia su caballo dejándola atrás y cuando pisó tierra firme respingó al sentir la levita caliente sobre sus hombros.

—Yo te llevaré, ataré a los caballos y por tu bien cúbrete con esto —le dijo con dureza y ella lo maldijo por lo bajo.

¿Ahora se preocupaba de que pescara un resfriado?

Al llegar a su casa, ni sus padres ni su hermano estaban, por lo que se salvaron de ser vistos en ese deplorable estado. Una vez en su alcoba, esperó que le prepararan un baño y se quitó la levita para mirar su desastroso aspecto en el espejo.

Se sonrojó violentamente al notar que su vestido estaba adherido a su piel y sus pezones oscuros se veían con claridad bajo la tela blanca que estaba empapada.

Se abrazó a sí misma.

¿Él la vio en ese estado?

¡Su vestido era casi transparente!

Se mordió el labio inferior y una lágrima bajó por su mejilla.

Definitivamente Jaden no la deseaba. Que Dios se apiadara de ella para que soportara un matrimonio cordial cuando lo único que quería era su amor.

Tendidos en el piso alfombrado del despacho, Lisa regresó a la realidad y se incorporó con lentitud. Sin mirarlo caminó hacia su ropa.

¿Por qué tuvo que recordar aquello?

—¿Dónde vas? —Él se sentó y la observó confundido.

—Quiero regresar a mi alcoba —susurró y lo sintió tras de ella.

—¿Qué tienes? Pude sentir que en un determinado momento te pusiste tensa.

Sonrió sin gracia y se giró hacia él para enfrentarlo.

—Estoy molesta.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque odio que me toques —mintió y él abrió los ojos, sorprendido—.

Yo... odio no ser lo que realmente deseas. —Cubrió su rostro con ambas manos y no recibió respuesta alguna.

—¿A qué te refieres?

— No lo entenderías, tú eres perfecto. —Se abrazó por el vientre, sintiéndose vulnerable.

—Soy el hombre más imper...

—Y ella también lo es.

Odiaba no ser como Sabrina; si tan sólo fuera más linda, más esbelta o más atractiva, no se sentiría tan poca cosa junto a él.

El silencio espesó el ambiente por al menos tres minutos en los que ninguno se movió ni dijo nada, sólo se miraron a los ojos tratando de hablar con ellos.

Lisa temió haber tocado un punto frágil. Sabrina era, posiblemente, la mujer más importante en su vida y seguramente, con ese comentario, acabaría provocando que fuera tras ella.

—No sabes lo que dices. —La sujetó de los hombros, furibundo.

Sonrió con amargura.

—Fuiste tú quien se fue con ella. —Se liberó de su agarre con sutileza y se acercó al cúmulo de ropa que estaba en el piso. Se inclinó para sujetar sus prendas—. No me afecta, siempre supe que tus amantes eran preciosas, no me sorprendería que tuvieras una ahora. Nunca fui el tipo de mujer por la que suspiraras, ni siquiera pudiste ser capaz de robarme un beso cuando me cortejabas antes de romper nuestro compromiso.

—¿A qué viene esto? —Se estremeció al sentirlo junto a ella. Estaba molesto.

—Ya no quiero que me toques, acabemos con esto y esperemos que llegue tu hijo.

Él la obligó a incorporarse y terminó soltando las prendas que había recogido.

—¿Es por el maldito complejo tuyo? —farfulló rojo de la cólera y Lisa retiró la mirada.

Jaden tiró de ella y la obligó a plantarse frente al espejo.

—¿Qué ves aquí? —le preguntó con seriedad, poniéndose tras de ella.

—Suéltame, no quiero estar aquí —dijo con la respiración entrecortada y él la sujetó con fuerza.

—Contesta, quiero que te mires al espejo y me digas que ves en él.

—Maldición, ¿qué quieres que te diga? Que veo una mujer llena de

imperfecciones —chilló con los ojos llorosos y se miró al espejo. Sollozó—. Tengo marcas en el vientre, mi piel no sólo es imperfecta, su color es desagradable y mis labios... son demasiados gruesos, mi cara es extraña, mis ojos muy grandes, mis cejas muy espesas, yo... odio todo lo que veo. — Rompió en un suave llanto y cuando se dejó caer, él la sujetó de la cintura impidiéndole tocar piso—. Déjame ir, no me hagas esto, me duele estar aquí.

Lentamente la giró para ponerla frente a él, y dejó que la reconfortara con un abrazo. Ambos estaban desnudos en medio de la estancia y ella no podía dejar de llorar por más que lo quisiera.

—En mi vida he conocido a una mujer más ciega que un invidente —le susurró en el oído y Lisa sollozó—. Eres lo más hermoso que he visto en mi vida y te atreves a decir que eres fea.

—No seas amable.

—Si mi intención fuera ser amable, ya estarías en tu cama durmiendo. Yo quiero ser tu aliado y un buen esposo, por lo que mi deber es abrirte los ojos y hacerte ver lo equivocada que estás. Vamos princesa, vuelve a girarte.

Ladeó la cabeza.

—Hazlo, ¿sí? Te doy mi palabra de que todo lo que diré, será verdad.

Alzó el rostro y dejó que él le limpiara las lágrimas que bajaban por sus mejillas. Volvió a verse por el espejo, y esta vez contuvo el aliento al ver como él acariciaba su cuello.

—Yo veo a una mujer hermosa, exuberante y con los labios más apetitosos en la faz de la tierra —le dijo con la vista clavada en su reflejo—. Tus ojos son verdes, pero a veces creo que son el mismísimo fuego por la intensidad de tu mirar; el color de piel sólo provoca en mí ganas de hacerte el amor bajo la luz de las velas, que te hacen brillar como el mismísimo oro; si tu cara es rara, espero que todas mis hijas, porque pienso tener muchas, tengan un rostro extraño.

Lisa hundió el rostro en las manos sintiendo un sentimiento extraño que la hizo temblar, trató de recomponerse mientras él acariciaba su vientre.

—Si no tuviera más de cien criados, te ordenaría caminar por la casa solamente en medias y con ese collar.

—Nunca me deseaste. —Liberó aquello que la estaba martillando por dentro y él dejó de moverse—. Cuando ibas a mi casa, esperé tanto que me robaras un beso y eso nunca pasó.

—Si te hubiera robado un beso, princesa, no me habría conformado con tan poco y me habría llevado más como un ladrón de primera. Yo te respetaba,

utilizaba todo mi autocontrol para no tirarte sobre el césped y hacerte conocer cosas maravillosas.

Lo buscó a través del espejo y la verdad la golpeó con fuerza.

—Un beso de ti jamás me hubiera bastado, menos si cuando te vi por primera vez, a pesar de que eras una joven de quince años, ya te quería en mi cama. Eras mi fruta prohibida, princesa, y tú te empeñabas en seguirme sólo para tentarme a cometer un pecado y tocar lo que aún no podía reclamar como mío.

—Jaden... —la voz le tembló y él sonrió.

—Sabes, estas líneas que tanto odias, para mí son lo más hermoso que tienes porque demuestran lo valiente que eres, la gran fuerza de voluntad que tienes y lo perfecta que serías para cualquier hombre.

—Hay mujeres mucho más hermosas que yo.

—No lo creo —le respondió sin dudarlo—. Yo no puedo estar con otra que no seas tú, tu voz es música para mis oídos mientras que conversar con otras damas sólo provoca que quiera estar sordo para no oír sus estupideces.

Rio roncamente.

—Bailar contigo es como flotar en el aire, mientras que cuando estoy con otra siento que cargo con un bloque de cien kilos. Tú haces que me sienta a gusto, eres ese algo que siempre me faltó, jamás me habría casado con otra mujer que no fueras tú.

—¿Y si no hubiera tenido dote?

—Me hubiera rebajado a la idea de aceptar el préstamo que Beaufort me ofreció, ten por seguro que habrías sido mía de todas formas. Ya te perdí hace cinco años y no estaba dispuesto a hacerlo otra vez.

—Pero...

—Ahora dime, ¿sigues creyendo que eres fea?

Volvió a mirarse al espejo.

—Si estás conmigo no.

—No es lo que busco, tú debes ser capaz de mirarte al espejo y reconocer tu belleza sin ayuda de nadie. Al despertar, debes ser la primera en decirte que te ves hermosa.

—Sí, me siento hermosa —confesó con voz frágil, acariciando las marcas de su vientre—. Cada una es la prueba de mi arduo trabajo.

—Y no debes odiarlas.

—Pero son diferentes. —Hizo un mohín y ahora fue él quien rio.

—¿Es que acaso no lo sabes? Tú eres el diamante que resalta entre las

simples piedras que abundan en los salones de bailes, sé que quizá esto te avergüence, pero ¡joder! Tus pechos son perfectos.

—¡Jaden! —Se ruborizó violentamente y respiró pesadamente cuando los amasó con ambas manos.

—Eres perfecta, Lisa Browning, y lo más importante es que eres única.

—Mi hermana también tiene este color de piel. —Trató de bromear y él rodó los ojos.

—Sabes a lo que me refiero.

Ahora se giró hacia él y lo abrazó por el cuello.

—No, no lo sé, ¿podría aclarármelo, milord?

—Bueno, seré directo porque ya hablamos mucho y no divagaré en algo que está más que claro; no dejaré de tocarte jamás.

—Qué bueno —susurró tímidamente—. Adoro que lo hagas.

—Lo sé, princesa, por eso no me abalancé sobre ti cuando dijiste lo contrario.

Sonrió y se dejó llevar hacia la chimenea, donde él acomodó varios cojines para que pudieran recostarse en el piso. La levita cubrió sus cuerpos desnudos y abrazados disfrutaron de su cercanía.

—Hoy fue mi día de suerte, nunca suelo ganar nada —le comentó de la nada y lo buscó con la mirada.

—¿Cómo?

—Por la caja de bombones, normalmente siempre pierdo mis apuestas.

—Ah —rió él, pasando el brazo por debajo de su cabeza para atraerla hacia su pecho—. En realidad te los iba a regalar mañana, pero como te adelantaste...

—¿¿Qué?! —Se incorporó sorprendida y él se puso nervioso.

—¿Qué querías que hiciera? Tú... —le hizo señas con los ojos— no querías ir a la cama —enfaticó la última palabra y ella farfulló una maldición—. Y yo, moría por verte desnuda.

—Eso no es justo, siempre juegas sucio.

—Ganaste, princesa —le recordó y ella miró hacia el techo.

—Sí, hoy gané mucho.

Saber que él la consideraba hermosa le alegraba el alma, era perfecta para el único hombre que amó desde que era una adolescente; cosa que no hacía más que emocionarla y llenarla de felicidad por dentro. Sin embargo... esa noche recordó algo espeluznante.

—Por cierto, ¿sigues con la idea de tener diez hijos? —preguntó

horrorizada, recordando que años atrás él le dijo que quería tener una familia muy grande.

—Bueno, ahora que lo mencionas, creo que serán como quince dado que adoro hacerte el amor —bromeó él con diversión, ganándose una reprimenda por el resto del tiempo que ella se mantuvo despierta.

En algún determinado momento, terminó dormida sobre el pecho de su esposo.

Capítulo 11

—Si quieres podemos regresar —musitó Jaden, acariciando su hombro descubierto con esa delicadeza que lo caracterizaba mientras el carruaje se dirigía a la mansión de los condes de Norfolk.

El esperado baile había llegado y ella no podía dar marcha atrás, por lo que ladeó la cabeza ante la sugerencia y enterró el rostro en la levita de su esposo. Dar la vuelta estaba fuera de discusión, llevaban más de medio camino recorrido.

—Estoy bien, no debes preocuparte.

No podía decirle que se sentía extremadamente mal porque Jaden ya no la llevaría a la mascarada del club como estaba acordado, Lisa se moría por entrar a Triunfo o derrota y aunque aún faltaban días para la gran noche, Jaden la sobreprotegería y no le permitiría ir con él.

—De acuerdo, pero sólo nos quedaremos unos minutos y luego volveremos a casa, te noto muy pálida y creo que lo mejor será que llame a Wilson para que te revise. —Le examinó las ojeras con la escasa luz que la pequeña lámpara a gas regaba por el carruaje.

—No hace falta —susurró, acurrucándose en su fornido pecho. Ya no quería hablar de su estado, no tenía caso hacerlo porque no llegarían a ningún lugar en particular.

Después de varios segundos en los que se sorprendió de que no le dijera nada, él terminó hablando.

—Creo que sería buena idea que en verano salgamos de viaje.

—¿De verdad? —Se incorporó con emoción contenida. Su ánimo estaba renovado—. Sería maravilloso, me encantaría ir a...

—Déjame decidir eso, te llevaré a un lugar maravilloso. Las cosas en el club van muy bien y tengo planeado sorprenderte.

«Italia». Se quedó con la palabra en la boca. Quizá en otro momento podría conocer el país del cual su madre era originaria. Deseaba visitar Venecia, Noelle siempre habló cosas maravillosas de esa ciudad.

—¿Y a dónde desea ir, milord? —inquirió divertida y él la miró con repentina curiosidad.

—¿Milord? Creí que ahora era Jaden para ti.

Sonrió abiertamente y él la imitó inclinándose sobre su rostro.

—Si me das un beso podría pensarlo —musitó con fingida inocencia y una ceja masculina se curvó, socarronamente.

—Un beso es algo que jamás pensaría en darte, nunca me bastaría y suelo

ser un hombre ambicioso.

Lisa estiró un poco el cuello y besó sus labios con suavidad para luego entrelazar sus brazos y juntarse mucho más a él.

—¿Qué hiciste todo este tiempo que estuviste fuera?, ¿por qué cuando regresabas a Londres por unos días no ibas a mi casa?, ¿tan poco te importaba?

La necesidad de conocer sus sentimientos hacia ella era inmensa, si bien Jaden la deseaba no era eso lo que Lisa anhelaba, ella quería decirle que lo amaba. No obstante, sabía que sería algo peligroso si no indagaba su situación con anterioridad. Lo menos que quería era que él se alejara de su vida por sus imprudentes sentimientos.

—Trabajar, princesa. Regresaba para ver a mi madre y darle dinero, nunca te visité por temor a que me odiaras, creo que esa era la razón por la que ni bien pisaba tierra inglesa, quería zarpar en dirección contraria. Me daba vergüenza mirarte a los ojos.

—Llegué a odiarte, Jaden Browning.

—Lo sé —susurró.

—Sin embargo, las cosas han cambiado y lo sabes, ¿o es que acaso para ti nada ha cambiado todo este tiempo que llevamos juntos?

—Todo sigue igual —le respondió estoicamente y le pidió que se sentara bien porque ya estaban entrando a la mansión de los condes—. Sube un poco el escote de tu vestido —le ordenó con suavidad, acomodándose la levita como si no hubieran hablado de nada importante segundos atrás.

Su rechazo la hirió profundamente, él no hizo más que frenar y rechazar su confesión.

¿Debería decírselo sin miedo a las consecuencias?

No, imposible, no quería perderlo.

—¿Por qué trabajaste? —Desvió el tema—. Eres un duque, ¿cuando empezaron tus problemas económicos? —se aventuró a preguntar, pero no obtuvo respuesta alguna, sólo la orden de que bajara del carruaje y siguiera su paso.

Estaba entrando en terrenos prohibidos, a Jaden no le gustaba hablar de ese tema y su mueca de disgusto era la clara prueba de ello. Sin embargo, incluso temblorosa, aceptó su brazo y ambos se adentraron a la gran propiedad de estilo neoclásico que se alzaba en seis pisos. Como era de esperarse, los lacayos los atendieron pulcramente y ambos ingresaron al salón convirtiéndose en el centro de atención. En cuanto a los rumores de su

matrimonio, la sociedad londinense aseguraba que era uno felizmente casado a base de amor, dado que no todos los esposos gastaban una fortuna en joyas y vestidos para sus esposas precisamente.

Cualquiera diría que su vida era ideal; no obstante, a ella le faltaba lo más importante, el amor y la confianza de su esposo.

—Todos te observan, te ves hermosa en ese vestido.

Eso no era del todo cierto.

Su vestido era hermoso, no lo negaría. Madame Gale confeccionó una obra de arte basándose en las decisiones de su esposo, quien exigió que el vestido fuera de un color azul noche, bordeado con una pedrería azul real y que portase un ribeteado de encaje negro en el acabado del escote en forma de corazón. Los hombros los tenía descubiertos y eso ayudaba que el collar de diamantes brillara plenamente a lo largo de su cuello siendo así la envidia de todas las damas del salón. Sus guantes eran del mismo tono oscuro y se sentía malditamente seductora a pesar de que su escote era bastante sugerente para el tamaño de sus pechos. Sin embargo, aun así, todos lo miraban a él, el legendario y deseado caballero que ingresaba al salón con su impecable traje negro y pañuelo blanco, siempre elegante y arrebatadoramente atractivo. Su paso era firme y cada vez que avanzaba, detrás de él dejaba suspiros y murmuraciones femeninas.

—A ti también. —Sonrió sin mucho entusiasmo—. Estás muy guapo.

Él se divirtió con su comentario, pero al estar en un enorme salón atestado de personas, supo mantener su semblante sereno sin expresión alguna en el rostro. Era algo sabido que un noble no debía exteriorizar sus sentimientos, y si bien Jaden antes no seguía aquella orden, al parecer los años lo habían adiestrado en cuanto a algunos comportamientos de etiqueta social.

—Vamos, saludemos a los invitados que a última hora Ross me informó que tus padres no podrán asistir.

Al final estaría sola, si tan sólo lady Aline, la hija de los anfitriones, tuviera la mayoría de edad, Lisa podría conversar con ella en vez de con distintas matronas que no eran exactamente de su agrado. Al cuarto de hora ya tenían al menos diez invitaciones para té, veladas y picnics, debió sospechar que serían el centro de atención como de costumbre.

—Se ve maravillosa, lady Windsor —dijo la señora Harrison con una sonrisa encantadora, haciéndole ojos a su protegida para que se acercara a la duquesa y así pudiera llegar a los amigos del duque que eran, curiosamente, excelentes partidos.

Era una lástima que Jaden haya tenido que irse con los lores a conversar sobre negocios.

—Gracias, mi esposo tiene un gusto exquisito. —Sonrió con gracia provocando más que un gruñido en las demás damas que soñaban o aspiraban a asomarse al duque de Windsor—. ¿Qué les parece la velada?

Los siguientes minutos sólo sirvieron para alabar a la condesa de Norfolk, quien por supuesto había brillado esa noche como la excelente anfitriona que era.

Lady Camyl era el carisma en persona, por lo que siempre se cuestionaría cómo fue que se hizo tan amiga de su madre.

Sin causarle mucha sorpresa, pero dejándola algo tensa, todas las damas del grupo empezaron a hablar del duque de Blandes, el eterno enemigo de la familia del conde de Norfolk y el hombre que, según toda la sociedad londinense, estaba esperando la oportunidad para vengar la muerte de su padre, quien murió en duelo al enfrentarse con el conde.

Nunca se supo la razón de dicho enfrentamiento, todo se guardó en secreto, por lo que posiblemente jamás se aclararían las cosas entre ambas familias.

—¿Me concede esta pieza? —Un escalofrío recorrió su espalda y velozmente se giró hacia el hombre que había acariciado su oreja con su cálido aliento.

—¡Lord Hamilton! Qué gusto verlo aquí —se regocijó lady Black, aleteando sus pestañas y ella evitó rodar los ojos.

El conde fue educado con todas las mujeres del grupo y luego volvió a insistir con la misma pregunta.

—Yo... bueno... —Buscó a Jaden con la mirada y lastimosamente no lo encontró.

—Sólo será un baile —perseveró, y fingiendo comodidad se obligó a tomar la mano masculina.

—Claro —musitó con voz temblorosa y caminaron hacia la pista de baile.

Lisa no necesitó girarse para saber que Jaden la estaba observando porque en cuestión de segundos estuvo junto a ellos con la compañía de lady Black, preparándose para danzar el siguiente...

Los acordes empezaron a sonar.

¡Un vals! ¡No podía tener tan mala suerte!

Lo miró de soslayo y el desasosiego se plasmó en su rostro al ver el odio en su semblante, Jaden estaba desconfiando de ella y lo único que hizo fue ser educada con Hamilton.

—Estás preciosa esta noche —le susurró con suavidad ni bien iniciaron a efectuar sus pasos de baile—. ¿Cómo te sientes? Me enteré que estuviste en cama por semanas.

—No necesita preocuparse. —Bajó la mirada, observando por el rabillo del ojo como Jaden le sonreía a lady Black, una de las mujeres más hermosas del salón de baile.

—Lo estoy, y quisiera que me cedas unos minutos, necesitamos hablar.
¿Por qué? Lo que ella necesitaba era a Jaden y Hamilton a una esposa.
¿Debería aceptar?

Ya no podía seguir haciéndose la de la vista gorda con aquella situación, si no le decía a Hamilton la verdad, él seguiría guardando esperanzas y terminaría en la cárcel de deudores por no querer buscar una buena esposa.

El conde se estaba descuidando, el tiempo pasaba y no veía progreso alguno en su vida, ella estaba siendo una piedra en su camino y ya iba siendo hora de que él la patease antes de que tropezara y se fuera de bruces contra el piso.

—No creo que a mi esposo le guste la idea —contestó seriamente y él presionó levemente su agarre alrededor de su cintura.

—Lamento todos los problemas que te he causado, Lisa —la llamó por su nombre de pila—, pero realmente me gustaría hablar contigo unos minutos.

Quería que la soltara, no se sentía cómoda con la situación. No tenía a Jaden a la vista, pero podía jurar que él la estaba observando, furibundo.

—No le quitaré mucho tiempo —insistió.

—Está bien. —Se rindió—. Pero no ahora, debo esperar el momento indicado.

«El momento que él no me esté viendo».

Acabaría con esa locura, Hamilton tenía que saber que amaba a Jaden, que siempre fue él y nada ni nadie cambiaría esa verdad. Estaba locamente enamorada de su esposo y lo menos que quería era complicaciones en su relación.

La pieza llegó a su fin y Lisa respingó cuando Jaden se posicionó junto a ella al instante, dejando a la otra dama en medio de la pista de baile.

—Hamilton.

—Windsor —espetó su acompañante con una mueca de fastidio, generándole un fuerte dolor de cabeza. Eso explicaba por qué Jaden lo detestaba, Hamilton aún la creía algo suyo cuando esa era una verdad muy alejada de la realidad.

—Si se me permite, me llevaré a mi esposa. —La sujetó con brusquedad y empezó a tirar de ella para alejarla del conde; sin embargo, él tuvo que hablar.

—Si le dijera que no, ¿algo cambiaría?, la experiencia me dice que usted toma lo que quiere sin pedir permiso.

Jaden sonrió indolente y la frustración la invadió. ¿No podía ser más amable o humilde?, ¿era mucho pedir?, ¿dónde estaba su antiguo Jaden?

—No, no cambiaría en nada. Y, efectivamente, siempre consigo lo que deseo, no creo que eso le interese tomando en cuenta que quiero unos minutos con *mi* mujer.

Hamilton reaccionó mal ante las últimas palabras y Lisa tuvo que interceder en el cruce de palabras.

—Si nos permite, lord Hamilton, mi esposo y yo aún tenemos que saludar a los invitados.

Tiró del brazo de Jaden con disimulo y la melodía del siguiente baile hizo que los invitados se aglomeraran y ella terminara siendo arrastrada por su esposo hacia uno de los balcones.

—No tienes razón alguna para molestarte, sólo estábamos bailando —dijo jadeante, alzando la falda de su vestido para no caer. Él no se estaba dando cuenta de la velocidad que estaba implementando para hacerle bajar la escalinata que llevaba al jardín—. No puedo más, vas muy rápido.

Y ella no se sentía del todo bien.

Giraron en uno de los laterales de la casa y lanzó un chillido cuando él la estampó contra la pared y la aprisionó con su fuerte cuerpo. Abrió los ojos conmocionada y a pesar de que la luz en el jardín era escasa, pudo ver la rabia alimentándose en su semblante.

—¿Por eso quisiste venir?

—Sabes que no es así. —Alzó el mentón, altanera, y él gruñó.

—¿Qué te dijo el conde? —masticó sus palabras y las piernas le temblaron, no era normal verlo tan alterado.

—Nada importante.

Ella le pondría fin a todo esa encrucijada y él podría estar más tranquilo de ahora en adelante, enmendaría sus errores, no debió haber permitido que el conde se le acercara una vez casada, en el fondo ella era la única culpable.

—Sus ojos no decían «nada importante». —Se cernió sobre ella—. Dime la verdad.

Se molestó.

Él no podía imponer su voluntad cada vez que se le antojase, si la

apreciara un mínimo respetaría su espacio y confiaría en ella.

—Dime tus secretos y yo te diré los míos.

Lo sorprendió, pero a la vez lo encolerizó.

—¿Por qué tendría que contarte algo de mi vida privada?, ¿qué te hace pensar que tengo secretos?

Lo miró con intensidad, no se quedaría callada, quería saber todo de él.

—¿Qué me haría pensar que no los tienes?

Él rio sin humor alguno, estaba enfurecido.

—En efecto. Los tengo, pero jamás te los diré porque son *míos*.

—Entonces tampoco te diré los míos.

—Existe una diferencia, *querida*.

Bajó el rostro por el despectivo comentario y él prosiguió.

—Tú eres mía. Tu deber es respetarme y obedecerme, y te ordeno que me digas qué quería el conde.

—¿Y cuál es tu deber? —interrogó en un susurro tembloroso. En el fondo deseaba que todo ese mal rato se debiera a sus celos irracionales, pero algo le decía que se trataba de un orgullo herido.

—Me importa un cuerno mis deberes, yo puedo hacer lo que se me venga en gana contigo y con mi vida; ambas me pertenecen.

Ese era el Jaden que detestaba, el que provocaba que no pudiera decirle que lo amaba en voz alta por miedo a su rechazo.

—No me dijo nada relevante.

Él inhaló y exhaló con pesadez y Lisa respingó al percatarse que empezaba a subirle la falda de su vestido.

—No, ¿qué te sucede? —musitó con nerviosismos, empujándolo por el pecho—. No todo se soluciona así, estamos en medio de un jardín, alguien podría vernos.

Los ojos se le cristalizaron. No se sentía bien y él no hacía más que generarle una incomodidad en el pecho. Si bien estar entre sus brazos era gratificante, existían ocasiones en las que ellos tenían que conversar en vez de refugiarse en sus cuerpos buscando una escapatoria de su asfixiante realidad llena de mentiras y traiciones.

—Detente, por favor —imploró con la voz quebrada y él se petrificó.

Jaden se enderezó con lentitud, y con una tranquilidad escalofriante, lanzó tres simples palabras.

—Aléjate de Hamilton. —Asintió con la cabeza gacha y él siguió hablando—. No querrás saber lo que sucederá si llego a enojarme.

Efectivamente no deseaba saberlo.

—¿Puedo volver al salón? —Empuñó las manos sobre la falda de su vestido, quería irse a casa pero ahora le daba miedo pedirselo.

—Vete, no quiero verte por ahora.

—¿Por qué me dejaste hace cinco años? —Se aventuró a preguntar, aprovechando que tenía el alma hecha trizas. Si él iba a dar sus golpes, prefería que esa fuera la única pelea que tendría con él.

Le dio la espalda.

—¿No te quedó claro con la carta que te dejé?

Rápidamente retiró la lágrima rebelde que se deslizó por su mejilla.

—¿La amas? —Quiso saber, debía haber una razón de fuerza mayor para que se llevara a Sabrina y a ella la dejara en el olvido.

—Ella es perfecta; y a diferencia tuya, siempre me elegirá primero.

Jamás olvidaría que ella en su momento prefirió a Hamilton como esposo; sin embargo, Jaden era pésimo recordando que fue él quien la abandonó y rechazó primero.

Él no era capaz de confiar en ella cuando fue Lisa quien se quedó en su cama, esperándolo todas las noches después del día de su boda. Ella confiaba en él, cuando fue Jaden quien se largó a tan sólo días de su boda.

Jaden jamás se había sentido tan miserable en su vida, se sentía una basura por decirle aquellas palabras que estaban destinadas a herirla profundamente, conocía su punto débil y, lastimosamente, Sabrina era la mujer más odiosa y manipuladora que él tuvo la desdicha de conocer.

Él quería detenerse, pero la idea de saberse engañado lo encolerizaba. Odiaba que le mintieran. Detestaba la mentira, la traición y el hecho de no poder confiar ni en Lisa, ¡su esposa!, la mujer que se estaba colando en su alma, amenazando con derribar aquellas barreras que con tanto trabajo logró fortalecer y mantener de pie.

—Casi lo olvido. —Jaden se frotó la sien con cansancio, estaba siendo el causante de ese suave llanto cuando lo único que él quería era que ella sonriera.

¡Maldición!

Se volvió hacia ella para abrazarla y decirle que no era verdad —que se fue para salvarla de la desgracia y el escándalo que representaba un marido encarcelado— pero Lisa ya no estaba, se había ido corriendo hacia el salón.

—¡Joder, maldita sea! —bramó furibundo y le dio una patada a la pared.

—Eres un idiota, Windsor.

—¡Mierda, vete al diablo! ¿Habrá un día que me deje tranquilo, lord Beaufort? —ironizó su pregunta y la silueta del duque emergió de la oscuridad.

—Fue casualidad, yo estaba muy a gusto con lady Black cuando oímos unas voces. Ella huyó y yo decidí ver un poco de tu romanticismo. Por cierto, ¿los *Yankis* te quitaron la habilidad?, ¿cómo demonios se te ocurre decirle eso a tu mujer? Si fuera lady Windsor me estaría buscando a mí mismo para recibir algo de amor.

—Toca a mi mujer y te cortaré lo único que logrará que tengas a tu afamado heredero.

Beaufort alzó las manos con intención de traer de vuelta un poco de tranquilidad en el estado anímico de su amigo.

—A pesar de que no deseo tenerlo, hay cosas más interesantes que puedo hacer con él, así que me rindo. Admito que lo seguiré necesitando.

Windsor, aún con el coraje a flor de piel, alborotó su cabellera.

—Deberías confiar en ella —le sugirió su amigo y ahogó otra de las muchas maldiciones que tenía para decir.

—Es una mentirosa, no puedo hacerlo, aunque me duela Lisa no es de fiar.

—No volvería a ser engañado, él ya no era el mismo imbécil de antes.

—Es tu esposa, no va a robarte.

Y es que eso no le interesaba, ahora Lisa tenía algo más valioso bajo su poder, y eran sus emociones. Si ella descubría su punto débil, podría acabarlo en un abrir y cerrar de ojos con sólo mover un dedo o decir dos palabras. Ella era todo para él y una traición suya lo marcaría de por vida.

—Tú no la conoces.

Beaufort no sabía que ella había elegido a Hamilton primero y que estuvo dispuesta a entregarse a él con tal de evitarlo.

—Porque la conozco te lo digo.

—Eres el menos indicado para enseñarme a confiar en las mujeres —siseó irritado y como de costumbre, su amigo se mostró fresco y relajado.

—Nuestros casos son distintos. A ti te engañó una cortesana, una mujer que se gana la vida de mala manera, tú confiaste en ella porque quisiste, nadie te obligó a hacerlo.

—Se suponía que era mi amiga, la ayudé a huir.

—Y mira cómo te lo agradeció. Lisa y Sabrina jamás serán iguales.

—¿¿Crees que no lo sé?! Sabrina nunca le llegará ni a los talones a mi

mujer.

—¿Entonces qué te preocupa?

—Me preocupa este amor tan intenso que siento hacia ella —soltó con frustración.

Ya no podía seguir callando sus sentimientos, Lisa era lo más bonito que tenía y le dolía saber que la había perdido. Si tan sólo las cosas hubieran sido distintas... si nunca la hubiera visto en los brazos del conde, tan dispuesta y hermosa, él no estaría en esa situación.

Jaden siempre la quiso, siempre la amó y ambicionó, pero lastimosamente el destino se la quitó por cinco años. Sin embargo, él lo forjó para volver junto a ella y terminó consiguiendo lo deseado, no lo hizo de la manera correcta pero sólo Dios sabía lo feliz que era de que las cosas se hubieran dado así.

—¿Temes no ser correspondido?

—Ella estuvo a punto de irse con Hamilton y él no quiere darse por vencido. Lisa podría dejarme en el momento menos pensado.

—Si serás... Si fuese así, ella ya se habría ido hace mucho. No seas prejuicioso y empieza a amarla como realmente quieres. Dile que te fuiste por su bien, que jamás amaste a Sabrina y que sólo fue una excusa para que te odiara y te olvidara más rápido. Tú sólo quisiste lo mejor para ella.

—No puedo. No me daré el lujo de perder la cabeza por una mujer.

Menos por la que la tenía desde el día que se puso frente a él.

—Entonces no te quejes. Si no puedes amarla como ella quiere, deja que otro lo haga por ti.

Ladeó la cabeza en modo de negación, la idea de que fuera de otro lo enervaba. Él podía hacerla feliz, él podía llenarla de todo lo que Lisa quisiera y ambicionara. No existía un «otro» entre los dos, Hamilton no era nadie y pronto se encargaría de ese mequetrefe, estaba siendo muy tolerante con el blandengue y su paciencia estaba llegando a su límite.

Hamilton ya no podía luchar por ella porque Lisa era su esposa; y él... en él Lisa no sólo tenía un aliado, tenía a un esclavo que haría lo que sea que le pidiese sin rechistar, y justamente por eso no se mostraba a ella con total plenitud.

—*Vaya, te comprometieron con lady Stanton. Vi el periódico hace dos semanas.*

Sonrió con la copa en los labios y observó a Sutherland, quien burlón se

sentaba frente a él.

—Así es, decidí anunciarlo antes de que la temporada diera inicio y ella fuera presentada en sociedad.

«Antes de que alguien conozca lo maravillosa que es».

—¿Por qué, Windsor? Hay mujeres mucho más hermosas que... Ella.

—Lisa es muy hermosa —espetó con molestia, ¿qué estaba insinuando?

—Está gorda, Jaden.

Esa tarde salió del club con los nudillos adoloridos por la tunda que le dio a Sutherland. Odiaba que se refirieran a Lisa así, ella era hermosa y tenía las curvas más tentadoras que las de cualquier otra mujer que él haya conocido. Su princesa era perfecta y nadie le haría cambiar de parecer, llevaba años esperando esa temporada, al fin podría hacerla su esposa.

La chocolatería apareció en su camino y no muy contento, entró al lugar. No era muy devoto de los dulces, pero a Lisa le encantaban. Compró unos bombones y se dirigió a la propiedad de los marqueses de Winchester, la visitaría antes de regresar a su casa.

El mayordomo lo atendió con rapidez y le pidió que aguardara en el salón verde; sin embargo, una discusión en la habitación contigua lo tentó a salir de la sala y escuchar qué demonios le decía lady Winchester a Lisa.

—Deja de comer, ¿no ves que vas a casarte con un duque? Si sigues así él se arrepentirá de su decisión.

—Sólo tomaba té, mamá.

—Pues bebe agua, estás gorda y quiero que te veas bien para el día de tu boda, aún hay tiempo para que puedas perder peso.

Obviamente Windsor comprendía que no podía golpear a la marquesa como lo hizo con Sutherland, así que regresó a la salita donde lo dejaron y esperó a que Lisa llegara, impaciente.

—Jaden.

Se giró hacia su melodiosa voz y sonrió al verla con las mejillas sonrojadas.

—Princesa, ¿no tendrás carabina hoy?

—Mi madre asegura que sabrás respetarme. —Se ruborizó aún más, apenada.

La marquesa creía que ningún hombre comprometería a Lisa y Windsor estaba seguro que si supiera como deseaba desnudar y poseer a su hija, ella misma estaría allí cuidando a su pequeña.

—Te traje esto. —Le entregó los bombones y la tristeza destelló en sus

hermosos ojos color esmeralda.

«Vamos, tú eres preciosa, princesa. No le creas a la arpía de tu madre».

Ella era una mujer real, una que él soñaba desposar.

—Gracias —susurró no muy segura y los aceptó.

—En una semana será nuestra boda, ¿sabes que seré yo quien te presente en sociedad, verdad? —Se acercó peligrosamente hacia ella, ¡como la deseaba!

Si ella le daba una señal, algo que le dijera que quería ser besada, lo haría hasta dejarla sin aliento.

—Sí. —Su madre le había robado la energía positiva que él necesitaba

—. ¿Estás seguro que quieres casarte conmigo?

—Por supuesto —espetó tajante. Era una lástima que no pudiera matar a todo aquel que la insultara.

—¿Podrías prometerlo? —imploró sin mirarlo y él tragó con fuerza.

«No puedes besarla, no puedes tumbarla al piso, no puedes hacerle el amor, ¡debes respetarla!». Repitió las palabras que por Lisa, se habían convertido en su oración del día a día.

—Te prometo que serás mi esposa, Lisa Stanton.

Ella alzó el rostro y con una sonrisa mucho más relajada, empezó a hablar.

—Quiero comentarte algo, Ross me dijo que no te gustan mucho los chocolates, así que... —Se puso nerviosa y eso le generó mucha curiosidad.

—¿Qué...? —Enarcó una ceja, divertido.

—¿Qué quisieras de regalo de cumpleaños?

«Un beso... tu cuerpo... a ti en mi cama».

—Es una pregunta complicada. —Fingió meditar su respuesta—. Toma asiento y te diré qué podría gustarme mientras conversamos. —Ella siguió su petición con una sonrisa risueña y él le guiñó el ojo mientras inventaba qué tipo de artefactos podrían gustarle: una brújula, un reloj de bolsillo, un pañuelo. Cualquier objeto que ella le regalase sería perfecto.

Esa tarde se quedó con ella por casi una hora entera hasta que una nota llegó de su casa pidiendo su presencia. Se fue frustrado porque no pudo besarla, pero le quedó el consuelo de que pronto volvería por otra oportunidad.

No obstante, esta nunca llegó porque recibió malas noticias. Su administrador le había robado más de cincuenta mil libras y le dejó más deudas de las que se hubiera podido imaginar. El escándalo lo acechaba y

amenazaba a Lisa y a su familia, por lo que su mejor alternativa fue aceptar la propuesta de Sabrina e irse de Londres a un lugar donde pudiera empezar con algún negocio sin que nadie lo conociera.

No hubo ni una sola noche en la que no soñara con ella, a veces bramaba pensando que se había casado con otro y otras sonreía cuando leía las cartas de Ross donde le informaba que seguía soltera.

Sabrina terminó por estafarlo justo cuando quiso volver por Lisa y él quiso empezar de nuevo con algún negocio para no volver con las manos vacías.

No obstante, la última carta de Ross que le informaba que posiblemente esa temporada Lisa se casaría, lo hizo volver sin rechistar, nadie tomaría lo que aún seguía siendo suyo.

Dejó a Beaufort en el jardín y regresó al salón de baile dispuesto a solucionar sus problemas. A lo lejos identificó a Lisa conversando con un grupo de matronas y la anfitriona, estas se veían felices y no necesitó concentrarse en ella para saber que estaba triste y dolida, su forma de curvar la comisura de sus labios la delataba. Estaba forzando su sonrisa y él quería acercarse y sacarla del salón para pedirle perdón como sólo él sabía hacerlo.

Haciéndole el amor.

Sus miradas se encontraron y un escalofrío recorrió su espalda al ver algo que no había visto jamás en sus ojos: rechazo, odio y resentimiento.

Tragó con fuerza.

No podía odiarlo, no cuando él la amaba con cada fibra de su ser.

Sí. Amaba a su princesa, y se lo diría esa misma noche cuando la llevara a su cama y le hiciera el amor con cariño y devoción, tocando cada rincón de su hermosa piel y besando sus labios carnosos hasta dejarlos rojos e hinchados.

—Cualquiera pensaría que estás enamorado.

Se volvió hacia Sutherland, quien burlón lo miraba y bebía de su copa de vino.

—Lo estoy.

—Lo sé. No habrías golpeado mi hermosa cara en más de una ocasión si fuera diferente.

—Es una mujer maravillosa.

—Me he arrepentido de cada una de las palabras despectivas con las que alguna vez me dirigí hacia ella. Es única, y no lo digo por las palizas que tú y Ross suelen darme, sino porque no cualquiera lanza al atractivo marqués de Sutherland al Serpentine cuando este intenta ayudarla —dijo enviando uno de

sus mechones color azabache hacia atrás—. Es una mujer valiente y admirable.

Lo era. Había superado los escándalos, se esforzó para seguir en sociedad y se puso, como si fuera posible, mucho más hermosa que antes.

—También es muy inteligente —agregó Jaden con orgullo.

—Esa virtud no suele importarme; la sumisión suele atraerme más.

—¿Qué ves en una mujer? —preguntó con curiosidad y Sutherland fingió meditar su respuesta.

—Que sea joven, hermosa y, de preferencia, que no sea una dama soltera. Aunque si hablamos para mi futura marquesa, una que guardara silencio y fuera buena en la cama no me vendría mal.

Rodó los ojos, eso era el colmo.

—Eres un marqués, Sutherland, en un futuro serás el duque de Kent, un hijo es algo que todos esperarán de ti.

—Me casaré a los cincuenta y elegiré a la más joven de esa temporada, así tendré una bella mujer donde dejar mi semilla una vez que haya disfrutado de la vida.

—Tu padre no lo permitirá.

Hizo una mueca de disgusto.

—No todos se enamoran de sus esposas como tú, Windsor, la vida matrimonial puede ser un infierno —finalizó serio y asqueado.

—Estás equivocado —susurró—. Es lo más perfecto que te puede suceder.

—Sí, claro, y luego tener hijas a quienes asignar una dote y educar para que no caigan en el escándalo; hijos a quienes obligar a contraer nupcias... Qué vida más gloriosa. No veo la hora de casarme —ironizó y Windsor inspiró profundamente.

Hijos...

A su mente llegó la imagen de un pequeño de ojos color cielo y cabellera castaña, con los labios de su madre y la sonrisa de su padre.

Sonrió.

Sería maravilloso.

Y tal vez no estaba lejos de conseguirlo, él y Lisa se... sus pensamientos frenaron abruptamente.

¿Ella lo amaría? ¿Significaría algo para su esposa?

Sí, era lo más probable; es decir, ella no se dejaría hacer el amor con esa pasión si no lo amara, ¿verdad?

Tenía que preguntárselo.

Se volvió hacia donde su esposa estuvo hace unos segundos para ir a hablar con ella, y frunció ligeramente el ceño. Ya no estaba. La buscó por todo el salón y al percatarse que ella no estaba allí, buscó a alguien más.

Fue una mala idea.

Terminó empuñando las manos, listo para acabar con todo, y con todos.

Desplazándose de un lugar a otro por la amplia biblioteca, Lisa se detuvo y miró al conde por el rabillo del ojo. ¿Cómo se lo diría? Él intentó captar su atención pero ella nuevamente empezó a caminar como si fuera un animal enjaulado analizando cómo podría salir de su encierro.

Ellos fueron algo, tal vez no consolidaron nada, pero hubo un corto y hermoso lapso de enamoramiento donde muchas cosas pudieron haberse dado entre los dos si no hubiera sido por la repentina aparición de Jaden, la cual no hizo más que alborotar su vida, su cuerpo y sus sentimientos, unos que en su tiempo Lisa había creído muertos por el dolor que él le generó gracias a su abandono, por el escándalo al que la condenó y por la poca sutileza que tuvo para volver y pedir su mano en su regreso.

Sin embargo, ahora estaba bien, feliz y nadie le garantizaba que con Hamilton hubiera sido igual.

Quizá no. Su mundo no se movía a sus pies cuando él la besaba, en su mente no tenía un lugar indispensable que la obligase a pensar en él la mayor parte del día; en sí, Hamilton nunca le generó ni la cuarta parte de sensaciones que Jaden conseguía despertar en ella.

Detuvo su marcha y lo encaró mucho más lúcida con sus ideas.

—Milord... —Conectó sus miradas y se encogió. No quería herirlo, odiaba la idea de lastimar a alguien tan bueno; no obstante, era eso o que su matrimonio se fuera por la borda.

—Verá... Yo...

¿Por qué no podía decir que amaba a su esposo?, ¿le daba vergüenza admitirlo?

No. Le daba miedo.

La idea de que Jaden no la correspondiera le aterraba. Ya una vez fue abandonada porque no pudo enamorarle, y una segunda vez sería dolorosa. Él no confiaba en ella, por ende no la amaba, pues se suponía que el amor tenía como base la confianza y Jaden ya ni siquiera la consideraba su aliada, sus secretos eran solos suyos, nunca los compartiría, sufriría ni superaría con ella.

No obstante, Lisa quería intentar, ambicionaba luchar y deseaba

conquistarlo a como dé lugar sin importarle el tiempo que llegase a tomarle.

—No sé cómo sucedió. —Tragó con fuerza, era el conde con su cara llena de melancolía lo que complicaba las cosas—, pero amo a mi esposo, no puedo seguir con esto, usted merece ser muy feliz.

Hamilton retiró la vista hacia el fuego de la chimenea y asintió con parsimonia, como si estuviera procesando cada una de sus palabras recientemente expresadas en un hilo de voz.

El crepitar de las llamas fue lo único que los acompañó por varios segundos en el pulcro silencio que se instaló entre ellos.

—Lo supe desde el momento que rechazó mi oferta, lady Windsor —musitó dolido y frustrado—. Lamento haberla besado a la fuerza, pero usted consiguió despertar en mí una gran admiración, me hubiera encantado que fuera mi esposa.

—Pero no lo soy, milord, y le debo respeto a...

—Al hombre que ama y al que la ama.

Ella daría todo lo que estuviera bajo su poder por un poco del amor de Jaden, pero él sólo la deseaba e iba a ella para hacerle el amor, él aún no la amaba como ella quería que lo hiciera.

—No me ama, Hamilton. —Relajó un poco los hombros y se acercó al sofá para posar su mano sobre el posa-brazos, se sentía mareada y repentinamente agotada—. No tengo cualidad que pueda gustarle, a él le gustan otro tipo de mujeres.

—Milady, usted no recibió sus puños el día que peleamos en el club —bromeó Hamilton, acariciando su barbilla—. Ese día fue él quien acabó con mi atisbo de esperanza. Si fuese un amor no correspondido —Caminó hacia ella con cautela—, ahora mismo la estaría seduciendo para convertirla mi amante; pero no, usted es amada y creo que podría ser el tipo de mujer de cualquier hombre inteligente y avispado, ellos no estarían dispuestos a perderla. —Le sonrió con admiración y Lisa titubeó, la consternación y confusión empeoraron su estado y buscó enderezarse por sí sola para poder recuperarse un poco del breve mareo que la estaba atacando.

—¿Se encuentra bien? —Hamilton la sujetó de los hombros y las piernas le temblaron llevándola a aterrizar en su pecho—. ¿Milady? —Se oía nervioso, y ella también lo estaba.

—Él no me ama —susurró suavemente, invocando la imagen de la sonrisa de su esposo y deseando que él estuviera allí para tomarla en brazos y llevarla a su casa—. Y sobre mi confesión, él no debe saberlo, será nuestro secreto,

Hamilton. Jaden jamás aceptaría tal cosa.

Él nunca correspondería a sus sentimientos.

—¿Un secreto? —dijo una tercera voz y la piel se le erizó, un escalofrío recorrió su espina dorsal, provocando un violento temblor en su cuerpo—. No sé por qué quise negarme a esta verdad, supongo que al menos ahora sé que ambos son un fiasco. Espero que sepan que esto no se quedará así.

Capítulo 12

Lisa concentró toda su energía en ganar algo de distancia, pero pronto se supo sobre el sofá por los violentos movimientos que la alejaron de Hamilton. Confundida trató de recuperarse del bajón que estaba padeciendo y buscó con la mirada la pelea que se estaba desatando en plena biblioteca.

Jaden estaba furioso y tenía todo el derecho de malinterpretar lo que vio, pero ¿no podía preguntarle qué estaba sucediendo? ¿Es que acaso no era obvio que se sentía fatal?

En ese estado jamás podría hacer algo malo con Hamilton.

El conde terminó siendo derribado por el puño de Jaden y Lisa intentó ponerse de pie; no obstante, sus piernas se rehusaron en colaborar.

—Estoy siendo muy bueno contigo, Hamilton. Aléjate de mi mujer si no quieres que acabe contigo de una vez por todas.

Debía sacar a Jaden de ese lugar. Una vez que le explicara el porqué de su reunión con el conde, tendría que contarle la verdad, le hablaría sobre sus sentimientos y terminaría aceptando su rechazo. Prefería eso a tener que decirle una mentira.

Hamilton se puso de pie, retirando la hilera de sangre que se deslizaba por su mentón, y se mantuvo sereno.

—No se siente bien, Windsor —explicó cautamente, tratando de evitar más problemas.

Como pudo se incorporó y se aferró al brazo de Jaden antes de que decidiera volver a golpearlo, tenía que detenerlo, ellos no hicieron nada malo y el conde ya no se interpondría entre los dos.

—No sigas —le imploró con un hilo de voz—. Él no hizo nada.

Los fuertes brazos acorralaron su cintura y terminó pegada a él, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Confiesas tus pecados, *querida*? —farfulló y Lisa tiritó con nerviosismo—. ¿Aceptas que eres tú quien atosiga al conde?

—No hicimos nada. —Miró por el rabillo del ojo a Hamilton, quien estaba segura no sabía cómo proceder.

Jaden no la dañaría, él no sería capaz de hacerlo, no tenían por qué temer.

—Sólo te lanzaste a sus brazos.

—Jaden...

—Cállate, no quiero oírte, tú y yo saldremos de este maldito lugar ahora mismo.

Dejando al conde atrás, ambos salieron de la estancia a un paso

apresurado. Lisa trataba con todas sus fuerzas no desvanecerse mientras Jaden tiraba de su brazo para que siguiera sus pasos.

El estómago se le encogió y sintió inmensas ganas de vomitar.

—Me siento mal, ve un poco más despacio —le pidió y él la ignoró, acelerando aún más.

—No te creo. Si te sintieras mal, estaríamos en casa, pero ya veo porque insististe en asistir; tu amante te estaba esperando —escupió furibundo y ella ladeó la cabeza, desesperada.

¡Eso no era verdad!

Llegaron al salón, y disimulando un poco el trote salieron de la propiedad de los condes sin llamar mucho la atención. La obligó a subirse al carruaje y el vientre empezó a dolerle. Su primera reacción fue abrazarse el mismo y luego lloró en silencio, tenía que soportarlo, de nada serviría decírselo.

—¿Lloras porque te descubrí, *esposa mía*? —No le contestó, no estaba para su ironía—. ¿O porque sabes que sólo será cuestión de días para que Hamilton termine en la cárcel de deudores una vez que me encargue de él?

—¡No! —Combatió contra su dolor y se enderezó—. Él no hizo nada, Jaden, sólo me estaba ayudando. —Sujetó sus manos, esperanzada, tenía que creerle.

—Escuché su pacto. No eres más que una mentirosa. ¿Cuántas veces me viste la cara de imbécil, Lisa?

Sollozó.

Eso no era verdad, pero ¿conseguiría algo si seguía hablando? Él no le creía y seguramente escuchó lo último que le dijo a Hamilton. Ahora todo indicaba que el conde y ella tenían un secreto basado en una relación impropia cuando la única verdad era que ella amaba locamente a su esposo.

Respingó en su lugar cuando Jaden retiró su mano con brusquedad y su respiración se tornó pesada. El trayecto lo hicieron sin decir más y cuando el carruaje se detuvo, el miedo empezó a agobiarla.

—Esto no se quedará así —sentenció él, bajando del vehículo primero. Se aferró con tanta fuerza a su brazo que Lisa temió lo peor, nunca lo había visto tan molesto y ahora parecía estar fuera de control.

La llevó a su alcoba y se preguntó si él se iría a la suya después; no obstante, la obligó a entrar y siguió su paso cerrando la puerta tras de él.

—Confiesa —ordenó quitándose el pañuelo con tosquedad.

—No hice nada, milord.

—¿Milord? —bufó—. Eres desagradable. —Se deshizo de la levita—.

¿Sabes que puedo denunciarte por adúltera, verdad?

—Eso no es cierto, jamás te fui infiel.

—¡Claro que lo fuiste! —bramó descontrolado y con dos zancadas llegó a ella, sujetándola del brazo—. Yo te vi. Antes de nuestra boda disfrutabas de sus besos, seguramente se estuvieron reuniendo viéndome la cara de imbécil.

—No es verdad, sí me besó antes pero...

—¡No me mientas!

Lisa no supo qué hacer y actuó como le pareció más lógico, se puso de puntillas y unió sus labios tratando de demostrarle su amor con sus besos. Jaden apresó su cintura con una fuerza que la llevó a efectuar una mueca adolorida, pero aun así lo abrazó por el cuello.

—¿Acaso él te hace sentir esto? —le preguntó entre beso sin dejarla contestar—. ¿Qué tiene él que no tenga yo?

De un tirón abrió la hilera de botones de su vestido, provocando que la parte superior de la tela cayera hasta su cadera.

—¿Te besa así? —Descendió en un camino de besos por su cuello, llegando a su clavícula para mordisquear el seductor hueso que lo estaba tentando—. ¿Te toca así?

—¡Ah! —gimió posando sus manos sobre las manos masculinas que amasaban sus pechos—. Jaden...

La desvistió y quedó ante él sólo con sus medias y collar.

—¿Qué hace él contigo? —Le separó las piernas, elevándola para que las envolviera alrededor de su cadera.

Estaba totalmente vestido y Lisa podía sentir su dureza.

—Contesta —le ordenó embistiendo contra su pelvis y ella jadeó.

—Él no...

Volvió a besarla, pero esta vez metió una mano entre ambos cuerpos.

—¿Acaso él te hace sentir esto? —musitó en su oído, pasando su miembro por su húmeda hendidura.

—No, nadie jamás podría... —musitó excitada y se arqueó sobre el poste del dosel al sentir su dura penetración.

Gimoteó, jadeó y gritó en cada uno de sus violentos embistes.

No le estaba haciendo el amor, simplemente le estaba dejando claro a quién le pertenecía su cuerpo. Terminaron sobre la cama y para ella fue más fácil recibirlo; sin embargo, no importaba cuántas veces buscara su boca, ahora Jaden no se dejaba sujetar el rostro y besaba sus pechos con hambre y posesión.

—Ah... por favor.

—¿Así le ruegas a tu amante?

La magia se esfumó y Lisa pudo sentir como acababa dentro de ella. Quiso que se apartara, pero no sucedió, él siguió moviéndose hasta que decidió ponerse de pie y recomponer el estado de su pantalón.

Seguía vestido, y molesto.

—Jaden...

—No confundas, esto no cambia nada, sólo quise demostrarte lo fácil que es para mí tomarte y luego echarte como la basura que eres.

No estaba segura que parte fue, pero algo dentro de ella se hizo añicos. Seguía desnuda, tumbada sobre la cama y él estaba de pie, sonriendo con sorna listo para dar su siguiente golpe.

—Te irás a Surrey con mi madre —dijo con sequedad—. Y enviaré una carta cuando solicite el divorcio. Volverás sólo para eso, te necesitaré en la corte cuando todos se enteren de tu delito.

Juntó los párpados y giró el cuerpo sobre el colchón, quedando de lado. Él estaba matando su amor, Jaden la estaba rechazando.

—No vaya a ser que me salgas con el bastardo de otro.

Quizás se durmió, quizás se desmayó; pero no le importó, al menos así dejó de sentirse adolorida.

Esa fue la primera noche, desde el día de su boda, que dormía sola en su cama.

Los siguientes cuatro días fueron una tortura para Lisa.

Necesitaba hablar con Jaden y él no se había presentado en su habitación, ni para visitarla ni para echarla.

Después de lo sucedido esa noche, ella lo había esperado al día siguiente para enfrentarlo en el momento que ingresara a su alcoba y le ordenara que se marchara. Sin embargo, eso no sucedió y cuando una doncella llegó con su desayuno, Lisa terminó vomitando y desmayándose sin poder contenerse ni un minuto más.

Desde ese momento cayó rendida y terminó en reposo, pocas veces al día se despertaba, y cuando lo hacía una doncella siempre estaba junto a ella para asegurarse que se sintiera bien. El doctor se presentó en su habitación casi todos los días, revisando su fiebre y como su rostro iba recuperando el color de su piel. Según el doctor Wilson, pronto estaría en perfecto estado.

Por las noches Lisa solía plantearse las mismas preguntas de siempre:

¿Jaden estaría solicitando el divorcio? ¿Pensaría en ella? ¿Estaría preocupado por su estado?

—¿Y mi esposo? —inquirió con voz débil, mirando a la nada. Afuera el clima era frío y nublado.

¿Por qué seguía esperando?, Jaden no vendría y ya era hora de que vaya asimilando su verdad, él iba a dejarla, no había marcha atrás, mañana sería otro día y si seguía alimentando sus esperanzas terminaría dañándose a sí misma.

—Lord Windsor se está preparando para ir al club, milady.

Esa noche sería importante para el establecimiento porque las damas podrían ingresar, se suponía que ella iría con él, de su brazo lista para pasárselo en grande con el hombre de su vida. Pero lastimosamente Jaden no era capaz de darse cuenta de su amor; y por ende, muy pronto sus vidas se separarían.

—Dijo que preparemos todo para que mañana usted pueda partir a Surrey —musitó la criada con suavidad y ella asintió.

—Es lo mejor, no se detengan por mí, alisten mis baúles.

Su malestar jamás se curaría y en esa cama no hacía más que sumirse en depresión. Ahora que el divorcio y el escándalo se avecinaban para Lisa, no podía dejar de pensar en qué podría hacer para abandonar Londres. Quedarse era imposible, el ostracismo social no la dejaría vivir tranquila, tenía que huir; pero antes debía enfrentar a la corte para que Jaden pudiera quedar libre y buscarse otra mujer, después de todo él necesitaba un heredero.

Nuevamente se percató que un sabor amargo trepaba por su esófago y bebió un poco de agua para contrarrestar su malestar.

Las manos le temblaron y nuevas preguntas llegaron a ella. ¿Dónde iría? ¿Qué haría con su vida? ¿A quién acudiría?

Suficiente mal le causó a su pequeña hermana como para generarle otro con el escándalo que representaría en cuestión de semanas. Devonshire podría hasta anular el compromiso si su familia terminaba afectada por sus errores.

«Es tu oportunidad de ser libre». Se alentó a sí misma, aún asustada por la nueva vida que tendría que llevar.

Tendría la libertad que siempre deseó para largarse de Londres e iniciar de nuevo, pero... ya no tenía dinero, Jaden pasó a ser el dueño de su fortuna al tomarla como esposa, por lo que tal vez sería buena idea hablar con Ross, él era la única persona que podría regalarle un poco —lo tenía de sobra—. Lisa no era tonta, si no pedía algo de dinero, por mantener su orgullo intacto, no

llegaría muy lejos. Fue criada llena de lujos y comodidades, y ahora se vería obligada a dejarlas, en un principio le costaría mucho.

No era talentosa. No pintaba excelentes cuadros como su hermana quien podría venderlos fácilmente; ni cantaba hermoso como Ashley —una amiga de su infancia—, quien podría pasar como una hermosa cantante de teatro; ni tampoco era tan hermosa como Rachel —la hermana menor de Ashley—, quien fácilmente podría conseguir un protector si requiriera dinero en caso de estar en una situación como la suya.

Lisa no tenía capacidad alguna para ganarse su propio dinero. Ni como artista, ni como cantante, ni como cortesana. Era un fracaso.

«Tienes las joyas».

Abandonó su cama para avanzar hacia su cómoda y revisó entre sus joyas, todas eran hermosas y costosas, si las empeñaba le darían una buena suma de dinero por ellas. Jaden se las había regalado, así que eran suyas y podía hacer con ellas lo que deseara.

Buscó en el cajón más pequeño y sacó la pequeña bolsa de dinero que él le entregó antes de su boda, nunca necesitó usarlo porque con su esposo nada llegó a faltarle. Sin embargo, las cosas eran diferentes ahora.

La puerta que conectaba su habitación con la de Jaden se abrió y Lisa guardó todo tan rápido como pudo y se volvió hacia la persona que ahora estaba en medio de su habitación.

No sentirse triste fue algo imposible. Se veía tan pulcro, sólido y brillante, que supo que su partida no significaba nada para él. Le importaba muy poco como para afectarlo anímicamente.

Como era de esperarse, el duque no tuvo tapujos para escudriñar a su esposa de pies a cabeza, su mirada era gélida y los músculos de su rostro se veían tensos al igual que los de su espalda. La situación entre la pareja era mala, ninguno era capaz de expresar sus sentimientos y eso no hacía más que complicar la situación.

Todo parecía indicar que ese sería el final para ambos.

—Me dijeron que te estabas muriendo. —Fue el comentario poco acertado de Jaden y Lisa sonrió con sorna.

—Lamento informarle que usted será un duque divorciado, milord, no uno viudo —contestó con malicia, evitando exteriorizar su propio sufrimiento.

Jaden avanzó peligrosamente hacia ella y Lisa alzó el mentón dispuesta a enfrentarlo. Lo amaba, pero también se amaba a sí misma y no volvería a tolerar otra de sus humillaciones.

—¿La idea te hace muy feliz? —masticó las palabras muy cerca de su rostro, malhumorado, cualquiera pensaría que su esposo deseaba aniquilarla con sus propias manos.

«Me hace desdichada, pero es lo que tú quieres».

—Puede ser.

Jaden dio un paso hacia atrás con tanta repulsión que Lisa se preguntó si acababa de cometer un error.

No, no lo hizo. ¡Fue él quien la obligó a actuar así!

—Mañana partirás a primera hora, mi madre te estará esperando.

Tragó con fuerza. No sentir miedo era imposible, prácticamente estaba siendo echada de Londres, una vez que partiera hacia Surrey no podría hacer nada por sí misma, lo ideal sería informarle a sus padres sobre la situación.

—¿No puedo quedarme aquí? —Intentarlo no estaría de más—. Usted solicitará el divorcio y tendré que regresar, no tiene caso que me envíe lejos, me gust...

—Harás lo que yo diga —cortó su monólogo de suplicas—. Y en cuanto a lo que haga o deje de hacer, tú sólo esperarás mi voluntad —sentenció y se giró sobre sus talones para salir de la habitación.

Lo más lógico habría sido dejarlo ir, pero como siempre tuvo que hablar.

—¿Te veré mañana? —preguntó con un hilo de voz y él paró en seco.

La miró sobre su hombro.

—No, hoy no volveré.

Él no estaba durmiendo en su casa desde hace días.

—¿Ya tienes una amante?

El silencio fue pulcro hasta que él le dio la espalda completamente y respondió a su pregunta, arrastrando las palabras.

—Sí.

Lisa se vio obligada a girarse hacia la cómoda y cubrió su boca con una mano para que él no escuchara el daño que su afirmación le había causado. La puerta de su dormitorio se abrió y a los segundos lo único que quedó fue el eco del sonido de la misma al cerrarse.

Ya no había más, eso era lo que tenía.

Tocó la campanilla, y cuando tuvo a su doncella frente a ella, solicitó que le preparasen un baño. Con ayuda de dos criadas consiguió bañarse en un corto tiempo y luego les pidió que la vistieran con un vestido de algodón sencillo. No dejó que le hicieran un peinado elaborado, mantuvo el pelo suelto, y sólo dos horquillas sujetaron un poco de sus mechones castaños

sobre sus orejas.

—La capa negra —le dijo a una de las doncellas y esta corrió hacia el baúl—. Que preparen un carruaje, necesito ir con el... —No dio el nombre del señor Sallow, no le convenía que sus doncellas supieran que iría con el dueño de la mejor casa de empeño de la ciudad.

No tenía tiempo que perder. En Surrey lady Ivonne seguiría sus pasos y cuando la mandaran a llamar para asistir a la corte, ya nadie querría recibir una mísera joya de ella.

—A un sitio —zanjó el tema con indiferencia y la doncella que era mucho más adulta que la joven que le ponía la capa, le dio una indicación a esta para que se retirara.

—Milady —espetó una vez solas—, creo que debe cuidarse más.

Parpadeó varias veces y dirigió la vista hacia la mujer.

—Me cuido muy bien, casi nunca suelo enfermarme, pronto me recuperaré —aseguró muy segura de su buen estado.

—Bueno... verá... —El que la mujer se pusiera nerviosa ayudó a que ella también lo hiciera.

—¿Qué? —Se preocupó.

—No debe exaltarse, pero soy su doncella y conozco... —Meditó las siguientes palabras—. Conozco muy bien su estado, por lo que mi deber es informarle mis sospechas.

—Habla —le hizo un gesto con la mano, exasperada, y la mujer asintió, tragando con fuerza.

—Creo que está embarazada, su excelencia; y si es así, debería descansar.

Lo primero que hizo fue reírse —eso era imposible, ella se daría cuenta si algo, en especial una persona, creciese en su vientre—, pero al ver la seriedad en el rostro de la mujer, palideció y el aire abandonó sus pulmones. Movié la cabeza en modo de negación. ¡Eso era imposible!, ella no podía estar embarazada justo ahora que la tormenta se avecinaba.

—Lleva semanas de retraso, esperé un poco para comentarle sobre el tema.

No... no podía ser verdad.

—Pero debe ser sólo eso, un retraso —dijo desesperada y con el cuerpo tembloroso.

—Dos semanas es mucho.

—Iré a ver al doctor Wilson, él dijo que se trataba de un simple malestar.

—Porque usted no le habló de su retraso.

Ambas se sonrojaron.

—Pide que me preparen el carruaje, prometo no hacer nada riesgoso. —
Ahora con mayor razón necesitaba el dinero de las joyas.

La mujer dudó, pero al final terminó accediendo y cumpliendo su orden. En cuestión de minutos Lisa estuvo en el carruaje que no tenía un rumbo específico aún, no sabía hacia dónde ir.

Existía la posibilidad de que estuviera embarazada, y si era así, Jaden no podía despojar a su hijo o hija. Sea lo que sea esa criatura merecía tener su lugar en la aristocracia. Ella tenía que informarle a su esposo lo que estaba sucediendo, él merecía saber la verdad. Estaba segura que con esa noticia Jaden no la echaría, sino todo lo contrario.

Pensaría de manera positiva, tal vez él no tenía una amante y quizás sólo lo dijo para vengarse.

No podía divorciarse, jamás permitiría algo así.

Por los santos... ¡Estaba embarazada!

Con dos fuertes golpes logró que el carruaje se detuviera, pero al instante se quejó adolorida acariciando su mano. Abrió los ojos de par en par al percatarse que no traía guantes.

—¿Milady? —Se abrió la ventanilla y ella saltó de su lugar.

—Llévame al club de mi esposo.

El hombre hizo una mueca de inseguridad.

—Con todo el respeto, su excelencia, no creo que a lord Windsor le agrade verla allí.

—Yo creo que si le digo al duque que estoy embarazada va a agradecerle mucho.

El cochero no tuvo la suficiente capacidad para esconder su sorpresa y terminó asintiendo. El carruaje se puso en marcha y Lisa se mordió el labio inferior con nerviosismo, arrugó su falda y jugó con ella por un largo lapso hasta que se dio cuenta que iba a un club de caballeros sin una máscara que la ayudara a esconderse del escándalo.

Le dijo al cochero que la llevara a la puerta trasera y este siguió su orden sin rechistar.

Muy pronto estaría frente a él. ¿Cómo tomaría la noticia? Jaden siempre quiso tener una familia grande para que ninguno de sus hijos se sintiera solo si algún día uno de ellos llegase a faltar. Cuando el duque murió, Jaden y su madre quedaron solos, y luego ellos se distanciaron aún más cuando él se fue a América.

Sonrió levemente.

Claro que estaría feliz.

Seguramente la sacaría de allí para hablar mejor en su casa. No se quedarían mucho tiempo en el club.

El carruaje se detuvo y cubrió su rostro lo más que pudo con su capa. Como era de esperarse, en ese callejón había dos hombres de tamaño colosal cuidando la pequeña entrada.

Envalentonada, se plantó delante de ellos.

—Quiero entrar.

Ambos intercambiaron miradas enarcando sus cejas con diversión.

—No estamos buscando personal —le respondió uno de los hombres estoicamente.

—Lo sé, mi esposo me lo habría dicho.

—¿Su esposo trabaja aquí?

—Es uno de los dueños. —Se quitó el pedazo de tela que cubría su rostro —. Soy la duquesa de Windsor, así que les pido, muy amablemente, que muevan sus traseros y me lleven donde mi marido.

—¿Cómo sabemos que es verdad? —inquirió el guardia, receloso.

—Porque lo es. —Ambos miraron hacia atrás para encontrarse con Sutherland, quien con una sonrisa burlona miraba a la duquesa, admirado, y casi fascinado—. Milady, no la esperábamos.

Lisa apretó la mandíbula. Si bien hizo las paces con el marqués, odiaba que se mostrara tan relajado como si su presencia en el club fuera de lo más normal.

—¿Quién me llevará con Windsor?

Sutherland sacó de su levita un antifaz azabache y se lo tendió.

—No tengo un vestido elegante, pero eso no importa porque usted se ve preciosa.

Farfulló una maldición y le arrebató la máscara.

Sabía que no estaba con sus mejores prendas ni mucho menos con su mejor peinado.

—Yo la guiaré —espetó Sutherland y ella hizo una mueca de disconformidad ante la idea—. ¿O debería llamar a su hermano? —preguntó socarrón y Lisa siseó un sinfín de maldiciones mientras aceptaba su brazo.

Caminaron por largos y oscuros pasillos en los que Lisa se preguntó cómo era posible que escuchara todo lo que sucedía en el club —el cual estaba al otro lado de la pared—; los gritos, las risas, los cantos... todo, absolutamente

todo podía escucharse.

—Dígame cómo puedo llegar desde aquí. —Paró en seco y Sutherland se detuvo junto a ella.

—¿Por qué debería?

—Quiero hablar con mi esposo a solas.

—La dejaré sola una vez que lleguemos a la puerta.

—No me perderé, milord.

—No si yo la llevo.

—Si Windsor lo ve conmigo y no le agrada mi visita, le obligaré a acompañarme de regreso a nuestra casa, cosa que usted no querrá hacer cuando podría estar disfrutando de la fiesta al otro lado de este muro.

El marqués se llevó una mano al mentón, pensativo. Ambos sabían que tenía razón.

—Suba dos pisos por esas escaleras, es en la segunda puerta, él está en su oficina.

—¿Y qué hay en el primer piso?

—Nuestros dormitorios.

—¿Mi esposo tiene una alcoba aquí? —preguntó con un hilo de voz y Sutherland asintió.

—Nunca la usaba, pero hace unos días empezó a quedarse.

Eso explicaba todo.

—¿Con una mujer?

Sutherland sonrió con sorna.

—Las mujeres están prohibidas en este sector, milady.

—Pero...

—Aunque no lo crea, en este sector separamos los negocios de nuestra vida personal. Por ejemplo, ahora Beaufort está en la oficina que se encuentra en el club, un lugar donde entran los deudores, las cortesanas, los criados y todos los que estén involucrados con el negocio; pero de aquí para arriba, sólo estamos nosotros. —Le señaló las escaleras y ella tragó con fuerza—. Le di un antifaz para que se pusiera algo nerviosa, pero la realidad es que de este lado no lo necesita.

Quizás... después de todo, Jaden no tenía una amante.

—Con su permiso —susurró distraída y continuó su camino, estaba muy ensimismada en sus pensamientos como para recordarle al marqués que era un idiota.

Era su última oportunidad para salvar su matrimonio. Si Jaden no la quería

a ella, estaba segura que querría a su hijo, de eso no le cabía la menor duda. Llegó al piso que Sutherland le indicó y se dirigió hacia la única puerta cuya rendija dejaba ver una fina línea de luz gracias a las velas que estaban dentro.

Esa sería su muestra de amor, se quedaría junto a él aun sabiéndose rechazada. Le bastaba con que quisiera a su hijo.

Abrió la puerta sin tocar, la emoción y el nerviosismo no le permitieron pensar con claridad, pero cuando estuvo dentro, se arrepintió de cada una de sus decisiones.

Nunca debió haberse quedado con él después de su boda, no tendría que haber permitido que la enamorara y tampoco debería haber ido a buscarlo.

Sólo así, se habría evitado el dolor que le causó verlo con Sabrina en un lugar que, según Sutherland, era tan íntimo.

Capítulo 13

Jaden, manteniendo un semblante impertérrito, estaba apoyado en el borde del escritorio con la mirada clavada en la rubia que lo acariciaba por el pecho y le sonreía coquetamente, sin dejar de aletear sus largas pestañas curvadas.

Estaba mucho más hermosa que antes.

Él alzó la mirada ni bien Lisa ingresó y se enderezó al instante perdiendo repentinamente el color en el rostro. Sabrina dirigió la mirada hacia ella y la molestia fue palpable en su semblante, no le gustó en lo más mínimo la interrupción. La observó por tres segundos, hasta que la sorpresa salió a flote ni bien la reconoció.

—¿Qué diantres haces aquí?! —bramó su esposo, intentando avanzar hacia ella, y Lisa sólo pudo sentirse algo insignificante junto a la diosa que sujetaba el brazo de Jaden para que no se alejara. Si él no se hubiera soltado de su agarre de un tirón, Lisa no habría desprendido su vista de Sabrina—. ¡Contesta!

Abrió la boca con nerviosismo y luego la volvió a cerrar sin saber por dónde empezar. La garganta le ardía y los ojos le picaban, ese descubrimiento la estaba asfixiando. Sabrina estaba en Londres y él... perdidamente enamorado de su amante.

—Lady Stanton, usted sí que está diferente.

Pasó saliva al detectar los movimientos de Sabrina hacia ella. No podía sentirse bien frente a ella, su amor propio caía por los suelos con sólo mirarla una vez. Ella era hermosa, su estatura y figura eran adecuadas para caminar del brazo de Jaden, y sus cabellos color oro brillaban de manera alucinante bajo la luz de las velas. Su sonrisa seductora, llena de confianza y picardía, le advertía que lo mejor sería que se largase, que estaba de más y no tenía nada interesante que hacer allí. Sin embargo, como una estúpida se quedó.

—Ha perdido varios kilos. —Se tensó y terminó aferrándose a su capa, sus miradas se encontraron y la amante de su esposo siguió sonriendo—. Ahora entiendo por qué Windsor se casó con usted, está muy hermosa, se ha convertido en un cisne. —Se giró hacia Jaden—. ¿Así te gustan, verdad? — Lisa lo miró esperanzada, ¿por qué no sacaba a Sabrina de su oficina? Él debía echarla para que pudieran hablar con mayor tranquilidad.

Sus ojos se encontraron y la tristeza se instaló en su pecho, él estaba dividido por algo que era muy obvio y a la vez peligroso; Jaden se debatía entre elegir a Sabrina o a ella.

Ellos... Ahora tenía que pensar por dos.

—Sí —soltó con sequedad y un escalofrío recorrió su espalda.

Él la odiaba.

—Espero pueda mantener su peso, milady.

Bajó el rostro y no llegó a ver el semblante furibundo de Jaden, en su mente sólo existía una verdad; y era que su embarazo la alejaría aún más de él.

—¿Ella es tu amante? —Decidió ignorar a la mujer y enfrentar a su esposo, quien tensó los hombros y guardó silencio por largos segundos que a Lisa le parecieron una eternidad.

—¿Quién te trajo?

—Alquilé un carruaje.

No dejaría que el cochero perdiera su trabajo.

—Lárgate. No tienes nada que hacer aquí.

Se quitó la pequeña máscara que Sutherland le entregó y lo encaró sin ninguna barrera en sus ojos.

—No me iré hasta que me contestes.

Él apretó la mandíbula, todo parecía indicar que seguía molesto con ella por lo que le dijo hace apenas unas horas.

—¿No puedo tener una amante? Te recuerdo que tú tienes uno, *querida*.

—No sabía de sus habilidades, lady Stanton.

¡Esa mujer no tenía por qué seguir allí!

—Ya te dije que no lo es —le aclaró y se volvió hacia la rubia—. Y soy lady Windsor. —Alzó el mentón con desdén, no dejaría que siguiera faltándole el respeto.

—No por mucho tiempo —espetó Jaden interrumpiendo la conversación y toda su seguridad se esfumó, sus miradas se encontraron y la melodiosa carcajada de Sabrina le erizó la piel.

Quiso vomitar. Se sentía mal, nunca debió haber asistido al club.

—Cariño, nunca entenderé por qué te casaste con algo tan insignificante.

Retrocedió al ver como ella volvía a abrazarlo por el brazo, pegando su mejilla en él como si fuera una niña consentida, pero eso no fue lo que más le dolió de la imagen, sino que Jaden no hizo nada para alejarla.

—Y eso que ni siquiera viste sus imperfecciones, Sabrina.

Sus ojos se cristalizaron en contra de su voluntad y él abrió los suyos al darse cuenta de lo que acababa de decir. Lo hizo para herirla y ella casi quería decirle que lo había conseguido magistralmente.

—Puedo verlas desde aquí, Windsor —carcajeó la rubia y Lisa parpadeó varias veces con el fin de impedir que sus lágrimas rebeldes se salieran con la

suya.

—Es verdad —dijo tratando de sonreír, pero no podía, los labios le pesaban—. Nunca debí haber venido.

Observó el reloj que estaba en el rincón de la estancia. Era tarde, a ese paso tendría que tocar la puerta de la casa de empeño para que la atendieran.

—Efectivamente, no debiste haberlo hecho —convino la amante de su esposo y ella buscó la manija de la puerta con la vista en ellos, necesitaba grabarse esa imagen en la cabeza para hacer lo que tenía en mente—. ¿Por qué te divorciarás de ella?

Detuvo sus movimientos y lo buscó con la mirada, estaba serio, pálido e indescifrable.

—Porque es una traidora y lo menos que quiero es hacerme cargo del bastardo de otro.

«No vaya a ser que me salgas con el bastardo de otro».

La piel se le erizó y la necesidad de salir de allí se acrecentó en su interior. Quizás se debía a que toda mujer al saberse embarazada sentía un sinfín de emociones, pero en ese momento vio en Jaden a alguien peligroso. Bajó la manija y giró sobre sus talones lista para salir corriendo; sin embargo, su cuerpo fue a impactar contra algo duro, sólido y que en lo absoluto no era un «algo», sino un alguien.

Alzó el rostro y casi se desmayó al ver de quien se trataba.

El conde de Ross observó todas las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de su hermana y levantó la vista para detectar a los culpables de tal atrocidad. No mostró sorpresa, no obstante, Lisa se plantó delante de él para que no se abalanzara sobre Windsor.

—No pasó nada —mintió con un hilo de voz y Ross la fulminó con la mirada. Aun así se mantuvo firme—. Simplemente ha llegado la hora de que me vaya.

Salió casi corriendo de aquella oficina y escuchó los gritos de su hermano. La estaba siguiendo y se lo agradecería de por vida, pues con un simple mareo perdió toda coordinación y el cuerpo se le fue hacia adelante listo para caer por los últimos peldaños de las escaleras. Ross fue lo suficientemente rápido y puso su cuerpo para que ningún golpe llegara a ella, prefirió recibirlos él.

Escuchando su respiración agitada y sintiendo el miedo que lo había invadido mientras la envolvía en sus brazos, rompió en un suave llanto.

Jaden no la siguió, él se quedó con su... amada.

—¿Qué sucedió? —preguntó roncamente y ella alzó el rostro.

—Va a denunciarme por adulterio, cree que el conde y yo... —Ni siquiera pudo terminar la oración.

—Voy a matar a ese malnacido —bramó listo para ponerse de pie, pero ella lo abrazó por la cintura.

—No puedes, debes ayudarme, tengo que irme, Aaron. —Lo llamó por su nombre de pila y él la abrazó con fuerza, buscando darle algún consuelo.

—Claro que puedo, fue él quien vino a atraparte, insistió en hacerte su esposa y ahora pretende arruinarte. Tu vida nunca volverá a ser la misma si no hacemos algo. —La zarandó por los hombros para que reaccionara.

—Debo irme. —Fue lo único que dijo.

—¿Por qué? Aún eres su esposa —espetó consternado.

—Estoy embarazada y él... creará que es del conde, puedo vivir bajo un escándalo, pero no puedo permitir que mi hijo también lo haga —soltó con impotencia, imaginándose lo duro que sería para la criatura llegar a un mundo donde ya lo repudiaban antes de nacer.

Ross la tomó en brazos y la sacó por la puerta trasera de club con prisa, subieron al carruaje de su hermano y él no hizo más que escucharla y consolarla por varios minutos. Su hermano le creía, él sabía que jamás tendría nada con el conde y eso la aliviaba de sobremanera, al menos él creía en su integridad.

—Windsor me enviará a Surrey mañana y me mandará a llamar una vez que presente la demanda del divorcio, todos sabrán que me denunció por adúltera y creerán que mi hijo es del conde. También dijo que enviará a Hamilton a la cárcel de deudores. —Sonó su nariz fuertemente con el pañuelo que su hermano le dio, y supo que no lo querría de regreso.

—Ni bien presente la demanda, iremos a duelo —le aseguró—. Tu honor no se pondrá en duda, yo lo defenderé a capa y espada. —Acarició sus mejillas y ella sollozó.

—Quiero irme —confesó ahogadamente, ya no tenía caso quedarse en ese lugar. Sus ilusiones murieron en ese despacho donde Jaden se quedó con otra mujer—. Si él se entera de mi situación dañará a su propio hijo.

—¿Cómo se enteraría? —preguntó confundido y ella tragó con fuerza.

—Fue una de mis doncellas quien me hizo notarlo y se lo dije al cochero para convencerlo de que me trajera al club. Ellos se lo dirán, lo adoran.

—¿A qué hora debes ir a Surrey mañana?

Ella sorbió su nariz.

—A primera hora, supongo que a las seis estará todo listo. Llévame con

Sallow, tengo unas joyas que quiero empeñar, necesito dinero.

—¿Estás loca? —bramó el conde.

—Son mías, Jaden las compró para mí, puedo hacerlo.

—No te llevarás nada de él, yo me haré cargo de todo. Debes volver a tu casa por hoy.

Ella se negó a hacerlo.

—¡Joder! Haz lo que te digo por primera vez en tu vida.

Abrió los ojos sorprendida por la palabra que su hermano empleó en su conversación, nunca lo había visto perder los estribos.

—Sé cómo Riley.

—No quiero ser como Riley. —Frunció el ceño, su hermana siempre fue educada para obedecer y guardar silencio.

—De acuerdo, sé tú misma pero obedeciéndome. —Bajó un poco el tono, con Lisa las cosas funcionaban de distinta manera—. Si duermes fuera se lo dirán, sus criados lo adoran y Jaden estará buscándote en cuestión de minutos.

Tiritó. ¿Acaso...?

—¿Me ayudarás?

—Sí, por supuesto, pero antes quiero que sepas que no puedes comunicarte directamente conmigo por cartas. Usaremos a lady Anderson como medio. Windsor acudirá a mí primero una vez que sepa que no estás en Londres.

Lo dudaba, para su pesar su esposo no la buscaría.

—¿Aline? —Era la hija de los condes de Norfolk, una familia muy amiga de la suya, la dama sería presentada en sociedad en dos años.

—Es lo mejor, y es la única persona a la que Windsor no podrá llegar, ni siquiera fue presentada en sociedad.

—¿Cómo se lo pediré?

—Es tu amiga, escríbele algo lindo y yo se lo haré llegar —espetó exasperado y Lisa terminó asintiendo.

—Está bien.

Retiró las lágrimas de su rostro, ya no podía seguir llorando, no solucionaría nada así. Ahora tenía una preocupación mayor, una vida crecía en su interior y no tenía la menor idea de qué haría de ahora en adelante. Era mucha responsabilidad, pero también sentía que sólo eso podría ayudarle a seguir con sus planes.

—Lisa...

—¿Sí? —preguntó sin mirarle, se sentía sola.

—Berth irá contigo. —Le sujetó las manos y se las besó—. Nunca estarás

sola, jamás les faltará nada.

—Gracias. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y él ladeó la cabeza.

—Lo siento, nunca debí haber pensado que Windsor sentía algo por ti; nos engañó a todos.

No lo veía así, fueron ellos quienes se engañaron solitos. Un duque perfecto jamás se fijaría en una mujer tan imperfecta como ella.

¿Qué demonios acababa de hacer?

¿Valía la pena salvar su orgullo y dejarla ir así, tan vulnerable y desvalida?

Se pasó la mano por el pelo con frustración y apoyó las manos sobre la superficie de roble. Ella lo engañó primero; y a diferencia suya, él sólo le dijo otra mentira, nunca se acostó con otra mujer.

—¿De verdad te divorciarías de la única mujer que te roba los sentidos?

Recordó a Sabrina y la sangre le hirvió, esa maldita la había insultado sin importarle que fuera una lady; y él... Ni siquiera fue capaz de callarla.

—Sal de mi vista.

No lo obedeció y tomó asiento, alisando la falda de su vestido color escarlata. Seguía igual de cínica y extravagante, siempre presumiendo algo que no tenía.

—Pido tres mil libras por mi silencio.

—Y ya te dije que estás loca de remate, no te daré nada.

—Todo el mundo se enterará de que trabajaste para los americanos y que usaste tu título para encajarlos socialmente en tierras inglesas.

—Será tu palabra contra la mía, ¿crees que no te detendré? Nada perjudicará a mi prin... A Lisa. Tú no provocarás ningún escándalo alrededor de ella.

—Vas a solicitar el divorcio, si no se suicida por el rechazo social mínimo huirá a otro continente.

Un escalofrío recorrió su espalda ante las dos posibilidades que Lisa jamás tendría para elegir porque nunca podría darle el divorcio, la enviaría a Surrey para que no estuviera presente en el duelo que pensaba tener con Hamilton. Una vez que matase al conde la haría regresar y le perdonaría sus errores, perdonaría su desliz sólo porque era la única mujer que necesitaba para ser feliz.

—Sabes que no la dejaré libre.

—Lo sé, dudo que te guste la idea de retomar el celibato. Menos si ya la

poseíste y conoces lo mucho que te gusta fornicar con tu esposa.

—Deja de hablar de ella con tanta familiaridad.

Él no fornicaba con Lisa, Jaden le hacía el amor.

—¿Tanto la amas? ¿Por qué renunciar a los placeres de la vida por una mujer? El amor no existe, es algo efímero que en cuestión de tiempo se debilita y muere para después renacer al ver algo más bonito que lo que se *amó* con anterioridad. Nunca comprenderé la fidelidad que le das a lady Windsor, ¿qué tiene ella que no tenga yo y que pueda ofrecértelo en la cama?

Lisa lo tenía todo, ella era su todo y él jamás podría estar con otra mujer que no fuera su princesa.

Durante todo el tiempo que estuvo fuera, se concentró únicamente en su trabajo, por lo que dejó los placeres carnales de lado al no poder tener a la mujer que realmente deseaba.

Esa era una de las razones por las que no podía controlarse cuando tenía a Lisa a su disposición, cuando le hizo el amor por primera vez, él se sintió en la gloria, nada lo habría detenido en ese momento en el que al fin se hacían uno y ella le respondía con tanto amor. Pero la última noche... Casi quiso vomitar al ser tan bestia con ella, sintió tanta vergüenza de sí mismo que sólo pudo conformarse con observarla mientras dormía los días posteriores. Tuvo a Wilson sin vida, prácticamente ordenándole que hiciera lo necesario para que ella se curara.

Lisa tenía todo el derecho de odiarlo; sin embargo, él también debería hacerlo por su traición.

Era una lástima que no pudiera.

—Antes solías ser un libertino de primera.

—Antes de conocerla —aclaró—. Luego me convertí en un libertino enamorado.

—¿Por qué la trataste tan mal? —preguntó inquisidora, como si fuera un enigma para ella el hecho de que haya sido tan miserable con su esposa.

—Me engañó.

La mujer rompió a carcajadas y Jaden quiso ahorcarla sin compasión alguna. No era divertido, todos esos días sufrió a creces debido a su engaño.

—¿De verdad crees que ese conejito te engañó? —le preguntó entre risas y una tensión se apoderó de sus extremidades—. Soy una mujer que conoce lo suficiente como para decirte que esa joven no tiene ni idea de lo que es un engaño, el sólo verla temblar bastó para que supiera que es una niña tan buena que seguramente ahora estará pensando qué será de ella una vez que

provoques su rechazo social.

Eso lo decía porque no vio a Lisa en los brazos del conde.

—Sea lo que sea no me interesa, mataré a su amante y luego la traeré de regreso para...

—A veces me pregunto por qué las personas hacen cosas tan estúpidas por amor —le cortó el monólogo, mirando a la nada—. Es una suerte que no conozca dicho sentimiento.

—En realidad es una lástima, una vez que lo conoces crees que hasta morir es algo digno con tal de mantenerlo puro e intacto.

—¿Cómo te enamoraste de ella?

La comisura de sus labios se curvó por una milésima de segundo y Sabrina lo miró con curiosidad. Ya no había rastro de la mujer que intentó chantajearlo hace unos minutos, sino de esa que él recordaba como *amiga*.

—Gracias por la invitación, a decir verdad mi madre necesita cambiar de aires. La muerte de mi padre no le sentó para nada bien —le dijo a Ross, mientras cabalgaban hacia Hampshire escoltando el carruaje donde Ivonne ahora descansaba.

Su padre había fallecido hacía unos meses, James Julian Browning fue un hombre honorable y muy querido por la sociedad, no sólo fue un hombre inteligente, sino amoroso y humilde. Sus padres se amaron locamente pero lastimosamente una fiebre se lo llevó dejando a su madre sola y devastada.

Jaden había intentado sacar a Ivonne de su estado depresivo, pero nada funcionó y sólo fue el tiempo quien se encargó de cicatrizar sus heridas.

—No es nada y lo sabes, sólo quiero que sepas que tendrás a tres niñas y una joven revoloteando por mi casa.

—¿Qué, acaso olvidaste decirme que tus dos hermanas se multiplicaban?

—No seas idiota, Windsor. Las otras niñas son las hijas del conde de Worcester.

—Arnold Answorth, oí que enviudó hace unas semanas —comentó con la mirada perdida. Ese año la fiebre había acabado con muchas vidas.

—Sí, lady Worcester, en paz descanse, siempre tuvo una salud delicada, fue un milagro que haya podido dar a luz a dos niñas en un mismo parto; no se tenía mucha esperanza.

—¿Tu madre los invitó?

—Sí, cree que las niñas no superan la muerte de su madre, es algo

complicado, Rachel y Ashley siempre fueron muy devotas de su madre.

—Al menos son dos, creerme que es peor perder a un padre y quedarte solo.

Ross se dio cuenta de lo tétrica que estaba resultando la conversión y carraspeó tratando de localizar otro tema más entretenido. El resto del camino lo hicieron hablando de sus amigos y su repentina idea de irse a Francia, seguramente la estarían pasando en grande.

—Guíen a lady Ivonne a su dormitorio —ordenó Ross una vez que estuvieron en su casa y la rubia le sonrió con amabilidad.

—Muchas gracias, querido.

Jaden hizo una seña a los lacayos para que se encargaran de los baúles y un conjunto de torrentes gritos femeninos lo hicieron respingar. Su madre pasó por lo mismo, pero al parecer los demás ya estaban acostumbrados porque ni se perturbaron.

—¡Ross, ayúdame por favor! —imploró una voz y se puso alerta, al igual que su amigo. De uno de los pasillos que conectaba al gran hall salió una dama que miraba hacia atrás, esta gritaba y pedía que la dejaran tranquila.

Jaden hubiera reaccionando sino fuera por el peculiar tono de piel que atrapó su atención; sin embargo, fue Ross quien lo sacó de su ensoñación advirtiéndolo lo que vendría después.

—¡Cuidado!

Pasó.

Su espalda fue a parar contra el frío piso y lanzó un gruñido al sentir el peso de la figura femenina sobre él. Lo primero que sucedió fue que posó una mano en la espalda de la mujer, luego se percató de la presión de sus generosos pechos sobre el suyo y poco a poco fue separando los párpados.

—Lo siento tanto —dijo la joven, alzando la mirada y él se petrificó.

¡Qué labios! La escudriñó con la mirada y la boca se le secó, no podía creer que esa joven tuviera quince años, las niñas de quince años no se veían así, tan eróticas y deseables. No necesitaba pensar mucho para saber que era lady Lisa la que estaba sobre él, se parecía mucho a la marquesa.

La dama se alejó de él como si su cercanía le hubiera asustado y Jaden se incorporó levemente.

—¿Se encuentra bien, milady?

Ella se sonrojó violentamente y él se preguntó si estaría mal reservar a esa mujer para él.

¡Era preciosa!

—Muy bien, picaruela, dame esa espada.

Buscó a Ross con la mirada y le vio frente a una niña de aproximadamente ocho años, la rubia tenía un mohín en los labios y escondía la espada sin éxito alguno tras su espalda.

Estaba de manera horizontal.

Se tragó su carcajada y su mirada se encontró con la verdosa que aún lo miraba con asombro.

—¿Estás bien, Lisa?

Joder. Las hermanas de Ross tenían una belleza exótica. La niña de cinco años, lady Riley, tenía los ojos más enormes que habría visto jamás.

—Aaron...

Jaden se giró hacia la pequeña rubia que ahora lloraba ante su amigo, y supuso que se trataba de una de las hijas de Worcester. Era extraño que lo llamaran por su nombre, ni siquiera sus hermanas lo hacían.

Ross entrecerró los ojos y esperó que la pequeña empezara a narrar lo ocurrido.

—Lisa se robó mis chocolates —aclaró ella y la nombrada jadeó, poniéndose aún más colorada.

Él sonrió abiertamente, era una pilluela. Aunque...

—Eso no justifica que la corretees con una espada, Ashley. Es peligroso, aún eres una niña para usar una de estas.

—Pero nuestro padre nos enseñó a usarlas, Aaron —recalcó una voz algo arrogante y Jaden se volvió hacia la otra rubia. Esta era menos tierna que la melliza que tenía la espada, la arrogancia destellaba en sus dos zafiros—. Además debes reclamarle a Lisa, ella robó los chocolates de mi hermana.

—Eso no es verdad —susurró una voz llorosa, y se tensó inmediatamente. Odiando a las dos rubias—. Ella dijo que quería probar de los míos, que si le daba tres ella me daría otros tres de los suyos. Yo se los di porque Ashley los quería, y cuando tomé tres de los suyos y me los comí reaccionó muy mal.

Lady Riley movía la cabeza en modo de afirmación a medida que su hermana mayor iba narrando lo ocurrido.

—No se preocupe, no tiene por qué sentirse mal —susurró Jaden, ayudándole a ponerse de pie. No era adecuado, pero él no podía dejar de admirar sus labios.

—¿Acaso no sabes cumplir tu palabra, Ashley? —Ross ahora reprendía a

la pequeña rubia y esta lloraba silenciosamente.

—Pero Riley le dio los suyos, ella tenía más que nosotras, no tenía por qué tocar los míos; nada le costaba invitarme unos cuantos.

—Pero hiciste un trato, Ash, en todo caso se los habrías pedido —musitó lady Rachel y él se preocupó. Las mujeres eran complicadas desde chiquitas, definitivamente Ross estaba en aprietos.

—Ya pasó. —Todos miraron a su madre, quien con una sonrisa se acercaba a las rubias—. Ten corazón, aquí yo tengo chocolate suficiente para todas.

Su madre, en algún determinado momento, sacó una caja de bombones de uno de los baúles que había abierto en medio del hall. Las pequeñas hijas del conde se pusieron junto a ella para recibir unos cuantos, muy sonrientes como si no hubieran causado un estrago segundos atrás.

—Vamos Lisa, luego te daré los míos —susurró la muy, pero muy pequeña lady Riley.

—No quiero —susurró la castaña y él frunció el ceño.

—No mientas, sí quieres —insistió la pequeña y tiró de la mano de su hermana mayor para que se acercaran a su madre.

Jaden nuevamente sintió una oleada de placer al ver las grandiosas caderas de lady Lisa, ¡joder!, ¿es que Ross no sabía que su debilidad eran las morenas?

—No esperé un recibimiento así —confesó su amigo, poniéndose junto a él.

—Son encantadoras.

—Son mis hermanas, las cuatro son mi responsabilidad, siempre cuidaré de ellas.

Le creyó, Ross jamás permitiría que uno de los suyos sufriera si en sus manos estaba impedirlo.

—Tienes un aliado en mí —Le guiñó el ojo—. No es por nada, pero presiento que todas serán muy solicitadas en los salones de baile.

Eran criaturas hermosas, todas encantadoras.

—Si logras que mi hermana te crea, te lo agradeceré con el alma. Lisa tiene ciertos complejos que quisiera se quitara de la cabeza antes de su presentación.

—Tu hermana sólo tiene que esperar tres años, Ross, luego será mi duquesa.

Y dichas esas palabras, dejó a su amigo con la boca abierta y se dirigió

hacia su madre, quien ahora tenía a lady Ashley aferrada a la falda de su vestido. Lady Rachel sólo disfrutaba del chocolate sin mirar mucho a su madre; sin embargo, Ivonne se veía fascinada con ambas rubias.

Esas niñas lo ayudarían a levantar el ánimo de la duquesa viuda.

—Señor...

Velozmente se volvió hacia la hermosa dama que lo miraba tímidamente.

—¿Sí, milady?

—Aquí tiene uno. —Le extendió un bombón—. Yo... Creí que querría uno.

Sonrió. Era perfecta.

—Muchas gracias. —Aceptó el chocolate y, a pesar de que no le gustaba, se lo llevó a la boca y lo comió mirando fascinado el sonrojo de la dama.

—Yo tengo uno para ti, Ross —dijo la otra morena y Jaden casi se atragantó al ver como este tomaba a la niña en brazos con una radiante sonrisa en el rostro.

Pobre del que se metiera con sus hermanas.

—Gracias, pequeña, yo sí adoro el chocolate —dijo socarrón, mirándolo con sorna y malicia—. Lisa, Riley; él es Jaden Browning, el duque de Windsor, pasará estos meses con nosotros al igual que su madre.

Lejos de ver la admiración en el semblante de Lisa, Jaden se encontró con el pánico y un gesto de derrota. Después de esa presentación, ella trató de evitarlo hasta que un día Jaden tuvo la suerte de darse cuenta que lo seguía y la alejó lo más que pudo de la casa para que pudieran conversar.

Ese día la hizo su princesa, se convirtió en su aliado e inconscientemente, se hizo su esclavo.

—Amor a primera vista —dijo la rubia con un deje pensativo—. Suena bien, por lo que te sugiero que vayas a hablar con ella. Yo no te perdonaría la humillación que le hiciste pasar si fuera ella —comentó mientras se ponía de pie, lista para largarse.

—Iré cuando lo crea conveniente.

Aún recordaba su engaño.

—No todas las esposas nacieron para esperar, Windsor.

Sonrió con burla, Lisa haría lo que él quisiera.

—No vuelvas Sabrina, consigue un protector.

—Tenía fe de que podrías ser tú.

—Ambos sabemos que no pasará en esta vida, y quizá ni en otra si mi destino sigue siendo Lisa.

La rubia terminó saliendo de su oficina por sí sola y Jaden se dejó caer en su asiento para pensar las cosas con mayor tranquilidad. No quería perder a Lisa, pero no sabía cómo demonios recuperar el cariño que ella le tuvo tiempo atrás, antes de que la abandonara hace cinco años.

Las siguientes horas las usó para meditar, pensar un poco en su relación, y en algún determinado momento se quedó dormido más tiempo del que hubiera querido.

Capítulo 14

Jaden saltó del carruaje ni bien la puerta del mismo se abrió y subió la escalinata de su casa sin importarle su aspecto desaliñado ni mucho menos irse de bruces contra el piso al no ver donde pisaba con exactitud.

¡Maldita la hora en la que nadie lo despertó!

Se suponía que él impediría su partida a Surrey. Lo más lógico habría sido que llegase para suplicarle que no se fuera y le pidiera perdón por todo lo que le dijo e hizo. Si había algo que Jaden descubrió la noche anterior, fue que él también traicionó a Lisa al no decirle la verdadera razón del porqué se fue a América años atrás.

Debía explicarle que Sabrina y él no eran absolutamente nada, que ella sólo quiso chantajearlo para no divulgar sus secretos por toda la ciudad, esos que informaban que él, el duque de Windsor, trabajó por años sirviendo a unos americanos para saldar los préstamos que estos le habían dado a cambio de un buen nombre y una reputación en tierras inglesas. Al ser un duque, era fácil para Jaden conseguirles contactos.

Cuando Sabrina apareció frente a él, lo menos que esperó fue que supiera sobre su boda con Lisa, por lo que supo atraparlo muy bien. «O me das unos minutos o tu esposa se entera de tus... Bajezas» le había dicho y en un principio la sorpresa lo llevó a guiarla hacia su despacho, pero luego pensó que a Lisa no le hubiera afectado saber que él estuvo trabajando.

Quizás... se habría sentido orgullosa de él.

Se equivocó, todos estos días no hizo más que cometer un error tras otro error. Dejó que Sabrina la humillara en medio de su oficina y no hizo nada por ella, su vanidad lo cegó y lo llevó a insultarla. Recordó lo que Lisa le dijo antes de marcharse al club y su raciocinio se marchó, quiso sanar su orgullo herido y le hizo creer que Sabrina y él eran amantes, usó a la mujer con la que Lisa siempre solía compararse para herirla profundamente.

Sin embargo, eso no fue lo peor, él luchó todo ese tiempo para que Lisa supiera lo perfecta que era y al final inventó la peor mentira, habló de lo que a ella tanto la avergonzaba y no tuvo reparos para restregarle a la cara que era imperfecta, cuando la única verdad era otra.

Tragó con fuerza.

Sin siquiera preverlo inició una pelea con Lisa y terminó dándole golpes bajos y ruines. Ella no peleó, bajó el rostro y trató de sonreírle para salir, al menos, con la dignidad en alto.

Lastimosamente no lo consiguió y él se sintió una basura. Su mente se

debatíó entre echar a Sabrina y tirar todo al demonio para hacerle el amor a su esposa; o dejar que Lisa se marchara pensando que la rubia era su amante, para luego echar también a la cortesana.

La presencia de Ross le ayudó a pensar las cosas con mayor claridad. Era un hecho que Ross cuidaría de su hermana, mientras él se deshacía de Sabrina; es decir, el conde sabía que él amaba a Lisa, y quizás esa fue una de las razones por las que no se abalanzó sobre Windsor para matarlo a golpes.

Abrió la puerta de su casa y sin esperar un segundo más, gritó:

—¿Dónde está?!

El mayordomo se encogió, pero dio un paso al frente y atendió a su amo.

—¿Quién, milord?

—La duquesa —siseó furibundo, quería la respuesta en ese instante.

Fueron horas de reflexión, pero al final se dio cuenta de que no podía dejarla ir.

¡Ella era la mujer de su vida!

Olvidaría todo, dejaría al conde tranquilo y se llevaría a Lisa de viaje.

Le confesaría lo mucho que la amaba y que nunca tuvo una amante, le haría saber que ella era la única mujer que le interesaba. Estaba dispuesto a contarle sus secretos, sus verdades y sus miedos, se entregaría plenamente a ella esperando ser correspondido.

—La duquesa partió hace muchas horas, milord —dijo el criado con preocupación, alterar al duque de Windsor sería una idea catastrófica, tomando en cuenta que pocas veces solía enojarse.

Jaden bramó con impotencia.

—¿Por qué no me esperaron?!

—Usted dijo antes de irse al club que no vendría y que me asegurara de que el carruaje partiera a las seis de la mañana.

Tres horas...

—Preparen mi caballo. ¡Ahora! —ordenó con un gruñido que consiguió mover a toda su servidumbre al instante.

Jaden se dirigió a su despacho para sacar una de sus armas de doble cañón, uno nunca sabía que podría sucederle en el viaje. Si era rápido, Lisa ni siquiera llegaría a sacar los baúles una vez que llegara a Surrey; él llegaría para impedirlo y la metería al carruaje otra vez, allí le pediría perdón y luego le haría el amor hasta llegar a la ciudad.

—Iremos contigo, en estos casos jamás te dejaríamos solo. —Alzó el rostro para ver a Beaufort y a Sutherland allí, en medio de su despacho.

Lo siguieron.

—No pienso atenderlos.

Ambos asintieron.

Jaden sabía que querían cuidarlo, ellos jamás se daban la espalda y un viaje podía ser peligroso a cualquier hora del día si eras un hombre de poder.

Cabalgaron tan rápido como pudieron, él espoleó al semental con precisión, queriendo volar de ser posible con tal de aclarar toda su mentira en cuanto a Sabrina. No quería que Lisa pensara mal, no quería que dudara de su amor, simplemente deseaba liberar la loca necesidad de decirle que la amaba, ya no le importaba que lo supiera. Verla la noche anterior le hizo entender que si volvía a ver su espalda, alejándose de él, una vez más, se volvería loco.

—¡Lisa! —gritó ni bien ingresó a su propiedad, ignorando la presencia de sus amigos. ¿Ellos quisieron seguirlo? Ahora que se aguantasen—. ¡Lisa!

—¿Pero qué sucede aquí, Jaden?

La duquesa viuda salió de la salita dorada con el alma en vilo gracias a los fuertes gritos de su hijo. Se veía pálida y asustada, el duque no solía comportarse de aquella manera ni por más mala que fuera la situación.

—Deja de gritar, tenemos a un herido en casa. —La sangre se le congeló e intentó avanzar hacia la sala de la cual su madre salió. Ivonne lo retuvo—. El conde de Worcester fue asaltado en pleno viaje, por suerte logró dar con la casa y ahora el doctor lo está atendiendo.

¡Maldito susto el que le había dado! Por un momento creyó que se trataba de Lisa.

—¿Dónde está Lisa? —preguntó un poco más calmado y su madre arrugó su delicado entrecejo.

Las manos le temblaron y la boca se le secó repentinamente.

—Ella nunca llegó, supuse, por esta carta que...

—¿Cómo? —susurró con un hilo de voz.

—Lisa nunca llegó.

—¿Cómo es posible?! Esta mañana salió a primera hora y...

La voz se quedó a medio camino y le arrebató la carta que aún no había sido abierta —seguramente por el altercado del noble que ahora estaba siendo atendido en una de las salitas de su casa—. Rápidamente la desdobló y empezó a leerla.

“Su excelencia:

Le escribo esta carta para informarle que me es imposible darle el divorcio por ahora.

La razón por la que ayer fui a buscarlo, es porque supuse que mi deber era darle la noticia de que estoy embarazada. Mi deseo era hacerlo entrar en razón para que no destruyera nuestro matrimonio, pero por el cómo terminó todo comprendí que no creería mis palabras y asociaría a mi hijo con lord Hamilton.

Es posible que ahora mismo esté dudando de mis palabras, supongo que no puedo culparlo por ello; sin embargo, dejaré que elija, usted puede decir que su esposa está embarazada y de viaje, o simplemente asegurar que huyó con otro hombre. Es libre de inventar lo que quiera.

Mantendré contacto con alguien. Si usted da indicio de pretender aceptar a mi hijo, recibirá la noticia de si fue niño o niña para así poder seguir engañando a la sociedad londinense. En caso de ser diferente, no veo una razón válida para darle información alguna.

Algún día tendré que regresar, más si usted necesitará el divorcio; pero lamento informarle que no será pronto. Le prometo que eso sucederá cuando ya no exista este amor tan intenso que siento hacia usted. Debo acabar con él, aunque déjeme informarle, que ha hecho un excelente trabajo para ayudarme el día de ayer.

Disfrute de mi dote, milord. Que mi sacrificio valga la pena.

L.”

—¡Jaden! —chilló la duquesa viuda al ver como Jaden caía de rodillas y observó a los otros dos caballeros para tratar de obtener una explicación respecto al tema, no entendía nada y todo se complicó para ella al ver como los ojos de su hijo se llenaban de lágrimas.

¿Qué estaba sucediendo?!

Jaden miró a su madre, frustrado, y dejó que la tristeza se apoderara de él.

Lo amaba, ella nunca le fue infiel y él no quiso creerle. Lisa lo amaba y el fruto de su amor crecía en su vientre.

—Windsor, debes calmarte —espetó Beaufort, cautamente, y él se rehusó a hacerlo.

Todo era su culpa, no quiso escuchar a nadie y terminó lastimando a la única mujer que podía hacerlo feliz. Lisa se fue pensando que tenía una amante; lo dejó y ahora pretendía olvidarlo.

—La encontraremos, no puedes darte por vencido, aún no es momento de lamentarse. —Sutherland no tenía la menor idea de cómo debería proceder, era la primera vez que veía a un duque así de... destrozado.

¿Qué no se lamentara? ¿Qué se calmara? ¿Acaso ellos sabían lo que estaba

sintiendo?

No, claro que no.

Ellos no sabían lo que era el dolor, ellos no habían trabajado como él lo hizo, ni mucho menos habían sido humillados como a él le tocó serlo. Sus amigos no tenían idea del dolor que sentía en ese momento, ellos... No habían perdido a la mujer de su vida, por segunda vez gracias a su estúpido orgullo, ni tampoco a su hijo.

—Tengo que ir por ella —susurró con un hilo de voz y se incorporó con lentitud, quiso salir de la casa pero Beaufort se lo impidió.

—¿Estás loco? Tú caballo no soportará otro viaje, tú mismo te ves muy mal, tu cuerpo no deja de temblar.

—Jaden, ¿qué está sucediendo? —preguntó su madre.

—¡No dejaré que se marche! Ross, él la escondió, tengo que ir a verlo.

Intentó pasar de largo a su amigo, pero ahora junto a Sutherland lo sujetaron de los brazos, impidiéndole avanzar.

—¡Suéltense! ¡Maldita sea, no acepté su compañía para esto!

—Vas a matarte en medio viaje si vas ahora, pronto anochecerá.

—¡Me importa un cuerno! Ella no se irá.

—Mañana partiremos a primera hora —insistió en un gruñido, furibundo—. Hoy te quedas porque es lo mejor para ti.

—¡Nada es mejor para mí! —Forcejeó fieramente—. Lisa está embarazada.

Ivonne jadeó sorprendida y sus amigos abrieron los ojos de par en par, anonadados.

—Ella va a irse, si no voy con Ross, la sacaré de Londres, la enviaré lejos y...

—Lo siento, Windsor —susurró su amigo y un agudo dolor le punzó bajo la nuca.

—¿Qué hace?! —Llegó a gritar su madre, antes de que él cayera profundamente dormido.

Sutherland lanzó un gruñido y fulminó con la mirada a Beaufort, odiaba esa habilidad que tenía para desmayar a las personas con un simple golpe en la nuca.

—Lord Beaufort, espero que tenga una buena razón para dejar a mi hijo inconsciente —bramó la rubia, llamando a los lacayos para que subieran a su hijo a su dormitorio.

—La tengo, milady, él no puede hacer un viaje tan peligroso en este

estado. Está muy nervioso.

—Pero Lisa está embarazada, él debe ir a buscarla.

Los amigos intercambiaron miradas y fue Sutherland el que terminó hablando.

—Lastimosamente Ross ya partió, y si somos realistas lo hizo con la duquesa de Windsor.

—¿Cómo? —preguntó Ivonne con la visión cristalizada, viendo como su hijo era cargado y trasladado por los lacayos. Ordenó al mayordomo que fuera con ellos.

—Él nos informó que saldría de viaje en una misiva esta mañana, no vino al club —espetó Beaufort con seriedad, no estaba de acuerdo de que el conde se metiera en el matrimonio de Windsor, la dama era propiedad de su amigo y Ross no tenía por qué inmiscuirse.

—¿Y a dónde fue?

—Dudo que lo sepamos algún día, Ross se mueve con astucia y no dejará rastro alguno. Debemos empezar a buscarla desde abajo, esperar el regreso de Ross y ver si él deseará ayudar a Windsor.

—¡Pero es la esposa de mi hijo! ¡Él no puede llevársela!

—Estoy de acuerdo con usted, milady —notificó Sutherland—, pero dudo que Ross haya actuado así sin tener razones de fuerza mayor.

—No puede ser, esto será un escándalo. —Sintiéndose mareada, se apoyó en la mesa que estaba en medio del hall.

—¿Se encuentra bien? —Beaufort avanzó hacia la madre de su amigo y esta asintió, sin mucho entusiasmo—. No debe preocuparse, hablaremos con la familia de lady Windsor, buscaremos una solución, podemos evitar el escándalo si somos astutos.

—Tiene razón. —Suspiró con congoja y se enderezó—. Lamento mucho no haberlos recibido como corresponde. —Levantó la carta que Jaden dejó caer al desmayarse y la guardó en el bolsillo de su vestido. Su hijo querría conservarla—. En unos minutos sus alcobas estarán listas.

—No se preocupe, milady —dijo el duque con educación y ella asintió, aún temblorosa.

—Si me permiten, lord Worcester está siendo atendido por el doctor.

—¿Podemos ayudar en algo? —inquirió Sutherland y ella asintió, necesitaban sujetar al hombre para extraer la bala del brazo.

—Acompañenme, por favor.

Ingresaron a la salita dorada e Ivonne se vio obligada a girar sobre sus

talones para no observar al hombre que ahora no portaba ropa en la parte superior del cuerpo.

—Lo siento tanto —susurró apenada, se suponía que esperarían a los lacayos para que estos sujetaran al conde; no que el hombre soportaría el dolor mientras el doctor extraía la bala.

—Puede esperarnos afuera —sugirió Beaufort y ella abandonó la sala dirigiéndose a la alcoba de su hijo. Esa noche tendría visitas y no estaba en lo absoluto preparada para ser una buena anfitriona.

Una vez que estuvo en la alcoba de Jaden, se dedicó a limpiarle un poco el rostro sudoroso. Cuando despertase pediría que le preparasen un baño, se veía agotado y desaliñado.

Ivonne no sabía qué haría para poder ayudarle, su hijo siempre soñó con tener su propia familia y ahora que por fin iba a tenerla, su esposa e hijo se alejaban cada vez más y más de Londres.

Él empezó a balbucear el nombre de Lisa e Ivonne enterró el rostro en ambas manos.

¿Dónde diantres se la habría llevado el conde de Ross?

La buscarían, no cesarían hasta encontrar a Lisa y a su nieto, ellos merecían vivir bajo su protección, no solos lejos de su casa.

—¿Qué fue lo que hiciste? —musitó acariciando su mejilla, no necesitaba más confirmación que la disculpa que él pedía entre sueños, para saber que cometió un error.

Como todo ser humano, su hijo se equivocó con la persona equivocada.

Al darse cuenta que él no despertaría —y que no había cenado con sus invitados porque era más de media noche—, sacó la carta que levantó en el hall y la puso sobre la mesa de noche. No tenía por qué inmiscuirse en sus asuntos, si algún día Jaden se decidiera a contarle lo ocurrido, ella estaría para escucharlo.

Mientras tanto, lo apoyaría con lo poco que sabía.

Salió de la alcoba sin hacer ruido alguno y se dispuso a regresar a su habitación; sin embargo, en medio camino se encontró con lord Worcester, quien al parecer regresaba a su habitación después de haber tomado algo de pan de la cocina. Tenía un brazo sujeto al pecho y no se veía como un hombre al que hubieran asaltado horas atrás.

—¿Cómo es que se ve tan bien, milord? —inquirió curiosa y se puso junto a él. La habitación del conde seguro estaría muy cerca de la suya por la dirección que estaba tomando.

—He asistido a más combates que bailes, milady —le respondió con educación y ella le creyó, después de todo pudo ver un cuerpo firme y fuerte en el momento que entró al salón dorado sin tocar.

—Entonces supongo que no debo sentir pena por eso. —Sonrió sin mucho entusiasmo—. Se hizo más fuerte gracias a ello.

—Quizá.

—¿Cómo se encuentran sus hijas? —preguntó con curiosidad, recordaba a las mellizas, aún reía cada vez que recordaba como lady Ashley iba a visitarla varias veces al día para tener un nuevo bombón en las manos.

—A Dios bendito, bastante bien. Ambas son fuertes y saben cuidarse por sí solas.

Eso la confundió.

—No lo comprendo.

—Bueno... —El conde se rascó la nuca, no muy seguro de lo que estaba a punto de decir—. Manejan muy bien la espada, saben pelear y tienen una maravillosa puntería. Mis hijas podrán cuidarse solas si algún día llego a faltarles.

—Usted debe prepararlas para su presentación, no para la guerra —siseó histérica.

¿Qué demonios les estaba enseñando a sus hijas?

—No quieren ir a Londres, y si así lo desean no las obligaré a nada.

—¿Cómo? Más seguro que una espada y una pistola es un marido.

Worcester hizo una mueca.

—Si no lo quieren no se los impondré.

Ivonne se tensó, ese hombre era igual de exasperante que Julian.

«Si no quiere hacerlo, no lo obligaré, mi amor».

—Tiene razón —musitó con la voz temblorosa.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, no es nada. Descanse, milord, siéntanse como en casa. —Hizo una venia y se retiró casi corriendo hacia su habitación.

No estaba para sentirse deprimida, ella necesitaba ganar fortaleza para poder apoyar a su hijo. Pensar en Julian no haría más que bajarle todo entusiasmo y ganas de sonreír.

A la mañana siguiente, Jaden partió a Londres con sus amigos y sin su madre, no deseaba que lo siguiera porque a decir verdad pensaría muy poco en ella y era lo que menos quería. Además, Ivonne tuvo que quedarse con lord

Worcester porque según el conde no se sentía del todo bien para volver a Sussex y les pidió que lo acogieran unos días más.

Jaden no objetó, sabía que era muy amigo de la familia de su esposa y lo menos que quería era que pensara mal de él.

Su objetivo de regresar a la ciudad era buscar a Ross; sin embargo, sus amigos le dijeron una inevitable verdad y supo que al único que podía acudir era al marqués de Winchester. Por lo que ni bien llegaron a Londres él se presentó en la casa de su suegro, lugar donde les pidió a sus amigos que dejaran de seguirlo y regresaran a sus hogares.

Esa era su lucha y ya no quería seguir inmiscuyendo a más personas en el asunto.

El mayordomo lo recibió como correspondía y a los minutos fue guiado al despacho de Brant Stanton. No le sorprendió ver a lady Winchester allí, la dama pasaba la mayor parte del día con el marqués y seguramente llegó a una hora un poco incómoda para los dos.

—Windsor —espetó Winchester, invitándolo a sentarse frente a él en uno de los asientos de su gran escritorio.

Jaden avanzó, pero no tomó asiento, se mantuvo de pie incapaz de mantenerse relajado. La marquesa lo miró de soslayo, y supo que en esa casa ya lo detestaban, debió prever que Ross les informaría todo a sus padres.

—¿En qué puedo ayudarlo? —inquirió el marqués con un semblante sombrío y distante. Lo detestaba, ese hombre confió en él ciegamente y Jaden le falló, sólo lastimó a una de sus adoradas hijas.

—Para empezar, podría decirme dónde está mi esposa. —No se dejaría intimidar, no podía actuar como un cobarde ahora que debía concentrarse en la búsqueda de Lisa.

—No sé dónde está, pero sé que está con mi hijo, por lo que no me preocupa en lo más mínimo su bienestar.

Apretó la mandíbula.

—No pueden esconderla de mí, soy su esposo.

—Usted piensa divorciarse y mi hija sólo está protegiendo a su hijo, si no acepta a la criatura, una vez que ella dé a luz le pediré que regrese para que le conceda el divorcio, se comprende que como el duque que es debe casarse otra vez y tener un heredero. Sin embargo, preferimos que no se sepa del niño aún para que no sea víctima de un terrible escándalo.

—Claro que acepto a mi hijo, por lo que exijo que me digan dónde se lo llevaron.

—No lo sabemos —soltó la marquesa y Winchester bebió un poco del té que tenía en frente.

—¿Cómo? —susurró con un hilo de voz y Noelle conectó sus miradas.

—Ross no quiso decirnos nada, por su culpa tampoco sabremos nada de nuestra hija y nieto. —Por el odio que destilaban sus palabras, Jaden se vio obligado a creer cada una de ellas.

—Pero...

—Sólo nos queda esperar, Windsor, pero ten por seguro que de nosotros no obtendrás nada; ya te dimos tu segunda oportunidad y nos fallaste. Si quieres tu tercera, consíguela por ti mismo —espetó Winchester con frialdad, mirando el contenido de su taza.

Jaden observó a sus suegros y contuvo el aliento al percatarse del daño que les había causado.

¡Él separó a la familia!

Por su culpa Lisa ya no estaba en Londres y posiblemente no volvería por un largo lapso si él no hacía algo para recuperarla.

Salió de la casa de sus suegros con lentitud, sintiéndose miserable por no haber sido capaz de cuidar a Lisa como él hubiese querido, todos sus miedos le impidieron ser él mismo a la hora de amarla y por eso la perdió. Ella ya no estaba y él no tenía la menor idea de por dónde empezaría a buscarla.

Llegó a su casa y meditó un poco la situación, lo mejor sería mandar a su gente al muelle y que averiguaran hacia donde partió Ross.

Eso sería muy optimista de su parte tomando en cuenta que él jamás cometería el error de dejar huella alguna; sin embargo, lo intentó, y como era de esperarse no consiguió nada.

En ese preciso momento, Lisa Browning odiaba, detestaba y repudiaba a su esposo.

Sentía que el alma se le iba en vida mientras escuchaba la voz de Berth, su doncella, y aun así seguía luchando para poder acabar con esa tortura. Llevaba horas así; gritando y sudando sin descanso alguno. Ahora más que nunca podía garantizar que la criatura era de Jaden, sentía que no hacía más que burlarse de ella cada vez que intentaba sacarlo de su cuerpo.

Ross y Sebastian —el hermano menor de su padre, que se alejó de Londres mudándose definitivamente a Venecia—, estaban en el pasillo aguardando por la llegada del pequeño, o pequeña.

Gracias a Dios Ross logró llegar a tiempo para el día del parto, a pesar de

que su tío era muy buena persona con ella y la recibió con los brazos abiertos; nada se comparaba con el apoyo incondicional que su hermano le brindaba, ya sea en persona o en sus cartas.

—¡Aaaah!

El dolor cada vez era más intenso y el doctor estaba de lo más tranquilo, como si estuviera en una reunión de té y no en el parto de una duquesa. Quizá era algo normal, siempre le advirtieron que el momento sería duro, pero por los santos que Lisa quería que se acabara su suplicio.

—¡Eres un idiota, Windsor! —bramó desesperada, pujando con fuerza. Berth seguía retirando las gotas de sudor que bajaban por su frente.

Jaden no estaba; y aunque ella sabía que al final aceptó a la criatura, no lo quería allí. No confiaba en él. ¿Quién le garantizaba que no cambiaría de opinión con el tiempo?

Siguió, gritó, maldijo y pujó cuantas veces pudo, pensando que el día de su cumpleaños no era el más adecuado para dar a luz; pero cuando escuchó el llanto del bebé, retiró cada uno de sus pensamientos negativos y su respiración empezó a regularizarse a medida que los minutos pasaban. Con la vista clavada en el techo, sonrió y se permitió llorar en silencio, todo había terminado y pronto tendría a su...

—Berth. —Sentía la garganta seca y los labios resecos—. ¿Qué es?

La doncella se acercó con un pequeño bulto en los brazos y una radiante sonrisa en el rostro.

—Es un niño.

Lisa extendió los brazos para que se lo entregara, y en el momento que vio el pequeño cuerpecito pálido y arrugado, supo que cada segundo de sufrimiento valió la pena. Ya no estaba sola, su hijo al fin estaba en sus brazos y nada podría hacerla más feliz que la dicha de conocerlo y ponerle un nombre a su pequeño.

—¿Cómo se llamará?

Lisa vio como las doncellas terminaban de limpiar todo el desastre de su alcoba y besó la frente de su hijo.

—Diles a mi hermano y a mi tío que entren, quiero que conozcan a James Browning, marqués de Ailsa, el nuevo integrante de la familia.

Y sin duda, el mejor regalo de cumpleaños.

Capítulo 15

Egipto, Irlanda, Escocia, España y Francia, esos eran unos cuantos lugares de todos los que Jaden había pisado en busca de Lisa. El duque estaba poniendo cuerpo y alma en encontrar a su esposa e hijo James, el pequeño marqués de Ailsa para todos los de la ciudad. Sin embargo, por más que buscarse y buscarse, nadie sabía nada de ella, y él empezaba a exasperarse.

Estaba a dos meses de diciembre y se volvería loco si ese año no los encontraba. Su hijo nació un 22 de diciembre y pronto tendría dos años, ya no soportaba no poder estar con ellos ni siquiera en un día tan especial. Lisa se dio el mejor regalo el día de su cumpleaños y él no pudo estar allí para cuidarla, felicitarla y acompañarla en esa difícil etapa de su vida.

En la ciudad todos asociaban sus viajes con Lisa, pues la familia de su mujer recomendó decir que se fue de viaje a Venecia con un familiar porque el aire le sentaba mejor para el embarazo, por lo que todos creían que él iba a verlos la mayor parte del año porque su mujer prefirió quedarse allá, en vez de en Londres junto a él.

—Se lo suplico, Winchester, dígame dónde están, no puede pretender que no desee conocer a mi hijo.

James... La idea de que su pequeño ya hubiera nacido y él no pudiera verlo lo enardecía, frustraba y deprimía. Los estaba buscando como loco pero como siempre estaba haciendo algo mal porque ella no daba señales de vida.

—Lo siento, Windsor, pero sólo Ross sabe su paradero y dudo que quiera decirnoslo.

—Me he arrastrado para que me lo dé y no quiere hacerlo, le he demostrado una mejora en mi persona y traumas, e incluso así no quiere ayudarme.

Él estaba cambiando, los primeros meses se concentró sólo en buscar a Lisa y cuando Ross le dijo que debería dejar de ser egoísta, pues fue por eso que estaba donde estaba, él se concentró en ayudar a Hamilton.

Después que él le contara toda la verdad, Jaden lo ayudó a unirse en matrimonio con la hija de los barones de Churston, una dama de la que ahora estaba locamente enamorado y era correspondido.

—Te metiste con una de sus hermanas, Windsor, tú sabes que Ross bebe los vientos por ellas, él jamás perdonará lo que le hiciste a Lisa si ella no perdona antes.

Se frustró, pero también lo comprendió, esa era su lucha y Ross quería que la sufriera a sangre y sudor frío.

—Dígame cómo es —pidió en un hilo de voz y el marqués hizo una mueca.

—No sé si esto le agrada o le haga desconfiar, pero Ailsa se parece más a Lisa que a usted, milord. Ella... Envío esta carta para usted, llegó hoy.

Jaden rápidamente la desdobló y empezó a leer el contenido.

“Windsor, usted aceptó a mi hijo y yo cumplí poniéndole al tanto de su nacimiento. Sin embargo, aunque los rasgos aún no están del todo definidos, James se parece más a mí que a usted. Si quiere creer que no es su hijo supongo que está en su derecho, pero le pido que cualquier decisión que tome se la haga saber a mi familia para estar al tanto de ello”.

—¿No le dijeron que confío en ella? —musitó dolido, su princesa lo odiaba

El marqués carraspeó.

—Es ella quien no confía en usted, Windsor.

Esas palabras lo hirieron más que la carta que ella le envió. Lisa tenía un concepto erróneo de él y mientras no pudiera encontrarla, no podría hacerle ver la verdad.

Hamilton solía visitarlo con frecuencia. El conde se hizo su amigo una vez que estuvo felizmente casado, siempre le agradecía por su ayuda y le brindaba su apoyo en la búsqueda de Lisa. Sin embargo, sentía una punzada de envidia siempre que lo veía en Hyde Park con su hijo y esposa, el niño pronto cumpliría un año y Jaden odiaba saber que no pudo tener a su hijo cuando se veía así de pequeño.

«Tú te lo buscaste».

—Yo sólo sé que mi hermana si confió en ti cuando tú fuiste un maldito desgraciado que la abandonó tiempo atrás. Era Lisa quien tenía el derecho de dudar, no tú con tu complejo de joven ofendido. Si querías vengarte de alguien, si querías desconfiar de alguien; debiste hacerlo de la gente que es de la misma calaña de Sabrina. No de mi hermana que te ama más que a sí misma.

Ross tenía razón, todo ese sufrimiento lo tenía bien merecido por haber dudado de su princesa. Ahora entendía por qué Lisa se sintió levemente atraída hacia Hamilton. Recordar el día que pusieron en marcha el plan para

conseguirle una esposa no hacía más que alegrar sus días de vez en cuando.

—¿Está demente? No abordaré a la dama ahora, está sola en un jardín, sólo la asustaré —espetó el conde de Hamilton, furibundo, y Jaden rodó los ojos.

—Asaltaste a mi esposa en un laberinto de setos, ¿no esperas que te crea tan digno, verdad? —ironizó sus palabras, y si no fuera por la oscuridad de la noche, estaba seguro que habría visto su rubor.

—La señorita Stone no tomará bien que me acerque a ella, odia a los hombres que están en la quiebra, cree que sólo quieren su dote.

—¿Crees que sea una de las razones por las que no se casó aún? Es una mujer hermosa, si bien su dote la hace aún más atractiva, no se puede desacreditar su belleza.

Hamilton fue lo suficientemente caballeroso como para guardar silencio y Jaden tuvo que hacer un poco de trampa para que decidiera acercarse a la dama. Arrancó uno de los gemelos de su levita y con su perfecta puntería se lo lanzó.

—¿Qué demonios haces? —bramó el conde, dejando las formalidades y él sonrió burlón al ver como la dama se encogía por el leve dolor que seguramente estaba atravesando su oreja. Esperaba no haberla lastimado.

—Es tu oportunidad, debes ir. —Lo empujó, y junto al pelinegro empezaron a forcejear como si fueran dos niños pequeños—. No me digas que eres tímido —lo provocó.

Hamilton lanzó un gruñido y lo soltó, para después ponerse de pie.

—Tonterías, acabaré con esto de una vez por todas, esa mujer no me tomará en cuenta, no soy un duque ni tampoco un marqués.

—Pero según se dice eres encantador. —Le sonrió socarrón y le hizo una seña para que se acercara.

Lo hizo sigilosamente, y Jaden se movió tras los arbustos para tener un mejor lugar para poder escucharlos y observarlos. Al tener a la dama justo en frente, rezó para que se sintiera un poco atraída hacia Hamilton.

—¿Se encuentra bien, señorita Stone?

La rubia se tensó visiblemente y enderezó la espalda aún con la mano en la oreja afectada por su costoso gemelo.

—Lord Hamilton —dijo la mujer, sorprendida, y Jaden entrecerró los ojos.

¿Cómo lo conocía?

—Lamento mucho molestarla, sólo escuché un grito y...
Había mucha familiaridad en su conversación.

—No, no me siento bien.

Abrió los ojos de par en par al ver como la dama se desplomaba en el pecho del conde. ¡Era sólo un gemelo! No le lanzó una piedra ni nada por el estilo. Hamilton lo buscó con la mirada y Jaden le hizo señas para que la abrazara.

¡¿Acaso no sabía seducir a una mujer?!

No muy conforme, así lo hizo. La mujer era bastante diminuta.

—¿Debería llevarla con sus padres?

¡¿Quuuué?! No estuvieron siguiendo a la mujer dos horas para que la regresara al salón en menos de cinco minutos. Ahora entendía por qué seguía soltero, era un idiota.

—¡No!

Estiró el cuello y enarcó una de sus cejas castaña. La hija de los barones se recompuso muy pronto como para sentirse tan mal. Sonrió con cinismo, ahí tenían a una pequeña libertina.

—¿Cómo puedo ayudarla?

Rodó los ojos. ¡¿De verdad?! ¿Cómo fue que su princesa pretendió casarse con Hamilton?

—Podría llevarme a uno de los asientos que están alrededor de la fuente, el aire en el salón no me sienta bien.

Perfecto.

Hamilton siguió la petición de la joven y una vez que la ayudó a sentarse, esta tuvo que pedirle que se sentara a su lado para poder tener un momento más íntimo.

Para Jaden fue fácil ver el interés que la dama tenía hacia el conde, por lo que estaba seguro que sabría cómo abordarlo.

—Señorita Stone...

—Puedes decirme Bonnie, Marcus.

Jaden casi se fue hacia atrás y la mirada seria del conde, que le pedía que se marchara y los dejara solos, le confirmó que ese idiota le ocultó algo muy importante.

Como castigo se quedaría unos minutos más.

—Bonnie, ¿podría ayudarte en algo?

—Sí —susurró ella y Jaden se sorprendió, ¿en qué podría ayudarla el conde? —. Pide mi mano.

Casi se atoró con su propia saliva. ¡Esa mujer era ideal para Hamilton!

—¿Có-cómo?

«¡No, no te pongas tartamudo!».

*—Fuiste tú la que me rechazó cuando tu padre se acercó a mí. —
Endureció su voz y Jaden afinó su oído.*

—No quería obligarte a nada, siempre fuiste un buen amigo y...

—¿Y qué?

*—Yo quería que te enamoraras de mí, pero ni bien la temporada dio
inicio te alejaste de nosotros.*

*Quizá debería irse, pero... Jaden nunca hacía lo que realmente debía
hacer.*

—Bonnie, es complicado, te conozco desde que eres una niña y...

—¿No te gusto?

Guardó silencio y Jaden se exasperó, quería saber más.

—Eres preciosa.

—Cásate conmigo, usa mi dote para salvarte.

¡Que chica más considerada!

—No.

¡Imbécil!

—¿Por qué no?

*—Porque no te amo como mujer, eres como una hermana para mí y no
deseo herirte.*

Jaden sintió algo de pena por la dama.

*—Ya veo... —Esta se puso de pie con nerviosismo—. Al menos lo intenté.
—Se removió inquieta.*

—¿Por qué eres tú la que me lo pide ahora?

Un incómodo silencio brotó en el ambiente.

*—Porque por más que te esperé nunca llegaste y... —Ella pensó en sus
palabras y Jaden frunció el ceño al ver como ladeaba la cabeza—. Sólo por
eso. —Que lo llamasen loco, pero había más—. Gracias por tu sinceridad,
Marcus.*

Era un idiota.

La dama se fue casi corriendo hacia el salón y él salió de su escondite.

*—¿Por qué no me dijiste que no te gustaba? Podría haber buscado a
otra.*

Hamilton no le miró.

—Creo que lo mejor será que acabe con esto, ¿a quién quiero engañar?

Jamás me aprovecharía de nadie, mi lugar está en la cárcel de deudores.

—¿Conoces a Bonnie? —preguntó con picardía y él suspiró.

—Fue mi amiga hasta el día que su padre me citó en su casa y ella terminó echándome porque no deseaba casarse conmigo.

—¿Antes de la temporada?

—Sí, desde que heredé el condado hace unos meses. No me gustó su actitud.

—Pero ya sabes por qué reaccionó como lo hizo.

—Pero no la amo.

—Puedes casarte con ella de todas formas.

—¿Tú te casarías con alguien que no amas?

—Es diferente, yo ya tenía a alguien que amaba, no podía pensar en otra si ella seguía soltera. Tú no amas a nadie, por lo que con el tiempo puedes llegar a amarla.

—La quiero, es muy buena y no deseo lastimarla.

—Podría volverse en amor algún día.

—¿A ti te pasó eso?

—No —dijo con precisión—. Yo amé a Lisa desde el día que la vi, y ni el tiempo cambiará ese hecho.

El conde suspiró.

—Mejor salgamos de aquí.

—Te invito al club, allí podremos hablar con mayor tranquilidad.

Cuando llegaron al club, Jaden empezó a enumerarle todas las razones por las que debería aceptar a la joven; y una de ellas era que no duraría mucho tiempo soltera por su belleza y cuantiosa dote.

Las horas empezaron a pasar y cuando ambos se dispusieron a retirarse, unas risas captaron su atención.

Era el marqués de Normanby, un hombre de cincuenta y cinco años que la estaba pasando de lo mejor junto a otros nobles mucho más adultos que él.

—¿Su padre te aceptó? —preguntó uno de los ancianos que Jaden no logró identificar porque su voz estaba muy afectada por el alcohol.

—Lo hará, la joven está al tanto de lo que pienso hacer y todos sabemos que Churston quiere un título, así que encantado pagará mis deudas con la dote de su hermosa hija.

Por rabillo del ojo miró a Hamilton. Esa era la razón por la que la joven terminó confesando su amor. Era valiente, si le hubiera dicho al conde la

razón por la que le pedía matrimonio, él habría actuado dignamente para ayudarla.

—Ya puedo imaginar al ángel de la temporada en tu lecho.

Se tensó. Estaban tocando un tema algo impropio.

—Con ella no necesitaré ninguna amante, pienso enseñarle todo lo que sé —dijo el marqués maliciosamente y Jaden reaccionó en el momento exacto para impedir que Hamilton se abalanzara sobre la mesa.

—No tiene caso que hagas nada, ya la rechazaste. —Lo guio hacia la salida y una vez fuera el conde explotó, liberándose de su agarre.

—Es un asno, no puede casarse con él. ¿Por qué no me lo dijo? Niña tonta. —Enarcó una ceja, divertido, al verlo caminar de un lugar a otro como león enjaulado.

—Cásate con ella.

Él guardó silencio y dejó de moverse por un largo lapso en el que permaneció ensimismado en sus propios pensamientos.

—No la dejaré sola —espetó con voz firme y aterciopelada—. Debido a que no traje mi carruaje, tendré que pedirte que hagamos una última parada.

A los treinta minutos, Jaden regresaba a su casa con una sonrisa de oreja a oreja imaginándose lo bien que su amigo la estaría pasando en la alcoba a la que entró de infraganti para seducir a su futura esposa.

Al llegar a su casa, el silencio lo invadió y con él se asomaron la tristeza y la soledad. Trató de sonreír —Lisa se pondría muy feliz cuando se enterara que el conde no iría a la cárcel de deudores—, pero no pudo.

Con el tiempo, sus cuentas habían mejorado con creces; triplicó su fortuna, tenía toda su dote lista para regalársela dado que esa fue su promesa ni bien se la arrebató —trabajar arduamente en el club para ahorrar su dinero y devolvérselo—. Quizá debió habérselo dicho, así ella no habría tenido un concepto tan erróneo de él; Lisa lo denominó como un cazafortunas cuando lo único que hizo fue recuperar a la única mujer que amaba.

—Milord. —El mayordomo captó su atención.

—¿Sí?

—Lord Sutherland lo busca.

—Hazlo pasar.

Para su sorpresa, Sutherland estaba serio y algo tenso, por lo que era imposible no ponerse igual, cualquiera se daría cuenta que traía malas noticias

consigo.

—¿Qué te trae por aquí? —Se mostró impasible y Sutherland fue más directo de lo que le hubiera gustado.

—Sabrina apareció muerta, hoy llegó la noticia al club.

Se pasó la mano por el pelo con frustración. Si bien la rubia jamás lo perjudicó esos últimos años, Jaden sabía que estaba cometiendo graves errores al inmiscuirse con hombres tan poderosos.

—¿Fue el Vizconde?

—Todo indica que se suicidó, el doctor dijo que estaba embarazada.

Después de hacer las averiguaciones correspondientes, efectivamente la mujer se había suicidado. Su antiguo amante, si bien no era un hombre viejo ni violento, era un joven noble que al final resultó estar perdidamente enamorado de ella.

Jaden se dio unos minutos para hablar con él y todo parecía indicar que el joven vizconde le ofreció que se fugaran. Quizá Sabrina no pudo con la idea de perjudicarlo, pues el vizconde aseguraba que hacía unas noches ella le había confesado su amor.

Sintió pena.

Mujeres como Sabrina jamás podría amar con la libertad con la que quizás deseaban, dado que su nombre sería un arma letal para su amado, peor si este era un noble que se había enamorado locamente de una cortesana.

A las semanas del incidente, Jaden partió a Hampshire para visitar a los marqueses. Ellos lo recibieron con educación y él aprovechó la oportunidad para volver a pedirles por el paradero de Lisa. Ya había pasado mucho tiempo y él merecía saber dónde estaban su esposa e hijo, y si se encontraban bien.

—Pronto será el cumpleaños de ambos y odio no poder compartir ese día con ellos —confesó, angustiado, y los marqueses se tensaron ante su desesperación.

Fue la marquesa quien se puso de pie.

—Ross nunca nos lo dijo, milord, pero podríamos tratar de conseguir la información. Nosotros también creemos que ya ha sufrido bastante.

Ellos no tenían la menor idea de las veces que se había derrumbado emocionalmente por Lisa.

Sin poder obtener más de lo que ellos le ofrecían, regresó a la ciudad ese mismo día.

No tenía un lugar específico para partir, estaba tratando de analizar hacia dónde podría ir, no podía errar en su próximo paradero, el viaje podría tomarle medio mes, o más, a donde sea que vaya, y la idea era poder encontrarlos antes de sus cumpleaños, no seguir perdiendo el tiempo en altamar.

¿Cómo sería ver a su hijo?

Ross le dijo que el niño sabía quién era su padre, pero quizá nunca lo reconocería como a uno, quizá y le tendría miedo en su primer encuentro. Sintió una presión en el pecho y soltó una profunda rebanada de aire.

El carruaje iba lento y él sentía que a ese ritmo iba su vida.

Si se hubiera quedado años atrás, ¿habrían superado las deudas y el escándalo una vez casados?

Puede que sí; puede que no.

Pero al menos habrían estado juntos, apoyándose y no viviendo sus vidas por separado. Pero todo era su culpa, fue él quien la dejó primero y quien la echó después. Era el único culpable de sus desgracias.

—Sólo dime si ella aún me ama —imploró y Ross alzó la vista de su libro de cuentas.

—¿Cómo podría saberlo?

—Eres el único con quien tiene contacto, ella...

—No conoció a nadie, está muy ocupada criando a James.

Tragó con fuerza. Él también quería criar a su hijo.

—Sé que hice mal, Ross, no debí haberla dejado sola, debí haber salido tras ella...

—«Pero debes comprender que tenía miedo, no quería que ella supiera del poder que tiene sobre mí. No quería que Lisa viera que mi única razón para volver a Londres fue ella». —Reprodujo sus pensamientos con ironía, como si estuviera cansado de escuchar la misma versión del cuento todo el tiempo—. Hermosas palabras, Windsor; sin embargo, si no querías esto no debiste haber regresado jamás. Si no podías amar a mi hermana, no debiste haberla desposado, pues si hay algo que mis hermanas anhelan es saberse amadas.

—Siempre supiste de mi amor hacia ella.

—No basta, Jaden —lo llamó por su nombre de pila—. Yo no soy tu esposa, yo no soy la mujer que amas, que yo lo sepa o deje de saberlo no cambia nada. Es a ella a quien debes demostrarle tu amor, no a mí.

—¿Cuándo tendré esa oportunidad? —la voz le tembló, era tan cierto que le dolía haber sido un imbécil.

—Cuando los encuentres.

Y ese era el problema, ¡no podía!, por más que buscara ellos no estaban por ningún lugar.

Llegó a su casa y una vez dentro, paró en seco al ver a su madre en medio del hall con el conde de Worcester. Sabía que ellos desarrollaron una amistad después del asalto que el conde sufrió en Surrey, fue su madre quien lo atendió por un par de días en su casa.

—Hijo, ¿cómo te sientes?

Otra vez no, odiaba ver la pena en los ojos de su progenitora, pero bueno... Él también se tenía pena.

—Bien, madre. —Besó su frente y miró a su nuevo invitado—. Worcester.

—Un gusto, Windsor, su madre decidió venir a Londres y quise acompañarla para evitar un inconveniente.

—¿Otro asalto? —preguntó, casi con ironía.

—Efectivamente.

Evitó darle muchas vueltas al asunto; sin embargo, el hecho de que el conde partiera de Sussex, para ir a Surrey por su madre y traerla hasta Londres, dejando a sus dos hijas en casa, era algo bastante... Extraño.

—Worcester tiene noticias —dijo Ivonne con un brillo esperanzado en los ojos y Jaden sonrió.

Sí, era normal que cualquier hombre quisiera hacer cualquier cosa por ella.

—Habló con Ross, él fue a buscarlo porque la marquesa pidió ser madrina de sus hijas la siguiente temporada, y le dijo que Lisa está muy bien y que James se parece mucho a ti.

La piel se le erizó, esa información no llegaron a dársela.

—¿Cómo lo sabe? —susurró con un hilo de voz.

—El suele ir a verla cada seis meses para no levantar sospechas.

Tragó con fuerza. Él conocía a su hijo, Ross le mintió al decirle que sólo se comunicaba con Lisa por cartas.

¿Seis meses...?

Él nunca se iba con sus amantes como les hacía creer. ¡Ross se iba a ver a Lisa!

—¿Qué más sabe, milord?

El rubio de ojos celeste meditó un poco su respuesta y dudó en decirle la verdad, era un secreto y a pesar de que Ross no le pidió que se lo guardara; él lo haría.

—No te lo diré, hijo, seguro dio su palabra —musitó Ivonne, algo cohibida y apenada.

Jaden suspiró.

—Italia.

Todos se giraron hacia el lugar del cual provenía la voz femenina abriendo los ojos de par en par al ver a la hija menor de los marqueses de Winchester allí, ¡en Londres!

Sus padres seguramente la estarían buscando como locos.

Jaden se dio cuenta de la situación y apretó la mandíbula.

¡Por los clavos de cristo!, ¡era una joven de dieciséis años! ¿Cómo demonios llegó hasta allí?

La diminuta mujer se removió inquieta y se mordió el labio inferior con nerviosismo —los tres hermanos se parecían bastante—. Lady Riley estaba pensando muy bien sus siguientes palabras y Jaden dedujo que ella tenía algo muy importante para decirle.

—Yo le diré a qué parte de Italia se fue mi hermana si usted acepta mi propuesta —espetó la dama con determinación, y él la observó con fijeza.

Capítulo 16

Lisa se encontraba nada más y nada menos que en Venecia.

Dios santo, al fin se subía a un barco con una emoción indescriptible en el pecho. Iba a verlos, podría abrazarlos, conocer a su hijo y besarla.

Ross siempre le dio el paradero, fue él quien no quiso verlo. Todos sabían que su esposa estaba en Venecia y él creía que era una mentira de su familia política para calmar a toda matrona cotorra que quisiera inmiscuirse en asuntos que no eran de su incumbencia.

«Maldito seas, Aaron Stanton». En silencio agradeció que él no lo odiara, era su mejor amigo y lo menos que quería era perderlo a él también. En el fondo la familia Stanton era muy importante para él.

Si bien ahora estaba feliz y tranquilo porque sabía exactamente hacia donde iba, sospechaba que encontrar a su esposa le estaba saliendo algo caro refiriéndose al tema de su bienestar físico, dado que...

—¡Mire, lady Ivonne, cada vez estamos más lejos de Londres! Ya vio, tío, hice un excelente trato.

Ross iba a matarlo.

—Milady, quiero que sepa que su hermano acabará con mi vida a nuestro regreso —espetó listo para desahogarse y lady Riley lo miró ojiplática, cosa que le causó gracia porque sus ojos de por sí ya eran enormes—. No se pegue tanto al barandal, es peligroso. —Tiró delicadamente de la pequeña para evitar un accidente indeseado.

—Pero traje carabinas, su madre y mi tío son perfectos.

Sí, efectivamente Ivonne y Worcester los estaban acompañando. No sabía que las familias eran tan allegadas como para que la joven se refiriera al conde como «tío»; pues si de algo estaba seguro, era que no existía un lazo sanguíneo entre ellos.

Worcester terminó enviándole una carta a sus hijas informándoles que salía de viaje, y Riley...

—¿Se podría saber qué le escribió a su madre, lady Stanton?

Nunca le dejó leer el contenido de su carta.

—Puede decirme Riley —saltó de su lugar y tiró un poco del alto cuello de su vestido.

—¿Podrías contarme, Riley? —prosiguió divertido, su cuñada era asombrosa.

—Las letras nunca fueron lo mío por lo que le escribí una corta carta.

—Qué decía...

—«¡Me voy a conocer Venecia, mamá! No te preocupes, porque tengo dos carabinas».

Parpadeó varias veces, si no fuera porque seguramente lady Winchester estaría al borde de un colapso, Jaden rompería a carcajadas en ese mismo instante.

—¿Cómo llegó a Londres? —Una muy buena pregunta por parte de su madre.

—En el carruaje de lord Windsor.

Chica lista... Ella sabía perfectamente lo que hacía.

—¿Ross lo sabe?

—Le dije que si no me llevaba con Lisa buscaría una manera de llegar a ella.

—Acaba de traicionar a su hermano, milady —susurró él con culpabilidad, se estaba aprovechando de la situación.

—En realidad Ross quiere que la encuentre, milord, y yo también porque la extraño. Sólo le estoy dando una ayudita porque usted es algo... no, algo no, usted es muy lento.

Eso le dio un atisbo de esperanza, Ross no lo odiaba del todo. Al final el conde nunca le hizo nada, nunca le retó a duelo ni le restregó sus errores, él simplemente lo motivó a dejar sus miedos atrás y empezar a superarlos.

—Sí, Ross es un gran hombre —dijo la pequeña como si leyera sus pensamientos.

Suspiró... No veía la hora de llegar a Venecia.

Su madre se llevó a lady Riley para que la joven pudiera comer y él se preguntó si Ross no lo estaría odiando en ese mismo instante, pues prácticamente estaba efectuando un secuestro. Entendía que la marquesa era el tipo de mujer que no permitía que sus hijas salieran del campo hasta el día que tuvieran que ser presentadas en sociedad, pero la emoción de lady Riley le impedía sentirse culpable.

Lisa se pondría muy feliz cuando la viera.

Cuando todo estuvo oscuro a su alrededor y muchas personas ya dormían en el barco, Jaden volvió a leer la primera carta que Lisa le dejó, esa hoja vieja y arrugada era la que lo ayudaba a concentrarse en su búsqueda y seguir luchando.

Tenía mucho por decirle y por confesarle. Era tan complicado que no sabía por dónde empezaría.

¿Ella lo seguiría amando?

¿Lo odiaría?

¿Tendría a alguien en su vida?

«Te extraño, mi amor».

Contuvo la respiración para guardar la compostura y guardó la carta en su levita.

—Va a enfermarse, milord.

Rápidamente se giró hacia su cuñada.

—¿Qué hace fuera de su camarote? Es muy peligroso que ande sola por el barco.

—Quería explorar, es un lugar enorme.

—Tendrá mucho tiempo para explorar en la mañana, milady.

—¿Usted ama a mi hermana? —inquirió con curiosidad y él asintió.

—Ella es mi vida.

—¿Por qué se fue de Londres?

—Hay cosas que usted no comprenderá.

La pequeña frunció el ceño.

—¿Acaso el amor no basta?

—No —musitó con pena—. Yo jamás habría puesto a Lisa en una situación complicada y en esa época era un peligro para ella.

—Entonces se fue por amor.

—En efecto.

—Lisa también se fue por amor, pero ella se fue porque le dolía su rechazo.

La piel se le erizó, eso era imposible.

—Jamás rechazaría a su hermana.

—Pero ella cree que es así. Cuando usted se fue a ella la condenaron como la fea de la temporada. Corrieron muchos insultos con su nombre, Lisa terminó creyendo que estaba gorda y fea, y que por eso usted prefirió a otra mujer.

—Ella es la mujer más hermosa que he conocido en mi vida. Jamás la habría dejado por voluntad propia.

—Pero mi hermana no es adivina, milord, usted se fue con otra, ¿Tiene idea del daño que le causó? Mi hermana siempre estuvo locamente enamorada de usted.

Volvió a sumergirse en un letargo que lo llevó a odiarse a sí mismo por haber sido tan egoísta, orgulloso y cobarde. Nunca pensó que su carta le afectaría tanto, y ahora que quería gritar a los cuatro vientos lo mucho que la amaba, quizá Lisa no querría escucharlo. No obstante, Jaden estaba dispuesto

a todo por ella, ya nada le importaba, sólo quería tener a su familia junto a él.

Después de casi un mes de viaje, desembarcaron en la hermosa Venecia con los ánimos por los cielos y la fuerza renovada. Jaden esperó que todos los baúles estuvieran abajo y agradeció que aún siguieran en finales de noviembre, estaría con ellos este último mes del año.

El carruaje los llevó al hotel donde se hospedarían y no comprendió por qué lady Riley se puso tan seria durante todo ese trayecto.

Una vez que estuvieron listos, la ansiedad pudo con él.

—Iré a buscar a Lisa, podría decirme dónde está.

La joven respingó.

—Bueno... Verá... Sé que está aquí pero no sé la dirección con exactitud. Ella vive con nuestro tío, él aceptó cuidarlos todo este tiempo.

—¿Sebastián? —inquirió el conde y la joven asintió—. Es el hermano de Winchester, supongo que hasta mañana lograremos averiguar donde vive, suele ser muy llamativo por dondequiera que pase.

—Quiero empezar con la búsqueda hoy mismo. —Lo cierto era que Jaden no estaba para esperar.

—¡Lo acompaño! —gritó Riley entusiasmada con su parasol en las manos—. En el camino vi que es una ciudad hermosa.

—Cariño, ellos irán por algo de información, no deberíamos molestarlos —susurró lady Ivonne. Su madre se veía agotada, pero aun así hermosa.

—Podrían venir, no es como si estuviéramos buscando a un prófugo, podemos pasear mientras realizamos distintas preguntas a los ciudadanos. —No dejaría a la pequeña encerrada en un hotel, cuando se suponía que vino hasta Venecia para conocer más de la ciudad.

Riley reaccionó bastante bien ante la idea y los cuatro salieron del hotel dispuestos a realizar su búsqueda en una agradable caminata. Quizá era la temporada, pero Jaden sabía que la mayoría de los ciudadanos con los que se había topado eran turistas.

—¡Una librería!

Frunció el ceño.

Estaban frente a una joyería y una librería, y su cuñada se había emocionado por la segunda tienda.

Las damas de la familia Stanton eran muy, pero muy peculiares.

—¿Podemos entrar, lord Windsor? —le preguntó esperanzada y él terminó asintiendo. Worcester volvería en unos minutos porque había partido a visitar

a un viejo amigo.

Ingresaron a la gran tienda y se sorprendió al ver tantos ejemplares en el lugar, quizá haría unas cuantas compras. Caminó por los largos pasillos que le obsequiaban una grandiosa vista y se puso a indagar un poco, con suerte encontraría algo nuevo que pudiera llevarse.

—A ver... —susurró queriendo sacar un libro de la fila que estaba frente a él, pero un grito lo puso alerta.

—¡Ah!

Demonios.

Velozmente se dirigió al pasillo por el cual había entrado Riley y se espantó al ver todo un estante de libros curvado hacia abajo, lo único que lo sostenía era el brazo de alguien y dudaba que fuera el de su madre.

—¡Riley!

Su madre apareció tras de él y Windsor alzó el mueble fácilmente con ayuda del gran hombre que había puesto su cuerpo sobre el de la morena para que no sufriera daño alguno.

—No fueron ni dos minutos, Riley. Tu madre me matará si no regresas intacta a Londres.

Ese mes de viaje le había ayudado a forjar una amistad con la joven.

—¿Usted no es nada de la joven?

Alzó la vista en busca del dueño de aquella voz y frunció el ceño ligeramente al ver ciertos rasgos familiares en él. Riley se escurrió hasta llegar donde su madre y él la observó por el rabillo del ojo.

Oh sí... Que huyera porque lo que hizo merecía una reprimenda.

—Soy su cuñado.

El hombre de mirada oscura entrecerró los ojos, y luego sonrió burlón.

—Su esposa vive a tres calles de aquí, cerca al muelle. Es la casa más linda de la calle.

—¿Cómo sabe quién es mi esposa? ¿Me conoce?

—Eton, Windsor. Y quién no conocería a las peculiares hijas de los marqueses de Winchester.

Frunció el ceño. Ese hombre era extraño.

—¿Debo entender que «peculiar» es un insulto o un halago? —Escuchó la pregunta de su cuñada y no le quiso dar una respuesta, todos solían comentar sobre el color de su piel.

—Gracias por ayudar a mi cuñada y darme la información que necesito.

El castaño asintió y echando una última mirada a la joven que conversaba

con lady Ivonne, salió de la librería. Windsor se quedó pensativo durante los segundos que se debatió entre seguirlo o ignorarlo. Al final fue tras de él y antes de poder llamarlo, alguien lo hizo por él.

—¿Dónde te metiste, Devonshire? Se supone que esperábamos nuestro barco para ir a Francia, desapareciste del muelle y embarcaron sin nosotros.

—Otro día será, pienso quedarme.

Así que él era Devonshire... Se veía diferente, antes era más delgado y ahora su cuerpo tenía una musculatura capaz de intimidar a cualquiera. No sabía que era el compañero de viaje de Aberdeen. Ladeó la cabeza y regresó a la librería, no estaba para encontrarse con nobles, sólo quería ver a su esposa.

—Como encontró a Lisa, otra vez, gracias a mí. ¿Me regala este libro?

Parpadeó varias veces ante las mejillas coloradas de su cuñada, claramente le daba vergüenza pedirle ese favor, pero su deseo por obtener el libro era mayor.

—Lleva toda la colección. —Era un juego de seis libros y él se los compraría, ya que fue ella la que le permitió llegar hasta Lisa y James.

Salieron de la tienda y les informaron que para llegar a la dirección que Devonshire les otorgó, era necesario ir en una de las góndolas. Riley subió encantada al medio de transporte y Worcester llegó en ese momento para ayudar a su madre a hacerlo. El conde había conseguido la misma dirección, por lo que todos sabían perfectamente que verían a la duquesa de Windsor antes del anochecer.

En lo que la góndola seguía su rumbo, Jaden se percató que ya estaban en la calle correspondiente y la observó atentamente. No llegó a ver mucho, pero un grupo de niños que jugaban alegremente con sus espadas captó su atención.

—Tengo entendido que es la casa más linda de la calle —comentó Worcester y él asintió con la vista clavada en los siete pequeños.

Todos vestían con calzas y sus camisas estaban alborotadas y desordenadas a causa de los movimientos que el juego demandaba. Sin embargo, un niño llamó mucho su atención, él estaba vestido de manera impecable con su pequeño chaleco color gris y un corbatín azul. Por alguna extraña razón, Jaden deseó ver el rostro del castaño. Era el menor del grupo y había un hombre, a unos pasos de distancia, con prendas muy parecidas a las suyas, observándolo.

Quizá era su padre.

Lo siguió mirando mientras la góndola se alejaba del grupo y, por razones de la vida, el niño giró el cuerpo en su dirección quedando frente a ellos. Un

escalofrío recorrió la espina dorsal de Jaden y el pulso se le disparó fieramente.

Era su hijo. ¡Ese niño era su hijo! Tenía que ser él; sus ojos, su rostro, sus pequeños labios...

—Es mi hijo —susurró poniéndose de pie y todos en la góndola lo miraron horrorizados, para luego empezar a buscar al niño que él estaba viendo.

¿Cómo podía estar tan seguro si ni siquiera conocía al niño?

—Eso es imposi...

—¡Papá!

Jaden sintió que el corazón se le saldría por la boca al ver como su hijo salía corriendo en su dirección, y sin pensarlo dos veces se lanzó al agua para ir nadando hacia su encuentro, ignorando los gritos femeninos.

No era su imaginación, lo llamó «papá». ¡Era su hijo!

—Deténgase, hasta aquí llegamos. —Worcester ya estaba pidiendo que los dejaran allí.

Olvidándose del mundo, Jaden salió del agua de un solo salto y se quedó de rodillas para recibir el entusiasta abrazo de su hijo, quien logró robarle más lágrimas de las que él hubiera querido. Usó toda su concentración para calmarse, pero aun así lo abrazó tan fuerte como se le fuera posible.

Su hijo lo conocía, no era ningún extraño para él.

—Si serás, Riley Stanton, tienes talento, chiquilla. —Alzó el rostro hacia la voz desconocida y se encontró con el señor que cuidaba a su hijo. Seguramente él era Sebastian Stanton—. Mi sobrina no pudo enviar un mejor retrato de usted, lord Windsor —espetó con una sonrisa burlona, y él parpadeó varias veces sin comprender sus palabras.

¿A qué se refería?

—¿Sabes algo, Jaden?

Estaba molesta, sólo eso podía explicar que su cuñada lo haya llamado por su nombre de pila

—Con pedir que detuvieran la góndola habría bastado, no necesitabas saltar al agua y darnos un susto de muerte —espetó gruñona y su madre la apoyó de manera incondicional.

—¿Qué sucede?!

El cuerpo le tembló involuntariamente y se puso de pie con su hijo en brazos, se volvió hacia la voz de su esposa y una emoción le llenó el pecho al verla bajar con prisa por las escalinatas de su casa. Ella aún no lo había visto y Jaden ya se sentía sediento como si no hubiera bebido líquido alguno en

años.

Lisa dejó atrás el último escalón y alzó la vista, quedándose petrificada en su lugar. Si se sorprendió, fue lo bastante astuta para esconderlo muy bien; sin embargo, la pérdida de color en su hermosa piel fue tan visible que Jaden temió que se desmayara allí mismo.

—Ross tenía razón, mami, sí vino —dijo James, aferrándose a su cuello otra vez y él no pudo negarle otro abrazo.

No esperó recibir tanto afecto por parte de su hijo, por lo que ahora no pensaba desaprovecharlo. Aún no entendía cómo era que lo conocía, pero al menos James sabía que era su padre y lo amaba tanto como él lo amaba.

Una vez que Sebastian Stanton los invitara a quedarse en su casa, el mismo se ofreció a acompañar a su madre, cuñada y al conde al hotel para ir por sus pertenencias, dejándolo así con James y Lisa.

A Jaden no le tomó mucho tiempo encontrar la causa del porqué su hijo lo conocía, en medio de uno de los salones de la casa había un gran retrato suyo, que bien pudo haber sido pintado por un maestro del arte. Sin embargo, no era así, el cuadro lo había hecho su cuñada y lo envió hace un año con Ross como regalo de cumpleaños para James y Lisa.

Lady Riley era toda una artista. A pesar del tiempo que ella no lo vio, rememoró bastante bien sus rasgos para realizar esa obra de arte.

La casa en la que su familia vivía era cálida, acogedora y hermosa, por lo que toda incertidumbre de que no hubieran estado cómodos se esfumó en el instante en el que entró al hogar de lord Stanton. Si bien Lisa y su tío eran ingleses, sólo hacía falta mirarlos una vez para saber que eran libres y felices sin reglas ni protocolos que seguir en Venecia.

Sabía que no podía obligarla a volver si aún no lo deseaba, ella era feliz y él no quería volver a ser la causa de su desdicha, por lo que sería paciente y lucharía limpiamente para recuperarla y convencerla de volver a su hogar.

En el fondo ambos sabían que James tenía que crecer en Londres, junto a los suyos y conociendo sus futuras obligaciones.

Era un marqués y debía ser educado como tal.

Aunque a decir verdad, a Jaden le encantaba la sonrisa risueña de su pequeño, lo menos que quería para James era que se convirtiera en un hombre dominado por la sociedad, él quería que su hijo pensara en sí mismo y supiera hacer lo correcto sin necesidad de someterse a algo que le desagradase.

Jaden sólo quería ser tan buen padre como lo fue el suyo.

—Su baño ya está listo.

Inmediatamente se giró en su búsqueda y la encontró bajo el umbral de la puerta, tan hermosa y radiante como siempre. Su esposa se veía seria y molesta; no obstante, él sabía que a la vez estaba sorprendida y conmovida por su presencia en Venecia. No lo esperaba, seguramente su princesa pensó que jamás los encontraría.

—Suelta a lord Windsor, James, tú también tomarás un baño. —Se acercó a ellos con la mirada clavada en su hijo.

James se aferró aún más a él, sujetándolo por la pierna, y Jaden se puso de cuclillas, al final lo había dejado empapado y lo que menos deseaba era que cogiera algún resfriado.

—Ve con tu madre, una vez que ambos estemos secos y limpios...

—¿Jugadas conmigo? —preguntó con ilusión y él asintió.

—Lo prometo. —Sonrió. Le interesaba muy poco ser afectuoso con él, nunca comprendió porqué un duque tenía que reprimir sus emociones ante sus hijos, ¡si él amaba a su pequeño!

Alzó a James y se lo entregó a Lisa, aprovechando el momento para rozar sus manos con las suyas.

¡Cómo extrañaba su cercanía!

Ella titubeó y Jaden casi quiso rogarle para que le cediera unos minutos, necesitaban conversar.

—Tu alcoba está en el segundo piso, es la tercera puerta a la derecha —dijo Lisa con tanta tranquilidad, que Jaden sufrió su indiferencia.

—Gracias por todo, princesa —musitó, refiriéndose al cuadro, y ella lo escudriñó con la mirada.

—Sigo pensando que mi hermana exageró tus rasgos, no eres tan apuesto —espetó antes de darle la espalda y subir las escaleras.

Río por lo bajo, estaba mucho más hermosa y astuta.

Mentiría si dijera que no deseaba besarla, había esperado ese día por años y la emoción que sintió cuando los vio no se comparaba en nada a lo que se estuvo imaginando durante todo el viaje. Después de años sentía algo de paz al saberlos junto a él, era cierto que sus problemas no estaban para nada solucionados, pero al menos ya sabía dónde y cómo estaban.

Se dio un buen baño y sólo se puso una camisa, los pantalones y unas botas, allí la gente no era tan formal y él se moría por jugar con su hijo, quería estar cómodo para él.

Salió de su habitación y por el silencio dedujo que aún no había nadie en

casa, así que se dirigió a la puerta que estaba semi-abierta para sonreír tontamente.

Lisa vestía a su hijo quien dormitaba de sentado.

—Es hora de que te duermas —susurró ella con ternura y él asintió, ellos no podrían jugar, James se veía agotado y ahora su esposa lo metía bajo las sábanas.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó con suavidad, ingresando a la alcoba.

Lisa respingó y lo miró sobre su hombro.

—No, ya está dormido.

—Me gustaría hablar contigo.

Podía garantizar que ella también deseaba hacerlo, y justamente por eso Lisa se enderezó y apagando las velas le pidió que abandonaran la alcoba de su hijo en silencio.

Lo guio por un largo pasillo y le pidió que entrara al estudio de alguien. Él así lo hizo, y cuando ella cerró la puerta, pensó en cada una de las palabras que pensaba decirle.

—Princesa...

—Lisa, milady, su excelencia, su gracia; hay tantas cosas que puedes decirme y me sales con eso.

—Nunca te diré de otra forma y lo sabes. —Endureció su semblante, no podrían hablar tranquilamente si ella iniciaba la conversación de una manera tan altanera.

Lisa suspiró como si estuviera agotada y Jaden bajó la tensión de su cuerpo al igual que su mirada. Sus ojos se quedaron en el inicio de sus senos llenos y sublimes.

Tragó con fuerza.

Tal vez se debía a que estuvo años concentrado en la búsqueda de su familia que recién ese día su cuerpo atravesaba por una terrible ráfaga de excitación.

—¿A qué vino, milord?

—Quiero que estén conmigo, los necesito, no puedo ni quiero vivir sin ustedes.

—Quería el divorcio.

—Nunca te lo iba a pedir, me dejé guiar por mi orgullo, los celos y te mentí. Eres lo más hermoso que tengo y...

—Ya no me tienes, Windsor —escupió y él se armó de valor para dar un

paso hacia adelante.

—Sabrina nunca fue mi amante, ni esa noche que la viste en mi oficina ni nunca.

Lisa palideció, pero prontamente se recompuso y lo miró con recelo.

—La usé como una excusa, quería que me odiaras para que así fuera más fácil para mí no caer en la tentación de regresar a Londres por ti. Ella se fue conmigo porque huía de su amante y me ofreció ayuda, yo sólo...

—No puedo creerte —le cortó el discurso, ganando algo de distancia—, y ya no quiero seguir escuchando.

—Yo te amo, princesa.

—No me amas, Jaden, tú no confías en mí.

—Tienes que escucharme, es la única manera de que entiendas por qué te traté como lo hice.

Estaba exigiendo mucho para ser su primer encuentro, pero estaba desesperado.

—No me interesa. Si quieres que regrese; perfecto, me someteré a tu voluntad por James, pero yo jamás volveré a ser tu mujer, ya te di un hijo y...

—Te amo —repitió y dio otro paso hacia ella.

Se puso nerviosa y se dirigió hacia la puerta para dejarlo allí, solo y con la confesión en el aire; sin embargo, Jaden la sujetó del brazo y con un giro la llevó a impactar contra él.

—Suélteme.

—¿Ya no me amas?

—Hace años que no sé de usted.

La sujetó de la nuca y sin poder contenerse un segundo más, la besó. Llevaba años soñando con ese momento, sus noches siempre fueron tortuosas y solitarias desde que ella se fue. Jaden sólo podía conformarse con su imagen; y ahora, después de tanto tiempo, por fin la estaba besando.

Gimió roncamente cuando Lisa lo abrazó por el cuello y le respondió el beso con ardor, intensidad y deseo contenido. A traspiés avanzaron hacia el escritorio y él la sentó en la fría superficie separando las piernas de su mujer. Lisa lo necesitaba tanto como él a ella. En su desesperación, ambos subieron la falda torpemente y Jaden rasgó los interiores femeninos, deseoso de enterrarse en ella. Bajó sus pantalones para liberar su miembro y jadeó cuando ella lo sujetó, guiándolo a su entrada.

La penetración fue dura e intensa; sin embargo, aunque a ella le tomó un poco de tiempo acoplarse, con un simple movimiento tiró de él para que

continuara con ese ferviente encuentro. Por más que Jaden buscara sus labios, ella no se los cedía y él se moría por volverlos a besar. No obstante, se conformó con besar la curvatura del largo cuello que le ofrecía mientras embestía una y otra vez, tratando de adherirse a su mujer.

Sujetó el suave muslo elevando la altura de su pierna mientras ella jadeaba y se arqueaba ansiosamente. Lisa no le estaba haciendo el amor, estaba satisfaciendo sus propias necesidades.

No le importó.

Empezó a gruñir y a llamarla mientras ella jadeaba y contenía sus gritos.

—Princesa... —Lisa le cubrió la boca con la mano y sin poder alargar el momento ambos llegaron al orgasmo.

A pesar de que ya habían terminado, ninguno se separó y siguieron moviéndose hasta verse envueltos en otro ferviente encuentro donde ella terminó tumbada en el escritorio y él embistiendo velozmente. Lisa se aferraba a él, tiraba de sus mechones castaños y sin decir nada le pedía más.

Jaden gruñó roncamente y ella lo abrazó por el cuello en lo que él se enderezaba y dejaba que sus esencias se mezclasen.

Jadeantes, se miraron por un largo lapso para recuperar el aliento y ella lo empujó por el pecho, furibunda. Bajó del escritorio y recompuso su estado, al igual que su peinado.

—Aún me amas —soltó esperanzado, acomodando sus pantalones.

Nada estaba perdido, pudo sentir su entrega y algo le decía que ella lo seguía...

—Te equivocas. —Le miró con desprecio—. Sólo quería que vieras lo fácil que es para mí abrirte las piernas y luego echarte de mi vida.

La sangre se le congeló.

—Lárgate, Windsor, esta vez no arruinarás mi felicidad.

Eso era parte de su castigo.

Ella le estaba devolviendo cada uno de los golpes que él le dio cuando estuvo cegado por su orgullo.

—No puedes pedirme eso.

Nuevamente endureció su semblante, lo que Lisa le pedía era algo que él no estaba dispuesto a otorgarle tan fácilmente. No la buscó por años para eso, su lucha no sería para nada sencilla por lo que estaba dispuesto a enfrentarse a ella y ser un digno rival.

—No lo haré.

Una sonrisa burlona nació en los carnosos labios de su mujer y se le antojó

morderlos, besarlos y poseerlos otra vez. Retiró la idea inmediatamente, no podía sucumbir en la lujuria otra vez cuando entre ellos había un problema de tamaño colosal.

¡Lo quería fuera de su vida!

Era una locura.

—No te creo capaz de obligarme a nada —confesó altanera.

Tenía toda la razón del mundo. Efectivamente no la forzaría a nada, eso no era lo que él estuvo planteándose como objetivo final una vez que la encontrara. Él quería más, ambicionaba mucho más. Quería que lo aceptara.

—Pienso convencerte. Vendrás conmigo por voluntad propia, princesa —garantizó muy seguro de sí mismo.

La mandíbula femenina se apretó de tal manera que el duque creyó escuchar como castañeaban sus dientes. Lisa supo recomponerse inmediatamente porque alzó una de sus hermosas cejas con un deje socarrón, incapaz de creer en sus palabras. Un terrible error por parte de su amada. No le interesaba el tiempo que llegara a tomarle, él volvería con su hijo y esposa a Londres.

—¿Piensa seducirme, milord? Lamento informarle que eso ya no bastará.

Una punzada de dolor le atravesó el corazón. Él nunca usó la seducción para retenerla, Jaden siempre amó a su mujer en cada segundo compartido, ni siquiera en la distancia pudo dejar de amarla y serle fiel.

—Le aseguro que lo que acaba de suceder no volverá a pasar, *milady* —la provocó usando uno de los apelativos que ella pidió, y claramente eso la disgustó.

¿Quién la entendía?

—Eso espero, lord Windsor —siseó con el semblante endurecido y salió del estudio dejándolo completamente solo.

Jaden aprovechó para ver el seductor contoneo de sus amplias y gloriosas caderas. Se sintió excitado y se maldijo por no poder controlar su propio cuerpo. No estaba allí para esos asuntos tan secundarios y primitivos.

La siguió.

Tiempo era lo que él tenía de sobra e incluso así no pensaba desaprovechar ni un solo segundo.

—¿Por qué no me cuentas lo que estuviste haciendo todo este tiempo? —Sonrió alegremente como si su mujer no hubiera huido, abandonándolo.

—Vivir. Ser libre.

—¿Y te gustó? —preguntó, evitando sentirse afectado, al parecer él no

pudo darle la libertad que ella anhelaba en su matrimonio— ¿Eres feliz aquí?

No obtuvo una respuesta inmediata y eso lo consternó. Llegaron al inicio de las escaleras y Lisa pareció recordar que le había hecho una pregunta minutos atrás.

—Sí. —Fue su única respuesta.

—En Londres también serás libre, haré todo lo posible para que seas feliz.

Lisa se detuvo en medio de las escaleras y él pudo ver como empuñaba sus manos y temblaba levemente. Su princesa estaba molesta y era una lástima que estuviera tan empeñado en conseguir lo que quería; porque de ser una mujer diferente, él ni siquiera estaría allí, siguiéndola.

—¿Si te pido una casa?

«Chica lista».

—Podemos mudarnos.

«Pero no tanto».

—Sabes que no me refiero a eso. Una sólo para James y para mí.

—No podría vivir tranquilo sabiendo que mi duquesa y mi hijo no tienen servidumbre. —Se puso roja de la cólera—. Mucho menos si yo no vivo con ellos. ¿Qué haré cuando quiera recostar a mi hijo o cuando quiera darle un beso de buenas noches a mi esposa?, ¿qué te parece una casa y un hermoso hombre dentro del pedido? —sugirió con una sonrisa picarona y si antes estaba roja, ahora su rostro estaba atravesando por más de tres distintas tonalidades.

Windsor no supo si se debía al enojo o al nerviosismo.

—¡Tú! —Le puso el dedo en el pecho, furibunda y él mantuvo su sonrisa—. ¡Tú eres un maldito libertino!

—Un libertino enamorado, princesa.

Lisa titubeó ante su declaración y trastabilló en las gradas provocando que ambos cayeran unos cuantos peldaños.

—Oh por Dios, ¿te encuentras bien? —le preguntó con el alma en vilo, alzando el rostro, y Jaden hizo una mueca adolorida.

Al menos su cuerpo sirvió de algo.

—Me gusta más esta posición en la cama, pero igual se siente relativamente bien aquí, ignorando algunas partes de mi cuerpo.

—Esto no es gracioso, Jaden —balbució con nerviosismo al darse cuenta que estaba sobre él y que sus piernas se entrelazaban.

Se arrodilló a su lado buscando alguna herida en el cuerpo masculino. Jaden se enterneció al ver que al menos se preocupaba por él. Extendió la

mano y acarició la cálida mejilla, ella conectó sus miradas y un rubor invadió sus pómulos cuando le sonrió.

Era tan linda.

—En efecto, no lo es. Dame un beso y estoy seguro que dejará de dolerme, tus atenciones siempre son las mejores.

—Eres un... —farfulló, abalanzándose sobre él, y nuevamente rodaron por los últimos peldaños que quedaban.

—¿No podías quedarte quieta?! —bramó una vez en el primer piso, doblándose de dolor. Su espalda no superaría esa caída.

—¡Lo siento, Jaden! —Se disculpó aceleradamente, aún encima de él.

Jaden... bien, eso era un gran avance.

—Lisa, te dije que si pensabas reconciliarte con el duque lo hicieras en tu alcoba.

Ambos abrieron los ojos de par en par y como si de un resorte se tratara, Lisa apareció de pie junto al cuerpo tendido de Windsor. Él buscó al tío de su esposa, y por primera vez sintió el calor en sus mejillas al detectar su sonrisa burlona.

Se puso de pie.

—No hice nada, tío. Nos caímos de las escaleras —explicó con un tono de voz muy bajito y lord Stanton suspiró al ver el rubor en las mejillas de su sobrina.

—Entonces si piensan pelear háganlo en la cama, no en las gradas, es menos peligroso y les aseguro que allí terminarán mucho mejor.

Era un hombre muy sabio desde la perspectiva de Windsor, quien tuvo que contener su carcajada mientras su madre abría los ojos de par en par y Worcester trataba de distraer a Riley con otro tipo de conversación.

—¡Eres un perverso, Sebastian! —chilló Lisa y Jaden supo que su cuñada ya no escuchaba al conde, estaba muy entretenida con la escena.

—Se dice libertino, Lisa —le corrigió el hombre con descaro y ella gruñó.

Ahora entendía por qué su esposa estaba tan descarada. Adoraba su nueva faceta.

—Odio a los libertinos —farfulló mirándolo a los ojos.

—Pero si somos encantadores. —Se regocijó el adulto y Jaden comprendió porqué lord Sebastian Stanton abandonó Londres. Él no estaba hecho para la aristocracia.

—¿Y qué tal un libertino enamorado, princesa? —bromeó divertido sin poder contenerse ante su fogoso rubor.

La pasaría muy bien en Venecia.

Capítulo 17

A pesar de saber que ya eran horas de dormir, Jaden no podía dejar de observar por su ventana las alegres calles de Venecia. Todo indicaba que había una feria en la ciudad y la gente no dejaba de disfrutar, todos iban y venían por diferentes direcciones de la ciudad.

Su esposa eligió un lugar hermoso, al menos ella sí había sido muy feliz esos años en los que estuvo lejos de casa.

No quería pensar que su felicidad se debía a su ausencia, sino porque al fin tuvo un respiro lejos de la estirada y aburrida sociedad londinense.

Por el rabillo del ojo observó la silueta que lo estaba tentando y sonrió observándola en su balcón. Se veía seria y pensativa, como si algo la estuviera atolondrando. Quizá Lisa había esperado una pelea en su primer encuentro, un arranque de rabia por parte suya; no obstante, lo único que él pudo hacer cuando los vio fue sonreír, abrazarlos y desear saber cómo se encontraban. Es más, ahora seguía deseando lo último.

La tentación de hablar con ella lo invadió y abrió su ventana.

La castaña respingó y se volvió en su dirección.

—¿Me está espiando, milord?

—Admirando tu belleza suena mejor, ¿no crees, princesa?

Blanqueó los ojos.

—¿Qué feria es? —inquirió pensativo y ella se encogió de hombros.

—Suelen hacerla antes de las fiestas navideñas, los costes de algunos productos bajan, los comerciantes venden como nunca y se juntan en la plaza para bailar y disfrutar de los dulces.

—¿Y por qué no llevé a mi hijo a algo tan lindo? —Frunció el ceño, consternado.

—James estuvo asistiendo toda la semana, Jaden.

—Oh, ya veo. Creo que deberíamos ir mañana —sugirió, hace tiempo que no disfrutaba de su vida.

—Hoy es el último día, aunque aquí las ferias se hacen muy seguido.

—Qué mala suerte, me habría gustado ir —comentó vagamente mirando el cielo nocturno, quizá ella podría...

—Si quieres podemos ir a la plaza, ahora todos se dirigen allí.

Se enderezó inmediatamente.

—Nada me daría más gusto.

Tendrían un momento a solas, era un poco más de las diez, seguramente James ya no despertaría más.

—Muy bien, entonces vamos.

Lisa se perdió por la puerta de su balcón y él camino hacia la de su alcoba. Ambos salieron al mismo tiempo y él frunció levemente el ceño.

—¿No llevarás un abrigo?

—Esto no es Londres. Vamos, no queremos que James despierte.

En realidad no le afectaba en lo más mínimo que su hijo se despertase.

Salieron de la casa de tres pisos y Jaden sugirió que se subieran a una de las góndolas para disfrutar más del camino, sería más cómodo y podrían conversar plácidamente mientras eran llevados a la plaza. Sin embargo, ella hizo una mueca.

—Me dan miedo —confesó—, a los días que llegué me caí y no soy muy buena nadando. Mi tío respetó mi decisión de no volver a subirme a una de esas.

—¿Cómo pasó? —susurró poniéndose junto a ella y Lisa le pidió que caminara.

—Me sentí mareada, el viaje de por sí fue una tortura y quizás el cambio de aire no me sentó tan bien en un inicio, así que me desmayé.

Sintió impotencia al saber que no pudo estar allí para ayudarla.

—¿Sufriste mucho cuando James nació?

—Fue horrendo —declaró con un suspiro—. Gritaba: «eres un granuja, Windsor». Al igual que cien maldiciones más —añadió tranquila—. Fue un reto, dolió mucho, pero cuando lo tuve en mis brazos te lo agradecí. Cuando James llegó me alegró la vida, por un momento me tenté a decirte donde estaba para que disfrutaras de la misma emoción que yo estaba sintiendo, pero luego... Preferí prevenir.

Ella tenía miedo de que él no lo aceptara, Lisa había mantenido el concepto que él mismo le dio a entender por sus miedos.

—Hiciste un buen trabajo, es hermoso.

—Se parece mucho a ti.

—Y a ti. Creo que ambos hicimos un excelente trabajo. —Sujetó la mano femenina con delicadeza y la puso sobre su brazo—. No quiero arruinar este momento, pero quiero que sepas que estoy muy feliz, los he buscado por años y me siento el hombre más dichoso ahora que he podido dar con ustedes.

—Ross me hablaba de ti en todas sus cartas, insinuando que debía regresar, que estabas muy mal, ¿eso es verdad?

—Puede que no me creas, pero cuando te fuiste, mi vida entró en receso, dejó de tener sentido y siento que hoy al fin está poniéndose nuevamente en

marcha.

La escuchó tragar con fuerza. Estaba distinta, mucho más madura.

—¿Y Sabrina?

—Murió. —Antes de que la sorpresa la llevara a preguntar, continuó— se enamoró de su protector, un joven vizconde y cuando este quiso renunciar a todo por ella supo que no podía hacerle algo así. Se suicidó.

—Lo siento —musitó débilmente.

Suspiró.

—Te juro por mi vida y por James que jamás tuve nada más que una asociación con ella, por un tiempo la creí mi amiga, pero ella terminó estafándome junto a su amante.

Lisa jadeó.

—¿Por eso volviste a Londres?

—No, princesa. Si Londres fuera capaz de darme fortuna habría vuelto hace mucho.

Ella se confundió y él supo que era el momento de decirle la verdad.

—Me fui porque mi administrador me estafó y me dejó una gran cantidad de deudas, no quise hundirte conmigo en el escándalo, tú no lo merecías. Sabrina apareció e hicimos un trato, yo la ayudaba a huir de su amante y ella me ayudaba a conseguir contactos en América, lugar donde era una cortesana de renombre. —Lisa lo escuchaba con atención—. Te di a entender que la amaba porque creí que si me odiabas sería más fácil para mí alejarme de Londres, pues ya no habría algo que me inspirara a quedarme. Sin embargo, el hecho de que tú no te casaras, que te mantuvieras soltera, me daba la esperanza de poder recuperarte. Trabajé como nunca, los americanos aprovechaban mi condición y solían humillarme, aprendí a vivir con ello y cuando conseguí saldar todo, quise más, quería volver con algo que lograra sorprenderte, y lo conseguí. No obstante, Sabrina se enteró que tenía planeado volver a Londres para desposarte, leyó todas las cartas que conservaba de Ross y en la última él me felicitaba por la decisión que había tomado.

—¿Mi hermano sabía todo?

—Sí, y comprendió mi deseo de querer protegerte.

—¿Y qué pasó? —Su voz tembló.

—Me estafó. Me robó todo con Sullivan, su amante. Esa fue su venganza debido a que nunca quise tomarla como amante.

—¿Y regresaste ni bien sucedió eso?

—No. En realidad empecé de cero, no volvería a ti con las manos vacías,

pero... —Guardó silencio sin saber cómo decirle lo demás.

—¿Pero qué, Jaden?

—Tú hermano me dijo que la marquesa pensaba entregar tu mano ese año. Ya no pensé con claridad, sólo le envié una carta a Beaufort y le dije que aceptaba su propuesta. Necesitaba veinticinco mil libras para formar parte del club y tú tenías treinta, quedaba una gran cantidad para que pudiera cuidarte mientras recuperaba el capital. Salí unos días después que la carta, no tenía tiempo que perder.

No deseaba llegar y encontrarse con su princesa comprometida, él no podría superar esa pérdida, no luchó por años para que se la arrebataran tan trágicamente.

—Entonces te vi. Tú dejabas que otro besara tu cuerpo y yo quería matar a Hamilton por ello. En mi vida me había sentido tan enojado, inseguro y celoso, te respeté por años para ver como otro tomaba lo que yo más solía cuidar. Cuando me presenté ante ti en el teatro, me sentí asustado y desesperado, no te hice la mejor proposición porque temía que te dieras cuenta de mi debilidad y luego la usaras para aprovecharte.

—¿Cómo...?

—Déjame terminar.

Si bien ella quiso oponerse a la idea y lanzar un sinfín de preguntas, Jaden agradeció que terminara asintiendo.

—Tú tenías el poder —soltó risueño—. Junto a ti no era un duque, era un peón y tú mi princesa. Temía que me engañaras con Hamilton, que me traicionaras, pues ni bien te dije que nos casaríamos buscaste la manera de entregarte a él, ¿tienes idea de cómo me sentí?

Ella bajó el rostro, apenada.

—Entonces jugué sucio. Fui yo al encuentro. Pero entérate que no pretendía tomarte, yo sólo quería besarte y cansarte porque sabía que la marquesa asistiría y nos descubriría. Sin embargo, tú... Con tus manos me debilitaste confirmando mis sospechas. Tenías el poder de evaporar mi raciocinio, terminé desnudándome y deseando hacerte mía. Ya nada me detuvo, cuando me dijiste que me odiabas y me mostraste tus inseguridades, supe que sólo yo podría amarte más que nadie en la vida. Siempre fue así, desde el primer día que te vi... Desde ese día soy fiel creyente del amor a primera vista. El día que apareciste en el club, yo fui a visitarte a tu alcoba para tratar de solucionar nuestra situación y llevarte conmigo al club, pero tú me trataste fatal, aumentaste mi cólera y dañaste mi orgullo. Lastimosamente quise hacer

lo mismo. Busqué herirte y usé a Sabrina, ella fue a verme para conseguir dinero, claro que no sacó nada de su visita, pero ni bien se fue, perdí la noción del tiempo y pensé en nosotros, en lo que estaba haciendo contigo, en que yo también te engañé al hacerme pasar por el conde y en que fui yo el primero en abandonarte. Fue así como conté uno a uno mis errores. Cometí el error de dormirme, cuando desperté sólo me puse de pie y salí desesperado en tu búsqueda para pedirte otra oportunidad, para olvidar lo sucedido.

—Fue tarde.

—Demasiado tarde, tú ya no estabas y la verdad me golpeó con fuerza al darme cuenta que tú jamás me engañaste con el conde, que fue mi orgullo junto a mis miedos quienes me jugaron una mala pasada.

Por largos minutos sólo se dedicaron a caminar, ella no decía nada y él respetaba su silencio, ambos caminaron hasta la plazoleta sumidos en su letargo, preguntándose qué pasaría ahora que estaban juntos.

Jaden se sentía pleno, contarle sus verdades no hizo más que aligerar el peso que cargaba en los hombros; sin embargo, el miedo lo estaba atormentando, ella aún no decía nada y...

—Yo también te amé desde el primer día. —El pulso se le aceleró—. Cuando te vi, el rubor me asaltó en las mejillas y el calor me quemó por dentro. Tú sabes que mi madre siempre nos mantuvo a mi hermana y a mí en el campo, ella siempre me regañaba por ser... Gorda. El día que te conocí me odié por eso, quería ser más linda para que el amigo de mi hermano pudiera observarme, quería ser como las damas con las que mi madre siempre me comparaba para que entrara en razón. Muchos de mis defectos fueron más claros para mí; mi cuerpo, mi piel, mi...

—Para mí siempre fuiste perfecta. Tu piel es perfecta, tu cuerpo es mi perdición, siempre serás mi musa, Lisa.

No le gustó ver las lágrimas rebeldes que se asomaban en la comisura de sus ojos, él quería que ella sonriera, no que llorara ni exteriorizara su frustración. Detuvo su paso y con un leve movimiento de mano retiró todo ese malestar que arruinaba su hermoso rostro.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Tienes idea de lo horrible que era sentirme tan insegura? Tenía miedo que en el momento menos pensado encontraras a alguien mejor. Nunca fui adivina, Jaden, yo me basaba en la mayoría, y ellos no hacían más que criticarme.

—Es que tú nunca me viste a los ojos, si lo hubieras hecho la mayoría no habría tenido voz ni voto en tu vida. Siempre te he anhelado, siempre te he

deseado, tú no tienes idea de las veces que soñé con entrar en tu cuerpo, con perderme en tus besos; por eso cuando lo hice, ya no pude parar, cuando entraste a mi casa como mi esposa y yo a tu cama como tu hombre, ya no pude salir de allí.

—Yo tampoco quería que lo hicieras —susurró—. Si no hui cuando me lo ofreciste fue...

—No hubieras llegado lejos, todo lo que te dije fue una vil mentira, yo no te habría dejado ir a ninguna parte, te habría amarrado a mi cama para impedirlo y te habría hecho el amor hasta convencerte.

—Pero es tarde, yo ya no puedo volver contigo. El miedo siempre estará en mí, tú tienes temores que siempre estarán presentes y caerán sobre mí en cualquier momento. ¿Qué pasará cuando alguien se me acerque?, ¿qué haré si un caballero me invita a bailar? No quiero que se me vuelva a acusar de adúltera porque jamás lo he sido. Tú me heriste, usaste amenazas que me asustaron y a la vez desesperaron. Me dijiste que era perfecta y luego me restregaste que no era así frente a... ella.

—Perdóname, por favor, no sabía lo que hacía, estaba bebido, molesto y...

—Y yo embarazada. Fui a decírtelo con la intención de empezar de nuevo, y tú dijiste que me echabas de tu vida por miedo a un bastardo. ¿Qué más me quedaba? Tenía que huir para que no le hicieras nada a tu propio hijo.

—No digas eso, no quiero oír esa palabra. —No quería asociar a su hijo con esa palabra. Si ella se lo hubiera dicho, él habría echado a Sabrina y habría llevado a Lisa a su alcoba del club para hacerle el amor por toda una semana.

—A mí me dolió haberla escuchado. Ya no pensé como Lisa Browning, a partir de ese momento, fui una madre que quería alejar a su hijo del escándalo que su propio padre amenazaba con provocar.

—Todas mis amenazas fueron mentira —soltó con un hilo de voz y Lisa lo miró con los ojos llorosos.

—Pero yo las creí, y eso es lo único que importa.

Para su desgracia, ella tenía toda la razón.

—Una separación es imposible, princesa, James es un marqués y los amo, no quiero perderlos. —Acarició su mejilla y ella juntó los párpados disfrutando de su caricia y dejando que sus largas cortinas castañas adornaran sus pómulos.

—Sé que lo es, más que todo por James. Él no merece esto, quiero que mi hijo sea un hombre respetable.

—Yo también quiero eso, pero también quiero que mi matrimonio vuelva a ser el mismo de antes.

—¿Cómo era antes? —Lo miró con pena—. La mejor parte del día para los dos era cuando estábamos en la cama porque tú no querías hablar, porque conmigo no había nada de lo que pudieras hablar.

—Entonces permíteme hacerlo de nuevo. Esta vez seré mejor, no fallaré; te lo suplico.

Lisa retiró el rostro sin poder darle una respuesta, y con suavidad le pidió que siguieran caminando, que no faltaba mucho para llegar a la feria. No le quedó más remedio que ceder. No podía presionarla, ella podría ponerse a la defensiva y algo le decía que su esposa ahora estaba más fierecilla que antes.

Para su sorpresa, muchas personas conocían a Lisa y ella hablaba muy bien el italiano. Las sonrisas que allí podían mostrar eran gloriosas, pues no había nobles que se fijaran que tan curvados estaban sus labios ni que tanto brincaban y giraban para poder bailar al son de la melodía.

Él se sentía feliz de haber asistido, y no sólo porque ahora bailaba con su esposa en brazos —muy alegremente—, sino porque definitivamente ese era el inicio de una nueva vida.

Una pareja se acercó a ellos y el joven terminó robándole a Lisa, y su esposa quedándose con él.

Todos bailaban en una sola dirección lo que permitía que el círculo se moviera fluidamente. Él se dio cuenta que en cada tres aplausos era un cambio de pareja y así disfrutó de la noche hasta que Lisa regresó a sus brazos.

La melodía llegó a su fin y jadeantes se observaron hasta que la multitud comenzó a aplaudir a los músicos y ellos se unieron al regocijo.

—¿Traes dinero? —le preguntó y él recordó que tenía que decirle sobre su dote—. Ven, cómprame unos chocolates.

Lo que ella le pidiera sería suyo.

En lo que ambos disfrutaban alegremente de unos cuantos bombones, Lisa decidió llevar dos paquetes más; uno para su hijo y otro para Riley, a pesar de que la última no era tan amante de los chocolates.

—¿Tú no querrás más? —inquirió saboreando su último chocolate y ella se tensó.

—No, así está bien, estos años me he descuidado un poco.

Frunció el ceño.

—Estás más hermosa que nunca, llévate uno más si lo quieres.

Ella dudó, pero terminó eligiendo otra envoltura de bombones para

llevarse a casa. Jaden pagó todo y cuando decidieron regresar, una voz atrajo la atención de ambos.

—Lady Windsor, creí que no vendría a la feria hoy.

Jaden apretó la mandíbula. Él conocía ese tipo de mirada y las intenciones que existían tras esa sonrisa. Ese hombre deseaba a su mujer.

—Mi esposo quiso venir a la feria, señor Rinaldi.

La sonrisa del pelinegro se esfumó y enderezó la espalda acoplándose a la situación. Era un hombre de cabellera y ojos oscuros, muy atractivo para su gusto, y se veía muy interesado en Lisa.

—Lord Windsor, un placer poder conocerlo.

—El gusto es mío, Rinaldi —Abrazó a su esposa por la cintura y el pelinegro observó de soslayo cada uno de sus movimientos.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo?

—El necesario para ayudar a mi esposa e hijo a empacar sus cosas. — Rinaldi quiso reaccionar, pero Lisa fue más rápida.

—Si nos disculpa, dejamos a nuestro hijo en casa y si él despierta y no nos ve se enojará mucho.

Y dichas estas palabras, Lisa tiró de su brazo y ambos iniciaron una rápida caminata hacia su casa. Él notó que faltaban pocas calles para llegar y no dudó en aclarar sus dudas.

—¿Quién era? Cualquiera pensaría que quiere ser tu amante. —Su voz no fue recriminadora, sino más bien suave y pasiva.

—No era nadie importante.

—¿No confías en mí?

—No es eso, Jaden, más bien quiero ver qué tanto confías tú en mí.

La abrazó por el hombro sin dudarle y la atrajo hacia él.

—Mucho, sé que jamás me mentirías.

Ella no dijo nada y siguieron caminando.

Evitando hacer mucho ruido, entraron a su casa y ambos abrieron los ojos de par en par al ver a James de pie frente a la puerta de la alcoba de Jaden.

—James...

El niño salió de su letargo y cuando giró el rostro hacia ellos, ambos corrieron hacia él.

—¿Qué pasó, mi amor, te lastimaste? —Lisa rápidamente inspeccionó el pequeño cuerpecito y el niño negó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué pasó, James? —preguntó él, y su hijo lo abrazó por el cuello.

—No te vayas, ¿sí?

Los ojos le picaron y cuando buscó a Lisa con la mirada, pudo ver el mismo sentimiento en ella.

—Por supuesto que no lo haré —Parpadeó varias veces para que el niño no lo viera en ese estado—. Tu madre y yo fuimos a comprarte algo.

James ganó algo de distancia y con los ojos llorosos buscó su regalo.

—Pero lo comerás mañana —le aclaró Lisa y él asintió.

—¿Puedo *domir* con mi papá?

—Sí, claro que puedes —dijo inmediatamente.

Lisa lo miró y con los labios moduló un «gracias», cosa que estaba de más porque si había algo en lo que él siempre quiso ser perfecto, era en ser un buen padre.

Capítulo 18

—Vamos, Lisa, no puedes seguir rechazándolo —espetó Riley desde el otro lado de la cama y Lisa gruñó, irritada.

Desde que llegaron de la feria con Jaden, librarse de Riley le pareció una misión imposible. No negaría que adoraba verla otra vez, estaba tan llena de vida y eso le encantaba. Sin embargo...

—Te dimos una alcoba, querida, ¿por qué quieres dormir conmigo? —Ella estaba tocando temas de los cuales prefería no hablar.

La joven le sonrió.

—Cuéntame cómo te fue con lord Windsor en la feria. ¿Se besaron? ¿Te confesó su amor? Oh... ¿Hicieron cosas indebidas? —preguntó en tono confidencial y Lisa se puso de todos los colores que la tonalidad de su piel le permitía.

—No pasó nada de eso, esto es la vida real, no una de tus novelas románticas.

Ella suspiró.

—Claro que es como una novela, él vino por ti, estuvo años rogándoles a nuestros padres por noticias tuyas. Él te ama.

—Y hablando de nuestros padres —desvió el tema—. ¿Cómo demonios hiciste para huir? Noelle debe estar al borde de la muerte, te adora y cuida como su joya más preciada.

—Le dije a lord Windsor que sólo le daría tu paradero si me traía con él. Fue fácil, él aceptó sin pensarlo dos veces, aunque ya en el viaje no dejaba de repetir que Ross lo mataría.

—¡Riley! —bramó histérica y la joven se sonrojó—. Me traicionaste, sabes que no estoy lista para volver y espero Ross te dé una buena zurra por lo que hiciste.

Aunque dudaba que su hermano fuera capaz de levantarle un solo dedo a una mujer.

—Yo también te extrañé, todos te echan de menos e incluso así tú no quieres regresar, estás siendo egoísta. Quería conocer a James, es mi sobrino y merece conocer a su familia.

Se sintió mal, después de todo su hermana y ella siempre fueron muy unidas a pesar de la diferencia de edad que compartían. Muy en el fondo, Riley tenía razón, su hijo era un marqués y merecía estar con su familia, sus abuelos, tíos y padre.

—Creciste un poco, ¿verdad? —Suavizó su semblante y se dedicó a

disfrutar de la compañía de su hermana.

—Cuatro centímetros —se jactó aireada—. Cambiando de tema, que hermosa es Venecia, es tan... Jamás volveré a ver un lugar así de hermoso.

—¿Por qué dices eso? —Frunció el ceño, confundida.

—No sé cómo es mi futuro esposo, ¿qué tal si no le gusta viajar?

—Le gusta, vi a lord Devonshire en un par de ocasiones y él suele viajar con mucha frecuencia.

—Oh... ¿Cómo es? —preguntó con suavidad y ella meditó su respuesta.

—Enorme, se ve fuerte y es bastante atractivo.

Un largo silencio se expandió en la habitación y Riley se volvió para quedar boca arriba sobre el colchón.

—¿Volverás a Londres con nosotros?

Si analizaba la situación, Lisa no tenía nada claro para su pesar. Aún amaba a Jaden, pero la idea de volver con él le aterraba, temía que la historia se repitiera y el dolor volviera a ser tan intenso como la primera vez que él la humilló. Se suponía que ella necesitaba tiempo para olvidarlo, Lisa pensaba regresar cuando lo consiguiera; sin embargo, como siempre, Jaden estaba cambiando nuevamente el rumbo de su destino.

Cuando lo vio con su hijo en brazos pensó que se desmayaría allí mismo, nunca esperó esa muestra de cariño por parte de Jaden para James.

No obstante, la sorprendió generándole un cúmulo de emociones. Él lo quería, en sus ojos se podía ver lo mucho que amaba a su hijo.

Su tío, como siempre, con el fin de molestarla se había llevado a todos al hotel para que fuera ella quien atendiera a Windsor. Sebastian era el más empeñado de que regresara a Londres a ocupar el lugar que le correspondía como duquesa.

Por un momento creyó que podría con Jaden, James estaba con ellos e iniciar un enfrentamiento sería estúpido; no obstante, su hijo se durmió y todo salió mal para ella cuando Jaden unió sus labios. A partir de ese momento sólo quiso sentirlo, tocarlo y besarlo. Deseó que todos sus sueños de esos años se hicieran realidad y dejó que la tomara, o más bien ella lo tomó a él. Fue un encuentro casi desesperado, y mentiría si dijera que no le gustó. En sus besos se reflejó la angustia de la que Ross tanto le habló en sus cartas. En sus penetraciones estuvieron sus deseos ocultos y ella se aferró a ellos hasta que ambos terminaron lo iniciado perdiéndose en el placer dos veces, jadeantes y, seguramente, deseosos de más.

Se odió a sí misma por no haber podido decirle que no, por ser ella la que

deseara recostarse sobre el escritorio para que volviera a tomarla.

El calor asaltó sus mejillas y ladeó la cabeza en modo de negación con rapidez, no podía pensar así de Jaden si pensaba llevar una vida cordial con él.

Ya no era la joven enamoradiza con la que él se casó, ella era la madre de un niño y todos sus actos lo afectarían a él en primera instancia, por lo que tenía que actuar con madurez y sensatez.

—Piensa en James, Lisa, es un marqués, debe recibir la educación de uno.

—Mi hijo es muy listo —espetó tajante y Riley asintió.

—Pero es muy expresivo, travieso y tierno, le costará mucho adaptarse a las normas sociales si crece en Venecia.

—No quiero que mi hijo se mueva al son de la sociedad inglesa, Riley. James será como quiera ser y si termina siendo el pícaro de la temporada, pues lo seguiré amando. Es igual a Jaden, su padre jamás tuvo reparo con las normas sociales, hubo un tiempo en el que él hacía y decía lo que pensaba.

«Antes de que adquiriera deudas y cayera en desgracia».

—Nunca entenderé por qué mamá nos educó de una manera tan distinta —confesó su hermana con cansancio—. Yo debo obedecer a Devonshire hasta el último día de mi vida, debo ser una buena esposa y darle hijos, cuando en el fondo sólo quiero vivir una historia de amor que al parecer será difícil de conseguir. A ti te enseñaron a... Nada, exactamente a nada. Siempre hiciste lo que quisiste y la vida te está premiando con un hombre como lord Windsor. Es injusto.

—Lord Windsor es un granuja, tú no tienes idea de lo que me hizo sufrir.

—Se molestó, nadie veía su dolor, sólo el de Jaden.

Su hermana frunció ligeramente el ceño.

—El sufrió mucho cuando te fuiste, Lisa, ambos lo hicieron.

—¿Y yo no sufrí cuando me abandonó?

—Pero no conoces sus razones. ¿Qué tal si él también sufrió? ¿Alguna vez pensaste en otra posibilidad que iba más allá de lo que decía la carta que nunca me dejaste leer?

Se tensó.

Él ya le había dicho la verdad y ella aún no quería perdonarlo. ¿Qué se suponía que debía hacer en una situación así? ¿Abrirle los brazos y decirle que todo estaba bien?

Era imposible.

—No volveré a Londres.

No había nada que pensar, los errores del pasado eran la clara prueba de que Windsor y ella jamás podrían estar juntos. Lo único que ellos hicieron bien, fue traer a James al mundo.

Se frotó la sien con frustración.

Su hijo amaba a su padre, desde que le mostró el cuadro que Riley envió, James había adoptado una admiración hacia Jaden, no le sorprendía que ahora no quisiera desprenderse de él. Ni siquiera ella quería hacerlo y eso era un terrible error. Él tenía que salir de su vida antes de que volviera a adueñarse de su cordura.

Los días pasaron y se convirtieron en semanas que a decir verdad, le parecieron las mejores de esos últimos dos años.

Su madre había enviado una carta pidiendo que cuidaran bien de Riley y, por supuesto, Lisa le respondió diciéndole que su hermana la estaba pasando muy bien en Venecia. No existía día que ella no saliera con el conde y lady Ivonne a pasear por la ciudad. Jaden la estaba consintiendo más de lo que Lisa hubiera preferido, pero la sonrisa de Riley le impedía privarla de algo; total, gracias a ella, ellos se habían reencontrado.

Su esposo no se desprendía de James y su hijo aprovechaba cada minuto que tenía con su padre para jugar y aprender más cosas de él. Sin embargo, tampoco le gustaba que lo consintiese tanto, le compró tantos juguetes que Lisa no sabía si podrían viajar con tanto equipaje cuando regresaran a Londres.

Sí, volvería a Londres, separar a su hijo de Jaden sería un castigo para los tres, y ninguno de los dos merecía algo así. No podía ser egoísta, Lisa era testigo de los incesantes intentos de su esposo para reconquistarla, siempre estaba para ella, le hacía compañía cuando estaba sola y le contaba alegremente lo bien que les estaba yendo en el club cuando no tenían de qué hablar.

Aún le costaba creer que le haya ofrecido su dote de regreso, él consiguió todo el dinero y ahora pretendía devolvérselo como prueba de que nunca se casó con ella por su dinero; sino todo lo contrario, Jaden no quiso perderla e incluso con trampas, decidió ganar la partida.

—Hermana, este señor no respeta a tu marido, sigue enviándote rosas.

Giró levemente el rostro para mirar a su hermana sobre su hombro, estaba gruñona y para nada feliz con el nuevo arreglo.

Windsor tenía una aliada en Riley.

—Creí que te gustaban las rosas —comentó con indiferencia. Sin embargo,

a ella tampoco le pasaba desapercibida la incesante insistencia del señor Rinaldi con sus repentinos regalos.

—Me encantan, pero no es algo respetable que él las envíe a una mujer casada.

—¿Windsor dijo algo?

Hasta ahora él había demostrado que confiaba en ella, pero... Vamos, celos debía sentir.

—Dijo que las aprecies bien porque piensa quemarlas más tarde. — Ambas sonrieron y Lisa sujetó su chal para ir en su búsqueda, quería hablar con él, esos últimos días James había acaparado la atención de Jaden sólo para él.

—¿Cuándo volveremos a Londres? —Siempre era la misma pregunta.

Hizo una mueca, aún no quería irse.

—¿Quieres volver?

—No, claro que no, pero oí a Sebastian decirle a Windsor que después de febrero sería una buena fecha. Estaban hablando de la cena para tu cumpleaños y el de James y el tema salió a flote.

Faltaban tres días para sus cumpleaños y casi un mes y medio para que llegase febrero. Era un tiempo muy corto, se había acostumbrado a esa vida llena de libertad y no estaba lista para regresar a la ciudad donde todos la observarían impidiéndole vivir tranquila y feliz. Al menos James era igual a su padre, porque de ser lo contrario, los rumores no estarían a su favor.

—Windsor dijo que todo dependería de lo que tú quisieras —agregó Riley, acariciando una de las rosas—. No debes preocuparte, él no te obligará a nada.

Dejó a su hermana en su alcoba y salió al pequeño jardín en busca de Jaden. Su hijo estaba dormido por lo que deducía que él estaría solo, disfrutando de la fresca brisa nocturna.

A lo lejos lo vio sentado en una de las bancas de piedra y se acercó con pasos lentos pero seguros, él estaba de espaldas y claramente miraba sus manos. Cuando llegó a una altura razonable, se dio cuenta que observaba su anillo.

El pulso se le aceleró y empuñó la mano sobre el bolsillo de su vestido.

Lisa se quitó el anillo ni bien llegó a Venecia, pero eso no quería decir que no lo llevara consigo siempre.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con suavidad y él enderezó la espalda.

—Pienso. —La miró con una leve sonrisa y se sentó junto a él.

—¿En qué?

—¿Dónde está tu anillo, princesa? —La pregunta la tomó por sorpresa, él lo había notado.

Tragó con fuerza.

—En algún lugar de mi alcoba, supongo —mintió vilmente, sintiéndose fatal por ello al ver como él bajaba la mirada y sonreía con melancolía.

—Ya no me amas, ¿verdad?

Rápidamente lo buscó con la mirada y no supo cómo interpretar su tranquilidad y cálida sonrisa, luego de varios segundos el miedo la invadió, él estaba sacando sus propias conclusiones.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada... Sólo quiero darte el mejor regalo de cumpleaños y cada vez que lo pienso más y más siento que me saldrá una fortuna.

Arrugó el entrecejo, consternada, él nunca fue un hombre arisco a la hora de hacerle obsequios costosos, así que no comprendía a lo que se refería.

—Entonces no me lo regales, si crees que no serás feliz al darme ese regalo yo tampoco lo seré al recibirlo.

Jaden meditó sus palabras.

—¿Te gustaron las rosas de Rinaldi?

—Las rosas nunca serán feas, pero él está siendo un sinvergüenza.

—¿Te molesta que te envíe regalos?

—Sí, porque tú eres mi esposo y no te está respetando, aparte tú no me dices nada.

—En realidad a quien le está faltando el respeto es a ti, princesa, y no digo nada porque no quiero que creas que desconfío de ti.

Lisa se estremeció por la fría brisa que sopló tomándolos por sorpresa y juntó los párpados cuando él la abrazó por los hombros, apoyándola en su pecho siempre cálido y perfecto para acogerle.

—Estás siendo muy paciente, otro hombre me habría llevado a Londres a rastras.

—Uno que no te amara. Claro está.

—Uno que no me amara ni siquiera me habría buscado.

—Es muy probable —susurró él, besando su coronilla.

—¿Qué decía la carta de Ross? Riley vio que recibiste una.

—Tu hermana está en todas partes —refunfuñó y Lisa carcajeó por lo bajo.

—¿Qué decía?

—No mucho —se encogió de hombros—. Sólo dice que cuando

regresemos a Londres, me retará a duelo y una vez que me mate me cortará la cabeza y la lanzará a sus sabuesos.

—Si te sirve de consuelo no tiene sabuesos. —Trató de animarlo.

—Soy tan feliz de saber que mi hermoso rostro no será comida para cualquier bestia —ironizó, divertido, mientras se ponía de pie—. Ven, caminemos un poco.

—Mi hermano no te hará nada, Jaden.

Ross estimaba mucho a Windsor como para matarlo por algo que —si todo lo que le dijo era verdad— tenía una buena justificación.

—¿Me prometes que no tiraste tu anillo? —inquirió él, mirando su dedo anular y ella asintió.

—Voy a buscarlo.

Se lo pondría el día de su cumpleaños.

—¿Cuándo lo encuentres puedo ser yo quién te lo ponga?

—Voy a pensarlo —dijo ahogadamente, sintiendo un escalofrío recorriendo su espalda. ¿Podía confiar en él?

No quería decirle que lo seguía amando locamente, ni tampoco quería que supiera el poder que tenía sobre su mente, cuerpo y alma. Jaden era un peligro para ella.

—¿Qué quieres que te obsequie, princesa?

Se mordió el labio inferior, el hecho de que él estuviera allí ya era un excelente regalo.

—Tengo el regalo de James, pero contigo no me decido.

—No necesito nada...

Sólo necesitaba que la abrazara, que la besara y le dijera cosas lindas.

—No, no me convence. Trataré de hacerte un buen regalo, el otro voy a descartarlo porque definitivamente no seré feliz después de dártelo.

—¿Me dirás que era?

—Es un secreto. —Le guiñó el ojo de manera confidencial—. ¿Sabes?, hoy con James controlamos la góndola en todo nuestro paseo por la ciudad. Unas cuantas monedas bastaron para que el conductor decidiera ser nuestro cliente —le contó con diversión y a ella le costó creer lo que oía, ¿de verdad había hecho algo así?

Dios, siempre adoraría ese lado extrovertido y humilde de su esposo. Se parecía mucho al difunto duque. Cuando vio por primera vez a Jaden, él reflejó una pulcra educación; sin embargo, en los eventos sociales, se burlaba pícaramente de todos los que le daban la espalda después de admirarlo y

saludarlo con hipocresía.

—¿Someterás a James a todas las normas sociales? Es el futuro duque y...

—Mi padre siempre me dijo que la idea no es someter algo a alguien, sino enseñarle a querer hacer el bien y no el mal. James aprenderá a ser un caballero, sus obligaciones no podrán ser dejadas de lado, pero también quiero que sea feliz y tenga la capacidad de sentir y decir lo que piensa.

—Prométeme que serás bueno con él. Es un poco travieso y...

Él rio con brío y Lisa frunció el ceño. ¡Eso no era gracioso! Se trataba de su hijo, no podía tomárselo todo tan a la ligera.

—James es igual que yo, jamás le prohibiré nada porque ese niño es sólo su padre en un tamaño más reducido. Amo todo lo que es y no cambiaría nada de él.

Con cada palabra dicha, Lisa sintió que el piso temblaba a sus pies. Era algo agradable saber que estaba orgulloso de su hijo; a decir verdad, le fascinaba, pues hizo un excelente trabajo con él y Jaden se lo estaba haciendo saber.

Conversaron por varios minutos y los temas fueron variados; no obstante, siempre llegaban a lo mismo, y era a la declaración de amor de Jaden. Siendo lo suficientemente tarde como para que ambos ingresaran a la casa, que ahora estaba a oscuras, Lisa dejó que la escoltara hasta su alcoba. Una vez que llegaron a la puerta, lo miró.

—Hablar contigo siempre es agradable. Creo que me gusta tenerte aquí — confesó suavemente y sus ojos se fueron cerrando con lentitud a medida que él se inclinaba sobre su rostro.

Un leve toque en los labios la hizo estremecerse y abrió los ojos con lentitud y tristeza al saberlo tan lejos de ella.

—Que descanses, princesa.

Besó su frente con ternura y se dirigió a su habitación en silencio, dejándola confundida, triste y frustrada en su lugar.

¿De verdad terminarían así esa noche?

Todo indicaba que sí. Jaden ya había ingresado a su alcoba.

Los días pasaron y la ansiedad no dejaba que Lisa durmiera con tranquilidad, sólo podía escuchar el tic tac que emitía el reloj que estaba sobre la chimenea de su alcoba. Se removió inquieta sobre el colchón y, como nunca, empezó a mordisquear una de sus uñas por el nerviosismo.

Ya era su cumpleaños.

Bueno, recién estaba pasando el primer minuto del día de su cumpleaños y ella ya quería saber qué le regalaría Jaden. Después del día que hablaron en el jardín, ella no se sintió del todo bien y tuvieron que llamar al doctor para que la revisara. Como resultado, terminó en cama esos días bajo la compañía de su hijo y esposo, quienes se tomaron muy a pecho el papel de cuidarla y casi no se desprendieron de ella.

Ella se sentía bien, sólo eran leves mareos los que la estaban afectando, pero incluso con esa explicación, Jaden insistió que permaneciera en cama.

No estaría tan molesta si él hubiera usado esa oportunidad para poder quedarse con ella en su alcoba, en el fondo lo habría aceptado encantada. Sin embargo, al muy idiota se le ocurrió comportarse como un caballero y abandonar su habitación siempre a las ocho de la noche —como si no pudiera sentirse mal a las nueve—. Estaba demente, aunque no confiara en él ni se sintiera lista para perdonarlo, lo deseaba locamente. Extrañaba sus besos, sus caricias y la manera tan tierna con la que él solía abrazarla después de hacerle el amor.

Quería sentirlo, su cuerpo lo llamaba y él no era capaz de escucharla. Jaden la estaba respetando, no quería sucumbir a los placeres carnales, no deseaba cometer el mismo error que cometieron años atrás, creer que con ir a la cama todo se solucionaría entre los dos.

Un suave toque en la puerta de su balcón la hizo respingar y, con los latidos del corazón debocados, salió de su cama y corrió hacia la misma. Corrió la cortina y evitó que su emoción fuera tan obvia al verlo allí, frente a ella con un hermoso traje color crema y unas rosas blancas en las manos.

Trató de que el temblor abandonara sus manos y le quitó el seguro a la puerta. Una tibia brisa ingresó a la alcoba y su fragancia varonil invadió sus fosas nasales, provocándole un ráfaga de calor en el vientre bajo.

—Feliz cumpleaños, princesa —musitó él con suavidad, y entonces se supo sonriendo tontamente—. Quiero ser el primero en decirte esto.

Él aún no había entrado a su alcoba, pero cuando quiso extender las manos para sujetar su ramo de rosas, el sonido de la puerta de su alcoba al abrirse los tensó a los dos.

—Mami.

Por alguna extraña razón, ambos se pusieron nerviosos.

—Sal, espérame aquí —le dijo empujándolo y Jaden tuvo la mala suerte de caer de espalda contra el barandal. Ella chilló y él le dijo que estaba bien, que se encargara de su hijo primero.

Haciéndole caso, cerró la puerta y luego corrió las cortinas. Se giró hacia la puerta de su alcoba y avanzó hacia la misma, mientras la pequeña cabecita de James aparecía en su campo de visión.

—¿Qué pasó, cariño? —inquirió con suavidad y él la llevó a su alcoba, pidiéndole que cerrara una de las ventanas que no lo dejaba dormir. Una vez que lo recostó nuevamente en su cama, Lisa regresó a la suya con el corazón en la boca. Ingresó y corrió hacia el balcón.

Jaden estaba allí, sentado en el piso mirando a la nada.

—¿Estás bien? —preguntó asustada, ayudándole a ponerse de pie.

—No fue nada —espetó con una mueca de dolor y ambos entraron al dormitorio tenuemente iluminado.

—Oh, Jaden, no debiste esconderte, James habría entendido.

—No lo creo, hoy deseo quedarme contigo y seguramente él me habría llevado a su alcoba.

Le creyó, James era muy apegado a su padre.

Ambos tomaron asiento en el sillón que estaba en medio de la estancia y ella recibió el ramo de rosas con una sonrisa en el rostro.

Eran hermosas.

Las dejó sobre la pequeña mesa y pudo ver cierta tensión en la espalda de Jaden, por lo que le pidió que se quitarla las prendas del torso para que pudiera curar las raspaduras que seguramente tendría gracias al golpe que se propinó contra el barandal.

Él así lo hizo y se recostó en su cama siguiendo su orden, estaba tan nerviosa que no podía creer que estuvieran en la misma cama. Si bien no estaban haciendo nada malo, cada vez que esparcía el ungüento en su firme espalda sentía que su cuerpo temblaba. Él estaba caliente, callado y malditamente relajado; en cambio ella, no dejaba de tiritar.

Lo escuchó gemir gustoso por sus caricias en un par de ocasiones y no quiso detenerse, por suerte sólo tenía leves raspaduras en la espalda y no había indicio alguno de daños severos.

Disfrutó por minutos de la suavidad de su piel, recordando como clavaba las uñas en ella mientras él le hacía el amor en su alcoba, el lugar donde compartieron todas sus noches y él jamás dejaba de abrazarla.

—Con esto te sentirás mejor —susurró, bajándose de la cama. No tuvo respuesta y eso la ayudó a controlar su desbocada respiración, le dolía no poder hacer más con él—. ¿Jaden?

—Un minuto, quiero seguir oliendo tu fragancia —le imploró con suavidad

sin mirarla y ella se sentó al borde de la cama.

—Gracias por las rosas, son hermosas.

—Pensaba cantarte desde la calle, pero no quería que los vecinos pidieran mi destierro —bromeó en lo que se incorporaba y Lisa empezó a respirar lánguidamente al sentirlo tras de ella. Verlo sin su camisa le generó un terrible sofoco; pero ahora, al tenerlo tan cerca, sentía que se quedaba sin aire.

Empuñó sus manos sobre las sábanas de lino blanco y respiró artificialmente. Deseaba tocarlo, besarlo y...

—Hazlo —dijo él con suavidad y ella se volvió en su dirección, sorprendida—. Puedes hacer conmigo lo que quieras, princesa, es tu cumpleaños. Sé qué me deseas —musitó acariciando su mejilla, y ella se rindió juntando los párpados y disfrutando de sus toques.

Incapaz de negarse a la oferta, Lisa se arrodilló en el colchón y rodeó el cuello varonil con los brazos. Sus hombros eran tan firmes como las piedras y su olor tan tentador como el del mejor chocolate. La boca se le secó y deseó probarlo, llevarse todo de él y dejarlo sin aliento.

Lo empujó con suavidad hacia el colchón y lo dejó postrado en su cama. No le tomó mucho tiempo despojarlo de sus últimas prendas, admirando así su desnudez y fuerza varonil. Lo tenía sometido a ella, Jaden no tenía intención alguna de objetar en cuanto a todo lo que pudiera hacerle en ese preciso momento.

—Quiero atarte —confesó con voz suave y él abrió los ojos de hito a hito, dejando que admirase su perplejidad—. Tú... cuando me tomaste por primera vez...

—Átame las manos, pero no cubras mi boca, necesito decirte lo hermosa que eres cuando te haga...

—Está bien.

No quería escuchar *esa* palabra, ellos no estaban haciendo el amor, ellos simplemente iban a dormir juntos para su placer, sólo eso y nada más que eso.

Jaden no dijo más y le permitió atarle las manos en el respaldo de la cama. Para Lisa era una tortura verlo tan excitado y no saber por dónde empezar, era la primera vez que lo tenía tan sometido y dispuesto a dejarse hacer lo que fuera con tal de que ella hiciese lo que quisiese.

Cuando lo tuvo bien sujeto, se quitó la camisola quedando totalmente desnuda ante él.

Un gruñido brotó de la garganta masculina y se sintió hermosa, poderosa y lista para comenzar con lo que sea que estuviera a punto de hacer.

Su mano inició un lento recorrido por las fuertes piernas de su esposo, los vellos le generaban un picor agradable y por varios minutos se distrajo con su miembro, haciendo que Jaden se retorciera de placer. Luego siguió el camino por su pecho, usándolo como apoyo para subirse a horcajadas sobre él.

Jaden no era capaz de articular palabra alguna, sólo respiraba pesadamente y jadeaba cada vez que sus manos tocaban lugares muy frágiles.

—Eres muy hermoso —confesó absorta en sus pensamientos, y se inclinó para lamer su tetilla.

Él suspiró.

—Me pregunto si puedo hacer lo mismo que tú haces conmigo —Lo mordisqueó y empezó a chuparlo sin miedo, alzando la vista para ver como él se aferraba a la sumisión que había aceptado tener. Bajó sus besos a lo largo de su cuerpo y le dio el placer ansiado con la boca, el sonido de sus manos tirar del espaldar de la cama le gustaba, era la clara prueba de que estaba desesperado.

Lo tocó sin miedo mientras su boca hacia su labor, sintiéndose plena de poder tomar lo que era suyo, pues le doliese a quien le doliese, Windsor era su hombre.

—Princesa... mótate sobre mí, necesito hacerte mía.

Chupó con más ahínco el gran falo y él lanzó un rugido bestial.

—Acabarás conmigo, maldita la hora que acepté esto —dijo tirando de sus manos y ella sonrió. Liberando el tieso miembro de sus carnosos labios, volvió a besar su pecho. La verga rozaba con su vientre y Lisa la sujetó para guiarla al lugar que correspondía.

Se enderezó en toda su altura y cuando sus miradas se encontraron, gimió agudamente. Él la miraba con intensidad, pasión y... Se dejó caer sobre su hombría y lanzó un profundo gemido lastimero cerrando los ojos para no verlo más, para no caer en el miedo que la invadía por realizar aquel acto con él.

No podía ni debía amarlo.

Empezó a mecerse, recordando todas las veces que ellos hicieron el amor fieramente.

—Salta, hazlo, princesa.

Sus piernas se afianzaron a sus muslos y siguió la orden, salía y en cada entrada lo recibía mejor, con plenitud, sintiéndose única y grandiosa.

Sin vergüenza alguna, ella misma atendió sus pechos. Él gruñó con la imagen y le exigió que se tocara más, por lo que terminó poseída por una terrible ola de placer que la hizo convulsionar sobre su esposo, dejándola caer

sudorosa sobre su fornido pecho.

Jadeó aceleradamente, escuchando los latidos de su corazón y juntó los párpados ante sus palabras.

—No me besaste.

Y no lo haría.

—Desátame, princesa.

No quería que se fuera, él seguía dentro de ella así que se aventuró a mecer suavemente su cadera.

—Está bien, no me iré, pero desátame, ¿no quieres que te toque?

¡Anhelaba sus caricias!

Se estiró lo suficiente como para que Jaden aprovechara ese instante para apresar uno de sus pechos con la boca. Sin querer que la suelte, se las ingenió para liberarlo y lanzó un gritillo cuando él invirtió los papeles quedando sobre ella.

—Sé que es tu cumpleaños —le dijo devorando su piel y amasando su pecho—. Pero joder que me la estoy pasando en grande.

Carcajeó por lo alto, y suspiró cuando él la penetró sin advertencia alguna. No sabía cómo pero su pierna terminó en el hombro masculino y Jaden meciéndose sobre ella velozmente. Nuevamente encontraron el punto perfecto y ella lanzó un grito que fue apagado por el beso voraz de su esposo.

Abrió los ojos de par en par e intentó alejarlo; sin embargo, a diferencia de lo que esperaba él reanudó sus penetraciones con mayor fuerza y devoró su boca como si fuera el mejor manjar.

Se rindió.

Terminó embistiendo con su lengua tanto como él, y separando las piernas lo suficiente para que él pudiera seguir.

La noche dejó de escuchar el tic tac del reloj que avanzaba en esa habitación. Hicieron el amor tantas veces que Lisa no sabía en cuántas ocasiones la había abordado en sus minutos de descanso, besando sus piernas, sus hombros o sus pechos.

La luz empezó a filtrarse por su balcón y ella sólo era consciente del chirrido que efectuaba la cómoda por cada embiste de Jaden. Se había puesto de pie con el fin de ir a la palangana y él la abordó a medio camino haciendo que se olvidara hasta de su nombre.

La regresó a la cama, donde la envolvió entre las sábanas y sus brazos, dejándola perturbada y asustada mientras él terminaba cayendo en un sueño profundo y tranquilo.

Algo que ella no podría tener jamás si se quedaba con él.

A las ocho de la mañana, Lisa pidió que le prepararan un baño, estaba agotada y sudorosa. Las criadas no dijeron nada y sólo trabajaron en silencio ante el cuerpo laxo de su esposo en la cama, él dormía boca abajo y parecía un niño tranquilo, sin tensión ni picardía en sus movimientos.

Se sumergió en el agua caliente, pensativa, y empezó a lavarse con su esencia de lirios. Cuando se sintió lista para salir, respingó al sentir como él se sumergía tras de ella.

—Me encanta tu fragancia —dijo abrazándola por la cintura y ella se apoyó en su pecho con la vista clavada al frente.

—Tú fuiste el primero que me regaló un perfume de lirios.

—Me fascina.

—Por eso es mi preferida —confesó sin expresión alguna en el rostro.

Esto tenía que acabar, ellos sólo se harían daño si seguían así.

—¿Me ayudas a bañarme?

Se giró para poder arrodillarse entre sus piernas y cumplió su petición, no obstante, cuando se encargó de su espesa cabellera, él aprovechó para besar sus pechos y probarlos.

No rechisto, le encantaba que lo hiciera, por lo que al final terminó cediendo y teniendo otro encuentro apasionado en la bañera. Se corrió, y una vez que él lo hizo, se puso de pie y sujetó el pedazo de tela para cubrirse y empezar a secarse.

Le dio la espalda y con la vista clavada en su balcón ignoró como él hacía lo mismo.

Enderezó la espalda cuando él la abrazó por la cintura y la besó en el hombro derecho.

—Ya puedes irte, Jaden —dijo con sequedad y él se tensó levemente.

—¿Y si no quiero hacerlo? —espetó con una sonrisilla y ella dio un paso hacia adelante para luego girarse y enfrentarlo.

—Esto no fue nada, Windsor, sólo fornicamos. Sal de mi alcoba —ordenó fríamente, dejándolo perplejo.

—Hicimos el amor, Lisa —dijo con seriedad, apretando la mandíbula— Sí a eso le llamas «fornicar» quisiera saber que tan mágico sería hacer el amor contigo.

—Eso no pasará, quiero que te largues de mi alcoba y de mi casa, quiero que te subas a un barco y regreses a Londres —escupió con desprecio, escondiendo el dolor que le producía decir aquellas palabras.

Jaden palideció y evitó arrepentirse, evitó pedirle que no le creyera.
Lo consiguió.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Acaso no me am...?

—No, no te amo. Mi amor por ti murió el día que me echaste de tu vida; y ahora que yo también te estoy echando de la mía, espero que el tuyo también muera. No te hagas falsas ilusiones, nunca volveremos a ser lo que algún día fuimos. Tú acabaste con todo.

Capítulo 19

Jaden no sabía cómo se sentía con exactitud. Pero estaba claro que esa noche en la cual creyó que estaba siendo amado, fue más usado de lo que le hubiese gustado.

Pronto serían las diez de la noche y no sabía qué hacer, al final no compartió ni con Lisa ni con James en ese día tan especial. Su esposa lo echó como si algo la hubiera poseído, y quizá fue la culpabilidad de haberle generado un atisbo de esperanza, pues él pensó que lo suyo aún era posible, que la chispa que prendía su amor aún seguía intacta.

Pero se equivocó.

Lisa no lo amaba y se lo merecía, fue él quien la dejó, engañó y luego echó de su lado, ella tenía todo el derecho de odiarlo y él no podía hacer nada al respecto. No si la amaba. Forzarla era algo que no quería hacer, sentía que no tendría perdón alguno si sometía a su esposa a su santa voluntad.

Nunca estuvo en sus planes hacerle algo así.

—Alguien podría asaltarte.

Se sobresaltó ante la familiar voz que emergía de la oscuridad y buscó con la mirada al hombre que se unía a él en su momento de soledad.

—No lo creo, no tengo nada de valor ahora —espetó ni bien le vio el rostro y Devonshire sonrió con cinismo, sacando una cajetilla de cigarrillos—. No fumo —rechazó la oferta con educación y el castaño encogió los hombros, encendiendo su cigarrillo.

Cuando Lisa se fue, él cambió muchos hábitos de su vida.

—¿Problemas con tu esposa? —inquirió el conde sin interés alguno y Jaden suspiró, al menos tenía a alguien con quien platicar.

No estaba lejos de la casa de Sebastian, pero no le apetecía emprender un camino hacia esa casa en la que no era bienvenido. No por la persona que él quería.

—Algo así.

—¿Por qué está aquí y no en Londres? Cuando la vi hace tres meses me sorprendí mucho.

—¿Cómo conoces a mi esposa? —Era curioso, según tenía entendido Devonshire casi nunca paraba en Londres.

Nuevamente el conde se encogió de hombros.

—Ella es...

—Única, lo sé.

No quería que usara la palabra «peculiar» porque cuando venía de

Devonshire, existía un tono que no le gustaba.

El hombre rio roncamente.

—No es tan única, tiene una hermana que se parece mucho a ella.

En efecto, eran muy parecidas a diferencia de que Riley tenía un tamaño mucho más diminuto que el de su hermana.

Frunció el ceño.

¿Cómo sabía él de Riley?

La dama jamás pisó Londres, su madre siempre prefirió que permaneciera en el campo hasta su presentación.

—¿Cómo sabe de la menor?

Esa pregunta bastó para que su acompañante dejara su postura relajada y se enderezara dejando ver toda su estatura.

—¿No le enseñaron que no debe tocar lo que no es suyo, Windsor? —le preguntó con un semblante sombrío, muy diferente al que le demostró hace unos segundos.

—En efecto. —Se confundió un poco.

—¿Por qué involucró a una damisela en un viaje tan largo? ¿No se da cuenta del riesgo que...?

—Ella quiso venir y yo no sería capaz de decirle que no. —Sonrió con malicia—. Menos si la dama en cuestión ofrecía la información que nadie me quería dar. Traje a mi madre para que cuidara de ella, y Riley está muy feliz.

—Lady Stanton, querrá decir.

Ahora él enderezó la espalda, ¿por qué sentía que el ambiente se había tornado algo denso y pesado?

—¿Qué buscas, Devonshire?

—Quiero que tomes a tu esposa, a tu hijo y a lady Stanton, y se suban a un barco camino a Londres. Te estás demorando mucho.

—Y... ¿Se supone que es tu problema? —preguntó socarrón, Lisa y Ross le hablaron de un compromiso concretado para Riley con un conde, ¿podría ser...?

—¿No puedes controlar a tu mujer? —le provocó, y Jaden se tensó bruscamente.

En efecto. No podía. Lisa era la dueña de su vida y lastimosamente era ella quien lo controlaba a él.

—No volveré a Londres —soltó de pronto, provocando un leve respingo en el conde—. Si quieres toma a tu prometida y llévatela tú, no me moveré de aquí sin mi familia.

No recibió respuesta alguna, Devonshire estaba tan rígido, que cuando quiso hablar, una voz los puso alerta a ambos.

—¿Lord Windsor?

¡Maldición!

¡¿Es que Riley no podía quedarse quieta?!

Matt Gibbs, conde de Devonshire, dio un paso hacia atrás para protegerse en la oscuridad y guardó silencio pulcramente para pasar desapercibido.

—¡Milord! Llevo varios minutos buscándolo —comentó la morena mirando la gran sombra con sorpresa y sin disimulo alguno.

—¿Qué haces aquí? Ninguna dama debe vagar sola por la noche —bramó Jaden, histérico.

Su cuñada, ignorando la presencia del que sería su esposo en un futuro, sonrió.

—Sólo estoy tomando un poco de aire fresco.

Quiso ahorcarla.

—¿Sola?

—No, mi tío está a unos pasos hablando con... —se quedó pensativa— no recuerdo el nombre de la mujer, pero no importa. Él me acompañó.

Ese libertino... ¿Cómo se le ocurría dejarla sola?

—¿Qué sucede, Riley?

—¿Por qué no estás en casa? James está muy deprimido.

Él también lo estaba.

—Lastimosamente no puedo regresar por ahora, tu hermana me odia.

Ella se quedó pensativa.

—Sabe, el otro día leí la carta que ella le dejó y...

—¡¿Cómo?! —vociferó y su cuñada ni se mosqueó.

—Usted la dejó sobre la mesa.

—Seguramente estaba buscando mis monedas —siseó, rojo de la cólera.

—Pero la dejó —le recriminó—. El punto es, Jaden —lo llamó por su nombre de pila y él supuso que a alguien no le gustaría eso—, que en esa carta mi hermana le dijo que regresaría a Londres si lograba olvidarlo.

Arrugó el entrecejo, consternado, y Riley rodó los ojos con aburrimento.

—Piénselo, mi hermana nunca volvió, eso quiere decir que... —Hizo un gesto con la mano invitándolo a pensar.

Abrió los ojos de par en par y empezó a respirar artificialmente.

«Le prometo que eso sucederá cuando ya no exista este amor tan intenso que siento hacia usted».

Nunca volvió. Fue él quien la encontró. Entonces... eso quería decir...

—¿Por qué no volvemos a casa?

Definitivamente Riley Stanton sería su cuñada favorita, Ross que se pudriera con los malos cuñados.

¡Aún lo amaba! ¡Lisa seguía amándolo!

Lisa ya no sabía si quería maldecir, gritar o ponerse a llorar allí mismo.

¿Por qué todos se empeñaban en unirla con Jaden?, ¿acaso no veían que estaban mejor separados?

Los intentos de su familia no funcionarían, aunque la encerraran con él en una habitación por años su respuesta no cambiaría.

—Te dije que te fueras —espetó con la voz quebrada, tratando de mantener la calma.

—No me iré, princesa, te amo y no me importa lo que tenga que hacer para recuperarte.

—Yo no...

—Perdón —soltó de pronto, dejándola helada—. Lamento haber sido un cobarde y haberme ido sin decirte la verdad; lamento haberte engañado en tu primera noche y no ser el caballero perfecto que toda dama desea conocer. Siento mucho que la vida te haya puesto en el camino de un miserable como yo. De veras lo siento, pero no por eso dejo de agradecer que seas tú la mujer que más amo en la vida.

La visión se le cristalizó y dio un paso hacia atrás, tragando con fuerza.

No lo entendía.

—¿Por qué debería perdonar todo eso? —susurró asustada, pues hasta ahora no hacía más que decirle cosas bonitas.

—Porque todo eso hace que no pueda vivir lejos de ti, Lisa Browning. Te amo y sé que tú también me amas.

Un escalofrío recorrió su espalda y su cuerpo tiritó. Imposible, él no podía saber algo así.

—Eso no es verdad.

Él le sonrió con ternura y ella casi quiso salir corriendo. No volvería con él, no confiaría nuevamente en él.

—Nunca volviste a Londres, princesa, tú dijiste que lo harías el día que me...

—¡Vete! Por lo que más quieras, Jaden —le suplicó soltando lágrimas de impotencia—. No puedo, yo lo estaba haciendo bien hasta que tú apareciste,

no volveré contigo, si quieres puedes pedir el divorcio y demandarme de lo que sea, pero no quiero volver a Londres, menos contigo.

Cubrió su rostro con ambas manos, guiada por la impotencia al ver como él perdía el color en el rostro.

—¿Por qué?

—Porque no confío en ti —confesó con un hilo de voz—. Y si me amas tanto como dices hacerlo, vas a dejarme ser feliz.

—Lisa...

—Mi felicidad no está junto a ti. Tú y yo nunca seremos felices, nuestra alianza ya no existe, murió el día que empezaron tus mentiras ocho años atrás.

Él boqueó sorprendido, como si acabaran de clavarle un puñal en el vientre; pero luego se enderezó y recuperó la compostura, generándole una terrible angustia en el pecho.

—¿Es eso lo que quieres, princesa? —preguntó con suavidad y ella asintió aún con los ojos llorosos.

Sollozó al verlo sonreír.

Una sonrisa tan falsa como sus palabras emitidas.

—Lo tendrás, amor mío, ese será mi regalo de cumpleaños.

Caminó hacia ella, aprovechando su conmoción y sujetando su mano, dejó un casto beso en sus nudillos.

—Siento ser un problema para ti. Espero de ahora en adelante seas feliz, amada mía, te doy este regalo a sabiendas que no me hace feliz. Sin embargo, eso es lo que menos me importa; puedo vivir miserablemente, pero jamás dejaré que tú lo hagas.

Por más que quiso llamarlo no pudo hacerlo, vio como él abandonaba la estancia y rompió en un suave llanto, angustiada. Ese era el final, Jaden le estaba dando lo que tanto pedía, convirtiéndola en la mujer más desdichada del planeta tierra.

La puerta se abrió casi al minuto y supo quién era sin necesidad de levantar la mirada.

De un portazo Riley cerró la puerta tras de ella.

—Eres una tonta, Lisa. ¡Vas a perderlo! Él se irá y no volverá por ti.

Lo sabía, y eso era lo que provocaba que el llanto no cesara. Le dolía tener que dejarlo ir, le dolía que su destino fuera a terminar así.

—No puedo, Riley, él jamás confiará en mí.

—Estás cometiendo el mismo error, estás dejando que el miedo y la desconfianza los aleje de la felicidad, no puedes ser como Windsor, si él ya

cometió un error tú debes ser mejor que él. ¿Qué ganarás quedándote aquí? ¿Por qué no entregarte al amor e ir tras de él? ¿Qué tiene de malo amar y ser amado? Explícame, Lisa, porque no lo entiendo.

¡Ella tampoco lo entendía! No entendía qué quería, pero definitivamente lo que tenía ahora no la hacía feliz.

—Muchas mujeres sueñan con ser amadas por sus esposos y tú te niegas a aceptar ese amor. No tienes idea de lo que estás perdiendo, lord Windsor es un gran hombre que se está yendo con el alma hecha pedazos porque sembró sus miedos en la mujer que ama y no puede hacer nada al respecto. Te estás planteando un destino miserable, si no lo cambias ahora quizá nunca puedas hacerlo.

—No sé qué hacer, Riley —confesó entre llanto y su hermana corrió hacia ella.

—No lo dejes ir, no dejes que más errores y años impidan su felicidad. El momento es ahora.

Un nuevo error... Más años para esperar...

No, no quería eso. No quería vivir lejos de él, no quería perder ese amor incondicional que sólo él sabía darle.

Jaden era su vida, su esposo y su destino.

—Soy una estúpida. —Limpió las lágrimas de su rostro.

«Porque todo eso hace que no pueda vivir lejos de ti, Lisa Browning. Te amo y sé que tú también me amas».

¿Por qué no le dijo la verdad?

Sujetando la falda de su vestido salió corriendo del salón y se dirigió hacia la puerta de salida, su tío estaba afuera junto a Worcester y su suegra.

—Lisa, sube a la góndola, tienes que alcanzarlo —dijo Sebastian y ella no tuvo oportunidad para quejarse, quería confesarle su amor, decirle que se iría con él a donde sea que se lo pidiera y que no podía vivir un día más alejada de él. Que James y ella lo necesitaban para ser felices.

Con los nervios a flor de piel, dejó que la góndola siguiera su camino y a pesar de que no le gustaba estar en esa superficie inestable, ella buscó a su alrededor para ver si podía dar con él. Se sintió algo mareada, pero ni aun así se rindió.

—¡Jaden! —lo llamó desesperada y cuando giraron en una esquina, vio una góndola a lo lejos—. ¡Jaden! ¡Jaden, espera por favor!

La góndola que vislumbró a lo lejos dejó de moverse y las lágrimas saltaron de emoción. Era él, muy pronto podría besarlo y decirle que lo

amaba. El farol empezó a acercarse mientras ella también avanzaba y se situaba al borde de su transporte guiada por la agitación.

—¡Lisa!

Sonrió.

—¡Jaden! ¡No te vayas por favor! ¡Regresa, aún no hemos terminado!

Un fuerte mareo la hizo tambalear y Lisa buscó un lugar donde apoyarse; sin embargo, el dolor en sus sienes no le permitió mantener los ojos abiertos y en un mal movimiento terminó perdiendo el equilibrio total de su cuerpo.

Lanzó un grito al sentir como su cuerpo se iba hacia adelante y pronto se supo sumergida en el canal, sintiendo como el agua rodeaba su cuerpo y le tensaba los músculos al estar tan malditamente fría.

Trató de nadar, movió las manos desesperada, pero no lograba abandonar la oscuridad. Una fuerte presión rodeó su cintura y pronto fue elevada hacia la superficie. Cuando estuvo fuera del agua ganó una gran bocanada de aire y empezó a toser mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Odiaba esas malditas góndolas.

—Maldición, ¿quieres matarme de un susto?, ¿te encuentras bien, princesa?

Era él, Jaden llegó a ella para alejarla del peligro.

Lisa rompió en un fuerte llanto como si fuese una niña pequeña y se aferró a él en un abrazo posesivo.

—Ya pasó, cariño —le decía, acariciando su cabeza y ella sollozó—. Estás bien, pronto te sacaré de aquí, la góndola está cerca.

—Eres un idiota. No lloro por eso, lloro porque te amo y me duele haber sido tan cruel contigo. —Gimoteó y él la atrajo a su cuerpo con mayor precisión—. Yo sí te hice el amor, Jaden, te amé cada segundo que estuviste conmigo, pero desperté asustada, tú tienes...

—Sé perfectamente cómo te sientes, princesa. —La entendía, ella estuvo a punto de cometer el mismo error que él cometió hace más de dos años—. Ya no llores, debes calmarte.

—Dime que no te irás —imploró y él carcajeó roncamente.

—En realidad hace unos segundos estaba viendo qué casa podría comprar para ser tu vecino. Nunca me iría, menos sin ustedes.

Lisa nuevamente empezó a llorar ruidosamente y fue callada por un tierno beso de su esposo, quien divertido susurró:

—No queremos despertar a media Venecia, princesa.

Sorbió su nariz y asintió, la góndola los alcanzó y el conductor se asomó a

ellos para ayudarla a subir. Jaden la elevó de la cintura y aceptó la mano del conductor, para al fin poder sentarse en una superficie sólida.

—Lamento el percance, caballero, mi mujer estuvo a punto de perderme y tuvo que tomar medidas drásticas —bromeó él con muy buen humor y Lisa lo fulminó con la mirada en lo que Jaden subía a la góndola—. Aunque confieso que si no saltaba ella, lo habría hecho yo. —Le guiñó el ojo ni bien estuvo junto a ella y ambos se hundieron en un profundo abrazo.

—Vuelve a ser mi aliado, Jaden —musitó, castañeando los dientes.

—Siempre, mi princesa, seremos aliados del amor hasta el último día de nuestras vidas. Me has embrujado, desde que te conocí no he sido más que un libertino enamorado.

Ahora ella carcajeó por lo bajo.

—Ten. —Sacó su anillo del empapado vestido y se lo entregó. Él la miró sorprendido—. Siempre estuvo conmigo, no en mi dedo pero sí a mi lado.

Extendió la mano y Jaden se lo puso con una lenta caricia.

—Te amo, princesa.

Ella asintió y cuando quiso darle una respuesta, algo en el estómago se le estrujó y terminó vomitando sobre el costoso traje de su marido, quedando anonadada por su reciente descubrimiento.

Ya le había pasado algo parecido.

—Oh no... —susurró, mirándolo con los ojos abiertos de par en par y él permaneció estático en su lugar—. Creo que estoy embarazada.

Fin

Epílogo.

Enero de 1833. Italia, Venecia.

—¿Quién lo sacó?! —Puso las manos en jarras y James y Riley señalaron inmediatamente a lord Windsor, quien trataba de esconder su nerviosismo tras la pequeña taza de café que tenía pegada a los labios—. Voy a matarte, Jaden, sabes que eran míos.

Se dispuso a avanzar hacia él, pero el duque fue más rápido y de un brinco terminó al otro extremo del comedor.

—Ya envíe a comprar otros —informó, mintiéndole, pero eso no tranquilizó a su esposa.

—Los quiero ahora, muero por un chocolate. No debiste comerte los míos.

Jaden abrió los ojos como platos al ver como los de Lisa se llenaban de lágrimas.

Maldición. El embarazo la estaba poniendo más frágil de lo normal.

Rápidamente se acercó a ella y la abrazó con el fin de tranquilizarla un poco, no era la primera vez que Lisa pasaba por algo así, por lo que Jaden ya sabía cómo lidiar con ello. Sin embargo, odiaba imaginar que pasó por lo mismo cuando estuvo embarazada de James y él no pudo estar con ella para envolverla en sus brazos.

—James. —Miró a su hijo y este se puso de pie—. Trae un poco de tus chocolates para tu mami.

El niño frunció el ceño.

—Te comiste los míos también, papá —le recordó y él maldijo por lo bajo cuando Lisa empezó a llorar con más fuerza.

—Muy bien, princesa, no te preocupes, mi madre y los demás salieron de compras, seguro te traen unos cuantos.

—¿Tú crees? —preguntó esperanzada y él asintió, su madre siempre se compraba chocolates, y ahora que él también se había comido los suyos seguro fue por unos cuantos.

Si bien a Jaden no le gustaban tanto los chocolates, tenía que admitir que ahora se encontraba en una incómoda faceta en la que no podía vivir sin ellos. A decir verdad, tenía que ir a buscar donde entrenar boxeo porque sentía que su ropa estaba un poco más ajustada de lo normal.

Aunque... pronto regresarían a Londres, si se quedaron todo ese tiempo fue porque el doctor pidió algo de reposo para Lisa.

—Ya llegamos. —Anunció Sebastian Stanton, quien fue con su madre y el conde, y Jaden se sintió más tranquilo.

—Abuela, ¿trajiste chocolates? —preguntó James corriendo hacia la rubia y esta asintió.

Perfecto.

—Madre, entrégame uno, ¿sí?

—Por supuesto, hijo —dijo esta, buscando entre sus compras unos cuantos bombones. A los segundos, el olor a chocolate se impregnó por todo el comedor—. Compré varios porque vi que estás robando el de todos.

Se sonrojó violentamente y afianzó su agarre al sentir como Lisa tambaleaba en su lugar.

—Oh no... —Su esposa se encogió y todos se asustaron.

—¿Qué sucede? —indagó espantado y todos jadearon cuando la duquesa empezó a vomitar.

La criada fue por una fuente e Ivonne se puso junto a Lisa, al igual que Riley, para darle suaves golpecitos en la espalda. Una vez que ella pudo respirar con tranquilidad, se enderezó mostrando su palidez y musitó:

—Creo que prefiero agua. —Aceptó el pañuelo que Jaden le tendía y lo miró, apenada.

Jaden separó los párpados y mostró su mejor sonrisa para no preocuparla.

—Berth, trae agua para mi esposa —siseó y la mujer, incapaz de parpadear, se alejó para ir por el vaso.

—Creo que tus zapatos ya no sirven, papá.

Él también lo creía.

Londres, Sussex. Cherby Park.

Oficialmente Liam Lawler, duque de Beaufort, había perdido a uno de sus mejores amigos gracias al absurdo sentimiento llamado amor.

No hace más de una semana recibió una carta de su buen amigo Jaden, donde este le explicaba que no llegaría a Londres con su esposa, porque la duquesa de Windsor estaba embarazada de su segundo hijo y el doctor les recomendó un mes de reposo. Calculando el tiempo que la carta demoró en llegar desde Venecia, Liam dedujo que estarían de regreso dentro de un mes y medio.

Como de costumbre estaba solo. Decidió ir a visitar sus nuevas tierras en Sussex para tener un poco de paz alejado de su ajetreado club, Triunfo o derrota —y adquirir otro terreno de su interés—, pero todo se le complicó en el viaje.

Beaufort era un hombre que odiaba la traición con cada fibra de su ser, por lo que ahora mismo estaba pensando cómo castigaría a uno de los vándalos que atrapó —de los seis que atacaron su carruaje—, hacía apenas unos minutos en lo que pretendió ser un asalto a un kilómetro de su nueva casa en Sussex.

En ese momento el diminuto hombre se encontraba en las caballerizas y él en su nuevo despacho. Unos cuantos latigazos antes de entregarlo a las autoridades serían suficientes para que el rufián aprendiera la lección, nadie en su sano juicio se metía con el poderoso duque de Beaufort y salía intacto de ello.

Sorprendido por el atrevimiento que tuvo la persona que ingresó a su despacho a paso apresurado, alzó la vista para encontrarse con una de las criadas que según el movimiento de sus pechos, venía corriendo a toda prisa.

Tendría que hablar con el personal para que no volviera a repetirse. La muchacha era joven y bonita, pero no por eso dejaría pasar su falta. Él no era un hombre que se dejara engatusar fácilmente por la deslumbrante belleza de una mujer, era racional y frívolo en todos los aspectos.

—Lo siento tanto, señor, pero hay un revuelo en las caballerizas con los lacayos —dijo aceleradamente.

Lo que le faltaba, sus criados eran revoltosos y eso se debía a que aún no sabían quién era su nuevo patrón.

Al adquirir las tierras, Liam mantuvo su nombre en el anonimato para que sus nuevos vecinos no conocieran su identidad, haciéndose pasar por un hacendado de renombre.

Se puso de pie, impertérrito.

—Estaba regresando del pueblo y oí unos gritos, por lo que decidí asomarme para ver qué sucedía, el capataz tenía el látigo en la mano y...

Sonrió con malicia.

—Es un vándalo, debería matarlo yo mismo.

La joven abrió los ojos de par en par, conmocionada por su cruel comentario, y palideció.

—Pero... Pero...

—Intentó herirme, yo mismo le daré...

—Yo vi a una mujer, una muy bella, señor.

Nota de autora.

Querido lector:

Gracias por acompañar a Lisa y Jaden en su historia de amor. No dejes de seguir la saga Libertinos Enamorados, que muy pronto podrás conocer la historia de Liam Lalwer, duque de Beaufort.



Para obtener mayor información de mis historias, te invito a seguirme en mis redes, donde podrás encontrarme como Vanny Ferrufino.